

CON-
TEMPORÁNEA
TODA LA HISTORIA
EN EL PRESENTE

Núm. 22 julio - diciembre de 2024



Con-temporánea. Toda la historia en el presente, primera época, vol. 11, núm. 22, julio–diciembre de 2024, es una publicación semestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, C.P. 06700, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México, www.con-temporanea.inah.gob.mx Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo: 04–2014–070413343600–203, ISSN: 2007–9605, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de última actualización del número: María de Lourdes Domínguez Vázquez, Dirección de Estudios Históricos INAH, calle Allende 172, col. Tlalpan, C.P. 14000, Ciudad de México, fecha de última actualización: 10 de junio de 2026.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Contacto: con-temporanea.deh@inah.gob.mx

Teléfono: 70900890 ext. 2005

<https://con-temporanea.inah.gob.mx/>

Directorio

Secretaría de Cultura

Claudia Curiel de Icaza
Secretaria

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Joel Omar Vázquez Herrera
Director General

José Luis Perea González
Secretario Técnico

Beatriz Quintanar Hinojosa
Coordinadora Nacional de Difusión

Delia Salazar Anaya
Directora de Estudios Históricos



Primera época, vol. 11, núm. 22, julio–diciembre de 2024
Revista de la Subdirección de Historia Contemporánea de la Dirección de Estudios Históricos–INAH

Editor

Carlos San Juan Victoria

Coordinadora editorial

María de Lourdes Domínguez Vázquez

Coordinación del número

Mario Camarena Ocampo

Consejo de redacción

Carlos San Juan Victoria
Mónica Palma Mora
Gabriela Pulido Llano

Mario Camarena Ocampo
Margarita Loera Chávez y Peniche
Lourdes Villafuerte García
Lilia Venegas Aguilera
Sergio Hernández Galindo
Claudia Álvarez Pérez

Consejo editorial

Abraham Ortíz Nahón, Instituto de Investigaciones en Humanidades, UABJO
Alejandro Schneider, Universidad de Buenos Aires
Fernando Saúl Alanís, El Colegio de San Luis
Germán Feijoo, Universidad del Valle (Colombia)
Iván Gomezcézar, Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Jesús Hernández Jaimes, FFyL UNAM
Leticia Reina, Dirección de Estudios Históricos, INAH
Luciano Concheiro, Universidad Autónoma Metropolitana–Xochimilco
Luz María Uhthoff, Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa
Marcela Dávalos, Dirección de Estudios Históricos, INAH
Marco Bellingeri, Universidad de Turín (†)
Ricardo Pérez Montfort, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Salvador Rueda, Dirección de Estudios Históricos, INAH
Tiziana Bertaccini, Universidad de Turín
Verónica Oikión, El Colegio de Michoacán

Concepto y producción editorial

Benigno Casas

Diseño web

Tania Ixchel Pérez González

Cuidado de la edición

María de Lourdes Domínguez Vázquez y César Molar

Corrección de estilo

Alberto González Ávila
Liliana García Sánchez

Soporte técnico

Reynaldo Gallo Mondragón

Fotografías de portada y *banners*

Alejandra del Ángel Romero

Propósito



Etimología:

Con: perteneciente a

Temporaneus: tiempo

Pertenecer a un tiempo junto con otros.

Paradoja:

Es posible *existir* en el mismo tiempo–espacio con otros, e ignorarlo.

Se pertenece por diversos impulsos, como, uno entre tantos ejemplos, los acontecimientos (crisis, revoluciones, catástrofes naturales, las tempestades modernizadoras) que hacen vibrar a muchos al mismo ritmo de sus reverberaciones. Se pertenece, también, por las narrativas históricas que nos convierten en individuos que conllevan —carga y alegría— un mismo tiempo–espacio con otros.

Nos hacemos, no nacemos, contemporáneos.

¿Por qué *Con-temporánea*?

Recuperar desde esta segunda década del siglo XXI al XX, polémico, fundador, en su calidad global y su circunstancia local, su variedad y discontinuidad, en sus muchos temas y sujetos, asumirlo como un continente apenas explorado.

Traer lo muy lejano en el tiempo–espacio, al diálogo con este tiempo nuestro. Distanciarse de un presente sólido y familiar para abrirlo a las posibilidades múltiples del tiempo largo.

Promover muchas tramas narrativas, capturar los acontecimientos fundadores, ampliar el tiempo–espacio con nuevos sujetos y temas, acoger la riqueza de miradas y métodos históricos.

Abrir, en un tiempo de consenso, de plena aceptación de las frías y uniformes aguas de la sociedad global, el aire fresco de la crítica.

Invitar al ejercicio colectivo de trazar en la arena móvil del tiempo las tramas de un nosotros polifónico, diverso y distinto, contradictorio, siempre cambiante.

Fotografías de banner
Alejandra del Ángel Romero



Revista CON-TEMPORÁNEA. Toda la historia en el presente.
Núm. 22 (julio-diciembre de 2024)
Misceláneo
Coordinador: Mario Camarena Ocampo

Prólogo

Carlos San Juan Victoria

Presentación

Mario Camarena Ocampo

Del Oficio

Una familia, muchas memorias

Mario Camarena Ocampo / Lourdes Villafuerte García

Creación de un lugar de memoria como horizonte político del movimiento docente. Acontecimiento y terrorismo de Estado en Oaxaca, México, 2006

Mario Guzmán Guerrero / Patricia Medina Melgarejo

Memoria e identidad de los mercados públicos de la Ciudad de México. Los murales de “Marchante, un trueque con el arte”

Valeria Urbieta Palma

Los historiadores frente al terremoto de 1985

Alejandro González Vicente

Destejiendo a Clío

Andar las fuentes y repensar la ciudad: la interpretación documental y el barrio de La Lagunilla

Clementina Battcock Lisi

Entre un mapa colonial y el patrimonio en el Estatuto de Gobierno

Claudia Alvarez Pérez

Caminar las fuentes: el Valle del Mezquital entre el archivo y la práctica etnográfica

Annia González Torres

El trabajo de campo: tres experiencias

Lourdes Villafuerte García

Expediente H

La ruta del viaje de Francisco Esquivel Aldao (1788): un estudio de movilidad humana en la Patagonia argentina

Martín R. Vilariño / Sergio L. D’Abramo / S. Iván Pérez / Valeria Bernal

Post Gutenberg

Galería

“¡Viva el Paro y lxs Resistencixs!” Fotografías de Alejandra del Ángel Romero
Maricela Isaza Camargo

Audio

La tradición oral sobre Cuauhtémoc en Ichcateopan, Guerrero. Entrevista a la señora Josefina Jaimes

Alicia Olivera de Bonfil / Citlali Marino / Laura Espejel

Video

El Geoparque de la Mixteca Alta. Entrevista a Xóchitl Ramírez Miguel (parte I)
Carlos San Juan Victoria / Andrés Latapí Escalante

Trayectorias

Militante en los estudios de los procesos sociales contemporáneos. Conversando con Carlos San Juan

Mario Camarena Ocampo

Mirar libros

Monserrat Cabrera Castillo, “El Club Barcelona y México. Cardenismo, resistencia y memoria”, sobre: Frederic Porta, *El Barça y México en 1937. Tiempos de Cárdenas*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2022.

Rebeca Monroy Nasr. “Dos fotolibros imperdibles: *Existo porque resisto* y *La línea*”, sobre: Francisco Mata Rosas, *La línea. Apuntes sobre la frontera norte*, México, UAM–Cuajimalpa, 2022; *Existo porque resisto*, México, Raya, 2022.

Cuauhtémoc Velasco Ávila, “1968 en los archivos universitarios”, sobre: Francisco de la Cruz Vázquez, Luz María Jiménez Molotla y Leticia Medina Rodríguez, *Memoria documental del movimiento estudiantil de 1968*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2023.

Héctor Miguel Rosales Martínez, “La insurrección guerrillera de los jóvenes en el México de 1967–1982”, sobre: Arturo Luis Alonzo Padilla, *La insurrección de los*

jóvenes en México (1967-1982). La expresión guerrillera, México, Altres Costa-Amic, 2022.

Margarita Loera Chávez y Peniche, “La historia pueblerina y la conservación del patrimonio cultural y el paisaje de los pueblos”, sobre: José Abel Ramos Soriano (coord.), *Un lugar azul: Santiago Tejupan, Oaxaca. Singularidad, conservación de su legado y entorno*, México, Secretaría de Cultura / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2023.

Oliva López Sánchez, “Alcoholismo: vicio, enfermedad y muerte, la mirada médica en la ciudad de México (1870 y 1910)”, sobre: Nadia Menéndez di Pardo, *Alcoholismo: vicio, enfermedad y muerte. La mirada médica entre 1870 y 1910 en la ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2023.

Abraham Nahón, “Habitar la memoria: fotodocumentalismo de Jorge Acevedo Mendoza”, sobre: Rebeca Monroy Nasr y Abraham Nahón (coords.), *Habitar la memoria: entre el fotodocumentalismo y la lucha social. Jorge Acevedo Mendoza (1949-2019)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2024.

Prólogo

En la entrega 22 de la revista *Con-temporánea. Toda la historia en el presente*, las relaciones de correspondencia entre el siglo XX y el XXI se acentúan.

En los años del COVID una familia reconstruye su memoria que penetra al siglo XX; la memoria de fuego de una convulsa Oaxaca en el 2006 es revisitada, al calor del conflicto de los maestros y los habitantes de la ciudad confrontados con los gobiernos estatales y federales; también se rescata el tiempo original y potente de los mercados populares a mitad del siglo XX como espacios públicos abiertos a actividades diversas, y se visita otra vez la memoria herida de los sismos de 1985.

Hay un asunto metodológico central en estos ires y venires entre los siglos, una fusión entre la historia y la antropología, donde el testimonio de los sujetos cobra nueva relevancia en la discusión sobre las fuentes de la historia. Así, *Con-temporánea* se consolida como ese puente de encuentros entre el pasado y el presente del siglo XX y el XXI.

El editor

Presentación

Sujetos sociales, ciudad y memoria del siglo XX son los temas de la revista *Con-temporánea*, en su número 22, donde se invita a los lectores a reflexionar acerca de la sociedad desde el punto de vista de los recuerdos de las personas. Los artículos se estructuran con base en la historia social para reflexionar sobre el periodo contemporáneo.

El vigésimo segundo número de *Con-temporánea* abre con la sección Del Oficio, donde se abordan temas vigentes en nuestro presente: el recuerdo que se tiene sobre una familia; el movimiento de los docentes en Oaxaca; sobre mercados, sus murales y la identidad, y el terremoto del 1985. La sección abre con el artículo de Mario Camarena Ocampo y Lourdes Villafuerte García, titulado “Una familia, muchas memorias” el cual se estructura con los recuerdos de ocho hermanos, quienes, en razón de la inseguridad y el temor que generó la pandemia de covid-19, recordaron, discurrieron y reflexionaron acerca de lo que es la familia en diferentes momentos del siglo XX. En su artículo “Creación de un lugar de memoria como horizonte político del movimiento docente. Acontecimiento y terrorismo de Estado en Oaxaca, México, 2006”, Mario Guzmán Guerrero y Patricia Medina Melgarejo vierten su preocupación por recuperar la memoria del movimiento social conformado por el magisterio y la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) en 2006 para divulgar la violencia de Estado hacia los maestros. Por su parte, Valeria Urbietta Palma, en su artículo “Memoria e identidad de los mercados públicos de la Ciudad de México. ‘Los murales de Marchante, un trueque con el arte’”, nos habla a propósito de la función de los murales en los mercados públicos, para la construcción de la identidad de los locatarios. El artículo de Alejandro González Vicente, titulado “Los historiadores frente al terremoto de 1985”, hace un balance de la historiografía acerca del temblor de 1985 y del impacto que dicho suceso tuvo en los movimientos sociales.

Para la sección Destejiendo a Clío, ofrecemos a los lectores las reflexiones de cuatro investigadoras a propósito del peso que tiene el trabajo de campo en la disciplina de la historia, tanto en la afinación de la sensibilidad para abordar ciertos problemas como para plantear nuevas preguntas de investigación. Las interrogantes que guían estos artículos son: ¿Cuál fue la experiencia en el trabajo de campo de las investigadoras?, ¿cómo analizaron el espacio con un sentido histórico desde el presente?, ¿qué peso analítico le dieron en sus escritos? Los cuatro artículos, de la autoría de Clementina Lisi Battcock, Claudia Alvarez Pérez, Annia González Torres y Lourdes Villafuerte García sugieren que el trabajo de campo es también asunto de los historiadores, tanto para la historia contemporánea como para la historia antigua. Sus experiencias nos permiten conocer otro punto de vista acerca de un recurso metodológico silenciado, que es muy claro para otras disciplinas, como la antropología o la sociología, pero no para la historia. Después de estas experiencias, donde se combina la historia y la antropología, los historiadores nos preguntamos si el abordaje del espacio puede constituirse en una fuente.

La sección Expediente H nos deleita con un trabajo de Martín R. Vilariño, Sergio L. D’Abramo, S. Iván Pérez y Valeria Bernal, titulado “La ruta del viaje de Francisco Esquivel Aldao (1788): un estudio de movilidad humana en la Patagonia argentina”, donde se analiza el viaje emprendido por el comandante Esquivel Aldao, desde el Fuerte de San Carlos (Mendoza) hasta Rucapulli (Neuquén). Los autores reconstruyen los factores ambientales y los grupos que marcaron las formas de relación con su entorno.

En la sección Trayectorias, recuperamos la vida académica del investigador Carlos San Juan Victoria, estudioso de la historia contemporánea con tintes militantes, preocupado por entender el momento que estamos viviendo, como un observador crítico de los procesos sociales y políticos que forman parte de su experiencia vital. Carlos San Juan ha sido, desde la década de los setentas, miembro de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, institución en la que le tocó vivir un proceso de cambio de la vinculación a la desvinculación de los problemas sociales por parte de la academia; no obstante, San Juan se ha mantenido fiel a sus principios académicos.

La sección Post-Gutenberg convida a sus lectores a nuestra galería, que presenta una serie fotográfica de Alejandra del Ángel Romero, titulada “¡Viva el Paro y las resistencixs!”, sobre los murales en la ciudad de Cali, Colombia, que tienen como tema el movimiento de jóvenes del 2021. Los murales son una expresión de resistencia, de la lucha en un momento histórico, donde se difunden las demandas de los grupos sociales con un lenguaje primordialmente visual, aunque también escrito, al pintar diversas consignas de los grupos que protestan en el cuerpo del mural. El video “El Geoparque de la Mixteca Alta. Entrevista a Xóchitl Ramírez Miguel (parte I)” continúa lo que ya se ha hecho tradición en *Con-temporánea*, divulgar la invaluable diversidad de proyectos desarrollados por comunidades, grupos, artistas e investigadores en el estado de Oaxaca. En esta primera entrega, la bióloga Xóchitl Ramírez conversa con dos experimentados investigadores, el historiador Carlos San Juan y el antropólogo Andrés Latapí, sobre los caminos recorridos por un equipo de académicos de instituciones como la UNAM y el CIESAS, con los pueblos de la región de la Mixteca oaxaqueña, para inscribir el Geoparque en la red mundial de la UNESCO.

En el fragmento de audio que les compartimos, “La tradición oral sobre Cuauhtémoc en Ichcateopan, Guerrero. Entrevista a la señora Josefina Jaimes”, encontrarán una breve muestra de las 75 entrevistas levantadas en 1976 por un equipo encabezado por Alicia Olivera para el proyecto de rescate de la tradición oral sobre los restos de Cuauhtémoc. Sin duda, escuchar la narración de la Sra. Josefina Jaimes nos revela importantes nodos de la compleja pero valiosa relación entre la memoria (en este caso fundamentada en un hecho histórico) y la historia en la construcción de la identidad de los pueblos. Los audios completos de las entrevistas, forman parte de la colección Testimonios orales, del acervo “La tradición sobre Cuauhtémoc en Ixcateopan”, que se pueden consultar en el Centro de Documentación de la Biblioteca “Manuel Orozco y Berra”, de la Dirección de Estudios Históricos.

Mirar Libros trae a cuento una diversidad de publicaciones recientes donde varios investigadores aportan su visión sobre problemas contemporáneas para acercar a los lectores a una discusión historiográfica del siglo XX. Se pasa revista a cuatro libros

con francas querencias hacia “El Club Barcelona y México. Cardenismo, resistencia y memoria” en la década de los treinta: “Dos fotolibros imperdibles: *Existo porque resisto* y *La línea*”, sobre Francisco Mata; “1968 en los archivos universitarios”; “La insurrección guerrillera de los jóvenes en el México de 1967–1982”; “La historia pueblerina y la conservación del patrimonio cultural y el paisaje de los pueblos”; “Alcoholismo: vicio, enfermedad y muerte, la mirada médica en la ciudad de México (1870 y 1910)” y “Habitar la memoria: fotodocumentalismo de Jorge Acevedo Mendoza”.

Mario Camarena Ocampo

Una familia, muchas memorias

Mario Camarena Ocampo*

Lourdes Villafuerte García**

Resumen

El artículo reflexiona una de las múltiples preocupaciones que surgieron durante el proceso conocido como “pandemia de covid-19”, una preocupación particular en miembros de determinada generación, anclada al miedo ante el roce continuo con la muerte, y con ella, la posibilidad de dejar los pendientes en desorden, entre ellos, la memoria familiar, su resguardo y continuidad en las futuras generaciones; todo ello da contexto para reflexionar sobre la memoria familiar, el relato y la oralidad; cómo enfrentar el desafío de los silencios y secretos, las heridas, incomprendimientos y rupturas que representan una suerte de rompecabezas para los autores, que el tiempo inexorable urge a descifrar para heredar su propia memoria en este armado continuo de una memoria familiar. Metodológicamente, las preguntas y el recurrir a fuentes fotográficas y documentales fomentan el recuerdo, en un tratamiento particular de la oralidad de cada miembro, en este caso particular, los hermanos de la familia Camarena Ocampo; el tratamiento fue organizado a través de reuniones mediadas por las plataformas virtuales, que se potenciaron durante la emergencia sanitaria y propiciaron la aparición de asuntos no sólo familiares, sino relativos a la educación, la religión, la sexualidad, lo laboral y lo político. El recuerdo de cada hermano se funda en momentos particulares del proceso de vida de los padres, por lo que aparecen lagunas, disputas, aparentes contradicciones, *experiencias* y roles distintos a cerca de un mismo núcleo familiar.

Palabras clave: Memorias, relato, silencio, comunidad, familia.

Abstract

The article reflects on one of the many concerns that arose during the process known as the “covid-19 pandemic,” a concern particularly present among members of a certain generation, rooted in the fear brought about by continuous contact with death and, with it, the possibility of leaving unfinished matters in disarray—among them, family memory, its preservation, and its continuity in future generations. All of this provides a context for reflecting on family memory, narrative, and orality; on how to face the challenge posed by silences and secrets, wounds, misunderstandings, and ruptures that represent a kind of puzzle for the authors, which inexorable time urges them to decipher in order to bequeath their own memory within this ongoing construction of a family memory. Methodologically, the use of questions and the consultation of photographic and documentary sources foster remembrance, through a particular treatment of each member’s orality—in this

specific case, the siblings of the Camarena Ocampo family. This process was organized through meetings mediated by virtual platforms, which were intensified during the health emergency and encouraged the emergence of issues not only related to family life, but also to education, religion, sexuality, work, and politics. Each sibling's recollections are grounded in particular moments of the parents' life process, which gives rise to gaps, disputes, apparent contradictions, and differing experiences and roles regarding the same family nucleus.

Keywords: memories, narrative, silence, community, family.

Corría el año 2022; estábamos en medio de la pandemia de Covid-19 que azotó el mundo, causándole el mayor temor que jamás haya tenido. Estuvimos temerosos y encerrados para evitar el contagio. No se conocía mucho de la enfermedad, y fue hasta la Nochebuena de 2020 cuando se comenzó una amplia campaña de vacunación. Existía un gran temor, pues nuestras vidas estaban en riesgo, en primer lugar, por ser viejos y por nuestras enfermedades crónicas. Había un riesgo más: los viejos somos los custodios de la memoria familiar, por lo que nuestros recuerdos estaban en peligro de desaparecer junto con nosotros, pues hay una comunicación deficiente —y a veces es nula— con los jóvenes. Durante tres años (2020–2023) la comunicación con nuestros seres queridos fue por medio de la tecnología (videollamadas, plataformas de comunicación por audio y video, sin prescindir de las llamadas telefónicas de voz).

Permeados de esos temores, acariciamos nuestros recuerdos, pensamos en los legados de memoria para nuestros hijos y nietos que no hemos hecho; nos precipitamos hacia nuestros recuerdos, a veces los encontramos nítidos, otras topándonos apenas con sombras; a veces encontramos momentos específicos y otras con un cúmulo desordenado. Hay tanto que recordar, tanto que explicar, tanto que revivir, tanto que platicar. En tanto somos memoria, nunca como entonces hemos tenido tanta urgencia de poner en palabras nuestros recuerdos para entender lo que hemos vivido, para entender cómo sobrevivimos a la pandemia, para congratularnos de que las secuelas de ésta no afectaron nuestra capacidad para recordar. Lo que más nos importaba era nuestra memoria familiar y la historia que vamos a legar a nuestros hijos y nietos.

¿Qué es la memoria? Según la introducción de Ricard Vinyes Ribas, la memoria es “una imagen contemporánea del pasado”; es decir, el fenómeno de la memoria es una construcción hecha desde el presente; por otra parte “la memoria no viene, a la memoria se va”; se trata de un acto de voluntad y de una necesidad imprescindible para la vida comunitaria; pero tal acto consiste en elegir ciertos momentos de un proceso con el fin de armar un discurso que hay que contar a alguien. Estos recuerdos pueden ser experiencias vividas, transferidas o adquiridas, y la elección de ellos es, en buena medida, algo acordado o negociado, a veces con uno mismo. Otra característica que Vinyes señala es su apariencia de verdad y de perpetuidad, pero también su carácter mutable; además, la memoria no inventa, pero sí construye con base en significados sociales y culturales, igualmente mutables. Por otro lado, la memoria, con estas características puede convertirse en “verdad, incluso en la única

verdad tolerable. O tolerada. O impuesta”. Termina preguntando “qué concertar y con quién. Y para qué”.¹

Tanto la memoria como el relato que surge de ella son mutables; mejor aún, son dinámicos. El sujeto que relata va a su memoria y regresa al presente con un relato. ¿Se trata de otro relato? De alguna manera el relato cambia, en razón de las características de la oralidad, pero mantiene una estructura; los cambios tienen como fondo una construcción social, en palabras de Ricard Vinyes: “crecen en ella y son la expresión cultural, simbólica y narrativa —es decir, política— de una coyuntura”.² Nosotros agregamos, que una narración que se cuenta muchas veces, cambia en razón de aquello que se quiere enfatizar, de lo que el narrador está viviendo y de la época de la vida en la cual está, además de lo que se quiere transmitir a quien lo escucha.

Para que una comunidad sea, se necesita la memoria, un relato en el cual anclarse, con el cual identificarse, donde el origen de la comunidad es un momento señero. La familia es una comunidad con la que uno se identifica; los elementos de identidad pueden ser muy variados: una casa, la figura de los padres, las fiestas familiares, etcétera. Para los ocho hermanos Camarena, la unión de sus padres es el relato de origen.

Durante la pandemia vimos la necesidad de reflexionar acerca de la memoria de la familia, para ello invitamos a los ocho hermanos a una reunión semanal por la plataforma Zoom, donde cada uno contaría sus recuerdos acerca de la familia. En el primer encuentro, todos los hermanos recordaron una frase de sus padres: “Lo único que podemos dejarles como herencia es la educación, para que sean alguien en la vida, para que tengan una manera de ganarse la vida”, lo asombroso es que todos la recordaban casi con las mismas palabras. En otras ocasiones, además de mencionar la educación mencionaban la memoria: los padres transmitían a sus hijos un gran orgullo por el pasado de la familia, orgullo que incluía ciertos episodios ligados a la historia nacional en los que habían participado, tales como la Revolución mexicana, la Cristiada, la Segunda Guerra Mundial; el hecho de haber conocido y servido junto con personajes de la historia de México, como Lázaro Cárdenas —de cuyo Estado Mayor fue miembro Porfirio Camarena y a quien iba a acompañar para defender Cuba de la invasión estadounidense—, Vicente Lombardo Toledano, Miguel Henríquez Guzmán, con quien el propio Porfirio y su concullo Pedro Torres Ortiz tuvieron una destacada actuación política en la zona del Pacífico. Este relato adquirió el estatuto de herencia simbólica incuestionable para los hermanos Camarena.

Al abordar el relato de origen de la familia que es el matrimonio de nuestros padres, comenzaron a salir diversos matices, en razón de que cada uno de los hermanos tuvimos una versión con ligeras diferencias; si bien el relato parecía ser el mismo, los detalles daban cuenta de un discurso en segundo plano que algunos de los hermanos desconocían.

Las fuentes de la memoria familiar

Al proponerse los hermanos Camarena reconstruir su memoria familiar, surgió de inmediato la idea de trabajar con documentos, en razón de que se cree que son precisos. Por una parte, existe un archivo familiar, bastante ordenado, que la madre

—Olivia Ocampo— había formado y guardado, donde se encuentran documentos oficiales (actas de nacimiento y de matrimonio, pasaportes, credenciales, boletas de calificaciones), cartas privadas, bolos de bautismo, letras de pago, etcétera. Existe también un abundante material fotográfico, pues doña Oli procuraba que se documentaran con fotografías los eventos familiares; así, existen 22 álbumes fotográficos y un abundante acervo de fotografías en transparencia. Cada uno de los hermanos poseen fotografías.

Los archivos familiares documentales y los objetos, por lo general, se les hereda a las hijas de la familia; en este caso, el legado se hizo a un hijo varón perteneciente a la última generación de ocho hermanos, en razón de haber sido el hijo que más convivió con sus padres, por lo cual se convirtió en el depositario de la memoria familiar y, por lo tanto, en una autoridad de la misma. En ocasiones (como esta), el memorioso de la familia se convierte en una suerte de institución, por su capacidad de aglutinar a los miembros de la familia y comunicarse con ellos. Todo lo anterior se refiere a fuentes documentales, pero también existen de manera muy vívida los recuerdos de los ocho hermanos.

Nos enfrentamos entonces con el primer problema: se tiende a pensar que la memoria de una familia es homogénea y no es así, pues en cada una de aquellas formada por padres e hijos que suman diez personas, ciertas situaciones y la participación de ciertas personas se vivieron, se recuerdan y se cuentan de manera diferente, por lo que el discurso acerca de la familia es heterogéneo. Segundo problema: a mediados del pasado siglo, era una tradición la prevalencia de los hermanos mayores sobre los menores, y la de los hermanos varones sobre las mujeres, entonces, hubo que acordar que esas costumbres debían ser obviadas y que los recuerdos de todos y cada uno, con sus propias características, era válido y debía ser respetado por todos, sin importar la edad; si bien el acuerdo se cumplió, es muy claro que la diferencia en la percepción de los padres depende de la generación a la que pertenecen cada uno de los hijos. Volveremos sobre este asunto más adelante. Un tercer problema es la creencia de que algunos de los hijos tenían alguna preferencia para recibir los legados de la memoria de alguno de los padres, lo cual es notorio cuando alguien argumenta: “A mí me lo dijo mi mamá o mi papá”, en el entendido de que no se lo expresó a los demás, por alguna razón, pero en el curso de las pláticas, se descubrió que los padres hicieron legados de memoria a cada uno de los hijos, sin excepción.

En este punto, hay que señalar dos aspectos: por una parte, se hizo evidente que los padres escogían los relatos que heredaron a cada uno de sus hijos con base en la percepción que tenían de ellos; por otra, la percepción que los hijos tenían de los legados de memoria de sus padres corresponde con su propia personalidad; así, ciertos relatos se interpretan diferente por parte de una hermana, en contraste con la percepción de un hermano varón, sin descontar la generación a la cual pertenecen.

Intento de cronología de la memoria familiar

Algunos hermanos intentaron hacer cronologías con base en la documentación, pero se encontró que los documentos no eran precisos; por ejemplo, en el caso del

padre, Porfirio Camarena, aparecieron varias actas de nacimiento (era evidente que algunas eran falsas), sin saber el porqué. En razón de estas discrepancias, los hermanos partidarios de la memoria con base documental tuvieron que aceptar otras opciones. Es en este punto que toma fuerza la validez de los recuerdos de cada uno de ellos, y en muchas ocasiones tanto la documentación, como el material gráfico y los objetos dan lugar a recordar y poner en discurso diversos episodios familiares.

Como dijimos arriba, la memoria familiar es heterogénea, y el asunto de los puntos de vista diferentes es más complejo de lo que todos creímos, pues además de los puntos de vista de varias personas, hay otros elementos para tomar en cuenta: a cada hijo de una familia grande le tocan padres que estuvieron en diferentes etapas de la vida. A los hermanos mayores les tocan padres jóvenes y a los menores les tocan padres viejos; otro elemento es la posición que tiene cada hijo en la familia: la posición de género; es decir, si quien recuerda es hombre o mujer, pues los recuerdos se estructuran de diferente manera; por otra parte, el primogénito tenía, hasta hace poco tiempo, una posición de prevalencia y ciertos privilegios sobre sus hermanos, lo cual pasaba también, aunque con diferencias, con el ultimogénito. Por todo ello, cada uno organiza sus recuerdos en función de esa posición. Hemos observado que el primogénito cree que lo que él vivió lo vivieron todos, y el ultimogénito cree que lo que él vivió no lo vivió nadie; más aún, no suele percibirse que en los hijos de una familia grande hay diferentes generaciones y, por lo tanto, diferentes vivencias y recuerdos.

La memoria familiar, pues, no es una suma de memorias, sino que son diferentes puntos de vista donde se revela una gran complejidad. Al percibir esta característica multigeneracional entre los hermanos termina por percibirse, al mismo tiempo, una gran riqueza, por ello, todos los involucrados retoman partes de los recuerdos de sus hermanos —lo que implica una elección—, con lo cual la memoria se percibe como dialéctica y dinámica; en tanto el participante retoma recuerdos de otro y los hace suyos, situación que opera en todos. Como en todo fenómeno de memoria, hay diversas memorias, hay memoria hegemónica y hay una lucha de memorias. Así, en una comunidad, ya sea grande o pequeña, como es la familia, hay varias memorias que, a menudo, entran también en conflicto.

Por otra parte, el fenómeno de la memoria trae consigo el olvido; ¿qué entendemos por olvido? La memoria es la elección de lo que se recuerda para contarlo a alguien que escuche; el olvido, más que ser lo que escapa a la memoria, es aquello que se elige callar; es decir, en lo que se refiere a la memoria, el olvido se manifiesta como silencio. El hecho de guardar silencio acerca de ciertos eventos tiene el objetivo de resguardar un ámbito de intimidad en la unión familiar, el concepto de intimidad implica aquello que otros, fuera de la familia, no tiene por qué conocer. Lo cual se lleva a cabo mediante un pacto implícito de silencio.

La memoria de las comunidades sociales, entre ellas la familia, elige recordar lo que le da cohesión y elige callar lo que denota conflictos internos; de manera similar, en las familias hay episodios que, por alguna razón, son valorados por sus miembros como negativos y acerca de los cuales se elige callar. Temas como enfermedades mentales, adicciones, relaciones extramatrimoniales, impago de deudas a familiares, robos, etcétera; aquellos temas que pueden ser dolorosos, vergonzantes o ser

causa de conflicto, los miembros de la familia, sin ponerse de acuerdo, celebran un pacto de silencio.³ La complejidad de tal asunto no nos permite abordarlo a fondo en este artículo; sin embargo, es importante plantear el problema. La pregunta es: dada la plasticidad del fenómeno de la memoria/discurso y del olvido/silencio, ¿hay cambios en la memoria y en el olvido a través de las etapas de vida de una familia? Es posible que ambos aspectos tengan variaciones, pero que guarden una cierta estructura.

La narración del relato familiar, y aquello que se escoge para contar y lo que se escoge para silenciar, va de acuerdo con los aspectos culturales de la época, tanto de lo que se recuerda como escenario del momento en que un evento sucedió, como el contexto dentro del cual se cuenta. Así, en cierta etapa de la vida familiar se percibe a este grupo viviendo de acuerdo con el modelo cultural predominante a mediados del siglo XX; es decir, la familia nuclear, también llamada tradicional.⁴ Con el paso del tiempo, y al acceder a otras etapas de la vida, como la madurez y más tarde la vejez, se matiza la percepción de la familia, la cual pasa de “familia ideal” a “familia real” al recordar, hablar y evaluar los claroscuros de la historia familiar; es decir, se habla de lo que antes no se hablaba, como la existencia de hijos habidos por el padre fuera del matrimonio o el hecho de haber vengado el asesinato del abuelo, de acuerdo con los parámetros del México posrevolucionario. El hecho de verbalizar y analizar el contexto de ciertos aspectos negativos sucedidos en la familia tiene un aspecto sanador. Parece ser un fenómeno general que las personas en distintos ámbitos y grupos sociales tienen un discurso que es un imaginario de la familia; es decir, una imagen un tanto ilusoria de una familia amorosa, armoniosa, unida, feliz, donde quedan fuera los claroscuros que hemos mencionado. Es posible que esa actitud social sea en razón del gran valor simbólico que tiene la familia en México en los años setenta y en nuestra sociedad.

El relato fundacional: el matrimonio

En el curso de las reuniones de los ocho hermanos Camarena, se percataron de que el relato que ellos valoraban como origen de la familia era el matrimonio de sus padres; además, la historia familiar apenas toca a los abuelos, de quienes se ignora casi todo, de tal manera que el relato es realmente corto, aunque emotivo. Por otro lado, la memoria de la boda que comparten todos ellos proviene, más que nada, de la memoria de la madre, pues el padre sólo contó algo de su boda, cuando Olivia ya había fallecido. Desde luego, ninguno de los hermanos lo vivió, pero la forma que toma el relato de este evento es profundamente vívida.

Las circunstancias que rodearon el matrimonio de los padres, Porfirio Camarena Sánchez y Olivia Ocampo Béraud, marcaron las características de la familia que fundaron.⁵ Porfirio Camarena, siendo adolescente, fue impulsado por su madre, Rosenda, a vengar el asesinato de su padre, llamado José Concepción; hecho muy usual en la etapa posrevolucionaria, así como el hecho de que, al morir el padre, el joven Porfirio se convirtiera en “el hombre de la casa”, quedando a cargo de su madre y sus hermanos, Felipe y Alfonso.

Olivia Ocampo pierde a su madre Concepción Béraud a los 16 años de edad, debido a un cáncer el 27 de octubre de 1934; al acceder Reynaldo, el padre, a un nuevo matrimonio, los hermanos Ocampo (Manuel, Laura, Teresa, Olivia, Concepción y Reynaldo) quedaron solos; aunado a ello, había en la joven Olivia un resentimiento hacia su padre, pues consideraba que no atendió adecuadamente a la madre cuando enfermó.⁶ Entonces, ambos padres, tanto Porfirio como Olivia, vivieron la experiencia de la orfandad, aunque cada uno de ellos la elaboró de diferente manera.

Según diversas conversaciones entre Porfirio Camarena Sánchez y su yerno Rolando Loubet, el primero le contó que, habiendo perdido muy pronto a su padre, había encontrado en la pertenencia al ejército una especie de paternidad que suplió la ausencia de su padre; quien había muerto, cumpliendo con su deber como parte del Ejército mexicano, durante los primeros años de la Guerra cristera, por lo que su viuda, doña Rosenda, recibía una pensión.

Por otro lado, en algún momento, antes o después de la contienda de 1939–1945, se constituyó el Grupo Segunda Guerra Mundial, formado por aquellos que estuvieron enlistados en Ensenada para repeler la posible invasión japonesa; la inminencia de que tal invasión sucediera en cualquier momento provocó que este grupo se constituyera en una hermandad con lazos muy fuertes, de tal manera que todos sus miembros se ayudaban entre sí en caso de necesidad, y tenían encuentros periódicamente. El sentido fraterno de este grupo se convirtió, para Porfirio, en la familia que había perdido.⁷

Para Olivia, sus hermanas mayores y una fiel sirvienta llamada Trinidad López, cumplieron el papel de madres sustitutas —según recuerda Christian Torres Ortiz Ocampo, primo hermano de los Camarena—; la señora Trinidad había trabajado con los abuelos Concepción y Reynaldo desde que los hermanos Ocampo eran niños. Al morir su madre quedaron al cuidado de ella, quien permaneció a su lado hasta que muere. La lealtad y su función de cuidar a la familia de su señora difunta le ganó el cariño de tres generaciones de la familia Ocampo.

Los futuros novios se conocieron en la ciudad de Colima, donde doña Rosenda Sánchez captaba algunos ingresos poniendo inyecciones; las jóvenes Ocampo acudían a ella para los tratamientos que implicaban aplicar esta forma de medicación. Alfonso, el hermano menor de Porfirio, era amigo de Olivia, quien le presentó a su hermano en el transcurso de una visita a su familia. Porfirio era militar con el grado de subteniente asignado a Ensenada, Baja California, desempeñándose en inteligencia militar (aunque aparecía como enfermero). Siendo hijo de un proveedor de armas a las fuerzas de Francisco Villa, Porfirio tenía una conciencia sumamente nacionalista —y antiestadounidense— que permea su vida, lo cual legó a sus hijos. La futura novia, con el nuevo casamiento de su padre, trabaja arduamente junto con sus hermanos en diversos negocios, como una lechería y cremería, así como en el pequeño comercio.

Hacia 1940 comenzaron su noviazgo, la mayor parte del tiempo se comunicaban intercambiando cartas y viéndose sólo en dos ocasiones, una de ellas en Guadalajara y la otra en la ciudad de México, ella siempre acompañada por un familiar. Según las normas de la época, Olivia le puso normas a Porfirio para entablar noviazgo, que consistía en no dejar dudas de su recato como señorita decente; mismas que eran

ignoradas por Porfirio, quien trataba de que ella rompiera las reglas; así, el noviazgo se convirtió en un tirar de la cuerda, una para conservar su fama y el otro para que ella dejara atrás las normas de la sociedad colimense.

En cuanto a la correspondencia intercambiada por los novios, sólo se conservan las cartas de Porfirio, pero no las de Olivia, debido a que ella conservó las recibidas perfectamente ordenadas. Las cartas reflejan muy bien la situación que estaban viviendo; en ellas el novio suele hacer insistentes reclamos a su amada porque no acude a Ensenada a verlo; por otro lado, las noticias acerca de sí mismo son muy escasas, de tal manera que, en realidad, se conocen muy poco; a continuación, va un fragmento de carta:

Yo hice cuanto pude por ir a verte, pero me fue imposible conseguir permiso.

Tú me conoces muy bien, me conoces por materialista y no por ilusionista; comprende que el mundo en que vivimos está constantemente evolucionando y en esa evolución entra el sentimiento del siglo pasado, que actualmente ha variado mucho. La distancia sí quiere decir mucho, pues es simplemente lo que nos ha impedido unirnos.

No creas que estoy sentido contigo porque no hayas venido, no te culpo en nada, puede ser que el destino quiera que siempre vivamos solteros. Hay ratos que envidio a mis compañeros, no sé cómo se las han arreglado para que sus novias vengan hasta esta capital. Creo que los padres de esas muchachas deben de haber dejado lo anticuado para proporcionarles a sus hijas una situación que nunca podrían ellos darles y que también de muchachos vuscaron. [sic]

Tú sabes muy bien que cuando se llega a determinada edad, se vusca [sic] una compañera buena; hay ocasiones en que el cariño viene después de la unión, pero aún sin cariño existe lealtad. Yo considero que la lealtad de los conyugues es por la moral de los mismos y no porque lo manden determinadas leyes, leyes que fueron hechas por hombres, hombres que pueden haber sido inmorales.⁸

Los enamorados acordaron casarse, pero se toparon con la oposición de doña Rosenda y don Reynaldo; la primera escribió una carta a su hijo instándolo a que no se casase con Olivia. Por su parte, Reynaldo se oponía a que su hija se fuera a vivir tan lejos; además, consideraba muy negativa la vida en Ensenada, pues había trabajado en la aduana y la vida en esa zona fronteriza era de mucha pobreza y vicio.⁹

Los jóvenes resistieron con valentía los embates de sus padres para finalmente casarse en junio de 1945, tanto por lo civil como por la Iglesia. El padre de la novia nunca se allanó, se negó a ir a la boda civil y religiosa de su hija, y a entregarla en el altar, además de que la desheredó. Da testimonio de ello la foto nupcial a la salida de la iglesia, donde aparecen los novios y algunos pocos acompañantes, sin la presencia de don Reynaldo. Esta descripción corresponde a lo que atestiguan los documentos

oficiales y la foto de la boda; sin embargo, en la narración que Olivia Ocampo contó a sus hijos, ella insistía en la férrea oposición tanto de su padre como de su suegra. Llama la atención que, en la copia del acta de matrimonio, obtenida en 1977, dice que don Reynaldo Ocampo estuvo presente y dio consentimiento para que su hija se casara; sin embargo, la memoria de quienes estuvieron en ambas bodas afirman que el padre de la novia no estuvo.

Hay que señalar que, tradicionalmente, los recién casados permanecían en su lugar de origen, cerca de sus padres o, incluso, en casa de alguno de ellos; pero los nuevos esposos, el mismo día de su boda religiosa, se marcharon a Ensenada, dejando atrás a sus padres y la tradición. Parte importante de la historia de esta boda es que tuvo lugar a las seis de la mañana porque los novios debían partir en el tren de las ocho rumbo a Ensenada, debido a que era urgente salir de Colima para escapar de las represalias del padre de la novia. ¿Por qué esta oposición? Suponemos que a Reynaldo Ocampo, quien no era partidario de la Revolución mexicana, no le gustó que su hija quisiera casarse con el hijo del armero de Villa. Además, el suegro de Porfirio Camarena era terrateniente en Colima y detestaba la reforma agraria, pues varias de sus propiedades fueron expropiadas, y siendo el novio de su hija integrante del ejército del gobierno emanado de la Revolución que abominaba, al cual consideraba una carga, dio como resultado una relación entre suegro y yerno muy ríspida, cuando no inexistente.

Otro de los efectos a largo plazo fue que los hermanos Camarena Ocampo prácticamente carecieron de la generalmente amable imagen de los abuelos, pues ninguno de los padres transmitió memoria alguna de ellos. De la parte paterna, aunque todos conocieron a la abuela Rosenda, vivieron en carne propia su rudo carácter; también sabían que la señora desaprobaba a su nuera, y dado el profundo cariño que tenían por su madre, los hermanos se mantenían a distancia de la abuela, actitud que compartía el propio Porfirio. La imagen del abuelo Concepción es la de un hombre asesinado; de la parte materna, el recuerdo de Concepción Béraud fue la de una mujer que murió de cáncer siendo muy joven, incluso los Camarena ignoran las circunstancias de la emigración de los Béraud de Francia a México, escasamente saben que la familia proviene de la región alsaciana. Del abuelo Reynaldo, sólo se tiene referencia de su férrea oposición a la boda de su hija y la consiguiente desheredación. En razón de esto, la memoria familiar no va mucho más allá de sus padres.

La ruptura de Porfirio y Olivia con sus padres, resulta relevante ahora, pues sus descendientes se hacen conscientes de la cortedad de su memoria familiar, lo cual tratan de reconstruir de manera consciente, sin conseguirlo; no obstante, las figuras afectivas de abuelos —junto con la memoria— las asumieron sus tíos, tanto es así que el mote de la tía Laura era “Abuelita” y al tío Reynaldo le llamaban “Father”.

Circulan entre los hermanos Camarena Ocampo dos versiones del matrimonio de sus padres: la primera arroja una imagen romántica donde dos personas que se aman lucharon férreamente por su opción amorosa, arrostrando la oposición de sus padres, la ausencia de éstos en su boda y la desheredación de Olivia por parte de su padre. La otra versión es menos romántica, pues interviene el pragmatismo de parte del novio. Según esta versión, Porfirio Camarena había tenido una relación con una mujer casada en Ensenada, razón por la cual estaba amenazado, no se sabe por quién. La

solución para escapar al cumplimiento de tales amenazas, que tampoco sabemos en qué consistían, fue regresar a Ensenada casado; razón por la cual Porfirio apresuró su boda en la madrugada para regresar a tiempo a su puesto. Uno de los hermanos refirió que Porfirio afirmaba que se había casado porque sus futuras cuñadas, Teresa y Concepción, lo habían embrujado.

Antes de su boda, Olivia Ocampo ya había experimentado de alguna forma la maternidad, pues, como es frecuente en las familias, las hijas ayudan en la crianza de sus hermanos menores; en este caso, al fallecer la madre y volver a casarse el padre casi de inmediato con una mujer llamada Rosa, las hermanas Ocampo quedaron a cargo de la crianza de sus hermanos menores Concepción y Reynaldo; mientras que Manuel, el hermano mayor, se fue a Francia con el fin de estudiar medicina. Pero su labor de madres sustitutas continuó con sus medios hermanos: María del Carmen y Maclovio; con el tiempo, Olivia también ayudó a criar a su sobrina Martha Ramírez Ocampo, hija de su hermana Laura. Para Olivia, la solidaridad en el cuidado de los niños fue muy importante y lo practicó toda su vida, pues crió y cuidó a sus ocho hijos y a su nieto Alfonso; su ejercicio como abuela dejó un recuerdo muy amoroso entre sus nietos.

Podemos ver que la ruptura entre Olivia Ocampo y Porfirio Camarena con sus respectivos padres y su salida inmediata de Colima los llevó a un desarraigo que tiene algunos matices: Porfirio quedó marcado por el terrible hecho de la venganza, razón por la cual no encuentra en Jalisco una tierra a la cual volver, y durante buena parte de su vida se movió de lugar constantemente, sin arraigarse en ningún sitio. Olivia vivió siempre en Colima, hasta que se casó; si bien abandonó su tierra para seguir a su esposo, con el tiempo reconstruyó su relación con Colima, tanto que decidió que sus hijos nacieran ahí y sean colimenses, pero no reconstruyó su relación con su padre, sino que volvió a sus hermanos. Los recuerdos de infancia de los ocho hermanos Camarena respecto de Colima es la relación con sus tíos y sus primos, con quienes pasaban las vacaciones de verano y, en contraste, no tienen ningún recuerdo ni interés por el pueblo de su padre. La pareja tiene un concepto muy diferente del arraigo a su tierra, lo cual es notorio en su correspondencia de novios, donde Porfirio reclamaba a Olivia su apego a su ciudad natal, pues él no lo tuvo para su pueblo de origen.

Como suele pasar, la vida de pareja era difícil para Porfirio y Olivia en Ensenada. Hay una versión de que la joven esposa se enteró de la solución pragmática de su esposo a las amenazas que recibía y que por ellas se afanó en retornar a Baja California con una esposa como escudo, razón por la cual quiso separarse, pero al volver a Colima, su padre la envió de regreso con su marido, a lo cual se aviene Olivia, y al aparecer los hijos, a quienes dedicó su vida. La imagen que los hermanos Camarena tienen de su padre es la de una persona hermética, que casi no platicaba. Esta actitud es explicable en razón del trabajo que desempeñaba en el ejército, pues sus labores de inteligencia no le permitían hablar de su trabajo, lo que también implicaba no poner en peligro a su familia. Sólo al retirarse cambió de actitud, abriéndose a contar a sus hijos y a su yerno Rolando diversos detalles de su vida, incluso de su vida íntima.

Los hermanos Camarena: visiones de familia

En toda familia hay una memoria que se relata; mejor dicho, un conjunto de memorias de las cuales existe un relato. En el caso que estamos tratando, ante la preeminencia de los padres, su memoria y el relato de ésta se convierte en hegemónica —si bien cada persona de la familia tiene una percepción de esa narración—, pero en general se le acepta sin reparos. Al fallecer los padres, emerge la memoria de cada uno de los hermanos, donde algunas versiones o percepciones tratan de imponerse, es entonces que tiene lugar una disputa por la memoria. Para ese momento, los hijos de Porfirio y Olivia ya tienen sus propias familias, entre las cuales comienza a circular el relato con los matices propios de cada uno de ellos, comenzando, así, nuevos ciclos de relato familiar.

La familia de Olivia y Porfirio comienza a formar una memoria del nacimiento de sus hijos, cuyas fechas marcan el calendario familiar. Con los nacimientos vienen los bautizos, y con ello se forman parentescos espirituales que significan la adhesión de nuevos miembros a la familia. Los cumpleaños, tanto de los padres como de los hijos, dan lugar a una fiesta familiar. Las fechas de nacimiento de los hermanos Camarena son:

Porfirio: 15 de marzo de 1950
Ricardo: 1 de diciembre de 1951
Cuauhtémoc: 17 de abril de 1953
Milagros: 6 de noviembre de 1954
Mario: 7 de septiembre de 1956
Grace: 29 de diciembre de 1957
Manuel: 17 de abril de 1961
Eugenio: 1 de enero de 1963

Otras fechas importantes que marcan momentos de reunión familiar son las fiestas navideñas: Nochebuena, Navidad, Nochevieja y Año Nuevo.

En las sesiones de Zoom que tuvieron lugar durante la pandemia, cada uno de los ocho hermanos Camarena, inició su discurso enunciando su nacimiento y lo que sus padres les contaron acerca de ello. Con la escucha constante y la reflexión a propósito de estos recuerdos, encontramos que la manera de estructurar el discurso y los valores que se realizaban dependían de la posición de cada uno de los narradores en la familia, donde descubrimos, cuando menos, dos generaciones. A los hermanos mayores —Porfirio, Ricardo, Cuauhtémoc y Milagros— les tocaron padres jóvenes y vigorosos, mientras que a los más chicos —Mario, Grace, Manuel y Eugenio— les tocaron padres ya mayores. Otra diferencia es que a los hermanos mayores les tocó una época de bonanza económica y a los chicos la de “vacas flacas”; la primera generación veía un padre con buenos negocios, dinero y poder, pues vivieron la época en que el padre tuvo mucha actividad política, dado que fue diputado suplente en el Congreso de la Unión y se codeaba entonces con personajes poderosos. La segunda generación vio a su padre perder sus negocios, su dinero, en fin, sus bienes, y salir huyendo

a la sierra norte de Puebla, y después a la ciudad de México, donde tuvieron que ayudar, siendo niños, a sostener el hogar. Los recuerdos de los hermanos mayores están muy ligados a la figura del padre como hombre rico y poderoso, mientras que la figura dominante entre los hermanos menores es la de la madre, como una mujer devota y entregada a sus hijos. Manuel Camarena afirma que cada hijo tuvo unos padres diferentes. Lo cierto es que la religiosidad de Olivia Ocampo logró transmitirla a sus hijos, en quienes influyó para que participaran en grupos católicos, donde encontraron espacios para socializar y relaciones que con el tiempo influyeron de una manera u otra.

A la primera generación de hijos les tocó una época en la que la familia se movía mucho de lugar debido a los negocios de Porfirio, lo cual se matiza porque existe la convicción entre los hermanos de que su padre, a pesar de haber causado baja en el Ejército, seguía trabajando en servicios de inteligencia. Algunos de los lugares en los que vivieron fueron: Cihuatlán, Jalisco; Manzanillo, Colima; Morelia, Michoacán, Tlapacoya, Veracruz; Teziutlán, Puebla. Finalmente, en 1969 recalán en la ciudad de México, donde se asientan definitivamente a instancias de Olivia, quien quería una estabilidad para sus hijos; la adquisición de una vivienda propia se logra hasta 1980, también por insistencia de la madre.

Esa continua movilidad le da a la familia Camarena Ocampo un carácter de itinerante, lo cual se nota en los relatos de cada uno de los hermanos, pues al comenzar a narrar sus recuerdos, comienzan con su nacimiento y la referencia del lugar en el que vivían en ese momento, a pesar de que Olivia procuraba parir a sus hijos en Colima. Algunos de los hermanos sienten que no tienen arraigo a un lugar, sino a su familia, sin importar dónde esté. Si bien Colima es un lugar de referencia, lo es más por el recuerdo de sus tíos y sus primos que por el lugar mismo.

Los miembros de la segunda generación, aunque tienen recuerdos de alguno de los lugares mencionados donde vivieron, recuerdan la vida en la ciudad de México; en parte por lo duro que fue haber caído en la pobreza, ante lo cual los hermanos más jóvenes centran sus recuerdos en que tuvieron la necesidad de trabajar para contribuir a mantener el hogar siendo niños. Mario y Manuel trabajaban como “cerillos” en un supermercado teniendo doce y nueve años de edad, respectivamente; Grace, trabajó en una tienda de ropa a los 16 o 17 años. En esta época, la familia Camarena Ocampo recibió la solidaridad de varios parientes, como su prima Martha Ramírez Ocampo y su amiga Matilde Delumeau, su tía María del Carmen Ocampo y su esposo Daniel Galván. En algunas épocas de muchas carencias, Manuel y Grace fueron enviados a vivir con sus tías Concha y Laura, quienes recibieron a sus sobrinos de manera solidaria.

Cuando cada uno de los hermanos se preguntaron lo que entendían por familia, algunos tomaron el concepto más obvio: la familia consanguínea nuclear, pero otros tenían un concepto más amplio, pues incluían a quienes los habían ayudado o con quienes habían convivido, sobre todo en momentos de crisis. Estas variables introducen algunos matices: uno de los hermanos dijo que reconocía como hermanos a sus primos por haber convivido con ellos durante las estancias con sus tías de Guadalajara; por otra parte, apenas conocía a sus propios hermanos mayores debido a que no convivió mucho con ellos. Los hermanos de la segunda generación reconocen

a su prima Martha Ramírez como una hermana por su solidaria presencia en la crisis que pasaron en los años setenta.

Salida de la casa paterna

Como puede verse, los miembros de la familia Camarena Ocampo, por lo general no estaban todos juntos; por una parte, Porfirio y Olivia vivían temporadas separados, por el trabajo del primero; en cuanto a los hijos, al iniciar sus estudios de bachillerato, se les mandaba a la ciudad de México a estudiar, por lo que los dos hijos mayores salieron de la casa de sus padres a los 15 o 16 años; en algunas ocasiones, como dijimos arriba, dos de los hijos de la segunda generación iban por temporadas a vivir a Guadalajara con sus tías. De hecho, quienes vivieron con sus padres de manera constante, hasta que se emanciparon, fueron Cuauhtémoc, Milagros, Mario y Eugenio.

Para los padres, el casamiento de los hijos significa la culminación de una tarea muy importante: la de haberlos criado dentro de ciertos valores muy apreciados para la familia, tales como la responsabilidad, la honradez, la capacidad para mantener y cuidar de los suyos. Al casarse un hijo, pasa a otra etapa de la vida, saliendo de su ámbito familiar originario para iniciar uno propio, con lo cual hay una modificación importante: si bien sigue formando parte de su grupo familiar, ya se le ubica aparte. La relación con sus padres ya es de adultos, y a medida que se incorporan paulatinamente a esa edad, comparten con sus hermanos los avatares de esa etapa. En cuanto a la memoria familiar, cada uno de los hijos, al formar su propio núcleo, forma también su propia memoria.

Las crisis en la familia Camarena Ocampo

Entendemos por *crisis* un momento coyuntural en el cual se modifican las condiciones prevalecientes, lo que provoca una incertidumbre acerca de la continuación, modificación o cese de una situación, ello genera cambios en distintos ámbitos tales como el ámbito político, social, económico o cultural de una comunidad; y la familia es una comunidad.¹⁰

La pareja de Porfirio Camarena y Olivia Ocampo tenía un acuerdo para funcionar: dado que Porfirio llevaba a cabo labores de inteligencia (y sus negocios), se ausentaba del hogar por temporadas más o menos largas; por lo que Olivia asumía la jefatura de la familia, realizaba la gobernanza de la casa en su papel de esposa, madre y ama de casa; y ante la ausencia del marido, administraba los recursos y ejercía la autoridad. En realidad, el padre de familia cumplía su papel de proveedor, pero casi nada más, pues era la madre quien estaba al pendiente de todo lo que se refería a la familia. Este estilo de vida era lo que la familia vivía como estabilidad, cuando éste se movía, se lo vivía como una crisis.

Recordemos que la familia se movía mucho, pues vivieron en varios estados del país en razón de la diversidad de negocios del padre y diversos cambios de trabajo; cada cambio de lugar significaba una crisis para la familia debido a que, a menudo, Porfirio Camarena tomaba partido en asuntos y grupos políticos; si éstos perdían sus

posiciones, también Porfirio perdía, y en algunas ocasiones lo perdía todo y debía salir del lugar con su familia.

Generalmente Porfirio y su familia lograban rehacerse; pero en 1969 la familia Camarena tuvo que abandonar Teziutlán, Puebla, para trasladarse a la ciudad de México; además sufrieron una merma importante en sus ingresos económicos y su estilo de vida se vio amenazado. Esta crisis es la que varios hermanos recuerdan como una de las peores que habían vivido, lo cual significó para ellos un gran sufrimiento.

Se reconoce en esta crisis una nueva etapa en la vida de la familia; en primer lugar, arribaron a la gran ciudad, lo cual es un cambio importante respecto del pueblo donde vivían; en segundo lugar, empobrecieron, por lo cual hubo un cambio de roles: el padre de familia no podía ser el único proveedor, por lo que los hijos tuvieron que buscar trabajo y participar en esa tarea; es entonces que la segunda generación de hermanos participó en la provisión de la familia: Mario y Manuel se convirtieron en empaques de supermercado (“cerillos”) y Grace era dependiente en una tienda de ropa, con lo cual hubo un cambio de papeles, pues cambian de estudiantes dependientes de sus padres a dedicar parte de su tiempo a trabajar para proveer. El padre consiguió trabajo al llegar a la ciudad de México, pero estaba endeudado, por lo que su aportación servía para pagar las deudas y la renta, lo que ganaban los niños se usaba para comer, y eso puso sobre sus hombros una gran responsabilidad.

Si bien la madre ya tenía una gran presencia, se fortaleció con la llegada a la ciudad de México, pues Porfirio siguió ausente y dedicado a su trabajo, mientras Olivia organizaba los recursos de la familia, con el concurso de otros parientes que entraron en escena para ayudar, como Martha Ramírez Ocampo y su amiga Matilde Delumeau. Pasada esa crisis, Olivia tomó la decisión de asentarse en la capital, promoviendo la compra de un departamento y resistiéndose a volver a la vida errante. Cuando Porfirio consiguió trabajo en Iguala y después en Acapulco, ella no quiso acompañarlo, por lo que él se fue solo, y veía a su familia los fines de semana.

Hacia 1980 se compró el departamento de la calle Heriberto Frías en la colonia del Valle, misma que se convirtió en el lugar emblemático de la familia. Aunque varios de los hermanos Camarena ya se habían emancipado, todos tenían la confianza de llegar al lugar, pues todos poseían una llave. La vida transcurría con normalidad: Olivia siempre estaba disponible, Porfirio generalmente estaba ausente y los hijos no emancipados habitaban la casa, con la presencia de Alfonso, primer nieto de la familia, quien estaba a cargo de Olivia. Grace, la madre del niño, había manifestado desde mediados de los años setenta una enfermedad mental que le impedía criar a su hijo. La crisis más grande esperaba a los hermanos Camarena, ésta llegó en 1988, con el fallecimiento de Olivia Ocampo.

Olivia tenía problemas de hipertensión arterial desde unos años antes, pero en agosto de 1988 sufrió un derrame cerebral que la puso en estado de coma, siendo atendida en el Hospital General, donde murió el 15 de agosto. Porfirio Camarena Sánchez devastado ante la pérdida de su esposa, quedó pasmado, por lo que los hijos más jóvenes se ocuparon del funeral. Posteriormente, al tratar de retomar la vida cotidiana, se notaron los efectos de la ausencia de quien era la cabeza de la familia y la organizadora de todos los aspectos de la vida familiar. Generalmente, continuar con esta importante tarea se encarga a las mujeres, pero no habiendo ninguna cerca, la tarea

la asumió Manuel, uno de los hijos más jóvenes. Él organizaría la casa y cuidaría de su sobrino Alfonso, con quien tomó el papel de padre; además, cuidó de su padre, ya jubilado. Por otra parte, es el depositario de la memoria familiar: archivos, fotos, películas, objetos, además de su propia memoria, en lo que procuraba seguir los pasos de su madre. Y de igual manera, estaría al pendiente de su hermana Grace.

Tras la muerte de Olivia comenzó una disputa entre los hermanos de la primera generación por el lugar de “jefe” de la familia, aun cuando el padre todavía estaba presente. En los años siguientes, Porfirio intentó vivir con algunos de sus hijos, pero terminó recalando en su casa de la colonia del Valle, donde vivió hasta su fallecimiento, acaecida el 30 de diciembre de 2000.

Con la muerte del padre de la familia termina el ciclo de los hermanos Camarena como hijos y, aunque tratan de tener una relación cercana, las disputas alrededor de los bienes y por la memoria familiar terminan por separarlos. Por otro lado, todos los hermanos ya tenían su propia familia; es decir, ya estaban en otra etapa de la vida, forjando sus propias memorias. Cada uno de los hermanos acaba por aceptar que la unidad familiar se desvanece con la desaparición de los padres; cada hermano se relaciona con quien le parece afín. Y la memoria, que creían única, se revela como múltiple, diversa y dinámica, pues no sólo depende de la multiplicidad de personas, sino de la manera de elaborar la memoria según la etapa de la vida.

Epílogo

En general, la memoria es algo muy importante para las familias, sean éstas grandes o pequeñas, en razón de que las personas tenemos la necesidad de pertenecer a algo, y esa pertenencia tiene su ancla en los recuerdos que una familia tiene de sí misma; es decir, la memoria y un relato aceptado otorgan identidad a un grupo de personas unidas por lazos afectivos muy profundos.

El relato de la historia familiar es, en realidad, un pacto que otorga identidad y cohesión; el pacto incluye aquello que se cuenta y lo que se olvida/silencia. Las personas recuerdan y narran (memoria/discurso) múltiples historias que dan la imagen de una familia bien avenida y feliz, más difícil es relatar aquello que los distancia, los enfrenta o los conflictúa; en ese sentido, nos topamos con una paradoja, pues el olvido/silencios es, finalmente, un discurso, es parte de la memoria. La pregunta es: ¿contribuye el olvido/silencios a la cohesión y sobrevivencia de una familia, de un grupo social?

La memoria que da identidad a un grupo social como la familia es una construcción de quienes le dan forma a sus recuerdos para forjar una historia que se cuenta; en tanto, construcción tiene muchos matices y aristas. En el caso que hemos narrado, las variaciones se dan en función, sobre todo, de la generación a la que pertenecen cada uno de los hermanos Camarena. Por otro lado, en la coyuntura de la pandemia de covid-19, la narración de sus historias y el hecho de ser todos ya mayores, contribuyó a una reflexión familiar acerca de la importancia de la memoria.

En otros trabajos, hemos planteado que no se puede hablar de memoria sino de memorias, lo que coincide con el fenómeno que se observa en el estudio de comunidades y pueblos, donde hay una batalla por la memoria y una de entre las múltiples memorias se convierte en hegemónica en un momento dado. La familia es la unidad social primordial, pero también es una comunidad doméstica, donde hay una batalla por la memoria familiar; de ahí la importancia de analizarla, pues contribuye a observar cómo las dinámicas familiares tienen cierto peso en otros ámbitos, en especial, el de la lucha por el poder.

* Profesor investigador de la Dirección de Estudios Históricos, INAH.

** Profesora investigadora de la Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Ricard Vinyes (dir.), *Diccionario de la memoria colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2018, p. 21.

² *Idem*.

³ Peter Burke, *Hablar y callar: Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, Gedisa, 1996; Ricard Vinyes, *op. cit.*, p. 21.

⁴ Los roles tradicionales son: el padre es el proveedor y ejerce la representación de los suyos ante la comunidad social; la madre es la gobernadora del espacio doméstico, así como la cuidadora y educadora de sus hijos, quienes, por su parte, cumplen con su papel de buenos hijos, obedientes y respetuosos. Hay que tomar en cuenta que, en momentos de crisis, los roles suelen cambiar. Véase Monserrat Cabrera Castillo, *et al.*, “¿Y ahora, qué vamos a hacer?: los roles familiares en momentos de crisis en dos fábricas textiles del Valle de México”, *Historias*, núm. 105, enero-abril de 2020, México, pp. 102–114; Monserrat Cabrera Castillo, “Familia y memoria de los barrios obreros de La Fama y Las Calles durante la segunda mitad del siglo xx”, tesis de doctorado, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2023, 200 pp. Véase en especial el capítulo 4, “Transformaciones y nuevos roles en las familias de los obreros textiles” pp. 131–167.

⁵ Porfirio Camarena Sánchez nació en Cuautitlán, Jalisco, el 15 de septiembre de 1914; Olivia Ocampo Béraud nació en Colima el 13 de septiembre de 1918.

⁶ Comentario de Milagros Camarena Ocampo en la sesión del 6 de julio de 2022.

⁷ Rolando Loubet, *Los días de la guerra*, Guadalajara, México, Secretaría de Cultura de Jalisco, 2015. Esta novela se basa en los relatos de Porfirio Camarena Sánchez.

⁸ Colección de cartas de noviazgo entre Porfirio Camarena Sánchez y Olivia Ocampo Béraud. Archivo de la familia Camarena Ocampo.

⁹ Según la novela de Loubet, Ensenada era un puerto de veinte mil habitantes, a una semana de viaje en tren y autobús, donde el último tramo era por caminos de terracería, por lo cual era un lugar muy aislado. Los pobladores eran pescadores pobres, tanto mexicanos como japoneses, de quienes se sospechaba también se dedicaban a traficar opio. A este puerto llegaban muchas personas desde San Diego, California, atraídos por los burdeles y los “quemaderos de opio”.

¹⁰ Monserrat Cabrera Castillo, *et al.*, “¿Y ahora, qué...”, p. 103.

Creación de un lugar de memoria como horizonte político del movimiento docente. Acontecimiento y terrorismo de Estado en Oaxaca, México, 2006

Mario Guzmán Guerrero*

Patricia Medina Melgarejo**

Resumen

El artículo propone la construcción de *un lugar de memoria* como proceso complejo que implica las dimensiones sociopolíticas de voluntad, así como la de derecho y disputa por las memorias; plantea distintos ejes de comprensión para argumentar esta propuesta, e inscribe el proceso sobre la memoria y sus sentidos políticos como parte de los movimientos sociales latinoamericanos por la educación a partir de un acontecimiento que ha definido a un movimiento social con cuatro décadas de organización de docentes de educación pública básica en Oaxaca. El acontecimiento inicia con la movilización docente en 2006 y las posteriores expresiones de solidaridad de la sociedad civil. Como proceso social, se inscribe en las formas de vivir y enfrentar la violencia y represión que el Estado impone ante una rebelión social. La propuesta de construcción de un lugar de memoria implica procesos epistémicos, con un enfoque de historia oral y cartografía social y presenta dos vertientes; una consiste en intervenir el espacio urbano mediante señalizaciones y marcas donde ocurrieron los hechos de represión; se recrean los testimonios utilizando recursos informáticos de manera que la virtualidad se convierta en aliada contra el olvido. La segunda vertiente señala perfiles políticos pedagógicos para la elaboración de contenidos educativos.

Palabras clave: lugar de memoria, movimiento magisterial, violencia de Estado, rebelión social, Oaxaca, México.

Abstract

This article proposes the construction of a memorial site as a complex process involving the sociopolitical dimensions of will, law, and the struggle over memory. It presents various frameworks for understanding this proposal and situates the process of memory and its political meanings within Latin American social movements for education. This is based on an event that has defined a social movement of public elementary school teachers in Oaxaca, a movement with four decades of organized activity. The event began with the teachers' mobilization in 2006 and the subsequent expressions of solidarity from civil society. As a social process, it is rooted in the ways of living with and confronting the violence and repression imposed by the State in the face of social rebellion. The proposal to construct a memorial site

involves epistemic processes, with a focus on oral history and social cartography, and presents two aspects. One consists of intervening in the urban space through signage and markers indicating where the acts of repression occurred; testimonies are recreated using digital resources so that virtuality becomes an ally against forgetting. The second aspect outlines political and pedagogical profiles for the development of educational content.

Keywords: memorial site, teacher's social movement, state violence, social rebellion, Oaxaca, Mexico.

Introducción

En los últimos años la Ciudad de Oaxaca ha sido objeto de estudio para visibilizar las demandas de los habitantes que han pugnado por el espacio del Centro Histórico desde sus necesidades diversas. Con una visión contraria a lo constituido por el Estado, que destina dicho espacio como un lugar de recreación para el turismo nacional e internacional, particularmente localizamos el trabajo emprendido por Noelia Ávila Delgado.¹ En el presente estudio, retomamos un nodo localizado en la protesta social que se ha apoderado del espacio público de la ciudad de Oaxaca, pero que algunos buscan invisibilizar y silenciar, como la búsqueda de anulación de la memoria social, uno de los mecanismos de fortalecimiento del proyecto hegemónico.

Por ello, el planteamiento que desarrollamos se centra en generar un lugar de memoria en el Andador Turístico Macedonio Alcalá y establecer una propuesta político-pedagógica, que responda a la invisibilización del suceso que profundiza la fractura del magisterio perteneciente al Movimiento Democrático de Trabajadores de la Educación de Oaxaca de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (MDTEO-CNTE). Responde también al desacuerdo con la individualización de la vida social, la anulación de los hechos y la desarticulación de la lucha magisterial y social que surgen bajo los mecanismos utilizados por el Estado para subsumir e incorporar la lucha al proyecto hegemónico y así continuar con la “normalidad” constituida por el poder.

Cabe mencionar que en México no se ha generado una propuesta de un lugar de memoria como el que se plantea en este estudio y puede representar un horizonte hacia la constitución de redes que articulen las luchas frente a los efectos del terrorismo de Estado y la construcción de una matriz que reporte y resguarde el recuento de estos hechos, los cuales se presentan también en la segunda propuesta orientada aplicada a un trabajo pedagógico. El texto está dividido en cinco partes: la primera atiende la definición del magisterio oaxaqueño y su memoria, como movimiento social en el contexto latinoamericano y nacional; la segunda revisa la cercanía con las perspectivas adheridas a la CNTE y al MDTEO; la tercera busca situar, en el terrorismo de Estado de 2006, al magisterio y la APPO; la cuarta se enfoca en la memoria y sus disputas en la lucha docente. Definición y procesos metodológicos de espacios para el encuentro de la memoria y la producción de testimonios, y en la quinta, se propone el perfil de construcción de dos propuestas que impliquen referentes

metodológicos para generar un proceso de *memorialización* del lugar e incluir las bases de una propuesta pedagógica. Concluimos el texto con una descripción de los aportes y horizontes logrados.

Movimientos sociales, memorias docentes y educación en el contexto latinoamericano y mexicano

Los movimientos sociales por la educación en las últimas tres décadas han cobrado una presencia relevante en el contexto latinoamericano, producto de las distintas transformaciones sociales y educativas que propician la emergencia de nuevos actores. Un contexto de fuertes contradicciones e implicaciones políticas y epistémicas cuya importancia es constituir “fuentes y agencias de producción de conocimiento porque las luchas por la educación implican la lucha por los derechos y son parte de la construcción de la ciudadanía”.²

Para esos movimientos, la construcción de propuestas educativas y pedagógicas se enmarcan en una lucha por la dirección y el diseño de los contenidos educativos en distintos niveles y espacios de intervención. En tal sentido, se plantean propuestas educativas que emergen de organizaciones y movimientos sociales. También se produce la intervención desde los actores sociales del propio sistema educativo, nos referimos a docentes y estudiantes como actores políticos.³ En ambos casos, se construyen alternativas pedagógicas críticas como horizontes de transformación que se traducen en prácticas formativas con vasos comunicantes que recrean e impulsan acciones políticas.⁴

El objeto de estudio de este trabajo es la organización de las y los docentes, que desde el interior del propio sistema educativo buscan y configuran alternativas críticas frente a los procesos y proyectos neoliberales de educación, como han sido las continuas reformas educativas iniciadas desde los años noventa del siglo XX, las cuales han tenido fuertes repercusiones no sólo en los contenidos escolares y los fines educativos, sino en los perfiles y formas de ingreso y desarrollo docente, que se dan bajo lógicas de capital humano y capitalismo cognitivo; de esta manera, el docente queda reducido tanto en sus derechos laborales como sociales, entendido sólo como un transmisor “eficiente” de contenidos únicos en las aulas, además de favorecer una paulatina y concreta privatización de la educación a partir de la intervención de agencias internacionales.

Un acercamiento al movimiento docente crítico en México y Oaxaca-(CNTE)

A partir de las demandas de las comunidades, en conjunto con sus docentes en distintas regiones del país, ha crecido un movimiento de resistencia social y magisterial organizado en torno a la CNTE, misma que constituye una compleja estructura política de participación en niveles locales, estatales y nacionales. Si bien la CNTE surgió entre 1974 y 1978, es en 1979 cuando se constituye, y en 1980 se adhieren representaciones sindicales de diferentes estados de la república (provincias o departamentos). La CNTE se integró en oposición a la instancia oficial, también

de carácter nacional, cuya denominación es Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), que a lo largo de su historia ha servido como instrumento de control del magisterio.⁵

En consecuencia, se marca un proceso de disputa específica, a partir de las tensiones entre memoria y olvido, en donde la organización disidente (CNTE) ha demostrado resistencia por más de 40 años, enarbolando las ideas de transformación social y laboral; defendiendo la libertad de afiliación sindical, así como los valores políticos de justicia social, lo que configura a un movimiento por la educación en extensas regiones del país. Como veremos en el siguiente apartado, nos ubicaremos en la región sur de México, en un estado particular: Oaxaca, sociedad que ha emprendido una lucha social por la educación, vinculada a sus comunidades a través de sus docentes y su movilización, en donde operan distintos referentes de memoria y lucha, como la magisterial, la campesina e indígena.

Movimiento Democrático de Trabajadores de la Educación de Oaxaca-México (MDTEO)

El Movimiento Democrático de Trabajadores de la Educación de Oaxaca se denomina a través de las siglas MDTEO. En sus estrategias como organización magisterial disidente, mantiene vínculos con el movimiento nacional de la CNTE, y al mismo tiempo cultiva una estrategia de construcción local que posibilita una representación territorial y un vínculo comunitario a través de los padres de familia y las organizaciones sociales. En este contexto existe, al mismo tiempo, una lucha desde las comunidades indígenas en medio de una gran explotación minera y de la apropiación de sus bases territoriales por parte de supuestos proyectos de ecodesarrollo.

El MDTEO constituye un movimiento colectivo autónomo de docentes de educación básica organizados que elige democráticamente a sus líderes mediante asamblea, con representación de todas las regiones y un sistema rotativo de cargos; ellos constituyen los lineamientos filosóficos, políticos y de acción para regular la conducta de sus agremiados y están plasmados en sus principios rectores.⁶ Como movimiento social ha seguido una trayectoria de lucha por los derechos laborales de las y los docentes mediante un repertorio de protesta como: marchas, caminatas, bloqueos, cierre de calles, tomas de edificios públicos, toma de casetas de peaje, centros comerciales, caravanas motorizadas, cierre del aeropuerto, cierre carretero y explotando “la forma de lucha a través del plantón”.⁷

Durante estas cuatro décadas de trayectoria, el MDTEO logró conformar figuras representativas en las instituciones gubernamentales y cogobernar el horizonte educativo; conformar instituciones alternativas de formación docente, definición de principios rectores, impulso de espacios de análisis y horizontes educativos, instituciones sindicales y proyectos político-pedagógicos; sin embargo, el hecho acontecido en 2006, como veremos en el siguiente apartado, fue una coyuntura importante en el proceso de desarticulación del MDTEO; además del avasallamiento impuesto desde del Estado con la implementación de reformas educativas para fracturar al magisterio. Como consecuencia de ello, se derivan la jubilación masiva, el ingreso de profesiones diversificadas a la docencia, el despliegue de políticas de miedo y

el silenciamiento. Finalmente, en 2015, en una franca oposición entre docentes y gobierno en turno se mantuvo la violencia de Estado, pero articulada a la toma de los espacios de organización fundamentales apropiados por el MDTEO.

De esa manera, se desestabilizó a las bases magisteriales en sus formas de organización y se centralizó la educación en los mandatos oficiales federales, implementando medidas administrativas de control y sanción. Así, el magisterio oaxaqueño ha quedado anulado frente a los embates del gobierno federal y estatal. Como resultado de ello, se hace necesaria la disputa por la memoria de lucha del MDTEO desde los docentes como sujetos de conocimiento, al considerar que la memoria “remite así a todas las formas de la presencia del pasado que aseguran la identidad de los grupos sociales y especialmente de la nación”.⁸

Acontecimiento, 2006. Violencia de Estado hacia el movimiento docente, rebelión y surgimiento de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca

La jornada de lucha iniciada en mayo de 2006 tenía como principales demandas: rezonificación económica, mejora de condiciones laborales y demandas sociales.⁹ Frente a ella, se localizaba la coyuntura de aplicación del Estado de derecho, estrategia adoptada por el gobierno estatal en turno para promover la normalidad en la entidad federativa.¹⁰ Al no obtener respuestas favorables del gobierno estatal, el MDTEO prolongó y fortaleció su actividad sindical; la cerrazón gubernamental promovió desalojos, violencia, privación de la libertad, desapariciones y decesos con el uso de la fuerza pública, el 14 de junio de 2006.

El acontecimiento generó resonancias en el pueblo oaxaqueño, que se organizó de manera popular y emergente para retomar el control del espacio público con “más de 300 organizaciones, sindicatos, asociaciones civiles, ONG’S, ecologistas, estudiantes y comunidades indígenas, que se solidarizaron con el gremio magisterial”.¹¹ El 17 de junio se formó la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), que asumió como principal demanda la salida del gobernador Ulises Ruiz Ortiz.¹²

A partir de ello, la APPO tomó en sus manos el rumbo del movimiento magisterial orientando las marchas, las negociaciones y los repertorios de lucha, denominados plantones, que son tomas de la vía pública para la visibilización de la protesta. Todo ello fue conformando un levantamiento social que recibió como respuesta la agresión criminal del ejército y el despliegue de campañas de desprestigio a través de los medios públicos, con el discurso de que el movimiento atentaba contra la soberanía y seguridad nacionales.

En la confrontación entre la APPO y el Estado, éste desarrolló mecanismos de debilitamiento que vale la pena mencionar. El primero, su cobarde intervención con las llamadas *caravanas de la muerte*;¹³ la creación de la sección 59 en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación;¹⁴ la conformación de la Coordinadora Estatal a Favor de la Educación,¹⁵ así como la manipulación de los medios de comunicación y la alianza con presidentes municipales. Como contrarrespuesta, el magisterio desarrolló estrategias de defensa territorial, tejido social y vida comunitaria, construyendo barricadas, espacios informativos alternativos, organizando

el resguardo de las escuelas, el respaldo de padres de familia y la participación de autoridades municipales.

Así, “Un acontecimiento político es algo que hace surgir una posibilidad que escapa al control”¹⁶ de las relaciones dominantes. Esto se materializó cuando la población se apoderó de la ciudad de Oaxaca, destrozando la normalidad establecida por el Estado y creando una serie de posibles formas de visualizar la vida en sociedad desde todos los ámbitos, constituyendo nuevas subjetividades políticas entre los participantes y en la opinión pública.

Por otro lado, el concepto de *acontecimiento* desde el punto de vista histórico, social y desde la idea de memoria y movimiento social:

[...] puede interpretarse de otra manera, la carga moral vinculada a la relación de deuda respecto al pasado puede incrementarse o rebajarse, según tengan primacía la acusación, que encierra al culpable en el sentimiento doloroso de lo irreversible, o el perdón, que abre la perspectiva de la exención de la deuda, que equivale a una conversión del propio sentido del pasado. Podemos considerar este fenómeno de la interpretación tanto en el plano moral como en el del simple relato, como un caso de acción retroactiva de la intencionalidad del futuro sobre la aprehensión del pasado.¹⁷

Derivado de la definición de *acontecimiento del largo aliento*, el movimiento docente —presente por más de cinco décadas— permite interrogarnos sobre los procesos de resignificación de las memorias magisteriales—memorias docentes, como señala Marco Raúl Mejía,¹⁸ y la lucha por los derechos al presente, al espacio social y material de registro y comprensión de los procesos de resistencia.¹⁹ En consecuencia, establecemos un momento, fechado en el 2006, como parte de estas memorias del pasado reciente, las cuales configuran una expresión en espacios vividos, en lugares y marcas territorializadas como forma de construir sentidos de estas memorias.²⁰ Nos referimos también al análisis de un espacio que puede ser ciudad—mercado, al turismo y la museificación de múltiples relaciones, agentes y escalas de memoria que se ubican en el centro histórico de la Ciudad de Oaxaca de Juárez, México.²¹

4. De lugares y disputas por la memoria ante las formas de olvido en el contexto de la lucha docente

En la larga trayectoria de lucha, la resistencia magisterial se articula a los movimientos sociales, campesinos, indígenas, urbanos y populares (como vimos para el caso de la APPO); sin embargo, la violencia no cesa, pues el Estado la comprende como una vía para lograr sus intereses y programas. La violencia implica una forma de relación social entre individuos, organizaciones o instituciones, en la que se desarrolla un tipo de intervención orientada hacia el cambio de voluntad, de decisión y de acción, acorde a las intenciones e intereses de uno de los actores de dicha relación, quien se vale de la represión, definida como: “una de las posibles acciones de regulación que los Estados

y sus burocracias dirigen en contra de individuos o grupos que desafían las relaciones de poder y los órdenes políticos constituidos *de facto*".²²

Una vez desplegada la violencia y normalizada la impunidad, estas se refuerzan y profundizan integralmente mediante un proceso impulsado por las intervenciones en las estructuras gubernamentales y burocráticas a partir de severas medidas de control. Para el caso de los docentes y el campo educativo en su conjunto, han sido sujetos a constantes reformas educativas, diversos mecanismos de poder impuestos mediante políticas tanto de represión burocrática como de acoso policial, lo que genera un clima de miedo generalizado. Esto ha tenido distintas repercusiones, como ha sido la renovación de las bases magisteriales, incorporando docentes despolitizados; fractura en el magisterio (en este, caso oaxaqueño); desorganización sindical y una crisis de intervención pedagógica crítica. Dichas repercusiones han generado procesos de ruptura en la organización social, obstaculizando la construcción a futuro en el gremio, en la educación y en el país, lo que nos pone en peligro de un olvido colectivo, un proceso de amnesia magisterial y social.

Espacios para el encuentro con la memoria y testimonios

Como respuesta a los procesos de violencia y olvido generados desde el Estado, el MDTEO persigue el derecho a la memoria, lo cual implica la defensa y recuperación colectivas de un lugar desde donde se habla, espacio que configura el derecho:

[al] paisaje y a la localización de la memoria como lugar de construcción de la identidad, pero también del conocimiento y de las agendas político sociales [...] ese lugar o ese capital cultural desde donde se habla y desde donde se construye el conocimiento no es sólo herencia, sino que también es elección y construcción.²³

El ejercicio de la memoria como derecho significa en parte una apuesta y una necesidad de futuro, como lo señala, Boaventura de Sousa Santos en su capítulo: "Sociología de las ausencias"; la necesaria búsqueda de presencia, al potenciar desde una "sociología de las emergencias" nuestro presente, en la defensa del espacio temporal requerido para plasmar la memoria.²⁴

La memoria es un campo de disputa, como señala Elizabeth Jelin: "Abordar la memoria involucra referirse a recursos y olvidos, narrativas y actos, silenciados y gestos. Hay un juego de saberes, pero también hay emociones. Hay también huecos y fracturas".²⁵ Estamos ante un proceso en donde pareciera que se ejerce el silencio y el olvido, no sólo de la organización sindical docente sino de las distintas organizaciones implicadas en la rebelión de 2006. Sin embargo, desde una mirada crítica y en la comprensión de los procesos de memoria, como señala Pollak:

[...] el largo silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales. [El

proceso descrito se encuentra] ligado a fenómenos de dominación, el clivaje entre memoria oficial y dominante y memorias subterráneas.²⁶

En consecuencia, los procesos de comprensión acerca de los silencios sociales sobre el pasado se encuentran vinculadas a las formas de dominación y a las relaciones de la propia sociedad civil y sus distintos núcleos de agencia; aunque de manera subalterna, en distintos tiempos, espacialidades y expresiones, se encuentran las voces del testimonio que emergen en procesos actuantes en el presente, por lo que, como dice Benedetti “el olvido está lleno de memoria”.²⁷

Si comprendemos los lugares de memoria como espacios de producción de procesos de memoria, veremos que no existen en sí mismos, sino que son creados y recreados como “aquellos espacios significativos que son usados y apropiados por medio de acciones de recuerdo que enuncian, articulan e interpretan sentidos del pasado”.²⁸ La voluntad de hacer memoria implica al recuerdo que se construye a partir de la relación con otros al elaborar testimonios:

El inseparable amasijo entre recuerdos y olvidos se ponen en juego en la construcción y sentidos de nuestros relatos, en las narrativas del testimonio, en donde existen espacios de olvido; éstos, al ser procesos selectivos se refieren a silencios como construcciones necesarias y relaciones posibles condensados en lo que nombramos como: testimonios.²⁹

De igual manera, el ejercicio de hacer memoria se materializa en la lucha por los lugares y espacios con marcas simbólicas, los cuales definen un territorio de lo ocurrido en una búsqueda incesante por narrar y visibilizar la historia propia que no debe ser olvidada.

Es a partir del reconocimiento de los momentos y procesos de los lugares y disputas por la memoria que a continuación se retoma la primera parte del ejercicio, la cual implica un trabajo por construir y proyectar, desde la memoria, la experiencia de los actores que vivenciaron (testigos) este terrorismo de Estado en el acontecimiento de 2006. Con ello, buscamos abonar a la generación de procesos de memoria, a la comprensión y producción de intencionalidades, apropiaciones y resignificaciones de las memorias, para poder sustentar la construcción de un espacio de memoria en el contexto ya definido.³⁰

Producción de testimonios

La metodología utilizada fue la etnografía connotativa, la cual se enfoca en atender “la necesidad de escuchar las propias y múltiples voces de los actores”.³¹ Con dicha metodología puede identificarse la mirada grupal y particular de los involucrados. Desde las entrevistas, los docentes efectuaron un trabajo mnemónico a partir de su

experiencia y del relato del terrorismo de Estado; a su memoria vinieron sonidos, lugares, expresiones, objetos y trayectos. Por otro lado, nos acercamos a la narración propia del movimiento; sus fases, demandas y trayectorias, hacia la comprensión del acontecimiento de represión; cómo estos actores docentes experimentaron el proceso detonante de captura, de traslado, de encarcelamiento y el tiempo de permanencia en el penal.

Buscamos acceder a los sucesos traumáticos de dolor que yacen resguardados en sus memorias mediante el trabajo etnográfico; nos permitimos identificar anclajes específicos para profundizar en la memoria de los actores efectuando procesos de recuerdo, evocando y generando en el presente la expresión de las emociones que provocaban los sonidos, las estrategias de intimidación por parte de los cuerpos policiales, las expresiones usadas, la violencia psicológica ejercida, los medios de transporte utilizados, los objetos que también dan cuenta de ese hecho. Además, incorporamos al análisis la memoria de otros actores sociales como la de sus familias, en conjunto con la de los actos y luchas ejercidas por otros y otras docentes, además de representantes de otras organizaciones no magisteriales en protesta por su encarcelamiento y para organizar la liberación de presos.

De esta manera, el lugar de memoria por sí solo no representaría la historia, pero al significarlo desde las vivencias relatadas, es posible que tanto la población en general, como los propios docentes y aquellos que recientemente se incorporan a esta práctica profesional, puedan encontrarles un valor emocional a estos hechos desde su propia experiencia y conectar el pasado con el presente: “recordar públicamente permitiría reparar y resarcir a los afectados”.³²

Desde las experiencias al enfrentar el terrorismo de Estado, podemos efectuar mapas, paisajes e imágenes de este grupo de docentes, conformando una suerte de mapeo colectivo. De entre los relatos sobre dicha experiencia, retomaremos cuatro de ellos, de docentes de la zona escolar número 120, ubicada en la comunidad de San Jerónimo Tecóatl, perteneciente a la jefatura número 21 de Plan Piloto (Coalición de Maestros y Promotores Indígenas de Oaxaca, CMPIO, A. C.): “Cuando se abre el camino al diálogo, quien habla y quien escucha comienzan a nombrar, a dar sentido, a construir memorias. Pero se necesitan ambos, interactuando en un escenario compartido”.³³

Esta forma de comprender la memoria nos lleva a elaborar una propuesta ligada a la creación de cartografías participativas.³⁴ Nos ayuda a comprender, reconocer y fortalecer una lucha mediante la protección patrimonial, la defensa de los derechos humanos, la no repetición de hechos violentos, la construcción de políticas de memoria, así como la incorporación de pedagogías de la memoria para conformar procesos de politización del magisterio y la sociedad en general, para un entendimiento integral de la realidad.

5. Dos propuestas para la resignificación de las memorias magisteriales

En este apartado plantearemos dos propuestas que, tejidas en su conjunto, conforman un armazón organizativo, tanto de las bases políticas del movimiento social

educativo en Oaxaca como de los docentes organizados en el MDTEO–CNTE. Las dos propuestas de construcción implican:

- a) Crear un espacio “virtual” de memoria.
- b) Realizar una propuesta como unidad didáctico–pedagógica para un contenido educativo.

El primer inciso lo planteamos bajo la idea de nodos o puntos de articulación de los hechos experimentados, los cuales sirven de soporte para la estructuración de la primera propuesta. Como segundo inciso se despliega la primera propuesta de construcción de un espacio de la memoria a partir de sus huellas materiales que funcionan como marcas territoriales para la *memorialización*. Cabe señalar que la propuesta contempla utilizar distintos medios y dispositivos tecnológicos y de memoria.

Este es un espacio con marcas, con señales de las huellas que en su interconexión y, a pesar de encontrarse transfiguradas, no reconocidas en el espacio urbano del centro histórico de Oaxaca, puedan ser reconocidas como esos puntos y nodos que señalan y configuran un “lugar de la memoria”, puesto que al intervenir en el espacio con una propuesta de señalización de dichas marcas se produce la emergencia de procesos de memoria a partir del diálogo abierto y generador de nuevas miradas; la escucha de otras voces en el contexto situado, el espacio que nos proponemos recuperar, recrear. Utilizamos también distintos recursos informáticos accesibles dada su importancia como recursos detonantes.

Al final de este apartado, presentamos los ejes de una propuesta de carácter político–pedagógica, bajo la convicción de que la educación y la pedagogía son las herramientas laborales y profesionales de los actores implicados; además de que no se ha tenido el recaudo político pedagógico de consignar, tanto el movimiento de los propios docentes como del acontecimiento de 2006, en la memoria social y educativa de Oaxaca.

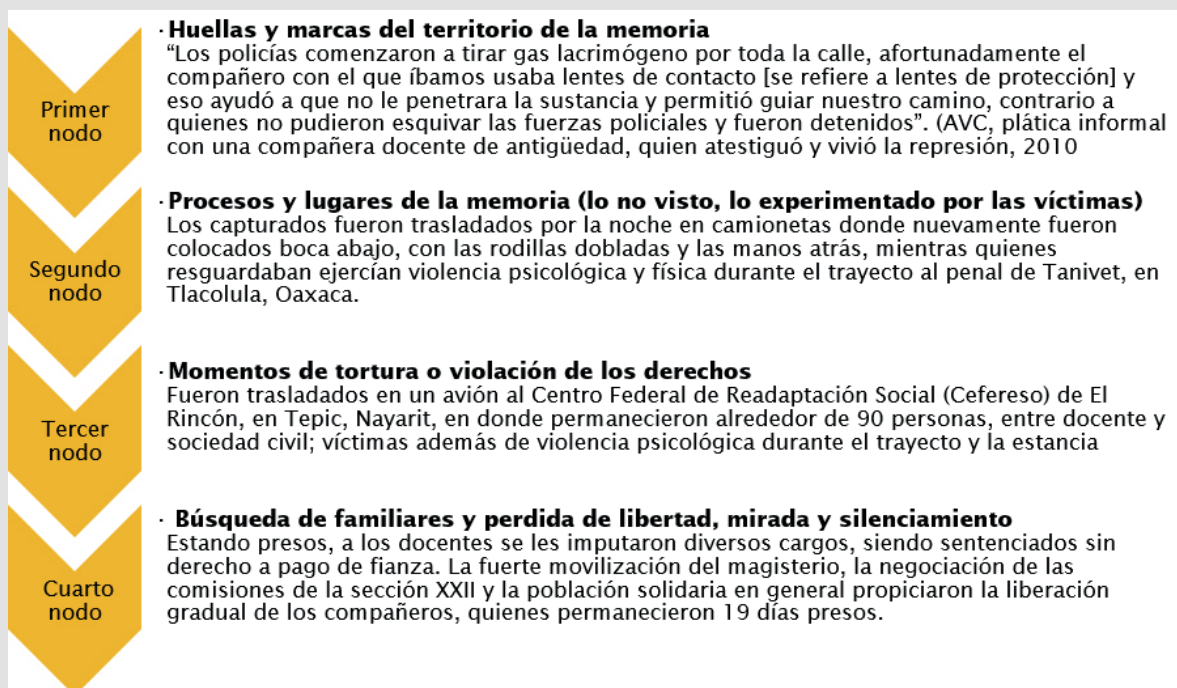
***Nodos y coordenadas del espacio urbano.
Otra geografía del relato en la disputa por la memoria***

Existen espacios que fueron escenarios de las contiendas de esa represión; espacios de la resistencia organizada en el escenario del denominado centro histórico de la capital de Oaxaca, lugar que puede ser representado desde distintas escalas, agentes y, por ello, constituye un espacio múltiple, abierto y en disputa simbólica por su representación y ocupación, como señala Noelia Delgado, en tanto que representa un espacio de expresión de distintos agentes que “en el presente aparecen de manera protagónica en el centro histórico de Oaxaca: el comercio ambulante, el turismo y la protesta social”.³⁵

Así, este espacio puede ser un lugar de turismo o de *museificación* en la cual circulan como mercancía los valores y bienes producidos paradójicamente, por los propios agentes de la lucha social y política. De esta manera, la expresión del espacio puede ser co-constituida, en la convergencia de las múltiples voces; se trata de una unidad compleja, con su propio dinamismo y abierta, en la que puedan confluír distintos significados, trayectos biográficos, recuerdos, actores y prácticas sociales; es decir, un espacio de resonancia histórica.³⁶

El relato de los hechos se ubica en un escenario de protesta y agresión, en el contexto de esta multiplicidad y dinámica abierta del espacio en el centro histórico; aquí, uno de los espacios fundamentales sería el Andador Turístico Macedonio Alcalá, el cual corresponde a una de las áreas específicas consideradas de “alto valor patrimonial”. El corredor quedó listo en 1985; se extiende del Zócalo hasta el Exconvento y Templo de Santo Domingo.³⁷

Esto implicaría volver a ocupar el espacio, poniendo señales específicas en los puntos en donde se experimentaron las luchas más fuertes, en donde se ejerció la total represión. A continuación, buscando comprender las formas de intervención para la construcción de lugares de memoria, puntualizamos la importancia de partir de la *memorialización*, entendida como esfuerzo colectivo por situar señales públicas de recuerdo en torno a acontecimientos y experiencias del pasado que resultan significativas para grupos o comunidades específicos.³⁸ En ese sentido, concebimos las marcas-lugares como nodos para el establecimiento de la materialidad del espacio de la memoria, a través de su señalización en un tejido narrativo de su relato-descripción. Se especifican cuatro nodos.



Primera propuesta. Apropiaciones del espacio público como lugares de la memoria y el acontecimiento: crear marcas como señales públicas

Por todo lo anterior, estamos ante el proyecto de crear un espacio de memoria con distintas concepciones de su materialidad, y de los medios para trabajar y producir actos de la memoria a partir de los cuatro nodos descritos.

Primer momento: de la señalización a la movilización

En este caso, se situarán los puntos del espacio urbano, pensados como “señales públicas” de aquellos acontecimientos, para reconfigurarlos en su uso como vínculo con el recuerdo de las violencias; de ahí que los puntos marcados (nodos) implican espacios de aparición pública³⁹ con el fin de constituir procesos para la *memoralización*, que actúan “en territorios de las memorias como expresión de lo no cumplido, de lo no narrado”.⁴⁰ De esta manera “el andador turístico” se reconfigura como un espacio significativo políticamente, el cual cobrará un nuevo significado a través de los puntos señalados como marcas y huellas del acontecimiento que estimulen el proceso de memoria, el vínculo entre el acontecimiento ocurrido y el presente. Esas huellas en los muros, la inscripción de ciertas marcas, nos ayudarán a atraer la mirada, los sentidos y observar cómo ciertos rótulos en esas paredes empiezan a cobrar múltiples significados, es decir, “atrapar” en ese “topos” otros espacios y otras voces.⁴¹

Segundo y tercer momento: visibilizar dotando de contenido y significación. Usos de medios electrónicos

Necesitamos comprender cada uno de los siguientes momentos en su especificidad y construcción. El segundo momento implica los contenidos de las marcas, de las señalizaciones, así como el uso de ciertos dispositivos, no solamente pensados frente a los procesos de la memoria, sino desde su uso como recursos tecnológicos al alcance de la mano de cualquier persona transeúnte del espacio urbano. Mientras que el tercer momento implica precisamente las formas de emisión del mensaje, de la reconstrucción del recuerdo como testimonio para que pueda ser transmitido por el vocero o emisor que comunica el mensaje a los sujetos receptores. Es el espacio donde, a partir de los testimonios, se describe y se narra lo ocurrido como un mensaje que será también reconstituido por parte del receptor, al conocer los hechos de impunidad y de represión.

Como ya hemos definido, la construcción de un lugar de memoria conlleva un proceso que no alcanza su meta con lograr su materialidad, sino que deriva en un espacio que, de hecho, “es usado para hacer memoria”.⁴² Por ello, en el primer inciso de este apartado ubicaremos cuatro nodos, considerados puntos centrales que describen los hechos sociales y las huellas del acontecimiento de 2006 para detonar la narrativa de los procesos de resignificación que implican la búsqueda de diálogo y de producción de memoria.

A través del establecimiento de placas referenciales, los espacios adquieren una marcación de aparición pública de los hechos ocurridos; estas placas, que captan la

mirada y los sentidos, contienen además un código QR (Quick Response Barcode, de fácil acceso en dispositivos móviles actuales);⁴³ al escanear los códigos QR se desplegará la información almacenada, referente a los hechos específicos de ese nodo de memoria señalado y espacializado, difundiendo así más información acompañada de mapas, gráficos, fotografías y testimonios que desplieguen esas otras historias invisibilizadas y no escuchadas en el tiempo presente. De esta manera, el contenido de este archivo estaría organizado de la siguiente manera:

Contenido del archivo digital

1. Presentación de las demandas del MDTEO
2. Contexto económico, social y político en 2006
3. Conflictos internos en el estado de Oaxaca
4. Terrorismo de Estado
5. Relato de conformación de la APPO
6. Fotografías y videos que exponen los hechos violentos
7. Cartografías y ejemplos gráficos
8. Galería de los autores intelectuales del terrorismo de Estado
9. Entrevistas y videos con los docentes encarcelados
10. Fotografías den encuentro con familiares y luchas desde sus territorios
11. Cartas de familiares
12. Documentos de exigencias para el respeto a los derechos humanos de los actores sociales
13. Exigencias de justicia y amnistía
14. Búsqueda de la sociedad a partir del terrorismo de Estado

El tercer momento busca retomar lo político mediante una estrategia que oriente a los docentes en la protección de los lugares testigos de represión, así como en la conformación de archivos desde una perspectiva de defensa de los derechos humanos.⁴⁴ Dichos proceso de protección y conformación de archivos incluyen este campo desde el cómo lo vivenciaron los participantes, las consecuencias y sus procesos de sanación. De esta manera, la demarcación de estos espacios en conjunto con la acción del segundo momento en el despliegue de testimonios e información nos conduce a una construcción social más amplia del proceso, en donde los actores sociales produzcan espacios de organización, formas de intervención e imaginación política, para hacer posible —a través de los lugares de memoria, como lo plantea Alexander Wilde—⁴⁵ que se configuren como espacios públicos que posibilitan tanto la escucha como el ejercicio de las voces que gestan la irrupción de la memoria.

Segunda propuesta: aproximaciones para un trabajo pedagógico desde las memorias gremiales

Las condiciones actuales están caracterizadas por la impunidad, el silenciamiento y la invisibilización desde las instituciones de justicia, pero también desde las bases

magisteriales y sociales caracterizadas por el debilitamiento, la fragmentación y la indiferencia hacia la lucha sindical y social. Dichas situaciones detonan la emergencia de espacios de memoria situados en un campo de disputas por la conquista de lo público, espacios de enunciación de las verdades recabadas y, por tanto, propiciadores de justicia social y de las garantías de derecho a la verdad, a la reparación de los daños y a la no repetición.⁴⁶

El reto es trabajar desde otros espacios que generen procesos de construcción de memoria, como serían los proyectos político-pedagógicos que recuperen la memoria para evitar violencia y horrores en el futuro.⁴⁷ A partir de ellos, enfrentar el desafío de incorporar historias otras, silenciadas y subalternizadas, y relatar lo vivenciado por víctimas de la represión del Estado, desarrollando elementos que generen una educación para la liberación y transformación de la sociedad.

Es necesario integrar, en los procesos de construcción política, a las generaciones de mayor antigüedad en la docencia que se han comprometido a fortalecer los lazos de comunicación-transmisión (hombres-memoria) de los sucesos, mediante cualidades dialógicas, y cumpliendo una función pedagógica,⁴⁸ pues son condiciones necesarias para generar conciencia en las bases magisteriales y apoderarse así de lo político con miras a lograr una emancipación magisterial y en la educación. Para ello, requerimos de formación político-pedagógica para docentes en servicio, formadores de docentes y docentes en formación que patrimonialicen los derechos humanos, fortalezcan la educación comunal y generen una reflexión política, otros modos de historizar y dar a conocer la historia, una con dos caras, y promover una justicia social desde la escuela en todos los espacios.⁴⁹

Este trabajo de formación docente político-pedagógica generará una propuesta desde la institución escolar que requerirá investigadores con elementos básicos que hagan visibles las problemáticas y las injusticias; con la capacidad de proveer elementos a los estudiantes para que sean actores de su realidad y transformen los pueblos originarios. Desde este trabajo, se requiere que la escuela desnaturalice la violencia tanto del Estado como de los comuneros y se convierta en un espacio para el cuestionamiento, la argumentación y la propuesta; de igual manera, es necesario propiciar una reflexividad de los actores del colectivo (comuneros, padres de familia, autoridades, docentes y estudiantes), retomando la experiencia oral de los actores que vivenciaron procesos de violencia; es decir, la “biografía memorable de las cosas”.⁵⁰ Otro de los productos posibles será la elaboración de materiales con sentido pedagógico, en los cuales se rompa el silencio y resuene la verdad.

Conclusiones. Horizontes y potencialidades políticas, ayer, hoy y mañana

Es urgente generar horizontes de participación y reactivar la lucha política mediante la lectura del pasado y el presente para que operen como fuente de esperanzas para las luchas magisteriales y sociales. Por ello, el trabajo etnográfico connotativo, el uso de las entrevistas a profesores participantes en la jornada de lucha sindical y a las víctimas de los sucesos de terror generados por el Estado permitió situar las memorias cargadas de emociones diversas y los recuerdos que reelaboran un suceso, el terrorismo de Estado efectuado en 2006 en contra del magisterio y sociedad.

La lucha magisterial ha estado vinculada y articulada históricamente a diversas demandas sociales, campesinas, estudiantiles, políticas y económicas, lo que ha impulsado una disputa desde el ámbito educativo y ha generado prácticas disidentes por la vía de movimientos político-pedagógicos por el derecho a lo público; sin embargo, el Estado ha identificado el avance de los movimientos sociales y magisteriales, razón por la cual intenta a toda costa frenarlos mediante el uso de los mecanismos disponibles para mantener la normalidad y el funcionamiento del proyecto hegemónico, materializado en el magisterio a través de reformas educativas que inciden tanto en el docente como en la población. Por otra parte, el aparato estatal ha generado un proceso masivo de reemplazo docente con el objetivo de desaparecer las huellas de la trayectoria de lucha e implantar lógicas de capital humano y capitalismo cognitivo, además de políticas de miedo y terrorismo de Estado.

En conjunto, los mecanismos de incidencia del Estado en el sistema educativo son visibles en aspectos como la incorporación de diversas profesiones a la docencia y docentes de nuevo ingreso, quienes representan un alto porcentaje del total de las bases y se caracterizan por desconocer la trayectoria histórica del MDTEO y la lucha de la CNTE. También son fácilmente incorporados como transmisores de contenidos oficialistas y formadores de sujetos despolitizados; además de la violencia ejercida que genera silenciamiento, invisibilización e individualización de la memoria.

La participación del magisterio y la APPO ha transitado y configurado como parte de la historia de la entidad, en riesgo de ser cosificada e individualizada. De ahí la necesidad urgente de disputar los procesos de memoria reactivando y creando horizontes de lucha magisterial y social, de visualizar alternativas que promuevan la disputa por la educación y los ámbitos que configuran la sociedad, donde los docentes testigos, comuneros y algunos jubilados sean sujetos de conocimiento.

La recuperación de la memoria se hace urgente ante la intervención estatal que despliega diversas medidas de control, políticas de miedo y actos de terror, además de que fomenta la desorganización sindical, el individualismo y la eliminación de horizontes de construcción de proyectos político-pedagógicos. De ahí la necesidad de defensa y recuperación del lugar en donde se efectuó el terrorismo de Estado en 2006; en este caso particular, el Andador Turístico Macedonio Alcalá. Este espacio posee recuerdos y experiencias que deben ser constituidas en conocimientos, como lugar de construcción identitaria y estructuración de agendas político-sociales.

El trabajo plantea un horizonte de reactivación en la lucha del magisterio. En principio, al recuperar el Andador Turístico Macedonio Alcalá como espacio de memoria de la trayectoria de lucha y represión de los docentes, mediante la apropiación del espacio y la construcción de señales en los muros que brinden un panorama de lo ocurrido y genere horizontes de la toma de un lugar político por parte del magisterio y población.

La irrupción de la memoria desde el Andador Turístico Macedonio Alcalá significa posicionar voces que permanecían subalternizadas; significa generar otras historias desde lugares diversos, visualizar verdades recabas y búsquedas de justicia social.

-
- * Egresado de doctorado de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco.
- ** Docente investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco.
- Dedicatoria especial a los maestros de la zona escolar 120 que fueron presos políticos: Joel, Fortunato y Eloy, además de los docentes de CMPIO, del Movimiento Democrático de Trabajadores de la Educación de Oaxaca (MDTEO), integrantes de la APPO y sociedad en general.
- ¹ Noelia Ávila Delgado, “Diferencias, escalas, relaciones. Un acercamiento al carácter complejo y multidimensional del centro histórico de Oaxaca”, en María Helena Torres Pérez (coord.), *Hacia una evaluación de las ciudades contemporáneas: diagnóstico y estrategias para la habitabilidad sostenible y calidad de vida*, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2018, pp. 103–119.
- ² Olga Flores, Marcia Pessini y Jorgelina Tallei, “La formación docente como movimiento social por la educación en la triple frontera”, [“Teacher training as a social movement for education in the triple border”], *Estudios Fronterizos*, vol. 22, 2021, p. 3.
- ³ Patricia Medina, *Pedagogías insumisas, movimientos político-pedagógicos y memorias colectivas de otras educaciones en América Latina*, México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas / Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 2015.
- ⁴ Guadalupe Olivier, “Privatización, el sentido público y la gratuidad en la universidad mexicana”, *Universidades*, núm. 67, 2006, disponible en <https://www.redalyc.org/pdf/373/37344015005.pdf>, consultado el 27 de marzo de 2023.
- ⁵ Patricia Medina, “Movimientos sociales y Educación. Resonancias desde México”, *Polifonías Revista de Educación*, núm. 12, 2018, disponible en <http://www.polifoniasrevista.unlu.edu.ar/sites/www.polifoniasrevista.unlu.edu.ar/files/site/Medina.pdf>, consultado el 22 de marzo de 2023.
- ⁶ Marco Estrada, *El pueblo ensaya la revolución: la APPO y el sistema de dominación Oaxaqueño*, México, El Colegio de México, 2016.
- ⁷ María Arriaga, “Informe. El magisterio en lucha”, *Cuadernos Políticos*, núm. 27, 1979.
- ⁸ Marie-Claire Lavabre, “Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria”, *Raison Présente*, vol. 128, 1998, pp. 3–4.
- ⁹ Martínez Bautista y Maas Briseño, “La educación indígena en Oaxaca, entre la Pedagogía y la Política”, *Matices. Revista de Posgrado*, vol. 11, núm. 5, 2010, disponible en <https://www.revistas.unam.mx/index.php/matices/article/view/25705> (Consultado el 18 de marzo de 2023).
- ¹⁰ Marco Estrada, *op. cit.*
- ¹¹ Sergio Tamayo y Guadalupe Olivier, “Resonancias históricas y biográficas: la construcción de la subjetividad política en los movimientos sociales”, *Campos en Ciencias Sociales*, vol. 10, núm. 1, 2022, disponible en <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/campos/article/view/7669>, consultado el 19 de marzo de 2023.
- ¹² Martínez Bautista y Maas Briseño, *op. cit.*; véase también Gloria Martínez y Alejandro Valle, “Oaxaca 2006–2008, rebelión ejemplar”, *Laberinto*, núms. 26–27, 2008, disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2992028>, consultado el 16 de marzo de 2023.
- ¹³ El 11 de octubre de 2006 [...] las *caravanas de la muerte* balearon una brigada de la APPO que clausuraba simbólicamente las oficinas de la entonces Secretaría de Protección Ciudadana, con saldo de tres lesionados. Octavio Vélez y Agustín Galo,

“Oaxaca: ejecutan a porros ligados con las caravanas de la muerte”, La Jornada, 30 de octubre de 2010, disponible en <https://www.jornada.com.mx/2010/10/30/estados/024n1est>.

¹⁴ “El Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) anunció [...] la creación de una nueva sección sindical en Oaxaca, la 59, que competirá con la 22 por la filiación de cerca de 55 mil mentores [...] El vocero de la APPO, Florentino López Martínez, dijo [...] “Es una clara estrategia del gobierno del tirano (Ulises Ruiz) para dividir al movimiento, pero no pasará”. José Galán, “Crearé el SNTE nueva sección en Oaxaca para enfrentarla a los maestros de la 22”, La Jornada, 23 de diciembre de 2006, disponible en <https://www.jornada.com.mx/2006/12/23/index.php?section=politica&article=010n1pol>.

¹⁵ Otra de las estrategias del gobierno implicó “confrontar a la sociedad con un movimiento legítimo e imponer una contrarreforma educativa, estableciendo un modelo de evaluación al desempeño de los docentes (Ceneval) e instrumentar mecanismos de vigilancia y seguimiento a los trabajadores de la educación. Además de la amenaza de descuentos, retención de salarios, despidos masivos y detenciones si no abandonan la lucha”. “Solución a las demandas del movimiento magisterial-popular de Oaxaca”, *Odiseo, Revista Electrónica de Pedagogía*, 22 de junio de 2006, disponible en <https://odiseo.com.mx/marcatexto/solucion-a-las-demandas-del-movimiento-magisterial-popular-de-oaxaca/>.

¹⁶ Alicia Tavera Fenollosa, “Conferencia magistral” en el Tercer Congreso Internacional de Estudios de Movimientos Sociales, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales, A. C., Guadalajara, Jalisco, 27 de octubre de 2022, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=jd2C1-GmjaQ>.

¹⁷ Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arrecife / Universidad Autónoma de Madrid, 1999, p. 49.

¹⁸ Paola Rodríguez *et al.*, *Cafés pedagógicos. Las historias que fuimos, somos y seremos*, Bogotá, Planeta Paz, 2017.

¹⁹ Patricia Medina, *Maestros que hacen historia / tejedores de sentidos: entre voces, silencios y memorias*, Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2013.

²⁰ Elizabeth Jelin y Victoria Langland, “Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente”, en *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 1–18.

²¹ Ávila Delgado, *op. cit.*, 2018.

²² Eduardo González, “El problema de la violencia: Conceptualización y perspectivas de análisis desde las ciencias sociales”, *Investigaciones Sociales*, vol. 10, núm. 17, 2006, disponible en <https://revistasinvestigacion.unmsm.edu.pe/index.php/sociales/article/view/7054/6241>, consultado el 16 de marzo de 2023, *apud* Pablo Gutiérrez, *Derechos humanos y patrimonio. Historias/memorias de la represión (para) estatal en Chile*, Santiago, Ediciones del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, 2019, p. 31, disponible en https://www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl/sites/www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl/files/images/articles-95037_archivo_01.pdf, consultado el 13 de marzo de 2023.

²³ Hugo Achugar, “El lugar de la memoria. A propósito de monumentos (motivos y paréntesis)”, en Jesús Martín-Barbero *et al.* (eds.), *Cultura y globalización*, Bogotá, CES-Universidad Nacional de Colombia, 1999, pp. 164–165.

- ²⁴ Boaventura de Sousa Santos, *Conocer desde el Sur para una cultura política emancipatoria*, Lima, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, 2006.
- ²⁵ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI (Memorias de la represión, 1), 2002, p. 17.
- ²⁶ Michael Pollak, *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*, Buenos Aires, Ediciones al Margen, 2006, p. 4.
- ²⁷ Mario Benedetti, *El olvido está lleno de memoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- ²⁸ Shafir Piper y Jordán Hevia, *Espacio y recuerdo. Archipiélago de memorias en Santiago de Chile*, Santiago, Ocho Libros, 2012, p. 15.
- ²⁹ Medina, *op. cit.*, 2013, p. 102.
- ³⁰ Jelin y Langland, *op. cit.*, pp.1–16.
- ³¹ Javiera Bustamante, “Voces de los objetos Encrucijadas y desafíos en contextos de memoria y conmemoración en Chile. 1990 al presente”, *Antropologías del Sur*, vol. 3, núm. 5, 2016, disponible en <http://revistas.academia.cl/index.php/rantros/article/view/811>, consultado el 11 de marzo de 2023.
- ³² *Ibidem*, p. 26.
- ³³ Jelin, *op. cit.*, 2002, p. 84.
- ³⁴ Bustamante Pérez, León Baumgartner y Solí Ganter, “Cartografías participativas y producción de datos sociales en escenarios patrimoniales. Posibilidades de reutilización comunitaria de las Ruinas de Enacar, sector Chambeeque, Lota, (Chile)”, *Revista Urbano*, núm. 38, 2018, disponible en <https://revistas.ubiobio.cl/index.php/RU/article/view/3173/3480>, consultado el 13 de marzo de 2023.
- ³⁵ Ávila Delgado, *op. cit.*, 2018, p. 106.
- ³⁶ Henri Lefebvre, *La producción de l’espace*, París, Presses Universitaires de France, 1974; véase también Doreen Massey, “La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones”, en Leonor Arfush (ed.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires, Paidós, 2005; Tamayo y Olivier, *op. cit.*
- ³⁷ Ávila Delgado, *op. cit.*, 2018.
- ³⁸ Ana Guglielmucci y Loreto López, “La experiencia de Chile y Argentina en la transformación de ex centros clandestinos de detención, tortura y exterminio en lugares de memoria”, en Megan Corbin y Karin Davidovich (ed.), *Vestigios del pasado: Los sitios de la memoria y sus representaciones políticas y artísticas*, Minneapolis, University of Minnesota, 2019.
- ³⁹ Hanna Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998.
- ⁴⁰ Medina, *op. cit.*, 2013, p. 15.
- ⁴¹ Para el tema del “Topos”, véase Guglielmucci y López, *op. cit.*; Medina, *op. cit.*, 2013.
- ⁴² Piper y Hevia, *op. cit.*, 2012.
- ⁴³ Es un sistema para almacenar información en una matriz o un código de barras bidimensional. Biblioteca de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), “Qué son los códigos QR”, Naciones Unidas, Cepal, 2022, disponible en <https://biblioguias.cepal.org/QR>, consultado el 11 de marzo de 2023.
- ⁴⁴ Gutiérrez, *op. cit.*
- ⁴⁵ Alexander Wilde, “Irruptions of memory: Expressive politics in Chile’s transition to democracy”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 31, núm. 2, 1999, disponible en <https://www.jstor.org/stable/157911>, consultado el 18 de marzo de 2023.

⁴⁶ Elizabeth Jelin, “Memoria ¿Para qué? Hacia un futuro más democrático”, en Elizabeth Jelin (ed.), *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2017.

⁴⁷ Gutiérrez, *op. cit.*

⁴⁸ Luciana Messina y Carolina Meloni, “Lugares y políticas de la memoria: notas teórico-metodológicas a partir de la experiencias Argentina”, *Kamchatka Revista de Análisis Cultural*, núm. 13, 2019, disponible en <https://ojs.uv.es/index.php/kamchatka/article/view/12418>, consultado el 10 de marzo de 2023; Pierre Nora y José Rilla, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, Montevideo, Trilce, 2008; María Eugenia Ulfe, *Cajones de la memoria: la historia reciente del Perú a través de los retablos andinos*, capítulo 5, “Desde el interior: memorias locales de duelo y esperanza en los retablos de canciones y cuentos”, Lima, Fondo Editorial PUCP, 2011, pp. 191–211, disponible en <https://repositorio.pucp.edu.pe/server/api/core/bitstreams/05666d3a-bfa4-4fbc-9edc-90767483bdff/content>, consultado el 17 de marzo de 2023.

⁴⁹ Gutiérrez, *op. cit.*; Susana Draper, “De cárceles y museos Alas, itinerarios artísticos y encuadre de temporalidades”, en *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo XX*, vol. 2, núm. 2, Montevideo, Universidad de la República de Uruguay, 2011, pp. 183–202, disponible en https://www.academia.edu/7599610/De_c%C3%A1rceles_y_museos_alas_itinerarios_art%C3%ADsticos_y_encuadre_de_temporalidades, consultado el 11 de marzo de 2023.

⁵⁰ Igor Kopytoff, “The cultural biography of things: commoditization as process”, en Arjun Appadurai (ed.), *The social life of things*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

Memoria e identidad de los mercados públicos de la Ciudad de México. Los murales de “Marchante, un trueque con el arte”

Valeria Urbieta Palma*

Resumen

A partir del proyecto multidisciplinario “Marchante, un trueque con el arte”, el artículo explora los caminos del arte urbano contemporáneo, inspirado en el muralismo mexicano y sus resonancias en los mercados públicos de la Ciudad de México, con el Mercado Abelardo L. Rodríguez como caso paradigmático. La autora se detiene en tres mercados: el de Jamaica, el de San Pedro de los Pinos y el Ajusco Montserrat, “La Bola”. Con apoyo de fuentes documentales, visuales y hemerográficas, destaca la construcción y el uso de fuentes orales, obtenidas a partir de entrevistas de historia oral, tanto con artistas participantes en el proyecto como con comerciantes de dichos mercados, con la intención de acercarse a la memoria colectiva e identitaria de esos espacios. El diálogo y reflexión interdisciplinaria permiten conocer un asunto macro (las transformaciones urbanísticas relacionadas con el crecimiento y diversificación social de la población) desde lo micro (las historias y experiencias de los artistas de arte urbano y de los locatarios de los mercados, pero también los cambios evidenciados en la forma y el simbolismo de estos espacios).

Palabras clave: arte urbano, mercados públicos, memoria, identidad, muralismo.

Abstract

Based on the multidisciplinary project “Marchante, a barter with art”, this article explores the paths of contemporary urban art, inspired by Mexican Muralism and its resonances in the public markets of Mexico City, with the Abelardo L. Rodríguez Market as a paradigmatic case. The author focuses on three markets: Jamaica, San Pedro de los Pinos, and Ajusco Montserrat, “La Bola.” Supported by documentary, visual, and newspaper sources, the article highlights the construction and use of oral histories, obtained through oral history interviews with both artists participating in the project and vendors in these markets, with the intention of accessing the collective memory and identity of these spaces. This interdisciplinary dialogue and reflection allow for a macro perspective (urban transformations based on population growth and social diversification) on a micro perspective (the histories and experiences of urban artists and market vendors, as well as the changes evident in the form and symbolism of these spaces).

Keywords: Urban art, Public markets, memory, identity, muralism.

“Marchante, un trueque con el arte”, es un proyecto de *street art* que se llevó a cabo entre 2012 y 2013, en diez mercados públicos de la Ciudad de México; surgió inspirado en el programa mural del mercado Abelardo L. Rodríguez, y se propuso rescatar y representar la identidad de cada uno de los mercados participantes a través de la creación de murales de *street art*, *graffiti* y diseño digital, con el interés de reposicionarlos en el panorama de consumo, cada vez más dominado por supermercados y plazas comerciales en la ciudad.

Encabezado por la museógrafa Syrel Jiménez Lobato, el proyecto reunió a un equipo multidisciplinario encargado de desarrollar estudios de carácter histórico, sociológico y urbano que sirvieron de referencia para la ejecución de los murales. Para llevar a cabo el proyecto, el equipo de “Marchante...” invitó a distintos artistas plásticos y colectivos de *street art* para que intervinieran, por separado, los mercados participantes.¹ “Marchante...” concursó en los Proyectos de Inversión en la Producción de Pintura, Danza, Obras Literarias, Música y Distribución de Películas Cinematográficas Nacionales, en la categoría Producción de Pintura Nacional, financiados por el entonces Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA, ahora INBAL) y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), obteniendo un presupuesto de 1 200 000 pesos. Además, contó con el apoyo de la Unidad Graffiti de la Secretaría de Seguridad Pública (hoy Secretaría de Seguridad Ciudadana) de la Ciudad de México (SSC-CDMX).

El presente artículo se desprende de una investigación previa, realizada para la tesis de licenciatura en Historia, cuyo principal objetivo fue estudiar la historia de “Marchante...” y, a partir de este proyecto, reflexionar en torno a la relación entre *street art* y espacio público.² Por su parte, este artículo tiene como propósito exponer, de manera breve, un aspecto de dicha investigación: aquella que se refiere a la historia, memoria e identidad de tres de los mercados intervenidos y su representación visual en los murales ejecutados en el marco de “Marchante...”.

Los mercados estudiados fueron: el mercado de Jamaica, el de San Pedro de los Pinos y el mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”, bajo la idea de que con los tres se conforma una muestra representativa del trabajo realizado por “Marchante...”. La investigación se apoyó en fuentes documentales, hemerográficas, orales y visuales. Por lo que respecta a los documentos consultados, estos son de dos tipos: primero, los resguardados en el Archivo Histórico de la Ciudad de México, los cuales contienen información relativa a la construcción de los mercados Jamaica y San Pedro de los Pinos y es, fundamentalmente, de carácter administrativo; mientras que para el mercado de “La Bola” no se localizó documentación sobre su construcción. Segundo, la documentación de “Marchante...” se obtuvo mediante dos solicitudes de acceso a la información pública a la Secretaría de Cultura, el INBA y la Secretaría de Seguridad Ciudadana, a través de la Plataforma Nacional de Transparencia del Instituto Nacional de Acceso a la Información (INAI), y que contiene toda la información sobre el desarrollo del proyecto, específicamente de los tres mercados estudiados.

Las fuentes orales, que se recabaron con base en la metodología de la historia oral, consisten en entrevistas grabadas a dos artistas (Carlos Cons y GOTHA de Colectivo Chiquitracá), y a siete comerciantes, de los cuales casi todos son segunda generación; es decir, hijos de comerciantes que se integraron a los mercados al momento de su inauguración.³ Por tanto, las narraciones proporcionadas por los entrevistados

abarcan tanto sus propios recuerdos como los que les fueron transmitidos por sus familiares.

La investigación oral en los mercados facilitó aproximarnos de manera cualitativa a la identidad y memoria de los mercados.⁴ En este texto se entiende por *identidad de los mercados* aquellos rasgos que los caracterizan, los acontecimientos que los han trastocado y la concepción que sus habitantes tienen de ellos. Los testimonios se estudian como relatos de memoria que tienen lugar dentro de marcos sociales específicos, pues el recuerdo es construido por los grupos sociales que determinan qué y cómo se recuerda.⁵ Así, la memoria colectiva se configura como el conjunto de relatos que reconstruyen el pasado en el presente y que se construye en función de los conflictos individuales y sociales contemporáneos a los sujetos.⁶ Estas nociones permitieron analizar el nivel de representatividad de los mercados en los murales ejecutados por los artistas participantes en “Marchante...”.

Los mercados

Los mercados de Jamaica, San Pedro de los Pinos y “La Bola” fueron construidos en el marco de dos programas de urbanización y obras públicas en la Ciudad de México, emprendidos por el gobierno del Distrito Federal en las décadas de 1950 y 1970 y que tuvieron como principal objetivo solucionar las carencias de infraestructura urbana y de salubridad en las zonas periféricas de la ciudad; erradicar el comercio al aire libre y otorgar servicios básicos de índole social y educativo para elevar el nivel de vida de la población en general y de los comerciantes y sus familias en particular. Los mercados de Jamaica y San Pedro de los Pinos se inauguraron en 1957, durante el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines (1952–1958), mientras que el mercado de “La Bola” abrió sus puertas en 1973, durante el gobierno de Luis Echeverría Álvarez (1970–1976).

Esos proyectos tuvieron como modelo al mercado Abelardo L. Rodríguez, construido entre 1933 y 1934, y el cual fue el primer mercado público en la Ciudad de México que incorporó servicios sociales a este tipo de edificios: posee un centro cívico, una guardería-escuela, una biblioteca y un teatro. Su construcción respondió a la necesidad de solventar la insuficiencia de infraestructura y de mercados públicos en la ciudad en 1933; por esta razón, el Abelardo L. Rodríguez debía ser un mercado funcional equipado con todos los adelantos de la época, controlar y sustituir el comercio en las vías públicas —el mercado se encuentra cerca de la plaza de Loreto, sede de mercados coloniales—, resolver los problemas de distribución en la zona y dar continuidad a la tradición educativa del inmueble.⁷ Por ello, es posible sostener que existió una continuidad funcional y discursiva al momento de construir mercados públicos en las décadas posteriores.

La importancia de este mercado no termina ahí, pues fue el primero en albergar un conjunto de murales patrocinados por el Estado y que fueron pintados entre 1934–1935 por una generación de jóvenes muralistas alumnos de Diego Rivera. Originalmente, este programa mural tenía una función educativa, la cual se vio truncada por las posiciones políticas de los jóvenes artistas, derivadas de los planteamientos del Manifiesto del Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores (SOTPE), quienes

terminaron por introducir escenas de crítica política e ideológica, representando distintos problemas sociales.⁸

La figura de Pedro Ramírez Vázquez es central, pues fue el arquitecto encargado de diseñar los múltiples mercados públicos que se construyeron en la Ciudad de México en los años cincuenta, entre ellos, los mercados de Jamaica y San Pedro de los Pinos. En éstos, Ramírez Vázquez colaboró con Rafael Mijares y Félix Candela, este último autor de la estructura de paraboloides hiperbólicos o “techumbre” que caracterizó al mercado de Jamaica hasta su destrucción en el sismo de 1985. Ramírez Vázquez también forma parte de la memoria de los comerciantes del mercado de “La Bola”, ya que aseguraron que él fue el responsable de su diseño, aunque carecemos de fuentes documentales que apoyen esta versión.

En otro tenor, las concentraciones originales de comercios al aire libre tienen una gran importancia en la memoria de nuestros informantes, ya que por su carácter informal y el uso de las vías públicas fueron el objetivo de los susodichos programas urbanísticos y, tras la construcción de los mercados, los grupos de comerciantes, conocidos como pioneros, pasaron a formar parte de los mercados.⁹

Cabe destacar que, en el momento de su edificación, los tres mercados se situaron en zonas que no formaban parte del casco histórico de la ciudad, especialmente San Pedro de los Pinos y Ajusco Montserrat; ambas colonias tuvieron procesos de poblamiento distintos y poseen un perfil muy diferente: mientras que la primera es una colonia históricamente de clase media, habitada por intelectuales, artistas y extranjeros, la segunda es una colonia conformada por inmigrantes de escasos recursos y se caracteriza por la autoconstrucción de las viviendas. En cambio, Jamaica es una zona de mucha mayor tradición comercial, cuyos orígenes se remontan a la época prehispánica. Estos aspectos nos permitieron ubicar espacial, temporal y socialmente a los mercados estudiados, pues las colonias que los albergan contribuyen activamente a la conformación de su identidad.

Durante la década de 1980 los mercados de Jamaica, San Pedro de los Pinos y “La Bola” observaron cambios importantes; los distintos eventos que los afectaron modificaron notablemente su identidad. Los mercados de Jamaica y San Pedro de los Pinos atravesaron por un cambio en su enfoque comercial, dejaron de ser mercados exclusivamente tradicionales para convertirse en mercados especializados en la venta de flores y mariscos, y es esa especialización la que define hoy en día su identidad como espacios de comercio y lugares de memoria.¹⁰

El mercado de Jamaica (en la alcaldía Venustiano Carranza) nació como una concentración de embarcaciones de comerciantes de escasos recursos que se establecieron en torno a la garita de La Viga; el mercado estaba originalmente enfocado a la venta de verduras y leguminosas. En su inauguración, el nuevo mercado fue muy elogiado por su tamaño y capacidad, así como por su planta de tratamiento de verduras y legumbres y la llamada “techumbre” diseñada por Candela.¹¹ Tras la inauguración de la Central de Abasto, en 1982, y la considerable destrucción que sufrió el mercado en el sismo de 1985, Jamaica observó una profunda transformación que se evidencia en tres aspectos: en lo arquitectónico, pasó de ser un mercado semiabierto a uno totalmente cerrado; en lo administrativo, se reflejó en la conformación de la asociación civil “Jamaica Siempre Vivirá”, en 1988 y, ese mismo año, en la adopción

del sistema de autoadministración. Y en lo comercial por la especialización en la venta de flores.¹²

La colonia San Pedro de los Pinos (en la alcaldía Benito Juárez) se pobló en la primera mitad del siglo XX y se caracterizó no sólo por sus residentes, mayoritariamente de clase media, sino también por su particular paisaje rural, pero también industrial, pues en ella se establecieron diversas fábricas.¹³ A partir de la década de 1940, la colonia se transformó paulatinamente; en 1957 la inauguración del nuevo mercado sustituyó al comercio informal que se había establecido previamente a lo largo de la calle 17. La transición a un mercado especializado en la venta de mariscos inició en la década de 1980, gracias al abandono de muchos locales, así como al cambio en el tipo de clientela ligado a las transformaciones urbanas y de vivienda de la colonia; sin embargo, esta modificación comercial se dio de forma gradual y hoy en día este mercado ha observado también una diversificación culinaria.¹⁴

La identidad del mercado de “La Bola” está ligada a su característica planta circular y no puede dissociarse del contexto urbano en el que se encuentra: la topografía de la colonia formada por piedra volcánica resultado de la erupción del Xitle y la historia misma de la colonia, poblada en la segunda mitad del siglo XX por inmigrantes de escasos recursos de otros estados de la república. Entre 1985 y 1995 este mercado comenzó a enfrentarse a la dura competencia de otras formas de comercio: la llegada del tianguis dominical y el comercio ambulante, mismos que han ido creciendo y se han integrado a la identidad del mercado, así como a la construcción de los primeros dos supermercados en la colonia: Aurrera y Gigante (hoy Soriana). A raíz de estos eventos se dieron los primeros casos de corrupción que enfrentaron al gremio de comerciantes con las autoridades locales; desde entonces las relaciones entre ambas partes no han mejorado e incluso hoy en día siguen existiendo casos de corrupción que resultaron en la conformación de la Asociación Civil del mercado en 2017.¹⁵

Los sucesos antes referidos ayudaron a distinguir algunos aspectos de la “personalidad” o identidad de los mercados, misma que se ve reflejada de una u otra forma en los murales que albergan. Los murales de Jamaica y San Pedro de los Pinos evidencian una gran calidad técnica y poseen una representación clara, mientras que en el mercado de “La Bola” encontramos un mural de factura abiertamente *naif*¹⁶ y que no posee un tema claro en apariencia, aspecto que jugó en contra suya.

Los murales

Jamaica revive fue originalmente una iniciativa del colectivo Germen Crew y su participación en “Marchante...” se dio hasta la última etapa de ejecución del mural.¹⁷ El concepto fue desarrollado con base en el relato que los propios comerciantes brindaron a los artistas y contó con su aprobación. El mural, que abarca 1 400 m², desarrolla tres temas a lo largo de 7 escenas: la fertilidad de la tierra, el proceso de recolección y distribución de las flores y el pasado de la zona de Jamaica-La Viga, simbolizados mediante deidades prehispánicas y figuras arquetípicas, como los campesinos y el joven recolector de flores.

Así, la identidad de Jamaica representada en el mural se conformó a través de imágenes del mercado y elementos simbólicos de la etapa prehispánica, aludiendo al pasado y presente del mercado para celebrarlo y “detonar nuestro orgullo de ser mexicanos”.¹⁸ No obstante, se trata de una representación parcial e idealizada del mercado y su pasado, ya que se articula a partir de imágenes idílicas cargadas de nostalgia que se ven acentuadas por la escala monumental del mural; en el que destaca la completa obliteración de la arquitectura original de 1957 y el sismo de 1985. A pesar de ello, se trata de una representación que responde a lo que los comerciantes deseaban ver reflejado en el mural.

Gracias al uso de elementos prehispánicos y la escala de las figuras y motivos que atraviesan el mural, éste se inserta de forma acrítica dentro de una tradición pictórica-artística que refleja algunas de las propuestas del Manifiesto del SOTPE, pero que se vincula con el muralismo oficialista y de consolidación que sirvió a la construcción ideológica de la identidad nacional.



Mural *Jamaica revive*, mercado de Jamaica. “Marchante, un trueque con el arte”, Colectivo Germen, Facebook, 23 de julio de 2013, <https://www.facebook.com/Marchante-un-trueque-con-el-arte-577609042283779/photos/605707752807241>



Detalles del mural *Jamaica revive*, representación antropomorfa de Tonantzin Coatlicue, mercado de Jamaica. “Marchante, un trueque con el arte”, Colectivo Germen. Fotografías tomadas por la autora.



Detalles del mural *Jamaica revive*, representación antropomorfa de Tonantzin Coatlicue, mercado de Jamaica. “Marchante, un trueque con el arte”, Colectivo Germen. Fotografías tomadas por la autora.



Detalle del mural *Jamaica revive*, imagen alusiva a los antiguos canales de Jamaica-La Viga, mercado de Jamaica. “Marchante, un trueque con el arte”, Colectivo Germen. Fotografía tomada por la autora.



Detalle del mural *Jamaica revive*, representación semiantropomorfa de Tláloc, mercado de Jamaica. “Marchante, un trueque con el arte”, Colectivo Germen. Fotografía tomada por la autora.

El mural de San Pedro de los Pinos, *Sueños de un colibrí*, fue pintado por GOTHA y JOMER —originarios de Juchitán, Oaxaca y miembros de Colectivo Chiquitraca— y APHEX. El mercado y el mural se encuentran frente al templo de San Vicente Ferrer, santo patrón de Juchitán, ciudad cercana a la laguna Superior en el golfo de Tehuantepec y el océano Pacífico; debido a esta asociación, los artistas decidieron vincular dos espacios distintos: por un lado, el mercado de San Pedro y, por otro, el paisaje cercano a su natal Juchitán. De esta forma, el mural se integra a la serie de referencias oaxaqueñas que rodean al mercado y a la vez dialoga con él, estableciendo lo que hay en común entre el mercado y Juchitán.¹⁹

El mural parte de algunos símbolos de la colonia (el bosque de pinos y el dios mexica Mixcóatl) para trasladarnos a otro espacio y tiempo: el fondo del mar, representado también de forma idílica, ya que este paisaje es totalmente atemporal y apacible, indiferente a la acción humana, no existen signos de conflicto y la relación con los humanos aparece representada como una convivencia respetuosa, de modo que nos encontramos ante una imagen “universal” del ecosistema marino y una representación idealizada de la relación entre humanidad y naturaleza. Esta “universalidad” del mural nos sugiere distintas lecturas. Por un lado, funciona como dispositivo de representación de comunidades ajenas a este mercado, como es el caso de los propios artistas. Por otro, promueve una interpretación según la cual el mural nos invita a repensar nuestra relación con la naturaleza, específicamente, con los océanos, aunque el mural realmente no expresa un mensaje de carácter político-ambiental.

Ahora bien, el mural transmite una sensación general de tranquilidad y armonía que consideramos representativa del mercado de San Pedro, pues logra reflejar la imagen que los propios comerciantes tienen de su mercado y, al mismo tiempo, representa el origen de los famosos mariscos de San Pedro de los Pinos.



Sueños de un colibrí, mercado de San Pedro de los Pinos. GOTHA, JOMER y APHEX. Fotografía tomada por la autora.



Close-ups del mural *Sueños de un colibrí*, mercado de San Pedro de los Pinos. GOTHA, JOMER y APHEX. Fotografías tomadas por la autora.



Close-ups del mural *Sueños de un colibrí*, mercado de San Pedro de los Pinos. GO-THA, JOMER y APHEX. Fotografías tomadas por la autora.



Close-ups del mural *Sueños de un colibrí*, mercado de San Pedro de los Pinos. GO-THA, JOMER y APHEX. Fotografías tomadas por la autora.

El mercado de “La Bola” alberga el mural *Emiliano Zapata vive y visita el mercado de La Bola*, de Carlos Cons en colaboración con Dr. Lakra e Isac Soto Rosales. Fue diseñado para ejecutarse en la explanada principal del mercado, pero debido a la inconformidad de los comerciantes, terminó por realizarse en una de las fachadas laterales, aspecto que impactó en el tema representado. Se trata de un mural doble, en apariencia caótico y que no representa de forma literal el mercado o la colonia, sino que, de manera altamente simbólica y metafórica, homenajea al mercado, a la colonia y a sus habitantes.

El aspecto desordenado del mural y su factura *naïf*, en conjunto con los elementos y motivos instalados, emulan la autoconstrucción característica de las viviendas de la colonia Ajusco, reflejando parte de su “personalidad”. Este festejo simbólico se ve reforzado, primero, por las figuras de Zapata, que funcionan como símbolo del desposeído y en clara alusión a los habitantes que poblaron la colonia; segundo, por el “altar” que se encuentra en la primera parte del mural y cuya composición nos indica que lo que se celebra es a los habitantes tanto de la colonia como a las comerciantes del mercado, que aparecen representadas a través de tres réplicas subvertidas de *madonnas* de Leonardo da Vinci, desacralizadas de su estatus de obras de arte y convertidas en marchantas.²⁰

El mural, llevado a cabo en el marco de “Marchante...”, contrasta notablemente con los murales que alberga la biblioteca del mercado, que sí representan de forma clara el antiguo paisaje de la colonia, la concentración original, el mercado y los comerciantes pioneros. Debido al carácter simbólico y metafórico del mural pintado por Carlos Cons, Dr. Lakra e Isac Soto, tuvo la mala fortuna de no ser bien recibido por los comerciantes del mercado, ya que consideran que no fueron representados en él, a pesar de su profundo talante celebratorio.



Vista general del mural *Emiliano Zapata vive y visita el mercado de La Bola*, la imagen nos permite observar la ubicación del mural, a un costado de la entrada lateral del mercado sobre la calle Totonacas, mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”. Carlos Cons, Dr. Lakra e Isac Soto Rosales. Fotografía tomada por la autora.



Emiliano Zapata vive y visita el Mercado de La Bola, mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”. Carlos Cons, Dr. Lakra e Isac Soto Rosales. Fotografías tomadas por la autora.



Emiliano Zapata vive y visita el Mercado de La Bola, mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”. Carlos Cons, Dr. Lakra e Isac Soto Rosales. Fotografías tomadas por la autora.



Detalle del mural *Emiliano Zapata vive y visita el mercado de La Bola*, reproducción del retrato de Lisa Gherardini y Madonna Litta, ambas de Leonardo da Vinci, mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”. Carlos Cons, Dr. Lakra e Isac Soto Rosales. Fotografía tomada por la autora.

A modo de conclusión

“Marchante, un trueque con el arte” fue un proyecto de *street art* concebido en función de una preocupación central: rescatar y representar de forma gráfica la identidad de los mercados públicos de la Ciudad de México; se destacó por ser un proyecto colectivo, legal y que contó con el apoyo de instituciones gubernamentales. Además, se inscribe en un momento crítico para los mercados de la capital. En la década pasada los mercados públicos de la Ciudad de México se vieron afectados por serios problemas de infraestructura, debidos a la falta de mantenimiento y atención por parte de las autoridades, a pesar de que representan el 23% del abasto de los más de 21 millones de capitalinos.²¹

La historia de los tres mercados estudiados trasluce ciertas transformaciones urbanas por las que ha atravesado la Ciudad de México en distintos momentos del siglo XX y de lo que va del XXI: la transición de las formas tradicionales de comercio al aire libre a la creación de mercados públicos funcionales, erigidos en el marco de proyectos de Estado enfocados a reordenar el espacio público urbano y dotar de infraestructura y servicios básicos a la población; la expansión de la urbe, el aumento del comercio informal, los supermercados y las plazas comerciales en la segunda mitad del siglo XX; y por último, la erosión o degradación de los mercados públicos en el siglo XXI. Los relatos de los comerciantes entrevistados reflejan esos cambios, los cuales trastocaron la identidad de los mercados en su devenir.

El análisis visual de los murales, realizado con base en los testimonios de los comerciantes entrevistados, permite dar cuenta de las distintas estrategias conceptuales empleadas por los artistas, como el uso de figuras prehispánicas, imágenes del pasado e, incluso, figuras populares de la historia mexicana para crear simbolismos o alegorías que representan la identidad de los mercados, mismos que se encuentran representados en los tres murales en distintos grados. A pesar de la creatividad que se observa en los murales, desafortunadamente no todos lograron ser bien recibidos por los comerciantes, como es el caso del mercado de “La Bola”. Esto sugiere que los proyectos artísticos como “Marchante...” no siempre logran captar o reflejar los deseos de las comunidades con las que interactúan.

Por último, “Marchante...” manifiesta en su conjunto la herencia de una tradición pictórica y artística de la historia del arte en México, el Muralismo Mexicano. En cuanto proyecto de arte público en mercados públicos de la Ciudad de México, “Marchante...” retomó el programa mural del mercado Abelardo L. Rodríguez y lo adaptó al contexto histórico, urbano y artístico actual sin recurrir a un discurso ideológico o totalizador de la identidad de los mercados; en contraste, partió de las especificidades de cada uno para generar una representación gráfica acorde a cada mercado.

* Historiadora por la UNAM.

¹ Los mercados y artistas participantes fueron: mercado 25 de Julio (Beto Carlock); mercado Ajusco Montserrat “La Bola” (Carlos Cons, Dr. Lakra e Isac Soto Rosales); mercado de Jamaica (Colectivo Germen); mercado de La Cruz (REVOLVER, REZOK, XCES y CAUTER de Colectivo XK); mercado Verde (Taller La Buena Estrella, Carlos Soto “X-CHAMS”, César Urrutia y Sergio Valdés); mercado Melchor Ocampo “Medellín” (Cristian Pineda Flores); mercado Juárez (GOTHA y JOMER de Colectivo Chiquitracá); mercado San Pedro de los Pinos (GOTHA, JOMER y APHEX de Colectivo Visual Psy); mercado Xóchitl (Heyliana Flores Lobato); mercado de San Juan-Arcos de Belén (RAPO, RENAT y REBEL de BAD-Brigada de Artistas Desterrados).

² Valeria Urbietta Palma, “Marchante, un trueque con el arte. Proyecto de *street art* en la Ciudad de México”, tesis de licenciatura, UNAM, México, 2021, 163 p.

³ Debido al amplio número de trabajadores que alberga cada mercado y el tiempo que habría implicado desarrollar una investigación exhaustiva, se optó por conversar con comerciantes que pudieran brindarnos información sobre la historia de cada mercado: los de mayor antigüedad o los de segunda generación. Todos los comerciantes entrevistados mantenían un cargo administrativo en las mesas directivas de los respectivos mercados, o formaron parte de las mesas directivas en el pasado.

⁴ Nos referimos de forma específica a la noción de *identidad colectiva*, que se define como el conjunto de rasgos o cualidades que caracterizan a los miembros de un grupo en oposición a otros que no pertenecen a él, posee una función clasificatoria en la que la pertenencia se da en función de cómo los individuos o grupos se definen a sí mismo o cómo son definidos por otros. Graciela Malgesini y Carlos Jiménez, *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*, Madrid, Los Libros de la Catarata / Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid-Dirección General de Juventud, 2000, pp. 237-238. (colección Mayor, 108).

⁵ Se trata de un análisis desarrollado por Maurice Halbwachs en *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925) y *La mémoire collective* (1950). Citado en Peter Burke, “La historia como memoria colectiva” en *Formas de historia cultural*, trad. de Belén Urrutia, Madrid, Alianza (Ensayo Historia y Geografía), 2000, p. 66.

⁶ Joël Candau, *Antropología de la memoria*, trad. de Paula Mahler, Buenos Aires, Nueva Visión (Claves), 2002, pp. 87, 100, 101. Los relatos “de memoria” poseen sus propios medios de transmisión, entre ellos, las imágenes y el espacio. Cfr. Peter Burke, “La historia como memoria colectiva”, en *Formas de historia cultural*, trad. de Belén Urrutia, Madrid, Alianza (Ensayo Historia y Geografía), 2000, p. 66, 76–85. Se puede sostener que los recuerdos son imágenes mentales del pasado vinculados a espacios determinados, en este caso, los mercados.

⁷ El mercado Abelardo L. Rodríguez se erigió en la antigua sede de la iglesia de San Pedro y San Pablo y de un conjunto de colegios destinados a la enseñanza de los indígenas fundados por la Compañía de Jesús. Respecto de la insuficiencia de mercados públicos en la Ciudad de México, Esther Acevedo señala que en 1933 existían solamente 40 mercados públicos que apenas lograban abastecer a la mitad de la población de la ciudad, casi un millón y medio de habitantes. Esther Acevedo, “Jóvenes muralistas apuestan a un proyecto popular: el mercado Abelardo L. Rodríguez”, *CURARE. Espacio Crítico para las Artes*, núm. 10, México, 1997, pp. 87–92.

⁸ Este Manifiesto proponía, a grandes rasgos, el rescate y la integración del arte prehispánico y popular, el carácter monumental de las obras por ser de utilidad pública y cuya función era estar al servicio de la educación y la lucha política para garantizar el gozo colectivo de la belleza, de ahí que el nuevo arte mexicano fuera considerado un *arte público*. Esther Acevedo y Pilar García, “Procesos de quiebre en la política visual del México posrevolucionario”, en Mercedes de Vega (coord.), *La búsqueda perpetua: lo propio y lo universal de la cultura latinoamericana*, vol. 5, *México y la invención del arte latinoamericano, 1920-1950*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores–Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2011, pp. 27–36 y 85–135.

⁹ Durante la investigación en el mercado Ajusco Montserrat, los informantes distinguieron entre comerciantes pioneros y fundadores: los pioneros son todos aquellos comerciantes que formaban parte de las concentraciones de comercio al aire libre, mientras que los fundadores son aquellos comerciantes que se integraron a los mercados en los años inmediatamente posteriores a la construcción de los mercados, pero no formaban parte de las concentraciones originales. La segunda generación de comerciantes son los hijos de comerciantes pioneros o fundadores que continúan laborando en los mercados. Entrevista al Sr. Francisco Javier Vargas, comerciante del mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”, realizada el 22 de mayo de 2019 en el mercado Ajusco Montserrat, para el proyecto de investigación “Marchante, un trueque con el arte. Proyecto de *street art* en la Ciudad de México”. Entrevista a la Sra. Teresa Castillo Horta, comerciante del mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”, realizada el 28 de mayo de 2019 en el mercado Ajusco Montserrat, para el proyecto de investigación “Marchante, un trueque con el arte. Proyecto de *street art* en la Ciudad de México”.

¹⁰ En este artículo se entiende a los mercados no sólo como espacios para el comercio sino como lugares antropológicos y lugares de memoria; es decir, como construcciones sociales, simbólicas e históricas que albergan un principio de sentido para los habitantes y un principio de inteligibilidad para los observadores, proporcionándoles una imagen de lo que ya no es, y la cual refuerza el carácter sagrado (o afectivo) del espacio. Marc Augé, *Los no lugares. Espacio del anonimato. Una antropología*

de la *sobremodernidad*, México, Gedisa, 2008, pp. 57–65. El concepto de *lugar de memoria* fue propuesto originalmente por Pierre Nora en *Les lieux de memoire*, publicado entre 1984 y 1992.

¹¹ “El mercado de Jamaica garantizará la pureza de legumbres y verduras” *El Nacional*, México, D. F., jueves 12 de septiembre de 1957, sin sección, p. 1; V. Francisco Piña, “Grandiosa manifestación de gratitud al señor presidente por los nuevos mercados”, *El Nacional*, México, D. F., martes 24 de septiembre de 1957, sin sección, p. 9.

¹² Entrevista al Sr. Ángel de Jesús Ávila Ávila, comerciante del mercado de Jamaica y secretario general de la mesa directiva y la Asociación Civil Jamaica Siempre Vivirá, realizada el 21 de junio de 2019 en el mercado de Jamaica, para el proyecto de investigación “Marchante, un trueque con el arte. Proyecto de *street art* en la Ciudad de México”.

¹³ La más grande y famosa fue la fábrica de cemento La Tolteca, pero San Pedro de los Pinos albergó también las fábricas Canicas Industrias Cornejo, Eureka, Galletas Lara, Cocinas Dehler y la de embutidos Iberomex. Ma. Concepción Martínez Omaña, “Escenario fabril de la colonia San Pedro de los Pinos” en Patricia Pensado Leglise y Ma. de Jesús Real García Figueroa (coords.), *Historia oral de San Pedro de los Pinos: conformación y transformación del espacio urbano en el siglo XX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Delegación Benito Juárez / Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 2003, pp. 63–81.

¹⁴ Entrevista al Sr. Armando Hernández, comerciante del mercado de San Pedro de los Pinos y actual secretario general de la mesa directiva, realizada el 29 de mayo de 2019 en el mercado de San Pedro de los Pinos, para el proyecto de investigación “Marchante, un trueque con el arte. Proyecto de *street art* en la Ciudad de México”.

¹⁵ Entrevista citada a la Sra. Teresa Castillo Horta; Entrevista citada al Sr. Francisco Javier Vargas; Entrevista a la Srita. Huguette Hernández, comerciante del mercado Ajusco Montserrat, “La Bola” y actual secretaria general de la mesa directiva, realizada el 28 de mayo de 2019 en el mercado Ajusco Montserrat, “La Bola”, para el proyecto de investigación “Marchante, un trueque con el arte. Proyecto de *street art* en la Ciudad de México”.

¹⁶ El término *naïf* (ingenuo o simple, en francés), se refiere a un estilo artístico caracterizado por la ingenuidad y simplicidad en la representación, alejado de las convenciones académicas de la pintura y dotado de una interpretación libre de la perspectiva, o carente de ella, el uso de colores brillantes y formas simplificadas y el autodidactismo de muchos artistas. El arte *naïf* fue asociado a una representación “primitiva”, burda o infantil.

¹⁷ De acuerdo con el primer reporte de trabajo incluido en la documentación de “Marchante...”, la ejecución del mural se llevó a cabo en cuatro etapas: las primeras dos se financiaron con recursos de los artistas y apoyo del mercado, y se pintaron 70 m; en la tercera etapa, Germen consiguió apoyo en especie por parte de la empresa Comex y se pintaron 70 m más. La participación en “Marchante...”, o sea, con recursos del proyecto, se dio hasta la cuarta y última etapa de ejecución; para ese momento, el mural presentaba un avance del 70%. *Cfr.* Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, Unidad de Transparencia, “Respuesta a la Solicitud de Acceso a la Información Pública con No. de Folio 1116100041519”, 3 t., Ciudad de México, 22 de noviembre de 2019, t. 1, fs. 455–461.

¹⁸ Abida Ventura, “Confabulario TV. Una pieza sobre el ‘Proyecto Marchante. Un trueque con el arte’” en *Confabulario Tv*, 9 de octubre de 2014, disponible en <https://>

www.youtube.com/watch?v=f87xnXu_Xyc&fbclid=IwAR1B15R1B4ocgf0Z4mir5YNI-pwvig-7nC-8Fwdc1csXO_fMuWpYYOlwg1v8, consultado 18 de febrero de 2019.

¹⁹ Además del templo de San Vicente Ferrer, el mercado de San Pedro de los Pinos también se encuentra junto al parque Pombo, nombrado así en honor al diputado oaxaqueño Luis Pombo, quién donó el terreno para que se construyera este parque entre 1905 y 1908. *Cfr.* Guadalupe Barrientos López, “Parques Pombo y Miraflores. Espacios de identidad”, en Patricia Pensado Leglise y Ma. de Jesús Real García Figueroa (coords.), *Historia oral de San Pedro de los Pinos: conformación y transformación del espacio urbano en el siglo XX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Delegación Benito Juárez / Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 2003, pp. 48, 96. E incluso la nomenclatura misma de la Alcaldía Benito Juárez.

²⁰ De las tres réplicas, sólo se alcanza a distinguir dos: el *Retrato de Lisa Gherardini*, mejor conocido como *La Gioconda* o *La Mona Lisa* (1503/1519) y *Madonna and the child*, o *Madonna Litta* (1490-1491). Al momento de redacción de este artículo (2025), el mural ejecutado en el marco de “Marchante...” ya no existe. El mercado fue pintado en su totalidad entre 2022 y 2023.

²¹ Jesús Sesma Suárez, “Problemas con los mercados públicos”, *Excélsior*, sección Opinión, México, 7 de agosto de 2014, disponible en <https://www.excelsior.com.mx/opinion/jesus-sesma-suarez/2014/08/07/974918>.

Los historiadores frente al terremoto de 1985

Alejandro González Vicente*

Resumen

Resultado de un proceso de investigación anterior, en que se ordenaron y analizaron artículos de investigación escritos desde las ciencias sociales, así como crónicas y testimonios, en este artículo se expone una propuesta para pensar cómo es que especialistas de la historia han tratado al terremoto de 1985 en la Ciudad de México, en la temporalidad de 1985 a 2015. Contrario a lo que se podría pensar, los seguidores de Clío no fueron indiferentes ante ese acontecimiento, pues en un primer momento se dedicaron a documentar las consecuencias del terremoto, resaltando el papel de los sujetos involucrados (como las costureras, los damnificados y los habitantes del barrio de Tepito) además de conformar fuentes mientras los acontecimientos se desarrollaban frente a sus ojos; en otro momento se dedicaron a construir cronologías de sismos y construyeron una propuesta de investigación histórica para indagar acerca de sus consecuencias sociales, políticas, económicas y culturales, misma que influiría para tratar eventos similares; por último se señala que en tanto acontecimiento con un gran impacto social, el terremoto de 1985 fue integrado sólo en algunas historias de México que fueron publicadas a inicios del siglo XXI con pocas propuestas para abordarlo desde la historia.

Palabras clave: historiografía, terremoto de 1985, acontecimiento, subjetividad, construcción de fuentes, cronología, desastres, narrativas nacionales, sociedad civil.

Abstract

The result of a previous research process, in which social science research articles, chronicles, and testimonies were organized and analyzed, this article presents a proposal for understanding how historians have addressed the 1985 Mexico City earthquake between 1985 and 2015. Contrary to what one might expect, historians were not indifferent to this event. Initially, they dedicated themselves to documenting the earthquake's consequences, highlighting the role of those involved (such as seamstresses, victims, and residents of the Tepito neighborhood), and constructing sources as the events unfolded before their eyes. Later, they focused on developing earthquake chronologies and constructing a historical research framework to investigate its social, political, economic, and cultural consequences, which would influence their approach to similar events. Finally, it is noted that as an event with a great social impact, the 1985 earthquake was only included in some histories of Mexico that were published at the beginning of the 21st century with few proposals to address it from a historical perspective.

Keywords: historiography, 1985 earthquake, event, subjectivity, source construction, chronology, disasters, national narratives, civil society.

El objetivo de este texto es contribuir a la construcción de un estado de la cuestión o historiografía sobre el terremoto que en 1985 sacudió la Ciudad de México, para consecutivamente proponer nuevas miradas a este acontecimiento desde la labor del historiador.

Dicha tarea tiene ya un punto de partida, donde se revisaron artículos de investigación, tesis y libros de ciencias sociales, así como crónicas y testimonios:¹ entre 1985 y 1987 la sociología, la demografía y los estudios urbanos hicieron correr grandes ríos de tinta y produjeron textos —primordialmente, artículos y libros— en los que abordaron el perfil de los damnificados; el movimiento social que exigía la reconstrucción de vivienda en las colonias de la Ciudad de México afectadas; las políticas y los programas urbanos que buscaron atender esa demanda, así como la participación de las mujeres.²

El interés por el terremoto, así como sus consecuencias sociales y políticas, se extendió a lo largo de una década, incorporando temas como la historia de las organizaciones vecinales y de damnificados, su desarrollo o su postura frente a la coyuntura electoral de 1988, para desaparecer casi por completo del panorama de las ciencias sociales en los primeros años del siglo XXI.³

En esta línea de búsqueda, llamaba la atención la aparente ausencia tan prolongada de la historia en el estudio de este acontecimiento, ya que no es sino hasta 2015 en que aparecieron artículos, tesis y libros en que historiadoras e historiadores se ocuparon de aspectos puntuales, como la recuperación de experiencias del personal de salud en los hospitales mediante la historia oral,⁴ se ha investigado cómo la memoria del terremoto de 1985 atravesó los discursos de la prensa que en 2017 dieron cuenta de un nuevo sismo que sacudió a la ciudad;⁵ se hizo análisis comparativo entre 1985 y los sismos de 1911 y 1957 en cuanto a los daños y la percepción de su magnitud;⁶ se ha estudiado también la relación Iglesia-Estado durante los trabajos de reconstrucción en la Ciudad de México.⁷ No se puede dejar fuera una tesis en la que se problematiza el conflicto entre el gobierno mexicano y las organizaciones de damnificados,⁸ así como la construcción de esta historiografía sobre el terremoto que ya he mencionado.

Si los seguidores de Clío comenzaron a escribir “historias” sobre el terremoto de 1985 treinta años después de que ocurriera, vale la pena preguntar, ¿qué explica que los historiadores fueran ajenos a ese acontecimiento y no lo estudiaran durante tanto tiempo?⁹ Resultado de una nueva investigación, aquí muestro que esto no fue así, y que en el periodo 1985–2015 hubo por lo menos tres formas en que los historiadores e historiadoras abordaron este acontecimiento: *a)* documentando y construyendo fuentes, *b)* formulando una historia de los sismos en México y *c)* integrando al terremoto de 1985 como un episodio más en la narrativa nacional. En este orden es que se encuentra estructurado el presente escrito.

Documentar, construir fuentes

Sobre el acontecimiento que aquí interesa, dos obras fueron publicadas por la Dirección de Estudios Históricos (DEH) del INAH en 1987, *Historias para temblar y Una ciudad destruida*.

Bajo la coordinación del historiador Carlos San Juan Victoria, *Historias para temblar* es una obra que reúne información de anteriores sismos que azotaron a nuestro país (desde el siglo XVII y hasta principios del XX), ensayos sobre las consecuencias políticas del terremoto de 1985 y crónicas sobre las experiencias de los damnificados, las costureras y los habitantes del barrio de Tepito.¹⁰ Adriana López Monjardín, Carlos Monsiváis, Celia Maldonado, José Joaquín Blanco, Luis Barjau, María Dolores Morales, María Teresa Huerta, Marisol Arbeláez y Saúl Escobar, investigadoras e investigadores de la DEH, colaboraron con su pluma para dar lugar a este libro, que tenía un propósito divulgativo.

Por otro lado, *Una ciudad destruida*¹¹ es una compilación de noticias que aparecieron en los periódicos *La Jornada* y *Uno Más Uno*, perteneciente a la colección Cuadernos de Trabajo de la DEH y resultado de la labor de las historiadoras Marta Rocha, Enriqueta Tuñón y Marcela Tostado, que:

“[...] pretende convertirse en una fuente de consulta cuyo objetivo es ofrecer a todo tipo de lector información detallada sobre los múltiples acontecimientos registrados en la ciudad de México durante los 15 días posteriores al sismo; esto es, del 19 de septiembre al 4 de octubre de 1985 [...] Cabe por último subrayar que quiénes participamos en este trabajo nos limitamos a registrar hechos y declaraciones; en ningún caso vertimos nuestra opinión, ni interpretamos. Nuestra labor fue de síntesis, no de análisis”¹²

Esta obra se presentó en dos volúmenes (suman más de mil páginas) en las que se trataron las temáticas de abasto y comercio, agua, albergues, bienes muebles, comunicaciones, descentralización, destrucción de inmuebles, deuda externa, difuntos, electricidad, energéticos, escuelas, extranjeros en México, finanzas, gas, gobierno, heridos, huérfanos y desaparecidos, Iglesia, información científica, información en el extranjero, laborales, medios de comunicación, ocio, patrimonio artístico, histórico y cultural, planta productiva, reconstrucción, réplicas políticas, rescate, salud, seguridad pública y justicia, solidaridad internacional, turismo, vialidad y transporte, vivienda.

Se pueden identificar múltiples aportes de ambas obras a la historiografía mexicana. En primer lugar *Historias para temblar* proporcionó antecedentes sísmicos que se podían recuperar de fuentes de siglos pasados, con el propósito de construir una conciencia histórica sobre estos fenómenos en nuestro país; segundo, se reflexionaba acerca de las posibles consecuencias de la gran movilización ciudadana, sobre todo dentro de la discusión en torno al surgimiento de la sociedad civil; y tercero, dentro del amplio abanico de sujetos que se vieron involucrados en 1985, se rescató mediante breves narraciones a quienes abanderaron las luchas más importantes en ese momento: reconstrucción de vivienda, reconocimiento de los derechos laborales de los y las trabajadoras del ramo textil y la resistencia a ser desplazado del barrio.

En cuanto a *Una ciudad destruida*, varios son los aspectos a destacar. Las temáticas bajo las que se ordenaron las noticias recopiladas nos indican los aspectos de la vida

urbana que fueron trastocados por los terremotos, proporcionando así una idea más amplia del desastre. También, los periódicos elegidos nos ayudan a entender que la prensa capitalina no le dio el mismo seguimiento a este acontecimiento. Y lo más importante a mi parecer, es que las autoras cuestionan la narrativa que asignaba al terremoto de 1985 un lugar especial en la historia contemporánea del país, problematizando una de las consignas que alimentó incluso a la movilización ciudadana: “Se repitió una y otra vez en aquellos días que el desastre y sus efectos políticos, económicos y sociales constituían un parteaguas en nuestra historia, ¿qué tan cierto ha resultado esto?, ¿qué ha cambiado y en qué sentido de entonces a la fecha?”.¹³

De esta forma, la proximidad al hecho no impidió que abordasen al terremoto, aunque sí lo hicieron preliminarmente:¹⁴ narrar procesos de lucha como una forma de documentar, buscar antecedentes, reivindicar sujetos de los conflictos sociales (las costureras, los damnificados, los tepiteños), cuestionar al acontecimiento (el terremoto como un parteaguas), buscar, seleccionar, ordenar fuentes periodísticas y pensar en las implicaciones de la movilización ciudadana son operaciones propias del historiador.

Entonces, los historiadores no comenzaron a escribir sobre aquel acontecimiento en 2015 y menos aún fueron indiferentes a sus trágicas consecuencias; sin embargo, si prestamos atención a otras acciones de los historiadores, tal como se ha propuesto en este artículo, podemos ampliar este apartado.

Es sabido que tras el terremoto, los habitantes de la Ciudad de México y del Distrito Federal se volcaron a las zonas afectadas para auxiliar a los damnificados, a los heridos y a las personas que se encontraban entre los escombros de los edificios que se habían caído. A ellos se unieron de manera solidaria, instituciones públicas de enseñanza superior e investigación, tales como el INAH, la ENAH, la UNAM y la UAM, por mencionar algunas.

Una de las zonas afectadas que representó un gran reto para proponer soluciones a los damnificados, fue el Centro Histórico de la ciudad, que había sido declarado patrimonio histórico por decreto presidencial en 1980¹⁵ y los edificios que se encontraban en su demarcación¹⁶ eran objeto de conservación, tarea propia del INAH, por lo que una de sus labores primarias fue evaluar cuantitativa y cualitativamente los daños a inmuebles, cuyo uso, valga decirlo, estaba destinado a albergar instancias gubernamentales, comercios, pero la mayoría se ocupaba como vivienda en renta.

Para ello, se conformaron las llamadas Brigadas Multidisciplinarias,¹⁷ grupos en que investigadores, autoridades y trabajadores de la DEH, la ENAH y la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) se encargaron de recopilar datos sobre los edificios dañados y de quienes las habitaban.¹⁸ Esto último es importante.

Es en este contexto que historiadoras e historiadores como Dolores Plá, Salvador Rueda, José Antonio Rojas, Rina Ortiz y María Estela Eguiarte documentaron las experiencias de damnificados mediante fotografías¹⁹ y entrevistas de historia oral, a las que hay que sumar otra compilación de noticias de periódicos nacionales y extranjeros diferente a *Una ciudad destruida*.²⁰ También se tiene que tomar en cuenta el Foro sobre los Efectos Sociales del Sismo en la Ciudad de México que se llevó a cabo en la DEH, en el que representantes de organizaciones vecinales dieron a co-

nocer los problemas que enfrentaban, cómo se habían organizado y sus demandas más puntuales.²¹

Es en aquel álgido y tenso momento en que fueron generando todos estos materiales que buscaban documentar el impacto social del terremoto; la diferencia estriba en que algunos se dieron a conocer al público en general (como las obras de 1987 ya señaladas) y otros permanecen resguardados en la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la DEH, esperando a ser retomados.

Entonces, si la historia ha sido este saber interesado únicamente en el pasado, ¿por qué estos historiadores se involucraron tal como lo hicieron?, ¿por qué se dedicaron a documentar de esta manera al terremoto de 1985? Me parece que hay que observar que su participación iba más allá de las responsabilidades institucionales y que no fueron simplemente empujados por las circunstancias, sino que hay que prestar atención a dos elementos, su sentido de compromiso social y el hecho de que para ellos era válido que el historiador se ocupara de estudiar el presente. En *Historias para temblar*, San Juan Victoria señaló que:

Entre septiembre y noviembre de 1985, la Dirección de Estudios Históricos del INAH, al igual que tantas otras instituciones de investigación social con residencia en la ciudad de México, estuvo presa de una obsesión muy común, por fortuna, en ese entonces: “hacer algo” en relación al sismo y sus secuelas destructivas. En uno de sus edificios, al pie del Castillo de Chapultepec, se reunieron varios de sus investigadores —profesionales de la memoria, cultivadores de los recuerdos— para ofrecer algo a la ciudad dolida.²²

Por su parte, en *Una ciudad destruida* sus autoras afirman: “[...] la investigación en torno a los fenómenos políticos y sociales generados por el sismo constituye hoy un compromiso y una necesidad histórica. El trabajo que a continuación se presenta es resultado de esa convicción”;²³ así, en la DEH había un interés generalizado en que la historia aportase algo a la sociedad capitalina, especialmente en ese momento trágico. No sólo se trataba de remover escombros, sino también de reivindicar las demandas más acuciantes del momento, participar en los debates en torno a los alcances de la sociedad civil o crear una conciencia histórica sobre la recurrencia de los sismos en nuestro país.

En segundo lugar, para estos investigadores el estudio de su presente era una tarea que ya no le correspondía únicamente a sociólogos, economistas o politólogos, tal como lo demuestran las discusiones y reflexiones del Primer Simposio sobre Historia Contemporánea que se realizó en la DEH justo un año antes del terremoto;²⁴ es decir, existían ya los argumentos que justificaban la atención y el estudio del presente por parte del historiador. Su intervención en el terremoto de 1985 no fue fortuita.

Se puede apreciar entonces que los seguidores de Clío no fueron ajenos al desastre y que, por el contrario, generaron valiosas aportaciones desde su labor de investigación: colaboraron en la conservación del Centro Histórico como patrimonio, se

preocuparon por los efectos sociales del terremoto, apoyaron las demandas de los damnificados por reconstrucción de vivienda y construyeron fuentes para la historia.

Aún así, con la ventaja que se puede permitir quien escribe desde la lejanía de aquellos días, es inevitable preguntar: ¿por qué esos esfuerzos no devinieron en una historia del terremoto de 1985, o bien, en historias de los damnificados, las costureras, los tepiteños, si ya estaba sobre la mesa el material dispuesto o habían elaborado textos preliminares? Sin lugar a dudas, esta interrogante conserva todo su peso.

Historiar los sismos, historiar los desastres

Antes de que aparecieran las obras de la DEH, una cronología apareció en 1986, en el marco de las actividades de la Comisión de Reconstrucción: el de Concepción Amerlinck, que consiste en un estudio breve del impacto de los sismos en la Ciudad de México desde la perspectiva de la ingeniería y cuya temporalidad abarcó seiscientos años de registros sísmicos (crónicas, gacetas y noticias).²⁵

Pero hay otra publicación que interesa por la continuidad que tuvo en la historiografía mexicana, que es *“Y volvió a temblar”*. *Cronología de los sismos en México (de 1 pedernal a 1821)*, perteneciente a los Cuadernos de la Casa Chata, una cronología publicada en 1987 por el CIESAS,²⁶ en el que participaron antropólogos e historiadores (Alma Parra, Antonio Escobar, Enrique Sánchez, Jorge Chávez, Juan Manuel Pérez Zevallos, Juan Pedro Viqueira, María del Socorro Fuentes, René García Castro, Teresa Rojas Rabiela, Virginia García Acosta y Zazil Sandoval) con la ayuda del físico Enrique Sánchez, especializado en estos eventos, y el sismólogo Cinna Lomnitz.²⁷ El orden de la obra siguió un criterio lineal, desde donde permitieron los códigos mesoamericanos, hasta el año 1821 y que se sumaría a cierta tradición mexicana de escribir cronologías sobre sismos, como los elaborados por Carlos María Bustamante, José Guadalupe Romero, Juan Adorno, Juan Orozco y Berra y Teodoro Amerlinck.²⁸

La presente [...] intenta ser una cronología crítica que supere las deficiencias y corrija los errores de las anteriores, pero que señale también las posibles equivocaciones de las fuentes originales y que pueda servir de base a aquellas otras cronologías, más completas y más precisas, que se hagan en el futuro.²⁹

Su objetivo era que sismólogos, geólogos e ingenieros conocieran mejor la historia sísmica de nuestro país, ya que los instrumentos de registro modernos comenzaron a funcionar desde fines del siglo XIX, por lo que había eventualidades imposibles de conocer para esa tecnología y que sólo podrían ser encontradas en documentos, archivos y cronologías estudiados por los historiadores.³⁰ Así, lo que las ciencias naturales le pedían a la historia era ser lo más exacta posible en la ubicación espacial y temporal de estos fenómenos.

Para 1989, Teresa Rojas y Virginia Acosta informaron que habían continuado con la búsqueda de fuentes rebasando el límite temporal de “*Y volvió a temblar*”....³¹ El resultado lo podemos apreciar en el tomo I de *Los sismos en la historia de México*, un catálogo de fuentes sobre sismos publicado en 1996, que incluía documentación prehispánica, colonial, del México independiente, pero extendiéndose a lo correspondiente al siglo XIX hasta llegar a 1912.³² El cuantioso material reunido no sólo proveyó una herramienta más extensa y acabada para los sismólogos, sino que brindó la oportunidad para estudiar estos fenómenos desde la historia, pues en dicha cronología también se explican los retos para la localización de estos acontecimientos en los archivos y documentos.³³ El trabajo entonces estaba por hacerse, pues “[...] había que contextualizar los datos, tratar de explicarlos, de entenderlos, de tejer un tapete histórico con base en ellos, en suma, analizarlos a profundidad con base en marcos teóricos adecuados que permitieran entenderlos desde una perspectiva social e histórica”.³⁴

El resultado de ello llevó a García Acosta a presentar una tesis en 1995 donde exponía las teorías sociales contemporáneas en torno a los desastres³⁵ y cuatro ensayos sobre: 1) los cambios en la forma de registrar los sismos en las épocas prehispánica y colonial;³⁶ 2) el fechamiento de sismos consignados en códices (relacionados con erupciones del volcán Xitle en la Cuenca de México);³⁷ 3) los paradigmas científicos en torno a la explicación de los sismos en la Colonia así como la transformación que trajo consigo el pensamiento ilustrado,³⁸ y 4) las respuestas (sociales, económicas, religiosas) de la sociedad novohispana al enfrentar esos fenómenos y de qué manera se llevó a cabo la reconstrucción.³⁹

Queda claro entonces que, mientras se elaboraba el tomo I de *Los sismos en la historia de México*, García construía el armazón teórico para lograr hacer esa “naciente historia de los sismos” expresión acuñada por Juan Pedro Viqueira en 1987, para quien era importante entender bajo qué concepto se tenía a los sismos en diferentes épocas, pues ello influía en la forma en que se les fechaba y con que se establecieron datos de suma importancia, como las zonas afectadas, la intensidad o la dirección que había tomado.⁴⁰

Regresando a los ensayos de García, estos fueron sumamente relevantes porque constituyeron la versión preliminar del tomo II de *Los sismos en la historia de México* que se publicó en 2001, cuyo objetivo era ofrecer propuestas de análisis histórico para completar el catálogo publicado en 1996.⁴¹

Hasta este punto y con las obras ya señaladas, podemos considerar que se había consolidado una historia de los temblores en el pasado de México. Pero otras líneas de investigación se bifurcaron a partir de los problemas e inquietudes que planteó esta historia y que además lograron una proyección continental.

Cuando García Acosta tejía el tapete histórico para tratar las fuentes que había reunido y buscaba los conceptos adecuados para ello, se apoyó en dos vertientes de investigación que resultaron fundamentales: los trabajos de Enrique Florescano sobre las crisis agrícolas en la sociedad novohispana tardía⁴² y la perspectiva latinoamericana de los estudios sociales sobre desastres.⁴³ A continuación se revisa brevemente los resultados de estas influencias.

En 1992 el CIESAS publicó *Estudios históricos sobre los desastres en México*,⁴⁴ una obra colectiva que retomaba la metodología de Florescano, pero que se proponía ir más allá del estudio de las crisis agrícolas en el pasado al incluir el impacto social, económico y político de las sequías, las hambrunas o las enfermedades convertidas en epidemias, bajo el concepto de “desastres”:

Consideramos que el estudio de los fenómenos naturales, particularmente de aquellos cuyos efectos resultan desastrosos, va aparejado con otros hechos sociales, políticos, económicos y culturales; si bien el estudio por sí suele ser importante, el énfasis debe ponerse en sus alcances, en sus resultados y en sus consecuencias [...] Como investigadores sociales, consideramos importante conocer las reacciones y las respuestas de los diversos sectores frente a una crisis (efectos), y el entorno en que se desarrollan éstas.⁴⁵

Esta obra venía a cubrir una ausencia historiográfica, pues a pesar de la recurrencia de esos fenómenos en nuestro país y el conocimiento de sus efectos destructores, no habían sido abordados con profundidad por la historia o las ciencias sociales en México.⁴⁶ Ante tal panorama, los aportes de García Acosta en el CIESAS significaban un avance, porque permitió estudiar, no ya únicamente los sismos, sino también la ocurrencia, los efectos y las respuestas sociales ante otros eventos que devinieron en desastres: “El trabajo está aún en proceso. Lo que hemos aprendido servirá para orientar la nueva investigación emprendida en el CIESAS sobre las sequías históricas”.⁴⁷

Pero el desarrollo de esta historiografía no sólo respondía a un interés acotado a México, sino que era parte de una discusión mucho más amplia: en 1992 se creó la Red de Estudios sobre Desastres en América Latina (LA RED), una comunidad de científicos sociales que se propusieron estudiar estos eventos y sus consecuencias desde la realidad latinoamericana,⁴⁸ pues los paradigmas dominantes (desde las ciencias naturales, la ingeniería y en menor medida la sociología estructuralista)⁴⁹ respondían a las experiencias de sociedades altamente industrializadas (Estados Unidos, Rusia y Europa), dejando fuera la perspectiva de los países en vías de desarrollo.⁵⁰

García Acosta quedó al frente de los estudios históricos de LA RED⁵¹ con lo que se abrió la oportunidad para poner a prueba los modelos que ya había ensayado para el caso mexicano. Entre 1993 y 1994, García invitó a especialistas de América Latina a desarrollar investigaciones sobre desastres a partir de los principios señalados por LA RED y sus propios aportes: “En México habíamos llevado a cabo algunos esfuerzos por iniciar y continuar en un nuevo campo de estudio [...] el de los desastres en perspectiva histórica. Era necesario “inocular este virus” en otras latitudes con tradiciones similares y a la vez propias, y observar sus resultados”.⁵²

Los resultados de ello los podemos conocer en los volúmenes I, II⁵³ y III⁵⁴ de *Historia y desastres en América Latina*, que aparecieron en 1996, 1997 y 2008, respectivamente; en esas obras historiadores, antropólogos, arqueólogos, geógrafos, economistas, etnohistoriadores, junto a geólogos y sismólogos provenientes de

El Salvador, Argentina, Perú, Brasil, Guatemala, Colombia y México dan a conocer estudios de caso de terremotos, inundaciones, sequías y epidemias, desde la época precolombina hasta principios del siglo XX.

En el caso referido se logró traducir un compromiso social en toda una propuesta académica: primero se buscaron los sismos del pasado más lejano posible en fuentes y archivos para elaborar catálogos y cronologías; después se dio lugar a una historia de los sismos con diferentes propuestas de análisis, y esto facilitó, por último, historiar otros eventos con efectos similares (sequías, inundaciones, epidemias, etcétera), cuyo modelo de investigación ayudó a indagar su impacto en el pasado latinoamericano.

Integrar a las narrativas nacionales

Más allá de la crítica al nacionalismo y a la centralidad del Estado bajo los que se someten los procesos en las historias generales de México, son obras sintetizadas con un amplio tiraje que los convierte en referentes para un público lector muy amplio, que rebasa con facilidad los linderos académicos, dando forma no sólo al conocimiento, sino a un imaginario colectivo que tenemos sobre el pasado de nuestro país. De ahí la necesidad de tomarlos en cuenta.

Dado que en las historias nacionales lo importante es el desarrollo del Estado-nación, es interesante observar qué lugar se le ha dado al terremoto de 1985 en esas narrativas.

Por ejemplo, en la *Historia de México* que publicó la editorial Crítica en 2001 en español,⁵⁵ el terremoto aparece como una catástrofe inesperada en el devenir nacional: Peter Smith consigna que el número de víctimas en el Distrito Federal osciló entre los siete mil y veinte mil muertos, cien mil personas que resultaron heridas o que quedaron sin hogar, mientras que los daños ascendieron a los cuatro mil millones de dólares. En esta narrativa, el terremoto sólo vino a empeorar la situación ya de por sí complicada que enfrentaba el gobierno de Miguel de la Madrid, pues la figura presidencial y el régimen fueron severamente criticados por su ineficaz respuesta: la caída de edificios denotaba corrupción en su construcción, se avivó la discusión sobre la urgente descentralización que necesitaba la ciudad-capital, así como la exigencia de que el regente del Distrito Federal (D. F.) fuera elegido por voto popular por los defeños y no nombrado por el presidente de la república, además de la exigencia de destituir a Guillermo Carrillo Arena, por su pésima gestión del desastre.⁵⁶ Así, las consecuencias del terremoto se dieron en el corto plazo y Smith no consideró mayores repercusiones.

En la *Historia general de México. Versión 2000*, de el Colegio de México,⁵⁷ el terremoto se valora en sus consecuencias sociales: forma parte de la avalancha de eventos que contribuyeron a deslegitimar aún más al régimen (inflación, deterioro del nivel de vida, disminución del salario, desempleo) y cuyas consecuencias se expresaron en las elecciones de 1988, donde poco menos del 50% del padrón electoral del país emitió voto efectivo, mismo en el que fue declarado ganador Carlos Salinas de

Gortari —en medio de un proceso de conteo irregular—, lo que para Lorenzo Meyer constituyó una “verdadera insurgencia electoral”.⁵⁸

En ambos casos, el terremoto de 1985 aparece como parte de un proceso más amplio: la decadencia del partido hegemónico (el Partido Revolucionario Institucional, PRI), es decir, el terremoto fue tratado como un acontecimiento donde el hilo conductor de la historia de México estaba tejido por los aciertos y obstáculos de ese sexenio. Además, llama la atención que Smith desacredite por completo la tesis de que en 1985 nació la sociedad civil, mientras que Meyer calla completamente al respecto.

Un trato diferente lo encontramos en *Una historia contemporánea de México*, que apareció en 2005,⁵⁹ donde el terremoto se interpreta en ámbitos más acotados: las políticas públicas y la historia de las organizaciones solidarias. En el capítulo “Política social”, María del Carmen Pardo describe el proceder de las autoridades tras los sismos de 1985,⁶⁰ que en resumidas cuentas, consistió en la creación de instancias burocráticas: 1) la Comisión Nacional de Emergencia, conformada por los titulares de varias secretarías para “evaluar los daños en el ámbito nacional y aplicar las medidas necesarias en las entidades afectadas”;⁶¹ 2) el Fondo Nacional para la Reconstrucción, para reconstruir escuelas y hospitales, mediante los donativos que “particulares, instituciones públicas y privadas, gobiernos estatales, organismos internacionales y gobiernos extranjeros a las zonas afectadas y a los damnificados”;⁶² 3) la Comisión Nacional de Reconstrucción, dirigida por el presidente, cuyas funciones eran encauzar la participación de la sociedad civil y coordinarse para facilitar la ayuda a los damnificados, descentralizar la vida económica y política del D. F. y vigilar el buen empleo de la ayuda material y económica que había llegado,⁶³ y 4) un programa de reconstrucción para proporcionar vivienda disponible mediante créditos.⁶⁴ Sin embargo, no se indican los resultados de esas acciones, si fueron exitosos o no; más bien, se describe un plan de acción institucional y las metas que pretendía alcanzar. El sismo aquí no trae consigo un cambio, pues lo importante para la autora era reivindicar el papel del Estado mexicano en el desastre.

En lo que respecta a la “Historia de las organizaciones solidarias”, 1985 aparece como un episodio que generó mayor desconfianza hacia el Estado por parte de los ciudadanos y abrió un mayor espacio de autonomía para que organizaciones civiles atendieran problemáticas sociales que aquél era incapaz de resolver, procesos que se habían desarrollado gradualmente a lo largo del siglo XX, usufructuando además los logros que los movimientos sociales obtuvieron tras años de lucha en las décadas de 1960 y 1970.⁶⁵ En este sentido, Gustavo Verduzco Igartúa reconoce varios aportes del sismo: 1) demostró que la sociedad podía organizarse para resolver problemas apremiantes (atención a los afectados, rescate de personas y reconstrucción por ejemplo); 2) que había una capacidad de crítica y exigencia de soluciones al gobierno que le dio a nuevas organizaciones mayor visibilidad, y 3) que era necesaria la colaboración entre sociedad y gobierno para resolver problemas, como ocurrió con los damnificados y la reconstrucción.⁶⁶

Aquí el actor que encarna este proceso es la Iglesia católica, mediante la creación del Fondo de Ayuda Católica, que en diciembre de 1985 dio lugar a la Fundación para el Apoyo a la Comunidad, A. C. (FAC), cuyas tareas fueron la recaudación y administración de fondos de organizaciones católicas de origen nacional e internacional

(de Estados Unidos y Europa), además de comprar deuda externa para así financiar la reconstrucción de vivienda; tiempo después sentó las bases para el Foro de Apoyo Mutuo, una red más amplia de organizaciones que promueven el bienestar social.⁶⁷

Este breve bosquejo historiográfico nos indica que cuando el terremoto apareció en las historias generales de México que se publicaron entre 2001 y 2005, lo hizo encerrado en la estrechez analítica del acontecimiento: aparece como un evento fortuito, inesperado, se describen algunas de las dimensiones del desastre y sus consecuencias políticas más inmediatas (acrecentar la crisis del régimen y del gobierno de Miguel de la Madrid), pero no más.

Pero más que análisis, prevaleció la práctica de integrarlo a las narrativas nacionales, como un episodio más que se sabía importante, dando por hecho que los efectos que el terremoto tuvo en la capital tenían implicaciones para el devenir de un país entero, pero acotando su valoración al impacto político sobre el gobierno en turno o el régimen priísta. Lo social, lo económico, lo cultural quedan por demás excluidos.

Lo menos común ha sido optar por análisis más acotados, de los procesos que conforman al “gran acontecimiento”, porque eso devela de manera detallada sus consecuencias, tal como lo hizo Gustavo Verduzco. Ello es muy sugerente para acercarse al estudio histórico del terremoto de 1985, aunque considero que, respecto a la historia de las organizaciones solidarias, no sólo se tiene que reivindicar el papel de la Iglesia católica, sino también el de la sociedad civil, en tanto concepto que escape a los problemas que le ha implicado ser una consigna de lucha.⁶⁸ Además, la mayoría de los historiadores aquí denotan una gran indiferencia para con el terremoto y el desastre: el compromiso que se expresaba anteriormente había desaparecido, sustituido por el frío balance de las consecuencias inmediatas del sismo.

Reflexiones finales

Cuando se hace una historiografía sobre determinado tema, regularmente se buscan artículos, ensayos, tesis, libros, que sean resultado (avance o fragmento) de un proceso de investigación, entendido éste como el planteamiento de preguntas, hipótesis, seguido de la búsqueda y crítica de fuentes para al final redactar una “historia”.

El riesgo de esto es dejar fuera otras actividades que han llevado a cabo las y los historiadores, que son también un aporte a la investigación y que, además, nos hablan de su subjetividad, como el compromiso hacia lo social que los llevó a involucrarse con el terremoto de 1985.

De ahí que al principio de este escrito no se preguntó únicamente por qué no se había investigado el terremoto desde la historia, sino que se incluyó esta duda sobre si habían sido indiferentes respecto a sus trágicas consecuencias, sobre todo cuando la memoria nos habla de una sociedad solidaria, interesada en ayudar, en actuar. Ello ha permitido que aquí se hable no sólo de textos, sino también de labores que al final nos dan una idea más acabada de lo que han hecho las y los historiadores.

Para 1987, la historia había dado a conocer algunas obras sobre el terremoto que dos años atrás dejó una cicatriz en la capital mexicana. En *Historias para temblar*

y *Una ciudad destruida* se discutían las consecuencias sociopolíticas del desastre, se narraron las luchas más álgidas de ese contexto al tiempo que se reivindicaba a sus protagonistas y se reunieron fuentes periodísticas con los cuales aprehender globalmente aquel acontecimiento.

De lo anterior deriva que la primera forma en que las historiadoras y los historiadores trataron al terremoto de 1985 fue documentándolo, entendido esto en su más elemental acepción: escribiendo sobre lo que se desarrolló frente a sus ojos, reuniendo documentos. Además tenemos los aportes de la DEH del INAH, cuyas historiadoras e historiadores fueron grabadora en mano a recuperar las vivencias de los actores de la tragedia, tomaron fotografías, construyendo fuentes para la posteridad.

En “*Y volvió a temblar*”... la historia marcó otra forma de proceder: buscar en códices y fuentes coloniales estos fenómenos, ubicarlos con exactitud cronológica y espacial. Esto dio lugar —en la década de 1990— a toda una propuesta para indagar acerca de los sismos en nuestro pasado (con los dos volúmenes de *Los sismos en la historia de México*), sobre los desastres (con *Estudios históricos de desastres naturales en México*) y llegando a tener una resonancia continental (con los volúmenes de *Historia y desastres en América Latina*). Y a principios del siglo XXI, el terremoto ya aparecía en las historias generales de México, la mayoría de las veces como un acontecimiento fortuito que venía a sumarse a la crisis del régimen y con casi ninguna propuesta para analizarlo.

El terremoto de 1985 tuvo un impacto significativo en el quehacer de la historia en México, pues sus practicantes no fueron ajenas ni ajenos al desastre y, acompañados por antropólogos, etnohistoriadores y sismólogos, respondieron desde su campo de saber con sus herramientas de investigación, tal como hicieron otras instituciones del ámbito de las ciencias sociales en México que fueron apelados por las circunstancias. No esperaron a que pasaran treinta años para decir algo al respecto, lo hicieron inmediatamente.

Sin embargo el abordaje varió según el contexto, los objetivos de los investigadores y las herramientas de análisis. En un primer momento, había que responder a las necesidades más acuciantes que estableció el desastre y documentar, construir fuentes; cuando pasó la emergencia, se miró profundamente al pasado para saber cómo los sismos y otras eventualidades habían impactado a las sociedades del pasado nacional y latinoamericano. Cuando aquellos días ya eran parte de la memoria colectiva, se valoró su impacto en la decadencia del régimen priista.

En su conjunto, estos tratamientos son expresión de los paradigmas bajo los que se ha regido la historiografía mexicana a lo largo de esos treinta años: el historiador que se ocupa del presente, en que la DEH figura como un espacio pionero; la búsqueda en el pasado (especialmente de aquel que no le fuera contemporáneo al investigador) como una forma de atender las demandas o necesidades sociales del presente; la rigurosidad para escribir historia, pues esto exige una metodología con un marco teórico adecuado y por supuesto, las fuentes, y por último, todo evento que tiene grandes repercusiones sociales y políticas es integrado a las narrativas nacionales.

Podemos tomar varias lecciones de este conjunto de obras: ya contamos con un marco teórico para pensar este acontecimiento, que sugiere separar al fenómeno

del desastre que ocasionó; además de estudiar las consecuencias políticas, hay que prestar atención a otras respuestas sociales, como la religiosa. Podemos poner en duda esta idea generalizada de que el terremoto significó un parteaguas en la historia reciente de México porque falta establecer en qué sentido; por último, para tratar históricamente al terremoto, podemos “ensanchar este acontecimiento” indagando sus implicaciones inmediatas, o bien, podemos valorar el significado de 1985 en virtud de procesos en particular, como la historia de la sociedad civil, de la Ciudad de México, o de las izquierdas mexicana.

* Historiador por la ENAH.

Agradezco al Consejo de Redacción de *Con-temporánea* las observaciones y sugerencias hechas para este artículo, en especial, a la antropóloga María de Lourdes Domínguez y al historiador Mario Camarena.

¹ En mi tesis de licenciatura caractericé estos textos a los que denominé “emergentes” porque tenían la intención de incidir en el curso de los hechos que todavía se desarrollaban frente a los ojos de los investigadores; además analicé las crónicas y los testimonios que aparecieron en revistas de ciencias sociales y de izquierda: Alejandro González Vicente, “Los damnificados por los sismos de 1985 en el Distrito Federal. Una discusión en torno a su politización y representaciones en la teoría social, las crónicas y los testimonios (1985–1987)”, tesis de licenciatura, ENAH, México, 2023.

² *Idem*. Aquí es necesario señalar que no busqué textos de naturaleza histórica, bajo la idea de que por la cercanía temporal a los hechos, los historiadores estarían imposibilitados de algún acercamiento. Sirva este texto para corregir ese error.

³ *Ibidem*, p. 368.

⁴ Griselda de Fuentes Rojano, *Recuerdos que aún tiemblan en mi memoria. Ciudad de México, testimonios 30 años después*, México, Navarra, 2015.

⁵ Eugenia Allier Montaño, “Memorias imbricadas: terremotos en México, 1985 y 2017”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 80, 2018, pp. 9–40.

⁶ Miguel Rodríguez, “Tres tamaños temblores en la memoria de la Ciudad de México”, en Ma. Dolores Lorenzo, Miguel Rodríguez y David Marilhacy (coords.), *Historiar las catástrofes*, México, UNAM–IIH / Université Sobornne / Centre de Recherches Interdisciplinaires sur les Mondes Iberiques Contemporaines, Civilisations et Littératures d’Espagne et Amérique, 2019, pp. 123–162.

⁷ Andrea Mutolo, *Terremoto en la Iglesia católica. El Arzobispado de México y el sismo del 85 en la Ciudad de México*, México, UACM, 2001.

⁸ Iván Ramírez de Garay, “El sismo de 1985 en la Ciudad de México. Una historia política”, tesis, El Colegio de México, México, 2021; Iván Ramírez de Garay, “El sismo de 1985 y la deuda externa. Economía política y moral de un desastre”, *Historia Mexicana*, vol. 73, núm. 2 (290), 2023, pp. 831–878.

⁹ Plantear las cosas de esta manera conlleva a considerar dos puntos: el primero es que no se acota la labor del historiador a la formulación de preguntas, objetivos e hipótesis, a la lectura y sistematización de fuentes para generar un escrito o una historia, sino que permite contemplar aquellas otras actividades que lo motivan a involucrarse en determinado proceso. El segundo punto es que se presta atención a la subjetividad del historiador, a su sensibilidad y criterio respecto de lo que ocurre frente a sus ojos.

- ¹⁰ Carlos San Juan Victoria *et al.*, *Historias para temblar. 19 de septiembre de 1985*, México, INAH, 1987.
- ¹¹ Martha Rocha, Enriqueta Tuñón y Marcela Tostado, *Una ciudad destruida. Apuntes para la reconstrucción de su historia*, vols. I y II, México, INAH-DEH, 1987.
- ¹² *Ibidem*, pp. VIII y X.
- ¹³ *Ibidem*, p. VIII.
- ¹⁴ Al decir preliminar me refiero a que todos estos textos se presentaban como un primer acercamiento, un primer intento de hacer una historia del sismo, de sus sujetos, o que se disponía el material para hacerlo más tarde.
- ¹⁵ Brigada de reconocimiento en el área del Museo Nacional de las Culturas, “Informe de la brigada de reconocimiento del área del Centro Histórico cercana al Museo Nacional de las Culturas”, *Antropología. Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 5, 1985, p. 8.
- ¹⁶ *Idem*. El perímetro estaba conformado por las calles Libertad, Doctor Liceaga, Zaragoza, Abraham González, Eduardo Molina y Morazán.
- ¹⁷ Sergio L. Yáñez R., “La acción social después del terremoto. ENAH: voluntariado, antropología y reconstrucción”, *Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 5, 1985, p. 22.
- ¹⁸ *Idem*.
- ¹⁹ Notimex, “Experto pide crear centro de información sobre el sismo del 85”, *La Jornada*, 19 de septiembre de 2005, disponible en <https://www.jornada.com.mx/2005/09/19/index.php?section=cultura&article=a13n1cul>, consultado el 28 de julio de 2025.
- ²⁰ Estos materiales se encuentran resguardados en la Biblioteca Manuel Orozco y Berra, en las instalaciones de la DEH.
- ²¹ “Foro sobre los efectos sociales del sismo”, *Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 5, 1985, p. 16.
- ²² San Juan, *op. cit.*, p. 7.
- ²³ Rocha, *op. cit.*, p. VIII.
- ²⁴ Dirección de Estudios Históricos, *Primer Simposio sobre Historia Contemporánea de México 1940-1984. Inventario sobre el Pasado Reciente*, México, INAH, 1986.
- ²⁵ Ma. Concepción Amerlinck, *Relación histórica de movimientos sísmicos en la ciudad de México (1300-1900)*, México, DDF / Socicultur, 1986.
- ²⁶ Juan Manuel Pérez Zevallos, Teresa Rojas Rabiela y Virginia García Acosta (coords.), “Y volvió a temblar”. *Cronología de los sismos en México (de 1 pedernal a 1821)*, México, CIESAS / SEP, 1987.
- ²⁷ *Ibidem*, p. 1.
- ²⁸ *Idem*.
- ²⁹ *Ibidem*, p. 9.
- ³⁰ “En el caso de México, los temblores se producen principalmente a lo largo de la costa pacífica, región en que la llamada placa de Cocos se sumerge debajo de la placa Norteamericana. Por otra parte, se sabe también que la placa de Cocos se compone de diversos segmentos que se desplazan con cierta independencia, sin que esto impida que los movimientos de cada uno de ellos repercuta sobre el movimiento de los demás. En algunos casos la frecuencia de estos movimientos es muy alta, y se conoce gracias a los registros instrumentales de las estaciones sismológicas que vienen funcionando en la república mexicana desde fines del siglo pasado [siglo XIX]. Sin embargo en estos casos el periodo de recurrencia de estos movimientos puede ser muy grande —de 200 a 500 años o aún mayor—. Generalmente en estos casos

los temblores producidos por desplazamientos de pequeños segmentos de placa no llegan a sentirse con fuerza en zonas muy extensas, pero pueden tener efectos devastadores en las poblaciones cercanas a su epicentro. Por lo tanto puede suceder que regiones de las que no se tiene registro instrumental alguno de temblores de importancia, pueden ser sin embargo lugares de alto riesgo sísmico [...] De aquí nace la necesidad de recurrir a fuentes históricas para determinar con mayor exactitud, con base en el conocimiento de temblores que en ellas se registran, las zonas que pueden ser afectadas por estos fenómenos y las intensidades máximas que éstos pueden tener ellas. Con la ayuda de estos datos históricos se pueden elaborar también, para regiones específicas, series de temblores más largas que las realizadas con base en registros instrumentales y determinar así con más precisión el patrón de distribución temporal de los sismos”, *Ibidem*, pp. 5–6.

³¹ Esta participación se dio en el marco de una discusión que Emilio Rosenblueth animó para discutir las lecciones que el terremoto de 1985 proporcionó al conjunto de ciencias naturales y sociales en México. Virginia García Acosta, y Teresa Rojas Rabiela, “Los sismos como fenómeno social: una visión histórica”, en Emilio Rosenblueth, *et al.*, *Macrosismos. Aspectos físicos, sociales, económicos y políticos*, México, CIESAS, 1992, pp. 9–16. Ahí podemos detectar dos propuestas de análisis que retomaron las historiadoras, el de Rosenblueth (“[...] ¿qué nos muestran estos registros respecto a la sociedad que sufrió los sismos en el pasado?, o bien ¿qué pasó en la sociedad a raíz o como consecuencia de los grandes sismos?, ¿qué correlaciones pueden hacerse entre la sismicidad y la política, o entre la sismicidad y los cambios sociales ulteriores, los más duraderos?, ¿hubo alguna transformación perceptible en el sistema político y social después de los macrosismos?, ¿pueden intentarse proponer o diseñar un modelo conceptual en el que se postulen las correlaciones entre los diversos factores naturales (sismos) sociales y políticos?”) y el de Viqueira (“[...] las cronologías de sismos no sólo interesan a los sismólogos, sino también a todos aquellos que intentan comprender las sociedades del pasado, puesto que muestran ciertas realidades que difícilmente pueden ser percibidas en tiempos de normalidad: solidaridades profundas, redes de poder, capacidades o incapacidades de organización, creencias.”), p. 9.

³² Virginia García Acosta, y Gerardo Suárez Reynoso, *Los sismos en la historia de México*, t. I, México, UNAM / CIESAS / FCE, 1996. Gerardo Suárez es un sismólogo mexicano, integrante en ese entonces del Instituto de Geofísica de la UNAM que contribuyó en este proyecto.

³³ *Ibidem*, pp. 15–60.

³⁴ Virginia García Acosta, “Los sismos en la historia de México. Análisis histórico-social: épocas prehispánica y colonial”, tesis de doctorado, UNAM, México, 1995.

³⁵ Inicia con los aportes desde Estados Unidos y Rusia, pasando por las perspectivas de estudios desde Latinoamérica, hasta llegar a la historiografía y antropología mexicanas. *Ibidem*, pp. 1–102.

³⁶ *Ibidem*, pp. 104–148.

³⁷ *Ibidem*, pp. 149–160.

³⁸ *Ibidem*, pp. 161–193.

³⁹ *Ibidem*, pp. 194–222.

⁴⁰ Pérez Zevallos, *op. cit.*, pp. 19–20.

⁴¹ Virginia García Acosta, (coord.) *Los sismos en la historia de México*, t. II, México, UNAM / CIESAS / FCE, 2001. Además, la obra contiene dos estudios de caso de las ethnohistoriadoras Irene Márquez y América Molina, que versan sobre dos sismos

que se registraron en la Ciudad de México, el 8 de marzo de 1800 y del 19 de junio de 1858. El texto de Molina era una versión sintetizada de su trabajo de grado: América Molina del Villar, “Temblor, iglesia y estado: hacia una historia social de las catástrofes en la Ciudad de México”, tesis, ENAH, México, 1990.

⁴² Las “crisis agrícolas” fueron coyunturas en que escaseaban los granos y se encarecían por el impacto de fenómenos meteorológicos imprevistos que afectaron la producción del campo, trastocando inmediatamente todos los aspectos de la vida de la sociedad novohispana y con efectos económicos o políticos en el corto y mediano plazo. Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*, México, Era, 1986, *apud* Virginia García Acosta, *Estudios históricos sobre desastres naturales en México. Balance y perspectivas*, México, CIESAS, 1992.

⁴³ Se trata de un conjunto de obras cuyos autores (geógrafos, antropólogos y economistas), desde Latinoamérica, criticaban las formas de abordar los estudios sobre desastres en Occidente para las décadas de 1970 y 1980, donde las ingenierías y las ciencias naturales predominaban, fijando su atención en la medición de estos eventos, su monitoreo (aparición, trayectoria o desarrollo, según fuera el caso) y predicción. Virginia García Acosta y Gerardo Suárez Reynoso, *Los sismos en la historia de México*, t. I, México, UNAM / CIESAS / FCE, 1996, pp. 2–7.

⁴⁴ Junto a los escritos de García Acosta y Escobar Ohmstede, podemos encontrar los aportes de Luz María Espinosa Cortés, América Molina y Jesús Manuel Macías, cuyas investigaciones se ubican temporalmente en la colonia y el siglo XIX. García Acosta, *Estudios históricos...*

⁴⁵ *Ibidem*, p. 10.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 19–20.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 21.

⁴⁸ Los objetivos de LA RED eran construir modelos de investigación histórica propios, estudiar cómo la organización de los gobiernos de América Latina daban forma a las políticas frente a los desastres (prevención, atención y recuperación) y comparar los resultados de estas acciones en distintos países y momentos históricos. LA RED, “Agenda de investigación y Constitución orgánica”, 1992, p. 5, disponible en <https://www.desenredando.org/public/libros/1992/agenda/AgendaDeInvestigacion-1.0.0.pdf>, consultado en línea el 2 de agosto de 2024.

⁴⁹ Los aportes de la sociología estadounidense con enfoque estructural–funcionalista concebían al desastre como un momento disruptivo de la normalidad bajo la que funciona una comunidad, decantándose por analizar los comportamientos colectivos a que da lugar, así como la medición de los daños, sobre todo en cuanto a costos humanos, materiales y monetarios. García Acosta, “Los sismos en la historia...”, 1995, pp. 12–19.

⁵⁰ Además de la importancia de la región desde donde se analizaban los desastres, se había demostrado ya que el nivel de daño no siempre correspondía con la intensidad del fenómeno que daba lugar al desastre, sino que se debía en buena parte a las circunstancias previas, tanto sociales como económicas, que hacían más vulnerables a las comunidades. Por último, había una conciencia de la recurrencia de fenómenos naturales por parte de las sociedades, por lo que no se trataba de algo ajeno que irrumpiera una normalidad o armonía social, sino que había conflictos en su interior, jerarquías y desigualdades, lo que llevaba a estudiar la interacción de las sociedades y sus vulnerabilidades con los fenómenos naturales, en tanto procesos. *Ibidem*, pp. 21–26.

⁵¹ *Ibidem*, p. 102.

⁵² Virginia García Acosta (coord.), *Historia y desastres en América Latina*, vol. I, México, LA RED / CIESAS, 1996, p. 9, disponible en https://www.desenredando.org/public/libros/1996/hydv1/HistoriaYDesastresVol_I-1.0.0.pdf, consultado el 10 de agosto de 2024.

⁵³ Virginia García Acosta, (coord.), *Historia y desastres en América Latina*, vol. II, México, LA RED / CIESAS, 1997, disponible en https://www.desenredando.org/public/libros/1997/hydv2/hydv2-todo_sep-09-2002.pdf, consultado el 15 de agosto de 2024.

⁵⁴ Virginia García Acosta, (coord.), *Historia y desastres en América Latina*, vol. III, México, CIESAS / LA RED, 2008, disponible en https://www.desenredando.org/public/libros/2008/hyd/Historia_y_Desastres_VolumenIII.pdf, consultado el 17 de agosto de 2024.

⁵⁵ Anna Timothy *et al.*, *Historia de México*, Barcelona, Crítica, 2001.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 377–378. Tras meses de tensa negociación, confrontación y nulos resultados, Guillermo Carrillo Arena fue sustituido por Manuel Camacho al frente de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (Sedue).

⁵⁷ Daniel Cosío Villegas *et al.*, *Historia general de México. Versión 2000*, México, El Colegio de México, 2000.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 938–939.

⁵⁹ Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México*, tt. II y IV, México, Océano, 2005. Los tomos consultados fueron el II, sobre Actores sociales, y el IV, sobre Instituciones.

⁶⁰ María del Carmen Pardo, “Política social”, en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México*, t. IV, pp. 133–182. Este capítulo propone una historia desde arriba, donde se señalan los objetivos, acuerdos, presupuestos y funcionarios involucrados en los programas sociales que se echaron a andar desde la década de 1970 hasta el año 2000, para después evaluar sus logros.

⁶¹ *Ibidem*, p. 161. Las secretarías que figuraron en dicha comisión fueron de Defensa, Marina, Relaciones Exteriores, Programación y Presupuesto, Comunicación y Transportes, Salubridad y Asistencia, así como de Desarrollo Urbano y Ecología.

⁶² *Idem*. Dicho fondo fue creado por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

⁶³ *Ibidem*, p. 162.

⁶⁴ *Idem*.

⁶⁵ Gustavo Verduzco Igartúa, “Las organizaciones solidarias en México”, en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.) *Una historia contemporánea de México*, t. II, México, Océano, 2005, pp. 367–401.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 374.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 375.

⁶⁸ Al respecto, se desarrollaron las reflexiones teóricas y metodológicas para estudiar este fenómeno: Alberto J. Olvera, *La sociedad civil. De la teoría a la realidad*, México, El Colegio de México, 2001; Lucía Álvarez Enríquez, *La sociedad civil en la Ciudad de México. Actores sociales, oportunidades políticas y esfera pública*, México, UNAM-CIICH / Plaza y Valdés Editores, 2004.

Andar las fuentes y repensar la ciudad: la interpretación documental y el barrio de La Lagunilla

Clementina Battcock Lisi*

Resumen

A través de un breve recorrido por los momentos del ejercicio histórico, la autora reflexiona específicamente sobre el uso de las fuentes y el trabajo de campo, fundado en el principio de “caminar las fuentes”, recorrer el espacio, observarlo y dialogarlo; además, evidencia los desafíos de la memoria plasmada en los espacios físicos, así como sus distintas etapas temporales de las cuales nos hablan los distintos niveles históricos representados en el espacio. La autora desarrolla sus reflexiones a partir de su labor particular con un muro virreinal, ubicado en la calle de Comonfort, barrio de La Lagunilla, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Más que “descubrimientos”, la autora reflexiona acerca de los espacios prehispánicos y virreinales que emergen a la superficie, desafiando la labor histórica y el trabajo con sus fuentes.

Palabras clave: historiografía prehispánica, historiografía virreinal, trabajo de campo, fuentes históricas.

Abstract

Through a brief overview of key moments in historical research, the author reflects specifically on the use of sources and fieldwork, grounded in the principle of “walking the sources”—exploring, observing, and engaging with the space. She also highlights the challenges of memory as embodied in physical spaces, as well as the distinct temporal stages revealed by the different historical levels represented within them. The author develops her reflections based on her own work with a viceregal wall on Comonfort Street in the Lagunilla neighborhood of Mexico City’s Historic Center. Rather than focusing on “discoveries,” the author reflects on the pre-Hispanic and viceregal spaces that emerge, challenging historical research and the use of its sources.

Keywords: Pre-Hispanic historiography, viceregal historiography, fieldwork, historical sources.

*La investigación no es un ejercicio inocente o remoto,
sino una actividad en la que hay algo en juego y que se da
en medio de un conjunto de condiciones políticas y sociales.*

Linda Tuhiwai Smith¹

Brevísima semblanza de una tradición disciplinar

Desde sus más profundas raíces, la disciplina histórica se nutrió de una imperativa exigencia de documentarse de registros que le facilitaran concretar su objetivo: narrar de forma precisa el acontecer humano. En sus andares, los especialistas en el devenir histórico crearon rigurosas metodologías para demostrar la verificabilidad de la información que los alejaba de la narrativa literaria. Entre sus ejes de trabajo se distinguió la selección analítica de los archivos documentales, la precisión del manejo del dato histórico y la observación comparativa de la documentación elegida;² sin embargo, estas directrices de sus indagatorias, más que ofrecerles certidumbres, arrojó a los historiadores a dudar de las bases argumentales de sus narrativas ante la colosal —e imposible, diría yo— tarea de “abarcarse la totalidad” del hecho histórico.³ Y ante la crisis, se abrieron senderos de labor intelectual que hasta hoy día rinden interesantes frutos sobre las formas en que interpretamos el pasado.

Es indispensable mencionar que la disciplina histórica transformó a lo largo del siglo XX la manera en la que pensó a sus sujetos de estudio. Por un lado, las colectividades y el sentido de pertenencia social y cultural ocuparon una buena parte de la discusión historiográfica. Por otro, se comenzó a sistematizar el estudio de la cultura material y su relación con las sociedades que le daban origen, entrelazándolas indispensablemente con los conocimientos históricos. A grandes rasgos, y simplificando al lector todo este proceso intelectual, se pasó del coleccionismo propio de los anticuarios europeos al estudio arqueológico y etnográfico con la formulación de un disciplinamiento técnico y metodológico que respaldaba las formas en que se elaboraban los conocimientos en estas áreas de estudio.⁴

Para el caso de la formación de las disciplinas científicas mexicanas, puede decirse que, desde la formación del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía hasta las últimas décadas del siglo XIX, se abrió una vía de estudios plural destinada a estudiar periodos supuestamente “bien seccionados” de una “historia nacional” importante para el Estado mexicano decimonónico: el “México Antiguo” y el “Periodo Colonial”.⁵

Con todos los problemas de definición categórica y conceptual que estos nombres tienen para la mirada historiográfica contemporánea, es innegable que tal seccionamiento era de fronteras “permeables” desde un inicio, pues ante la inexistencia de fuentes pictográficas prehispánicas del centro de México,⁶ se priorizó el estudio de las obras novohispanas que relataban en castellano o en náhuatl alfabético virreinal el pasado de las culturas tolteca y mexicana.⁷ Tales estudios, además, eran utilizados para identificar las *ruinas* y monolitos que iban siendo “descubiertos” en el cuadrante del Centro Histórico de la Ciudad de México; es decir, que entre la historiografía decimonónica de las últimas tres décadas del siglo XIX se hilaron diálogos que requerían de las labores de las otras disciplinas para fortalecer los

argumentos que proponían sobre el pasado del “origen de la nación mexicana”, esto siempre con una intención de encumbrar una narrativa glorificante del Estado contemporáneo, tal y como lo hicieron las disciplinas científicas europeas para la definición de sus estudios “clásicos” (fundados en la antigüedad de Grecia y Roma).

A la postre, aún durante la tormenta política e intelectual que rondaba los inicios de la Revolución mexicana, se plantearon los estudios integrales regionales fundados en las nociones antropológicas del quehacer científico (en mucho inspirado por la academia estadounidense). De ahí surgió, por ejemplo, *La población del valle de Teotihuacan*, de Manuel Gamio, bajo una mirada de trabajo integral que se sostenía entre los ciclos de enseñanza no profesional impartidos en el Museo Nacional.⁸ Una latencia que, llegada la recta final de los años treinta del siglo XX, se volcó en la fundación del Departamento del Instituto Politécnico Nacional. El núcleo académico de este centro destacó en específico por su manera de pensar la antropología. Entre sus profesores se encontraban el guanajuatense Wigberto Jiménez Moreno, especializado en el estudio histórico y lingüístico documental del pasado prehispánico a partir sus registros en la época virreinal.⁹ Este centro, que en el futuro se integraría al Instituto Nacional de Antropología e Historia como su escuela formativa, fijó finalmente una tradición científica antropológica, que entrelazó las metodologías históricas y arqueológicas para exponer sus propuestas.

Con el crecimiento acelerado de la Ciudad de México, intensificado notoriamente en los años cuarenta del siglo XX, fue absolutamente necesario recurrir a temporadas de arqueología de salvamento que revisara rigurosa y analíticamente los vestigios de la ciudad antigua. Así, por ejemplo, podemos encontrarnos con los arduos trabajos documentales que Antonieta Espejo y Robert H. Barlow recabaron para el contexto tlalotelca, lo cual los obligó a una metodología selectiva del *corpus* alfabético virreinal que les permitiese argumentar sus excavaciones arqueológicas, afinando su rigurosidad crítica sobre las fuentes que les facultaran exponer con claridad la historicidad de sus documentos arqueológicos.¹⁰ Un reto intelectual que, a la larga, ha marcado las necesidades de la arqueología en la cuenca de México hasta los contextos de trabajo actuales en la ciudad contemporánea.

La operación historiográfica, necesariamente selectiva, amplió de manera importante la forma de polemizar en torno a sus archivos en las últimas décadas. Dejó de lado la supuesta “infalibilidad” del papel escrito con grafías alfabéticas para incorporar cultura material de distintos tipos, los cuales son hoy catalogados como documentos arqueológicos y visuales sujetos a la interpretación del historiador a partir de una perspectiva integral que entrelace estos indicios con la intención de fortalecer sus argumentos acerca del pasado. Es decir que, desde los cimientos de la disciplina en México, una sección de la especialidad en historia necesitó de transformar su espacio de trabajo, el gabinete clásico, rodeado de libros y manuscritos, para abrirse paso en recorridos de campo en los que se nutrieran de forma incisiva de conocimientos arqueológicos, etnográficos y lingüísticos con tal de modelar posturas integrales sobre los problemas que analiza. En particular, en la Ciudad de México, esos recorridos de reconocimiento de territorio y de argumentación sobre el pasado expusieron un singular problema: explicar el proceso de cambio de la ciudad prehispánica a la reocupación virreinal: sus actores colectivos y las agencias políticas que hicieron posible tal reordenamiento. Es este fundamento, así como las andanzas disciplinares

de varios grupos de estudiosos del pasado, lo que ha dado notables resultados en los últimos años.



El muro de la calle Comonfort, barrio de La Lagunilla, Centro Histórico de la Ciudad de México. Fotografía INAH, 2022.

Los estudios de salvamento y el archivo: anudar experiencias

En 2022 recibí un correo del arqueólogo Juan Carlos Equiguas en el que me informó sobre el salvamento arqueológico que realizaba en la calle de Comonfort, del Centro Histórico de la Ciudad de México. Con mucho interés me sumé a apoyarlo con sus inquietudes históricas y procedí a localizar información sobre un muro, desenterrado justo a un costado del famoso deportivo Guelatao del barrio de La Lagunilla.

Tal muro era, hasta ese momento, desconocido por parte de la arqueología, y por la propia historiografía que trata sobre la urbanización del norte de la capital novohispana virreinal. Al integrarme a estas indagatorias, recordé mis lecturas que en un proyecto anterior me llevaron a observar detenidamente en la *Crónica mexicana*, de Hernando Alvarado Tezozomoc, las localizaciones de algunos edificios prehispánicos.¹¹ El cronista de tradición nahua tenochca no sólo dejó en su narrativa algunas precisiones sobre la ubicación de antiguos *teocalli* en la sepultada Tenochtitlan, sino que registró referencias a las distintas ampliaciones de Templo Mayor, las cuales pude

contrastar con los datos generados por los arqueólogos del INAH, y en particular con la cronología reconstruida por Matos Moctezuma.

De igual manera, durante algunos años identifiqué historiográficamente la simbolización del territorio del barrio de Cuepopan de la antigua ciudad de Tenochtitlan, cuya proximidad a La Lagunilla, y a los embarcaderos comerciales de contacto con Tlatelolco le hicieron un espacio singular en la interpretación de la antigua ciudad.¹²

Con tal experiencia de estudios, el encuentro con este muro (ubicado justo a un costado del deportivo Guelatao del barrio contemporáneo de La Lagunilla) llamó poderosamente mi atención. Acompañada por el equipo de arqueología urbana recorrí el muro, pude observar su composición, pensé inmediatamente en las centurias de una ciudad que no estaba siendo “redescubierta”, sino que había permanecido ahí, siempre, bajo los pasos y la vida cotidiana de millones de personas a lo largo de siglos de ajeteos y cotidianos de millones de personas que han habitado la Ciudad de México.



El muro de la calle Comonfort, barrio de La Lagunilla, Centro Histórico de la Ciudad de México. Fotografía INAH, 2022.

De todo lo expuesto anteriormente, mi primera reflexión frente a este muro consistió en que estos descubrimientos no son tales en estricto sentido, sino que esos cimientos urbanos siempre han estado ahí, descartados, ocultos y olvidados por

las múltiples manos que han construido la habitabilidad en la ciudad. Son espacios que emergen ante nuestro asombro, que despiertan nuestra curiosidad por saber quiénes y por qué decidieron su construcción. Y que, como historiadora, tras mirar y sentir el empotrado de este emplazamiento, me arrojó a reflexionar acerca de más fuentes para saber sobre su pasado.

Para estudiar el contexto histórico que permitiese la identificación del muro virreinal encontrado en las calles contemporáneas de la ciudad, decidí seleccionar actas de Cabildo del fondo Antiguo Ayuntamiento en el Archivo Histórico de la Ciudad de México. En ellas, me decidí a investigar sobre los orígenes virreinales del barrio de La Lagunilla: su traza, sus primeras construcciones y sus primeros vecinos novohispanos. Un espacio que, según se lee en la documentación castellana de sus primeras décadas, comenzó a ser repoblado por los conquistadores hispanos a raíz de la fundación del primer convento dominico de la reconstruida ciudad en el espacio que hoy ocupa la Antigua Escuela de Medicina–Palacio de la Inquisición.¹³

El contexto de la reocupación española: La Lagunilla y el problema del territorio

Según las actas de cabildo de la Ciudad de México, la reocupación de la zona perimetral de La Lagunilla no estuvo exenta de problemas: por un lado, se volvió una zona relevante debido a la construcción de un caño de agua que venía desde el convento franciscano hacia el convento dominico, el cual aseguraba el acceso a este indispensable recurso; sin embargo, es notable también la mención de las difíciles condiciones de salubridad debido al agua estancada de la zona posterior, que los mismos colonizadores españoles utilizaban como basurero y que corresponde con el área de La Lagunilla que dividía la Ciudad de México y Tlatelolco.¹⁴

Por otro lado, también resultó evidente la disputa social del área con la población mexica tenochca que habitaba más allá de la acequia de Cuepopan, la cual incluso fundó un efímero mercado a la altura de la actual Iglesia de Santa Catarina,¹⁵ esto con el objetivo de obstruir la relación comercial tlatelolca beneficiada por el nuevo sistema comercial y político español (relación que mucho debía seguramente al contacto entre los asentamientos franciscanos del Convento Grande y del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco). Esta zona se convirtió en un área de notable actividad que probablemente impulsó en décadas posteriores el mantenimiento chinampero, pero ya no como muelles comerciales o con chinampas de sembradíos, sino como un área ocupacional que posiblemente tuvo su fin en la terrible inundación de 1629.

Como es sabido, la inundación afectó tan gravemente a la Ciudad de México que se pensó su traslado a otra localidad ubicada en tierra firme, como Coyoacán; sin embargo, se optó por su reocupación y recuperación. A partir de ese momento, y prácticamente hasta finales del siglo XVIII, la zona fue un sitio habitado por múltiples familias de distinta pertenencia social, lo que probablemente se deja ver entre las distintas calidades de construcción de este muro: de materiales rocosos gruesos y resistentes a mamposterías frágiles que clausuraban pasos entre espacios antiguamente continuos; es decir, resulta evidente a la mirada que el sitio construido se

fragmentó, por lo que, al no ser un predio bajo la mirada y el control de los grupos dirigentes de la ciudad, provocó a la postre su deterioro y olvido.



El muro de la calle Comonfort, barrio de La Lagunilla,
Centro Histórico de la Ciudad de México. Fotografía INAH, 2022.

En suma, la emergencia de estos sitios entre los cotidianos de nuestra Ciudad de México son una llamada de atención a la forma en que la disciplina histórica se relaciona con sus fuentes. De ninguna manera quienes nos especializamos en historia podemos quedarnos al margen de las labores de estudio que interrogan las calles de esta ciudad, sino que, por el contrario, debemos mantenernos expectantes de lo que otros equipos de trabajo registran como sus fuentes, para potenciar una colaboración intelectual que nos faculte para ofrecer interpretaciones más integrales de la ciudad que habitamos. Dar cuenta de sus vecinos, quehaceres, cotidianos, irrupciones y olvidos para entender los cambios de una urbe inquieta, manteniendo latente una herencia intelectual que apela a distintas áreas de estudio para fortalecer sus argumentos. Una práctica disciplinar que sepa, a raíz de inquietudes cotidianas, andar entre sus fuentes. Porque, aunque el muro esté nuevamente sepultado, ahí está. Seguirá ahí. Y emerge entre estas palabras para saber más sobre ese complicado “todo” que es la historia.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Linda Tuhiwai Smith, *A descolonizar las metodologías. Investigación y pueblos indígenas*, trad. de Kathryn Lehman, Santiago, LOM Ediciones, 2016.

² Peter Burke, *Historia y teoría social*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2000, pp. 14–21.

³ Véase a Luis González y González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989.

⁴ Véase a Eduardo González, “Un trato directo con gentes y cosas. Apuntes para una historia del trabajo de campo antropológico en México”, en Metchild Rutsch y José Luis Vera Cortés (eds.), *La antropología en México. A veinticinco años de su publicación*, México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, 2019, pp. 19–64.

⁵ Una notable disertación sobre este proceder historiográfico de tradición eurocéntrica se encuentra en Jaques Le Goff, *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?*, México, FCE, 2016.

⁶ Recordemos que la hechura de la *Tira de la peregrinación* o de la *Matrícula de los tributos* es posterior al sometimiento de México–Tenochtitlan.

⁷ Véase Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y la conquista de México*, México, Tipografía de G. A. Esteva, 1880.

⁸ Luis Vázquez León, “Manuel Gamio (1883–1960). De la arqueología a la migración y al indigenismo panamericano *made in USA*”, *Historia de la etnología, La antropología sociocultural mexicana*, México, Primer Círculo, 2014, pp. 153–157.

⁹ Véase *Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985). Obras escogidas de la historia antigua de México*, comp., investigación y estudio preliminar de Celia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona, México, INAH, 2017.

¹⁰ Recientemente sus trabajos han sido reeditados. Véase Andrés Lira (comp.), *Tlaxololco a través de los tiempos*, México, Academia Mexicana de la Historia / El Colegio de México / El Colegio Nacional, 2018.

¹¹ Clementina Battcock, “La Tenochtitlan de Alvarado Tezozomoc”, *Revista Telar*, núm. 18, junio de 2017, pp. 43–60.

¹² Clementina Battcock, “Resistir, erguido frente al tiempo: el barrio de Cuexpopan–Tlaquechihua y su relevancia en la historiografía de México–Tenochtitlan”, *Entre Caníbales. Revista de Literatura*, año 3, núm. 10, 2019.

¹³ Actas de Cabildo del 27 de mayo y del 11 de julio de 1525, Fondo del Antiguo Ayuntamiento en el Archivo Histórico de la Ciudad de México “Carlos de Sigüenza y Góngora”.

¹⁴ Acta de Cabildo del 17 de febrero de 1531, Fondo del Antiguo Ayuntamiento en el Archivo Histórico de la Ciudad de México “Carlos de Sigüenza y Góngora”.

¹⁵ Acta de Cabildo del 19 de diciembre de 1533, Fondo del Antiguo Ayuntamiento en el Archivo Histórico de la Ciudad de México.

Entre un mapa colonial y el patrimonio en el Estatuto de Gobierno

Claudia Alvarez Pérez*

Resumen

Un encargo que hace una comunidad a una historiadora: la búsqueda de un mapa colonial de San Andrés Totoltepec, Tlalpan, como recurso legal en la lucha por el territorio por parte de los comuneros, encomienda que pone a la autora de este artículo ante dos desafíos: la búsqueda en sí de dicho mapa y la crítica de fuente que éste desencadena. El artículo desarrolla esta reflexión sobre un mapa del siglo XVI como memoria viva y expone sus distintos sentidos. Esto se trabajó aunado a una serie de entrevistas de historia oral, con los comuneros de mayor edad, bajo las preguntas generales: ¿desde cuándo recordaban ser comuneros?, ¿cómo les fue transmitido el conocimiento del territorio?, ¿cuáles eran los usos que le daban a la tierra?, ¿qué significados le asignaban a la tierra? Al explicar el contexto histórico de las luchas por el territorio en dicha demarcación se da sustento a la conformación del Estatuto de Gobierno del Pueblo Indígena Originario de San Andrés Totoltepec, Tlalpan, en 2018, en donde la autora colaboró para el apartado de cultura, labor para la cual echó mano de la historia oral y la memoria para, desde la comunidad, comprender nociones en torno del patrimonio cultural. Cabe mencionar que este proceso atraviesa personalmente a la autora, dándole un matiz especial a su reflexión acerca de la experiencia y la autoetnografía.

Palabras clave: fuentes históricas, territorio, pueblos originarios, función social de la historia.

Abstract

A community commissioned a historian to search for a colonial map of San Andrés Totoltepec, Tlalpan, as a legal resource in the communal landowners' struggle for their territory. This assignment presented the author of this article with two challenges: the search itself, and the source criticism it triggered. The article explores this reflection on a 16th-century map as a living memory and examines its various meanings. This work was combined with a series of oral history interviews with the oldest members of the community, based on the following general questions: When did they first become members of the community? How was knowledge of the territory passed down to them? What uses did they make of the land? What meanings did they attribute to the land? In explaining the historical context of the struggles for territory in this area, she provides the basis for the drafting of the Statute of Government of the Indigenous People of San Andrés Totoltepec, Tlalpan, in 2018, where the author collaborated on the section on culture. For this work, she drew on

oral history and collective memory to understand notions of cultural heritage from the community's perspective. It is worth mentioning that this process is personally relevant to the author, giving a special nuance to her reflection on experience and autoethnography.

Keywords: historical sources, territory, native peoples, social function of history.

Este breve texto es una reflexión en torno a las rutas que he caminado en la investigación desde la antropología y la historia y la transición de una disciplina a otra, lo que definitivamente ha moldeado la forma en la que miro y he planeado mi trabajo a lo largo de más de veinte años. Aunque en esta ocasión hablaré solamente de dos proyectos que la comunidad de San Andrés Totoltepec, en Tlalpan, me asignó: buscar un mapa colonial, en 2008, y colaborar en la elaboración del apartado de cultura del Estatuto de Gobierno, en 2018; dos momentos en el tiempo que implicaron revisar de alguna manera mi experiencia en el caminar con las fuentes.

Buscando el origen

A lo largo del siglo XX, los comuneros de Totoltepec han llevado a cabo una búsqueda incansable de documentos en el Archivo General de la Nación (AGN). En 1926 realizan la solicitud de reconocimiento de tierras y descubren que a los habitantes del territorio que habitan se les llamaba *naturales*, por lo cual deciden nombrarse a sí mismos Bienes Comunales de los Naturales de San Andrés Totoltepec. Desde entonces, este grupo no ha dejado de investigar sobre su origen, su raíz e identidad. En el año 2008, el representante de Bienes Comunales, don Zeferino Benítez, se enteró de que me encontraba estudiando Historia, me mandó llamar y, desplegando ante mí un mapa en blanco y negro, me dijo: “Quiero que busques el mapa a color, porque está a color; y estás estudiando Historia y debes saber”. Según me explicó, su grupo preparaba un nuevo recurso legal para seguir la lucha por el territorio. Más de cien años lleva la comunidad en la búsqueda de reconocimiento, pues hasta ahora Totoltepec es una comunidad sólo de hecho.

Acudimos al AGN con el entonces suplente del presidente del comisariado, Maximiliano Álvarez Pantoja, con una carta de solicitud firmada por don Zeferino y nos dimos a la tarea de buscar en la mapoteca que, afortunadamente, ya había iniciado el proceso de digitalización, porque sin la referencia de archivo la búsqueda en los papeles nos hubiera tomado muchísimo tiempo. La tarea se completó de manera efectiva gracias principalmente a la carta, pues parte de las reglas internas del archivo es dar prioridad a los representantes de los pueblos. El mapa en color apareció dentro del fondo Hospital de Jesús, doblado, pese a lo cual tiene un alto grado de conservación. Gracias a mis incipientes conocimientos de paleografía pude comprobar que se encontraba escrito en lengua náhuatl, y aunque yo no lo hablaba, recordé que don Zeferino sí, y lo importante que eran para él las referencias al cerro de Totoltepec,

el Xitle, el Hueytépetl y (lo más importante) el barrio de Totoltepec, que pertenecía a San Agustín de las Cuevas, además de la fecha de realización del mapa: 1532.¹



Detalle del título primordial de San Agustín de las Cuevas. AGN, ramo Tierras, volumen 2004, exp. 1, cuaderno 4, foja 40; y ramo Hospital de Jesús, legajo 49, exp. 9. Fotografía de la autora.

El mapa contiene muchos detalles de los barrios sujetos a la jurisdicción de San Agustín de las Cuevas: La Asunción, San Pedro Mártir, San Andrés Totoltepec, La Magdalena y Axusco; y de otros más. Aparecen el marqués del Valle y Malitzin, así como otros indios principales, y referencias de paisaje como cerros, árboles y algunas aves, así como los caminos (marcados con huellas de pies) y, alrededor, sobre las montañas, los habitantes con arcos y flechas.

La encomienda resultó una experiencia sustantiva de enfrentarse a una fuente; me surgieron muchas preguntas sobre el soporte material, las tintas y, sobre todo, el objetivo de quienes pintaron dicho mapa; pero lo más importante es cómo éste retoma una fuerza vital para los comuneros de Totoltepec que hoy lo consideran parte de su patrimonio, la filiación que construyen a través de él con su pasado, su

historia, lo que lo vuelve una memoria viva, cómo representa en el tiempo presente los motivos de lucha por el reconocimiento de su territorio y sus saberes.

En ese momento, yo me encontraba en la transición de la maestría al doctorado e investigaba otra comunidad de la región. Además de buscar el mapa, me solicitaron entrevistar a los comuneros de mayor edad, cuyos testimonios se utilizarían como parte de la estrategia legal. Entre todos diseñamos un guion de entrevista con cuatro elementos: ¿desde cuándo recordaban ser comuneros?, ¿cómo les fue transmitido el conocimiento del territorio?, ¿cuáles eran los usos que le daban a la tierra?, ¿qué significados le asignaban a ella? Preguntas tan generales sólo debían ser el punto de partida para hablar de sus experiencias, la trasmisión de saberes, las relaciones de parentesco, los conflictos, la familia, las alianzas... De esta manera, la comunidad me hizo tomar la decisión de replantear mi proyecto de investigación y enfocarme en los usos modernos de la historia entre los totoltepecanos.

La tarea designada por los comuneros marcó mi camino: la confrontación de fuentes en el Archivo General Agrario y el AGN, la construcción de entrevistas, pero sobre todo me hizo reflexionar acerca de la función social de lo que se investiga, los sentidos del para qué, de manera que mi tesis de titulación fue sobre mi trabajo en la comunidad.²

La defensa del territorio

En 2016, los vecinos originarios de Totoltepec decidieron cambiar la figura del subdelegado, quien era el representante del pueblo desde 1928, para conformar el Concejo de Gobierno con la intención de rescatar algunos espacios comunitarios que estaban en riesgo de privatizarse, además de prohibir establecimientos mercantiles, como un verificentro y la construcción de unidades habitacionales, que se estaban negociando sin consultar a la comunidad. Tal vez la decisión más importante fue sacar a los partidos políticos de las decisiones del pueblo.

El Concejo de Gobierno estaba integrado por las diferentes autoridades: comuneros, ejidatarios, mayordomos y organizaciones que han trabajado en el pueblo sin fines de lucro; es decir, una autoridad horizontal con muchos objetivos por cumplir. Uno de ellos fue la creación de un estatuto de gobierno que asentara de manera escrita los sistemas normativos internos para plantear de manera general los derechos y obligaciones mínimos de convivencia y las reglas de defensa y protección del territorio.

La pandemia de covid-19 pausó el proyecto hasta 2021, pero aún con el miedo al contagio se decidió retomarlo, pues muchos pobladores (especialmente los más ancianos) estaban muriendo, con lo cual se estaban perdiendo saberes. El Concejo de Gobierno organizó un plan con mesas de trabajo acompañadas por dos abogados proporcionados por el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. Para coordinarlas fuimos llamados varios vecinos y a mí me asignaron al apartado de cultura.

**ESTATUTO DE GOBIERNO DEL PUEBLO
INDÍGENA ORIGINARIO DE
SAN ANDRÉS TOTOLTEPEC, TLALPAN, CDMX.**



Portada del Estatuto de gobierno elaborado por los propios habitantes de Totoltepec. Publicado en línea en diciembre de 2021, disponible en: <https://concejogobcomsat.mx/pdf/ESTATUTO%20DE%20GOBIERNO%20DEL%20PUEBLO%20IND%C3%8DGENA%20ORIGINARIO%20DE%20SAN%20ANDR%C3%89S%20TOTOLTEPEC%20TLALPAN%20CDMX.pdf>.

Mi preocupación más importante era no imponer mi visión del patrimonio sino construir un diálogo, pues al haberme formado dentro de una institución cuyo objetivo principal es el cuidado de monumentos históricos, zonas arqueológicas, registros de atlas etnográficos, y la investigación de la cultura en los diversos territorios del país, obviamente tengo una formación de pensamiento a partir de la cual podría decir sólo mi punto de vista, más o menos cercano al oficialista. Así, lo primero que hicimos fue invitar a vecinas y vecinos a participar en la mesa de trabajo virtual, para ser entrevistados y que ellos a su vez entrevistaran a sus familiares. Los resultados se presentaban todos los domingos con los coordinadores. Más complejo fue traducir nuestra actividad al contexto legal en el que se planeó el *Estatuto*, pero se logró.

La experiencia fue muy fructífera, y el compromiso de las señoras mayores, excepcional, sobre todo tomando en cuenta el contexto de pandemia. Sus conversaciones activaron los recuerdos de otras personas sobre asuntos de la vida cotidiana, los alimentos, olores, sabores, las plantas medicinales, las formas de curación, la descripción del territorio, el paisaje y las emociones. En sus palabras se podía identificar los espacios comunitarios, la parroquia, el panteón, las áreas deportivas, el salón

de actos, la sede de gobierno, y también los documentos antiguos y los lugares por recuperar que habían sido arrebatados por funcionarios en otros tiempos.

La creación de las entrevistas fue un diálogo que me llevó al encuentro conmigo misma, porque de algún modo era hablar de nuestros bisabuelos, abuelos y padres. La construcción de entrevistas como fuentes es un proceso enriquecedor que nos permite ser interpelados incluso con mayor profundidad si formamos parte de la comunidad de habla (como diría Leach),³ porque compartimos los sentidos y significados semánticos de esa cultura.

De esos trabajos surgieron muchos más que quedaron pendientes: un recetario para recuperar algunos alimentos que ya casi no se cocinan, un herbolario medicinal, relatos sobre mayordomías, comparsas y un sinnúmero de tareas que en el *Estatuto...* sólo se podía mencionar superficialmente, porque incluir toda la información recabada volvería demasiado extenso el documento y ése no era el objetivo. Sería pertinente decir que tuve oportunidad de registrar esta experiencia en un breve artículo publicado en el libro *Pensar la memoria desde la etnografía*,⁴ donde reviso la construcción, planeación y desarrollo de la entrevista como fuente, y mi propia circunstancia en tanto parte de la comunidad y practicante de la antropología de la experiencia y la autoetnografía.

Dicha reflexión me llevó a saber cuál es la importancia de lo que uno hace y para qué sirve lo que se investiga, cómo acercarse a las fuentes: las entrevistas, la etnografía, los archivos, el trabajo de campo, el trabajo con las comunidades; cómo dejar de ver informantes y entender a las personas, grupos y colectivos con los que uno se relaciona, tener una postura, cuál es la función social de la historia y la antropología.

Conclusión

Reflexionar sobre las fuentes es revisar al mismo tiempo los procesos metodológicos que adoptamos como rutas de la investigación. Considero que, al trabajar el complejo espacio en el que uno vive, no deben ocultarse o negarse las subjetividades, sino comprenderse y declarar el propio punto de vista.

Las encomiendas de Totoltepec me permitieron observar con profundidad la función social de la historia y la antropología, ejercer la autoetnografía y conocer la lucha de los pueblos por defender su territorio. Al saber cómo se construyó el concepto de *pueblos originarios* a partir —por lo menos— del año 2000, comprendo la necesidad de encontrar un mapa colonial y redactar un estatuto de gobierno.

Don Zeferino, a sus más de ochenta años, tenía que transmitir sus conocimientos: había estado enfermo y seguramente sintió que era su deber salvarlos del olvido. Antes de llamarme para buscar el mapa, él ya había realizado una caminata con otras personas de la comunidad para mostrarles los límites del territorio, entre las cuales iba mi padre, quien tenía cierto conocimiento previo, pues fue representante de los bienes ejidales entre 1997 y 2000. El mapa sólo era una parte en la bastante larga historia de búsqueda del origen y reconocimiento que protagoniza la comunidad. Por otro lado, terminar el *Estatuto de gobierno* fue una prioridad, pues constituye una herramienta invaluable para los procesos autonómicos de la

comunidad, ahora más que nunca, cuando ésta enfrenta cambios de uso de suelo y planes de desarrollo urbano.

Ahora me queda también más claro por qué decidí moverme entre la antropología y la historia: para comprender mejor a aquellos otros, hombres y mujeres, sus experiencias, sus historias, sus memorias, pero, al mismo tiempo, comprender mi entorno y la realidad social de la que formo parte, el estar con los otros en un mismo tiempo.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Teresa Suárez Castro, *El título primordial de San Agustín de las Cuevas*, México, Raíz de Sol, 2017.

² Claudia Álvarez Pérez, “Los bienes comunales de San Andrés Totoltepec: las significaciones de la tierra a través de la memoria de los comuneros, siglo XX y XXI”, tesis de doctorado, ENAH / Conacyt, México, 2015.

³ Edmund Leach, *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, México, Siglo XXI, 1978.

⁴ Claudia Álvarez Pérez, “Memorias y narrativas en tierra firme. La creación del Estatuto de gobierno de Totoltepec”, en Adriana Aguayo y María Ana Portal (coords.), *Pensar la memoria desde la etnografía. Aproximaciones metodológicas*, México, UAM / Juan Pablos, 2023.

Caminar las fuentes: el Valle del Mezquital entre el archivo y la práctica etnográfica

Annia González Torres*

Resumen

En estas líneas se presenta una reflexión generada a partir de la premisa de “Caminar las fuentes” y nos lleva a los orígenes y definición de lo que se convirtió en mi tema de investigación. Se presenta una semblanza de los inicios de su delimitación y la forma en que se vivió el contacto con la comunidad y su dinámica religiosa expresada en devociones y festividades.

Palabras clave: Ixmiquilpan, devoción, festividades.

Abstract

These lines present a reflection stemming from the premise of “Walking the Sources,” leading us to the origins and definition of what became my research topic. They offer an overview of the initial stages of its delimitation and how contact with the community and its religious dynamics, expressed in devotions and festivities, was experienced.

Keywords: Ixmiquilpan, devotion, festivities.

La labor del historiador nos refiere, comúnmente, a las bibliotecas y los archivos, así que cuando recibí la invitación de Lulú Villafuerte para participar en el ciclo de conversatorios titulado “Caminar las fuentes”, inevitablemente me hizo pensar en los orígenes de mi interés en lo que se convertiría en mi tema de investigación. También me llevó a reflexionar sobre la imagen del historiador como un ratón de archivo, ¿cómo nos encontramos con las fuentes? ¿Cómo recorreremos los caminos que nuestros sujetos históricos recorrieron? Es tema de esta reflexión. Durante algunos años me he dedicado a estudiar una región del actual Estado de Hidalgo, el llamado Valle del Mezquital, que se compuso de cinco jurisdicciones: Ixmiquilpan, Actopan, Tetepango, Tula y Jilotepec.

Esta historia inicia con Ixmiquilpan, que en el periodo novohispano fue una cabecera administrativa y de doctrina con población india, mayoritariamente otomí. La primera vez que fui, quedé maravillada con el complejo conventual, es asombroso, construido con el más puro estilo plateresco. El convento de San Miguel Arcángel

tiene una bóveda de cañón corrido enervada, almenas, contrafuertes y arcos de medio punto, y una pintura mural sobre la que se han escrito muchos trabajos y ha sido fuente de diversas interpretaciones que han oscilado entre dos posturas principales: una representación de la guerra justa contra los indios infieles o como una muestra de la persistencia de las creencias idolátricas.¹

Sin duda, me interesó y pensé que este complejo conventual podía ser el tema de mi tesis de licenciatura, esto me llevó a una primera investigación de archivo y a encontrarme que, cuando se aborda estas etapas tempranas de la historia colonial, podemos hallarnos frente a una escasez de fuentes. Así que el tema comenzó a crecer poco a poco, y me enfoqué en conocer la historia social, económica y religiosa de esta cabecera desde 1550–1760. Un trabajo de esta naturaleza nos lleva de forma obligada al Archivo General de la Nación, pero también a los archivos locales. Especialmente quería consultar el archivo parroquial, que en ese tiempo no se encontraba digitalizado, por lo que el procedimiento para lograr su consulta era solicitarla al párroco de la iglesia. Esa fue mi primera inmersión en la localidad. Y en donde inicia la reflexión de “Caminar las fuentes”. No encontré al párroco en mi primer intento, en el segundo me aconsejaron esperar a que volviera. Durante un par de días me senté a observar la dinámica local, el ir y venir de la gente, la dinámica de los días de mercado y el repique de las campanas que llamaban a misa.

Cuando logré entrevistarme con el párroco de la iglesia muy amablemente accedió a permitirme la consulta del archivo, me concedió acceso a la sacristía para que pudiera revisar los libros. Así, en un horario de 9 a 2 y 16 a 19 horas, permanecí en la sacristía consultando los documentos sacramentales. Pude escuchar la dinámica de la iglesia, las pláticas entre sacerdotes y, en especial, los preparativos para una de las festividades más importantes de la localidad, las dedicadas al Señor de Jalpan.² En ese momento me interesó sobre manera, puesto que eclipsaba a la festividad de San Miguel Arcángel, que es el Santo Patrono del pueblo.

Al ser esa situación tan sugerente, incluso para alguien no versado en el tema como yo en aquel momento, comencé a preguntar a los vecinos sobre la imagen. Así, en el actuar de la memoria colectiva, aunque con ciertas variaciones, se recordaba que este Cristo había llegado a la localidad en 1770. Algunos decían que la imagen había sido otorgada para sustituir al Cristo de Ixmiquilpan, imagen milagrosa de la región del Cardonal que, según su tradición, se renovó a sí misma en 1621. Otros contaban que la imagen iba con destino a la hacienda de Jalpan y que al pasar por Ixmiquilpan se tornó “pesada” y no fue posible moverla. Esto es un lugar común, desde la tradición medieval, en las narraciones de imágenes milagrosas que escogen su lugar de residencia.³

Lo primero que hice, después de esto y de empezar a ver los preparativos de las festividades que te llevan a otro espacio, a vivir un espacio y un tiempo festivo bastante alejado de lo que podría ser la cotidianidad, es un momento de ruptura, me fui a tratar de buscar en las fuentes a esta imagen en el siglo XVII. Y me topé, al menos por unos años, con un callejón sin salida. Porque no había manera de rastrear, no había forma de ver si esa imagen había tenido un culto activo en el siglo XVII, finales del siglo XVIII a principios del XIX. Estaba frente a una imagen con una considerable devoción, por demás interesante de construir históricamente. A esta imagen se le reconocía como protectora de la comunidad durante la Guerra

cristera y, por eso, los pobladores le habían otorgado el título de “Generalísimo” y era común que el presidente municipal, junto con el párroco, le colocara la banda presidencial, previo a sus festividades.⁴ Obviamente las festividades son asombrosas. Si algún día pueden acercarse, vayan. Es un tiempo festivo dilatado, pero lo principal es el 7 de septiembre. Si quieren llegar a Ixmiquilpan, deben llegar un poco antes del mediodía, porque después se cierran las entradas y no hay forma de acceder. Esto incluye una gran procesión hacia diversos barrios que están dentro del pueblo y se señalan los trayectos a través de los tapetes de aserrín, de arcos florales, arcos de semilla que son, en muchos sentidos, una ofrenda para la imagen, para que otorgue la bendición a la comunidad en el siguiente ciclo, en el siguiente año.

En este tipo de actividades participa toda la localidad, principalmente liderada por las mayordomías de las distintas iglesias. La elaboración de tapetes y arcos comienza muy temprano para que esté lista a las siete de la noche, cuando inicia la misa de la imagen, y para entonces todos los arcos y los tapetes deben estar ya preparados. La que se colocaba al frente de la iglesia era la de la localidad o la mayordomía principal que estaba apoyando ese año a la festividad del Señor de Jalpan. Por allá de las 5 de la tarde comenzaban a verse las imágenes que se trasladaban desde otras iglesias para acompañar al Señor de Jalpan en su procesión.

La misa comienza a las siete de la noche, acto seguido sale la procesión y, generalmente, viene de regreso alrededor de las tres de la mañana. Es un recorrido muy largo, durante todo el tiempo se queman cohetes, se le ofrecen alimentos en el camino, porque es un largo trayecto. Eso fue lo que pude ver en un año. En otro año pude ver cómo iniciaban las festividades y era con la llamada “ceremonia de la luminaria”,⁵ que tiene lugar el 14 de agosto y se llama así porque encienden una serie de antorchas y también se colocan velas adentro de vasijas de barro alrededor de la barda atrial. Esta celebración litúrgica suele darse en idioma otomí y conmemora el momento en el que llega la imagen al pueblo, mientras que su decisión de permanencia es recordada con la festividad del 7 de septiembre.

Después de años en los que yo me había dado por vencida en mi interés por historiar esta devoción, había escrito un par de textos con un corte más antropológico sobre lo que era la festividad, encontré un documento. En ese momento me encontraba escribiendo mi tesis de maestría sobre las reformas borbónicas y, francamente, ya no me encontraba trabajando a esta devoción. Fue entonces cuando, en un feliz hallazgo de archivo, me encuentro con un documento en el ramo Inquisición que es el caso de una mujer mulata que fue acusada junto a su padre de confesión por ilusos en 1778. Esa es la locución jurídica a través de la cual se denominaba a quien fingía tener revelaciones, locuciones con seres celestiales o demoníacos. Este es uno de los procesos inquisitoriales por este delito que se conservan completos en el Archivo General de la Nación, y resulta en verdad atípico por tratarse de una mulata, quien se presentaba como receptora de la gracia divina. Lo común es que las calidades que se vinculan con estas prácticas sean criollas o españolas. En este caso fue una mulata y uno de los aspectos más relevantes es que todas las visiones que ella afirmó tener estaban relacionadas con la imagen del Señor de Jalpan. Este proceso inquisitorial contiene muchas declaraciones de testigos y, sin lugar a duda, nos da muestras de que había un culto activo a esta imagen en ese periodo, y que se encontraba bastante extendido. A esta mujer mulata llamada María Cayetana

Loria se le revelaba el Señor de Jalpan en forma de un joven clérigo. Que en una de sus comunicaciones le dijo que venía de Jalpan. Esta aparición se dedicaba a hacerle revelaciones, a consolarla en sus penas, a darle directrices espirituales, etcétera, una variedad bastante interesante, que constituía el primer referente histórico de esta devoción.⁶

De nueva cuenta, años después, cuando me encontraba trabajando con el ramo Ayuntamientos del AGN, para un proyecto sobre cultura política, encontré unos préstamos que había hecho una cofradía dedicada al Señor de Jalpan al ayuntamiento, en ese tiempo, para obras públicas. En lo que va de 1827 a 1832 hay evidencia de tres préstamos que se hicieron de la cofradía del Señor de Jalpan hacia el ayuntamiento —ya independiente— de la localidad. En ese punto, poco se sabía sobre en qué momento surgió la cofradía dedicada a tal devoción. Un tiempo después, cuando trabajaba el archivo en microfilm, el fabuloso acervo en microfilm que tenemos en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología, encontré el libro de fábrica de la parroquia, en el cual se asentaron cuentas que refieren que en 1797 se había realizado un importante préstamo por parte de la cofradía del Señor de Jalpan hacia la parroquia. Así, podemos ver que la difusión de la devoción data del siglo XVIII, tal y como se conserva en la memoria colectiva, y se consolidó con la creación de una cofradía bajo su advocación.

Poco después, trabajando también los censos de cofradías, observé que para esas fechas la cofradía de San Miguel Arcángel había desaparecido. O, al menos, ya no se reflejaba en la documentación del periodo.⁷ Que, como mencioné anteriormente, es el santo patrono del pueblo, una situación bastante interesante en el estudio de las devociones locales. Así, con ese recorrido, pude en este momento de la presente narración afirmar que no solo existió un culto activo a tal imagen, sino que la devoción fue de tanta importancia que se fundó una cofradía en su honor, la cual, al menos en caudales y bienes, llegó a sustituir la del santo patrono y se mantuvo durante el periodo independiente. Tenemos ahí un vacío, momentos en el tiempo en el que el rastro se pierde, pero vuelve a aparecer durante la Guerra cristera, cuando es reconocido como el protector de la comunidad y, por eso, ahora en su festividad luce la banda presidencial.

Yo, sin duda, me asumo un tanto como el ratón de archivo que mencioné al principio de este escrito. Pero la historia que les referí aquí fue la semilla que originó todo, el punto desde donde se perfilaron mis investigaciones posteriores, hacia la cultura política o la religión, sobre Inquisición o los discursos de la transgresión, siempre tienen como referente la comunidad, las calles por las que transitan los pobladores que han construido esta memoria colectiva, muy tejida por símbolos de identidad colectiva, como las imágenes religiosas.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Al respecto, véanse David Charles Wright Carr, “Sangre para el sol: las pinturas murales del siglo XVI en la parroquia de Ixmiquilpan, Hidalgo”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*, t. XLI, México,

1998, pp. 73–103; Serge Gruzinski, “Entre monos y centauros. Los indios pintores y la cultura del Renacimiento”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], París, Bibliothèque des Auteurs du Centre, 2005, disponible en <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.617>, consultado el 21 de enero de 2024; Annia González Torres, “Los murales de la iglesia de San Miguel Arcángel en Ixmiquilpan, Hidalgo. ¿Muestra de evangelización o idolatría?”, *Pensamiento Novohispano*, núm. 21, 2008, pp. 113–122; Víctor Manuel Ballesteros García, *La iglesia y el convento de San Miguel Arcángel de Ixmiquilpan, Hidalgo*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2009; y Arturo Vergara Hernández, *Las pinturas del templo de Ixmiquilpan. ¿Evangelización, reivindicación indígena o propaganda de guerra?*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2010.

² Sobre la festividad de la imagen, véanse Alicia Galicia Gordillo, “Identidad, fiestas y manejo del espacio cultural en algunas comunidades otomíes de Ixmiquilpan en el estado de Hidalgo” tesis de doctorado, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2002; Alicia Galicia Gordillo y Sergio Sánchez Vázquez, *Cristos y cruces en la cosmovisión otomí de Ixmiquilpan, Hidalgo*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2002; y Annia González Torres, “El Señor de Jalpan: un símbolo de identidad colectiva en Ixmiquilpan, Hidalgo”, *Navegando*, año 2, núm. 3, México, 2009, pp. 24–31.

³ Véanse los textos de Antonio Rubial García, “Cuerpos milagrosos. Creación y culto de las reliquias novohispanas”, *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 18, México, 2009, pp. 13–30; y “Construyendo el paraíso o cubriendo necesidades: las imágenes milagrosas de la ciudad de México en el Zodíaco mariano (1600–1755)”, en María del Pilar Martínez López–Cano (coord.), *De la historia económica a la historia social y cultural. Homenaje a Gisela von Wobeser*, México, UNAM–IIH, 2015, pp. 293–314.

⁴ Este hecho, según la memoria colectiva, se remonta al año de 1947 y no sólo es observable durante la procesión, sino que se realizaba con un acto ceremonial y se difundía en medios escritos, como sucedió en 2013, cuando el edil Cipriano Chávez Pedraza le colocó la banda y la fotografía se difundió en periódicos locales como *El Informador*.

⁵ Véase Omar Santiago, “La luminaria es una tradición indígena y de las mayordomías en Hidalgo”, *El Sol de Hidalgo* [en línea], 15 de agosto de 2023, Pachuca, disponible en <https://www.elsoldehidalgo.com.mx/local/la-luminaria-es-una-tradicion-indigena-y-de-las-mayordomias-en-hidalgo-10538426.html>, consultado el 21 de enero de 2024.

⁶ Respecto a la imagen del Señor de Jalpan en el siglo XVIII, véase Annia González Torres, “Memoria e identidad: La devoción al Señor de Jalpan en Ixmiquilpan, siglo XVIII”, en Fernando López Aguilar y Haydeé López Hernández (ed.), *Identidad y territorio en la Teotlalpan y la Provincia de Jilotepec*, Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, 2015, pp. 161–203.

⁷ Sobre las cofradías de Ixmiquilpan en el siglo XVIII, véase Annia González Torres, “Entre tradición y modernidad: cofradías y el Reglamento de bienes de comunidad en Ixmiquilpan a finales del siglo XVIII”, *Historias*, núm. 96–97, México, 2017, pp. 13–35.

El trabajo de campo: tres experiencias

Lourdes Villafuerte García*

Resumen

La autora reflexiona sobre las especificidades del trabajo de campo en el ámbito histórico. En su caso, el trabajo de archivo con documentos le reveló aspectos de las familias novohispanas, como vida cotidiana y manejo de los espacios urbanos. La revisión de mapas y planos de la ciudad daban una idea aproximada, pero —comenta la autora—, para tener conciencia del espacio, “había que poner el cuerpo en él”. Así, la autora reflexiona desde este territorio en base a tres experiencias, como investigadora, como docente y como vivencia personal en la festividad guadalupana; ello le permite discutir aspectos metodológicos de la investigación histórica y su enseñanza, observando mediante la caminata y el recorrido de las calles lo que perduraba y lo que había cambiado en usos, traza y distribución social de la población, en un ejercicio que combina la erudición histórica del periodo con imaginación creativa para reconstruir la experiencia del caminante. De este modo, el artículo nos cuestiona sobre el asunto de la experiencia de los espacios, desde la mirada de los sujetos de determinado momento histórico, develando una amplia discusión, abierta para historiadores de cualquier periodo.

Palabras clave: trabajo de campo, observación, metodología histórica, experiencia.

Abstract

The author reflects on the specificities of fieldwork in the historical field. In her case, archival research with documents revealed aspects of colonial families in New Spain, such as daily life and the use of urban spaces. Reviewing maps and plans of the city provided a general idea, but, as the author notes, to truly understand the space, “one had to experience it firsthand.” Thus, the author reflects from this perspective, drawing on three experiences: as a researcher, as a teacher, and as a personal experience during the Guadalupe festival. This allows her to discuss methodological aspects of historical research and its teaching, observing, through walking and traversing the streets, what had endured and what had changed in terms of land use, layout, and the social distribution of the population. This exercise combines historical erudition with creative imagination to reconstruct the experience of the walker. Thus, the article questions our understanding of the experience of spaces from the perspective of individuals at a specific historical moment, opening up a broad discussion for historians of any period.

Keywords: fieldwork, observation, historical methodology, experience.

Cuando se hace referencia al trabajo de campo, nos viene a la mente la imagen de un arqueólogo excavando, o la de un antropólogo viviendo o visitando alguna comunidad rural o urbana observando a las personas, o bien, a un sociólogo levantando una encuesta. Pero cuando se dice que un historiador hace trabajo de campo es casi inconcebible, en razón de que se cree que no hay una liga entre el presente y el pasado; aunque hay que aclarar que la historia es una disciplina que estudia el proceso; es decir, el devenir de una sociedad a lo largo del tiempo. Si bien no es algo generalizado, el trabajo de campo puede concebirse para los historiadores de lo contemporáneo, pero ¿un historiador de épocas más remotas puede hacer trabajo de campo? La respuesta es sí, pues hay más huellas del pasado en el espacio de lo que suponemos.

Mi encuentro con el Centro de la Ciudad de México

Toda mi vida he recorrido el centro de la ciudad donde nací. Tuve más conciencia de él a los diez años, cuando comencé a moverme sola en sus calles. Más tarde, empecé a adentrarme en sus museos y bibliotecas, y tuve el placer de trabajar en la vieja sede del Archivo General de la Nación, en Tacuba 8. De tal manera que conozco bastante bien el espacio de lo que hoy se llama el Centro Histórico de la Ciudad de México.

Desde que llegué a la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, hace más de tres décadas, me ha dedicado al estudio de la familia o comunidad doméstica en la capital novohispana en los siglos XVII y XVIII; así que pasé años y felices días en trabajo de archivo. En 1992 inicié, junto con Sergio Ortega Noriega y Teresa Lozano Armendares,¹ una investigación para documentar la composición de la familia en el siglo XVIII en la capital novohispana. Hicimos mucho trabajo de archivo en fuentes judiciales.² Al leer cientos de causas, hasta completar 613 registros en una base de datos, logramos conocer con cierto detalle la vida diaria de muchas familias, tanto en su casa como en la calle. En efecto, las personas vivían mucho en la calle; tanto hombres como mujeres se desplazaban por las calles de la capital novohispana de manera cotidiana, ya fuera que trabajaran en la calle (vendedores ambulantes o acarreadores de cosas) o que se trasladaran a un taller, un obraje, una tienda, una oficina u otros lugares. En el caso de las mujeres hay que desterrar la idea de las mujeres encerradas, pues muchas de ellas trabajaban fuera de la casa para contribuir como proveedoras del hogar; desempeñando trabajos en el servicio, en el pequeño y mediano comercio, en diversos talleres artesanales y en la naciente industria (Real Fábrica de Puros y Cigarros); sin dejar de mencionar a grandes empresarias. El arduo trabajo de ama de casa requería de salir al mercado, a la carbonería, a acarrear agua, etcétera. Por otro lado, la gente salía a actividades religiosas y lúdicas: oír misa o rezar el rosario, a las tertulias, a pasear, a los toros, a la comedia y a “hacer visitas”. La vida en la calle era muy dinámica.

Con ese panorama, encontrábamos muchas referencias al espacio ciudadano; si bien las personas usaban ciertas referencias urbanas, así como la nomenclatura de las calles, no era fácil situarse, pues no teníamos a la mano la nomenclatura antigua y su equivalente en la moderna. El asunto se podía solucionar usando planos histó-

ricos, los cuales han sido publicados y estudiados por nuestros colegas de Historia Urbana. Nos hicimos de un plano gracias a Esteban Sánchez de Tagle, con lo cual fue más fácil ubicar a nuestros sujetos; aun así, no teníamos plena conciencia del espacio.³ Era necesario poner nuestros propios cuerpos en él.

Primera experiencia

Animados por Teresa Lozano, comenzamos a hacer “recorridos”, de manera ordenada por el Centro de la Ciudad de México, lo cual constituía un verdadero trabajo de campo. Según los estudios de nuestros amables colegas de Historia Urbana, y más tarde del Seminario de Censos, hubo en la ciudad una reforma administrativa en 1782 que la dividió en ocho cuarteles mayores, cada uno de los cuales estaba dividido, a su vez, en cuatro cuarteles menores; de tal manera que había 32 cuarteles menores.⁴ Decidimos utilizar como unidad visitable el cuartel menor. Para disponer la visita, Sergio Ortega dibujó los planos por cada uno de los cuarteles con los nombres de las calles en la nomenclatura antigua, acompañado de una lista con la nomenclatura moderna; con esos planos en la mano, sombrero, cámara fotográfica, papel y lápiz, nos lanzamos a la aventura de caminar cada una de las calles del casco antiguo de la Ciudad de México. Este trabajo de campo nos tomó año y medio, con sesiones cada quince días con una duración de cuatro horas.

Si bien el centro era parte de nuestras vidas, no habíamos lanzado esta liga hacia el pasado con respecto al espacio; gracias a que pusimos nuestros cuerpos en el espacio, tuvimos por primera vez la percepción de la verdadera dimensión de la ciudad en el siglo XVIII: es enorme cuando la recorre uno a pie, como lo hacían nuestros antepasados.

La traza de la ciudad se conserva casi intacta, ciertamente hay algunas calles que se abrieron en el siglo XIX. En la parte central la cuadrícula es perfecta, pero cuando llega uno a las “afueras” el espacio cambia un poco. Por otro lado, encontramos algunos contrastes; por ejemplo, en el cuartel menor 5 abundan los palacios,⁵ lo cual nos da la pauta para pensar que, hacia finales del siglo XVIII, algunas partes de la ciudad se iban diferenciando de otras, de acuerdo con la posición de sus habitantes.

La Plaza Mayor era, sin duda, un punto importante, de tal manera que mientras más cerca se estaba de la plaza mejores construcciones había, esto lo intuimos por la observación que hicimos, lo cual fue corroborado tiempo después por la investigación de María Gayón y, en general el trabajo de los colegas de Historia Urbana.⁶

De otro lado, podíamos hacernos una idea de las distancias que las personas recorrían para ir de un lado a otro; un ejemplo es el recorrido que una gran cantidad de mujeres hacía para ir a la Real Fábrica de Puros y Cigarros, primero en la Lagunilla y después en la Ciudadela. Fue un fenómeno comentado como algo extraño: ver a tal cantidad de mujeres caminando por las calles para ir a la fábrica causaba temor.⁷ En algunos casos de adulterio, un señor podía vivir con su esposa en el rumbo de la Lagunilla y tener una amante en la calle de Regina, lo cual pasaba inadvertido debido a la lejanía de ambos lugares. Por otro lado, al

examinar una gran cantidad de documentos donde las personas referían diversos lugares, con nuestro trabajo de campo podíamos determinar dónde estaban tales lugares; en otras ocasiones se hablaba claramente de ciertos recorridos, por ejemplo, cuando una persona iba huyendo del asedio de alguien o para buscar el refugio (generalmente en la iglesia de San Miguel Arcángel).

En los expedientes que analizamos aparecían muchos elementos que los novohispanos de la Ciudad de México usaban como referencia, tales como fuentes, iglesias, plazas, la casa de algún personaje, la estampa o la hornacina de algún santo o de la Virgen, una instalación militar, entre otros, lo cual nos da idea de la manera en que se orientaba la gente en la gran ciudad.

En nuestras incursiones, algunos transeúntes nos dieron información valiosa acerca de algún edificio, como la Aduana vieja, la cual actualmente es una vecindad, pero conserva un elemento inconfundible: los portales. En ocasiones entramos, pidiendo permiso, a los patios de las vecindades; hay que decir que abundan las vecindades en buen estado en la calle de Mesones; también logramos ver las accesorias que aún existen en los edificios antiguos, como las del palacio de los condes de Santiago de Calimaya o las del Colegio de las Vizcaínas. Estas experiencias nos dan una idea muy cercana acerca de la vivienda de la antigua Ciudad de México.

Al terminar de recorrer la casi totalidad casco antiguo de la ciudad, decidimos seguir ciertos itinerarios que habíamos logrado dilucidar con precisión, el itinerario de la ejecución de los autores de la masacre perpetrada en la casa del comerciante don Joaquín Dongo, donde fueron asesinadas las once personas presentes en la casa. Pusimos nuestros cuerpos en movimiento desde la prisión de donde salieron los condenados a muerte, en la puerta Mariana del Palacio Virreinal para recorrer las calles del Reloj (Seminario), Cordobanes (Donceles), calles de Santo Domingo (República de Brasil), Medinas y calle del Águila (República de Cuba), calle del Factor (Allende), calle de Vergara (Bolívar), calle de San Francisco (Madero) hasta llegar al Zócalo o Plaza de la Constitución de 1812. La experiencia resultó fascinante, pues tuvimos idea no sólo del significado de un acto de vergüenza pública, sino de las procesiones de Corpus Christi de la época colonial, así como las llegadas a la ciudad de virreyes, obispos y otros dignatarios, pues el camino real de entrada, desde la Villa de Guadalupe es la actual calle de República de Brasil. Otra rica experiencia fue el recorrido que implicó un ataque a puñaladas perpetrado por el rico comerciante don Lorenzo García Noriega, presa de los celos, contra el joven don Pedro Rangel, conde de Alcaraz, quien coqueteaba con su mujer.⁸

Estos recorridos son verdaderas experiencias de campo, en tanto nos ponemos en situación de que lo que estamos viendo y experimentando, con suficiente información del contexto colonial y sus referentes culturales, podemos literalmente “ponernos en los zapatos” de nuestros sujetos para tratar de experimentar la manera de concebir y de vivir el espacio en el siglo XVIII. Así, podemos acceder a mayor información tomando en cuenta el espacio. Pudimos imaginar, con base en información de archivo, lo dinámica que era la ciudad con gente en las calles transitando, trabajando, vendiendo y comprando, paseando, huyendo, etcétera.

Segunda experiencia

La segunda experiencia con el trabajo de campo se da en el ámbito de la docencia. Impartí un seminario taller en la Facultad de Filosofía y Letras titulado “Tratamiento de Fuentes y Herramientas para la Historia Cultural”, donde enseñé a los alumnos la utilización de algunas herramientas que les ayudaran a enfrentarse a las fuentes: la lectura de documentación de varios tipos (documental y de imagen), conocimiento de los procedimientos judiciales para la lectura de fuentes y el trabajo de campo.

El trabajo de campo que hice con mi grupo de colegas para recorrer ciertos itinerarios, como el de la ejecución de los asesinos de Dongo, lo llevé a la clase del Seminario-Taller. Di a leer a los alumnos una selección del caso, donde ensayamos cinco niveles de lectura con el fin de que ellos se familiarizaran con el lenguaje y aprendieran, con base en ejercicios en los que ellos tenían que hacer preguntas, a leer a fondo un documento; al estar en contacto con el documento, introduje el conocimiento de la técnica jurídica en una causa criminal, lo cual abría el panorama y la calidad de las preguntas; lo siguiente era hacer el trabajo de campo.

Habiendo leído y estando ya más adentrados en el conocimiento del documento y varios elementos de la cultura colonial mexicana, nos lanzábamos juntos a hacer el recorrido de la ejecución de los condenados a muerte. Los alumnos respondían muy bien a este ejercicio, después de haber desterrado las nociones de “caminata” o “visita guiada”, para posicionarlo como trabajo de campo. Surgían preguntas de todo tipo, algunas muy simples, pero que manifestaban curiosidad, y otras mucho más elaboradas.

Uno de los aspectos más ricos es que los estudiantes podían ponerse en la situación de los reos, del público que asistió a la ejecución, de las autoridades, y hasta del verdugo; pusieron sus cuerpos en los mismos lugares y pudieron ponerse en contacto con el ambiente, con la algarabía, con la indignación de la gente, con el miedo de los reos próximos a la muerte, con la satisfacción de las autoridades; pero también con el lenguaje simbólico (reos vestidos de luto, montados en mulas igualmente enlutadas; “ejecución de las armas” por mano de verdugo y la mutilación de las manos derechas de los tres asesinos). En el camino, percibieron con sorpresa una gran cantidad de información escrita en los muros de los edificios; descubrieron también ciertos elementos como estampas, hornacinas, fuentes, el recuerdo del agua en los puentes. Los alumnos lograron ponerse en contacto con la antigua y enorme ciudad, incluso, en algún momento, se preguntaron por los olores de la ciudad dieciochesca.

En la clase leímos un caso que implica los sentimientos de las personas: este caso lo protagonizan don Lorenzo García Noriega, apodado “El Viejo Noriega”, quien era el marido ofendido; don Pedro Rangel, conde de Alcaraz, a quien por su juventud le llamaban “El Condecito”; este joven coqueteaba con doña Francisca Pérez Gálvez, mujer de Noriega y nieta del conde de la Valenciana a quien llamaban “Pachita”. Harto de las faltas de respeto del Condecito, una noche lo busca después de una función de teatro y lo apuñala. En el curso de la función, don Lorenzo saca violentamente a su esposa del teatro y la lleva a su casa, en la calle de Don Juan Manuel, de donde sale sin capote y armado, regresando al teatro hasta encontrar al conde y atacarlo, tras lo cual regresa a su casa por el mismo camino.

En la deposición de los hechos por parte de los dos hombres involucrados, don Lorenzo trata de introducir elementos atenuantes para escapar de la acción de la justicia, entre ellos, una pérdida de la razón provocada por la ira. Pero el trayecto de ida y vuelta que siguió un Noriega lleno de ira es de entre 1000 y 1200 metros: Coliseo y Colegio de Niñas (Bolívar); Cadena y Capuchinas (Venustiano Carranza); Monterilla (5 de Febrero) hasta la calle de Don Juan Manuel (República de Uruguay). Con base en estos datos, la pregunta que guiaba el trabajo de campo era: ¿es posible que una persona siga presa de la ira después de recorrer 1200 metros a pie? Hicimos el trabajo sin llegar a una conclusión determinada en un sentido o en otro; algunos alumnos estaban de acuerdo conmigo en que la ira se asienta con una caminata como aquélla, mientras que otros validaban la pérdida de la razón debido a la ira; pero lo cierto es que los alumnos se pusieron en contacto con la sensibilidad y la subjetividad de un hombre celoso.

En algún momento, nos topamos con una coladera maloliente, lo cual hizo a uno de los muchachos preguntarse por el olor de la ciudad en la época novohispana. Muchos de los elementos que he mencionado salieron de las preguntas y comentarios durante los recorridos o de sus reportes de trabajo, los cuales eran de gran calidad, y todos eran muy elocuentes acerca de la utilidad de este ejercicio. Es muy notorio que todos pusimos nuestra subjetividad y la trasladamos a un plano histórico para ponernos en contacto con la subjetividad de ese otro que es nuestro antepasado, aquél que movió su cuerpo por los mismos lugares.

Tercera experiencia

La tercera experiencia implica mi propia vivencia en un asunto que me sorprendió mucho: la peregrinación a la basílica de Guadalupe. La visita devocional a la poderosa imagen de la virgen de Guadalupe era una práctica consuetudinaria en mi familia; desde niña iba con mis padres y abuelos en peregrinación al principal templo mariano de México. Es decir, peregriné muchas veces a lo largo de mi vida; sin embargo, nunca había hecho trabajo de campo tomando como lugar de éste a la basílica de Guadalupe.

En 2019, la antropóloga María Elena Padrón nos invitó a Mario Camarena y a mí para participar en un libro colectivo acerca de la religiosidad popular; decidimos hacer una reflexión acerca del acto de peregrinar a la basílica de Guadalupe, por lo cual vimos la necesidad de realizar el recorrido tradicional de la glorieta de Peralvillo al santuario mariano no como peregrinación sino como trabajo de campo.⁹

Iniciamos la caminata a las 7 de la mañana, observando con atención las actitudes de los peregrinos, los objetos que portaban, si iban acompañados o solos, así como sus actitudes corporales que denotaban devoción. Lo primero que llamó mi atención es que, a pesar de la hora, había ya varias personas reunidas para peregrinar; algunos metros más adelante vimos a un peregrino caminando inclinado en sus cuatro extremidades cargando un cuadro de la virgen de Guadalupe, al avanzar en el camino encontramos a un hombre de mediana edad que caminaba descalzo como forma de penitencia, otros peregrinos llevaban un altar completo de madera, lo cual

requería de varias personas para cargarlo. Muchos peregrinos iban en silencio, pero otros iban cantando o rezando.

Al llegar a la basílica, entramos a la banda transportadora que permite observar la imagen de cerca, donde notamos que muchas personas expresaban asombro, admiración, aflicción; en ocasiones ese cúmulo de emociones se manifestaban en el llanto. Al salir hacia el quemadero de veladoras, donde hay una imagen de bulto de La Guadalupana, vimos algo insólito: una señora que iba con su familia, encendió una veladora, la restregó en el vidrio que resguarda la imagen para después pasarla por el cuerpo de cada uno de sus familiares, en un acto que parecía una “limpia”. Las variadas y ricas formas que adquiere la religiosidad popular, por momentos llega a la frontera de la superstición o la magia; sin embargo, hay que tomar en cuenta que, parafraseando a Darnton, las personas, en lugar de acudir a los conceptos religiosos, muestran su fe utilizando las cosas y todo lo que su cultura le ofrece, como el agua para hacer abluciones, el fuego y las flores para hacer ofrendas, el tacto con las imágenes es una de las manifestaciones más complejas, pues denota una especie de transferencia de ciertos dones; de ahí que frotar a su familia con un objeto que se ha puesto en contacto con una imagen sagrada, los limpia, los purifica.¹⁰ El caso es que, a pesar de ser recurrente (no sé en qué medida), nunca me había percatado de este tipo de acto, lo cual me da la perspectiva de que las personas ponemos atención en los actos devocionales y no miramos a los otros peregrinos; en cambio, cuando va uno a observar con atención a las personas, lleva otra sensibilidad y otra manera de mirar.

Epílogo

El espacio ciudadano que hoy llamamos Centro Histórico y que fue la Ciudad de México del siglo XVIII conserva su legendaria traza con muy pocos cambios, de tal manera que se pueden localizar lugares y seguir itinerarios que nuestros antepasados hicieron. Como historiadores que queremos conocer y ensayar explicaciones acerca del funcionamiento de una sociedad, no podemos prescindir del análisis de nuestros sujetos en el espacio; pues éste, aunque físicamente puede ser, en apariencia, “el mismo”, la manera en que los pobladores lo viven y la idea que de él tienen es una construcción que tiene características diferentes a lo largo del tiempo. Las nociones de “lejos” y “cerca”, las referencias urbanas, la noción de “calle principal” o de “camino real” o “lugar sagrado” tienen variaciones según los referentes culturales de un momento histórico determinado.

Lo que comienza como un simple “recorrido”, adquiere complejidad cuando encuentra uno en su caminar indicios del pasado y se adentra en ese ambiente; es cuando las lecturas, tanto de documentación como de libros, adquieren sentido: los palacios y las vecindades nos ponen en contacto con la posición de la Ciudad de México como joya de la Corona, las fuentes, las acequias, los puentes, el embarcadero, la cercanía del lago nos dan la medida de cómo y por qué hemos perdido, casi en absoluto, la noción de una ciudad rodeada de agua. La traza misma, a partir de una plaza, denota la noción de orden y de control de la Corona.

Lo que nos interesa del espacio es cómo lo concibe y cómo lo vive un sujeto en cierto momento histórico y, al echar ese lazo desde el presente hacia el pasado, nuestro punto de comparación es nuestro propio uso social del espacio, para hacer un viaje desde el presente hacia el pasado para volver de regreso al presente, en un paseo dialéctico que nos muestra los cambios y continuidades y nuestro propio papel como sujeto histórico que lo vive en un momento dado, lo cual determina, de alguna manera, cómo miramos el espacio en el pasado. Parece un trabalenguas, pero es más bien la complejidad del asunto. La enseñanza de este aspecto lleva a los alumnos a comprender no sólo que tal trabajo de campo es posible para los historiadores, sino que tomar en cuenta este aspecto los lleva por el sendero de hacer nuevas y mejores preguntas de investigación.

Los lugares con un intrínseco valor simbólico, como la plaza del Zócalo y la basílica de Guadalupe, demandan de una reflexión acerca de las formas que miramos y valoramos estos espacios, los dos sujetos más evidentes son las instituciones de poder (Iglesia y Estado) y el pueblo. Las instituciones tratan de imponer cierto control sobre esos espacios desde el punto de vista de “la autoridad”: orden en la plaza y ortodoxia religiosa en el santuario; pero ambos se enfrentan con una concepción popular que rechaza tal control utilizando caminos muy imaginativos, de tal manera que por momentos la autoridad debe ceder ante el empuje popular que se apodera de la plaza o la Iglesia tiene que tolerar o convivir con manifestaciones de piedad popular bastante heterodoxas.

Si pensamos acerca de estos problemas en el pasado, vemos que la cuestión es saber cuáles eran las diferentes concepciones de un espacio simbólico y cómo se lo pensaba; es decir, saber cuáles son los referentes culturales alrededor de un espacio en un momento determinado. Sigamos caminando y reflexionando.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Los tres constituimos el Seminario de Historia de las Comunidades Domésticas, que funcionó de 1992 a 2017.

² Revisamos los siguientes fondos documentales del Archivo General de la Nación: Criminal; Inquisición, Bienes Nacionales y Matrimonios; del Archivo Histórico del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal consultamos la sección Penales.

³ El plano está publicado en tamaño reducido en Esteban Sánchez de Tagle, *Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial*, México, INAH / Departamento del Distrito Federal, 1997, 272 pp., ilus., planos.

⁴ Sonia Lombardo de Ruiz *et al.*, *Territorio y demarcación en los censos de población. Ciudad de México 1753, 1790, 1848, 1882*, México, INAH / UACM / Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas / Centro de Investigación en Geografía y Geomática “Ing. Jorge L. Tamayo”, 2009, 374 pp., ilus., planos, pp. 92–94.

⁵ En el cuartel menor cinco abundan los palacios; este cuartel limita al norte con la calle de San Francisco (Francisco I. Madero), al sur con la calle de Regina, al oriente con el portal de Mercaderes y su continuación las calles de la Monterilla (5 de febrero) y al poniente la calle del Coliseo (Bolívar). Lombardo de Ruiz *et al.*, *op. cit.*

⁶ María Gayón Córdoba, *1848. Una ciudad de grandes contrastes. I. La vivienda en el censo de población levantado durante la ocupación militar norteamericana*, México, INAH, 2013, 340 p., ilus., cuads., fotos, planos. Véase la obra de Sonia Lombardo de Ruiz, Guadalupe de la Torre Villalpando, María Gayón Córdoba, Dolores Morales Martínez, Carlos Aguirre Anaya, Jorge González Angulo y otros colegas, ya citada.

⁷ Amparo Ros Torres, “Una nueva organización de los cigarreros” en *Seminario de Historia de las Mentalidades: casa, vecindario y cultura en el siglo XVIII. Memoria del Sexto Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH (col. Científica, serie Antropología Social, 349), 1998, 392 pp., cuads. pp. 55–64.

⁸ Lourdes Villafuerte García, “Por las coloniales calles del crimen”, *Historias*, núm. 70, mayo–agosto. México, Dirección de Estudios Históricos, INAH, 2008, pp. 103–111.

⁹ Mario Camarena Ocampo y Lourdes Villafuerte García, “Memoria y religiosidad popular: la peregrinación a la basílica de Guadalupe”, en María Elena Padrón Herrera (coord.), *Religiosidad popular como resistencia social: luchas de poder y refugios de identidad*, México, Universidad Intercontinental / Misioneros de Guadalupe, 2019, 158 pp., pp. 63–80.

¹⁰ El texto original es: “Pero en vez de formular proposiciones lógicas, la gente piensa utilizando las cosas y todo lo que su cultura le ofrece, como los cuentos o las ceremonias”. Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. de Carlos Valdés, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 2002, 272 pp., p. 11.

La ruta del viaje de Francisco Esquivel Aldao (1788): un estudio de movilidad humana en la Patagonia argentina

Martín R. Vilariño*

Sergio L. D'Abramo**

S. Iván Pérez***

Valeria Bernal****

Resumen

En el presente trabajo se analiza la ruta del viaje emprendido por el comandante Francisco Esquivel Aldao desde el Fuerte de San Carlos (Mendoza) hasta Rucapulli (Neuquén) en el marco de la primera expedición militar del Ejército colonial de Cuyo al territorio de Neuquén en 1788. Nuestro objetivo es reconstruir la ruta seguida, y discutir los factores ambientales y sociales que habrían influido sobre la elección de la misma. Empleamos una aproximación que integra fuentes documentales con el modelado de datos ambientales mediante sistemas de información geográfica (SIG). Nuestros resultados muestran que, aunque en líneas generales la elección de la ruta seguida estuvo fuertemente condicionada por las variables ambientales, la misma transitó por un espacio habitado por grupos originarios y, por lo tanto, el contexto social fue un aspecto relevante en la toma de decisiones.

Palabras clave: expedición militar, modelado por SIG, ruta de menor costo, pehuenches.

Abstract

This paper analyzes the route taken by Commander Francisco Esquivel Aldao from Fort San Carlos (Mendoza) to Rucapulli (Neuquén) during the first military expedition of the Cuyo colonial army to the Neuquén territory in 1788. Our objective is to reconstruct the route followed and discuss the environmental and social factors that influenced its selection. We employ an approach that integrates documentary sources with environmental data modeling using geographic information systems (GIS). Our results show that, although the route choice was generally strongly influenced by environmental variables, it passed through an area inhabited by indigenous groups, and therefore, the social context was a relevant aspect in the decision-making process.

Keywords: military expedition, GIS modeling, least cost route, Pehuenches.

Introducción¹

Las vías de circulación constituyen una parte estructural de los sistemas de movilidad de las poblaciones humanas que conectan distintos espacios del territorio y se establecen con arreglo a características ambientales y socioculturales particulares.² La importancia de los múltiples tipos de vías (caminos, senderos, sendas, etcétera)³ radica en su función como facilitadores de la circulación y conectores de objetos, personas, recursos naturales e ideas.⁴ Son espacios en los que las personas tienen experiencias singulares sobre las que se guarda memoria, y pueden reflejar aspectos cognitivos y comportamentales.⁵ A pesar de su relevancia, el estudio de las vías de circulación de las poblaciones humanas del pasado ha tenido un desarrollo limitado. Esto resulta, en parte, de los desafíos que presenta su localización debido a que generalmente carecen de demarcaciones visibles y exhiben un escaso registro material asociado al movimiento de los individuos y los grupos en el espacio.⁶ Esta dificultad es importante cuando los intentos de reconstruir los caminos en los territorios indígenas se focalizan en momentos históricos. En la mayoría de las ocasiones, los documentos referidos a los territorios indígenas para este periodo no suelen describir con precisión los caminos existentes; por el contrario, cuando los mencionan, lo hacen de forma fragmentada, siendo en verdad excepcional la documentación que los describe con detalle.⁷

Pese a todo eso, en los últimos años se ha comenzado a delinear un panorama sobre las estrategias de movilidad de las poblaciones humanas del norte de Neuquén y sur de Mendoza (Patagonia argentina).⁸ En conjunto, la evidencia arqueológica y etnográfica sugiere un escenario de movilidad restringida durante el Holoceno tardío y tiempos históricos, con ocupación residencial de las áreas bajas y uso estacional de las tierras altas.⁹ Los trabajos arqueológicos, particularmente aquellos que emplean datos sobre la distribución de sitios habitados, artefactos e indicadores isotópicos (estroncio, oxígeno) o geoquímicos provenientes de materias primas,¹⁰ indican que el desplazamiento en el norte de Neuquén estuvo influenciado por la heterogeneidad ambiental de la región, cuya importante variación altitudinal y estacional da lugar a zonas con alta capacidad de carga ubicadas a elevada altitud disponibles durante los meses de verano y zonas bajas con menor capacidad de carga habitables todo el año.¹¹ También se han realizado estudios que analizan de manera conjunta datos ambientales y etnográficos para evaluar los factores que influyen en la disposición de las vías de circulación entre las áreas de veranada e invernada que siguen los crianceros trashumantes que habitan actualmente la región.¹²

La región cuenta con un amplio registro documental a partir del siglo XVI —diarios de viaje, oficios, partes militares, cartas, mapas— generado por viajeros, muchos de ellos funcionarios eclesiásticos y militares, como Manuel Olascoaga, Basilio Villarino, Luis de la Cruz, y Bernardo Havestadt.¹³ Estos registros incluyen datos que informan de manera directa e indirecta sobre las estrategias y los condicionantes de la movilidad a distintas escalas espaciales en momentos históricos, razón por la cual han sido articuladas con el registro arqueológico, para un examen integral del sitio de Caepe Malal, de los arroyos Quilca y Vilcunco, y del río Malleo;¹⁴ sin embargo, la información que contienen aún no se ha incorporado de forma sistemática al estudio de la movilidad de los grupos humanos que habitaron el territorio de Neuquén.

El objetivo de este trabajo es acrecentar la comprensión de los factores ambientales y sociales que dieron forma a las vías de tránsito humano en el norte de Neuquén durante los siglos XVIII y XIX. En particular, se estudia la ruta del viaje realizado por el comandante Francisco Esquivel Aldao desde el fuerte de San Carlos (Mendoza) hasta Rucapulli (Neuquén) en el marco de la primera expedición del ejército¹⁵ colonial desde Cuyo hacia la actual provincia de Neuquén,¹⁶ en 1788. Nos proponemos reconstruir el trayecto de la ruta empleando información histórica proveniente de fuentes documentales e información ambiental. Con base en los datos obtenidos, la ruta se modeló en el marco de sistemas de información geográfica (SIG).¹⁷ Finalmente, se discuten los alcances de la aproximación empleada en este trabajo para el análisis de las vías de circulación y la movilidad en el norte de Neuquén.

Contexto sociopolítico del viaje de Francisco Esquivel Aldao y los pehuenches

En el presente apartado analizaremos el contexto del viaje que emprendieron las fuerzas realistas de Cuyo para atacar las tolderías de Llanquetur. Éste se llevó a cabo en alianza con las parcialidades pehuenches asentadas en torno a la frontera meridional de Mendoza, como Malargüe, y en el norte de Neuquén —Varvarco, Tricao Malal y Cari Lauquen,¹⁸ entre otros—.¹⁹ La expedición fue conducida por Francisco Esquivel Aldao, comandante del fuerte de San Carlos, en 1788, con el objetivo de apoyar a sus aliados pehuenches de Malargüe durante las luchas entre pehuenches y huilliches.

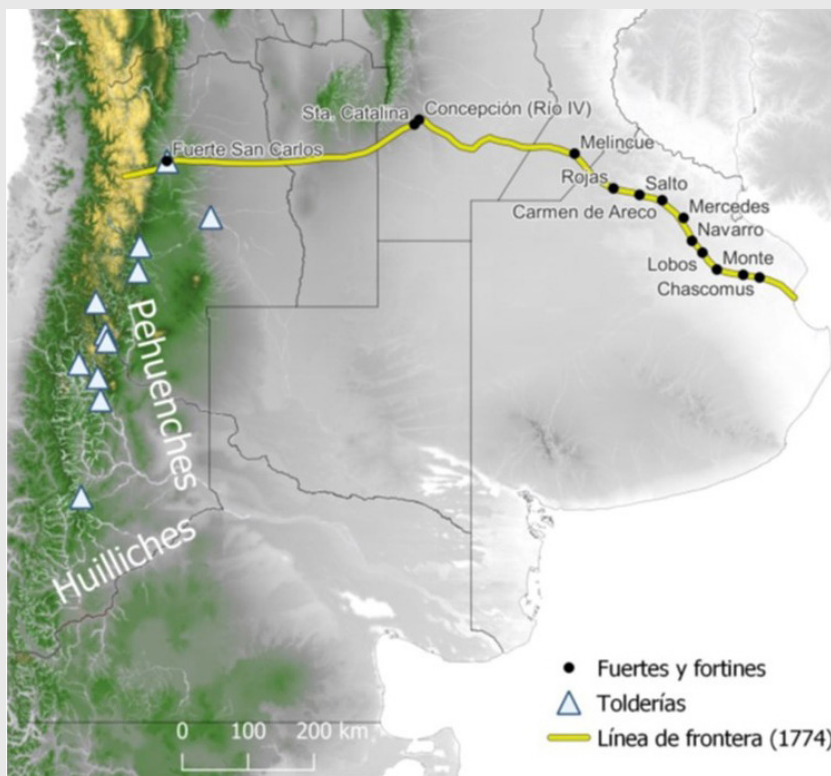


Figura 1. Localización de los lugares mencionados entre San Carlos (Mendoza) y Los Primeros Pinos (Nauquén) en la crónica de Esquivel Aldao. Fuente: elaboración propia.

Este conflicto, que se desarrolló en la frontera sur de Cuyo, fue una de las múltiples consecuencias que tuvieron las rebeliones en Chile de mediados de la década de 1760. Según Zavala Cepeda,²⁰ las mismas se produjeron principalmente por dos motivos interrelacionados: los intentos de la Corona española de reducir a los distintos grupos mapuches en pueblos y la expulsión de los jesuitas. Ambas medidas generaron adhesiones y resistencias entre los principales *lonko* (caciques) y así obligaron a que se reformularan las relaciones fronterizas inter e intraétnicas, tanto por los cambios en los actores diplomáticos como por los enfrentamientos entre indígenas e hispanos y también al interior de las parcialidades. A este proceso se le sumó un ciclo de conflictos interétnicos impulsados por distintos *lonko* en ascenso que buscaron acrecentar y fortalecer sus liderazgos.²¹

La situación de inestabilidad política derivó en enfrentamientos armados entre distintos grupos huilliches y pehuenches y en la conformación de alianzas políticas y familiares a ambos lados de los Andes. El conflicto abarcó toda la frontera sur de Chile y Cuyo, y progresivamente se fue expandiendo hasta las regiones del norte neuquino y el sur de Mendoza,²² donde adquirió forma en el enfrentamiento de dos *lonko*, Llanquetur y Ancanamun. Hacia la década de 1770 Llanquetur cobró relevancia como líder entre huilliches y ranquelches. Sus alianzas lo enemistaban con la parcialidad pehuenche liderada por Ancanamun, a cuyo padre, además, había asesinado.²³ El liderazgo de Llanquetur prosperó gracias a su capacidad para establecer alianzas con numerosas parcialidades de la Araucanía, de Neuquén y la Pampa, y a los ataques que efectuó contra la frontera colonial de Cuyo.²⁴

Ancanamun, a su vez, se estableció en los límites meridionales de Cuyo, lo que implicó un peligro para la administración colonial de la región a raíz de los continuos ataques que cometía. En primera instancia, para frenar los embates de las distintas parcialidades indígenas, los hispanos decidieron fundar el fuerte de San Carlos (1770). Como los ataques continuaron, Francisco de Amigorena, comandante de frontera de Cuyo, decidió llevar a cabo una serie de campañas militares contra los pehuenches del sur de Mendoza con el fin de apaciguarlos y forzarlos a establecer una alianza, lo cual se logró en 1783.²⁵ El objetivo era contener la amenaza pehuenche en la frontera sur del virreinato; de igual manera, se combatiría a los huilliches de Llanquetur, aprovechando la rivalidad entre ambos grupos.²⁶

Ante la persistencia del líder huilliche y sus aliados, que hostigaban tanto el territorio colonial como a los pehuenches del sur de Cuyo, las milicias realistas decidieron intervenir. Esquivel Aldao emprendió, a comienzos de 1788, una campaña militar hacia “tierra adentro” en conjunto con los pehuenches para atacar las tolderías de Llanquetur y de los principales *lonko* y capitanejos que lo apoyaban.²⁷

Viaje de Francisco Esquivel Aldao y los pehuenches a “tierra adentro”

Para el presente estudio se analizaron dos transcripciones de la crónica de la campaña militar comandada por Esquivel Aldao: una aparecida en la *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* (en adelante *RJEHM*)²⁸ y otra publicada por Gregorio Álvarez.²⁹ Estas versiones son complementarias, pues la segunda posee comenta-

rios del autor útiles para establecer la ubicación de lugares que actualmente no se encuentran en los mapas (véase tabla 1).

Tabla 1. Síntesis comparativa de las dos versiones del viaje de Esquivel Aldao que incluye día, fecha de salida y lugares visitados por la expedición				
Día y fecha	Lugares (Mendoza, 1931)	Lugares (Álvarez, 1972)	Encuentros con lonkos, capitanejos y chasques	Puntos y kilómetros recorridos
1: 26/1/1788 Salida:	San Carlos	San Carlos		Se camina toda la noche. Distancia 67.59 km (14 leguas) hasta el Llanca / Arroyo Llaucha en donde se acampa hasta las 5 de la tarde. Se marcha luego hasta el Arroyo de las Cortaderas durante 38.62 km (8 leguas).
2: 27/1/1788 Se acampa en:	Arroyo de las Cortaderas	Arroyo de las Cortaderas	X	Se parte hasta el arroyo de la Paja / de la Faja, distante 24.14 km (5 leguas), llegando a las 10 de la mañana. A las 4 de la tarde se parte hacia el arroyo del Carrisalito / Carrisalito, distante 14.48 km (3 leguas).
3: 28/1/1788 Se acampa en:	Arroyo del Carrisalito	Arroyo del Carrisalito		Se parte hasta el río Diamante, distante 33.79 km (7 leguas). Se cruza el río hacia las 16 hs. y se viaja hasta el cerro de los Buitres, distante 38.62 km (8 leguas) del cruce del Diamante.
4: 29/1/1788 Se acampa en:	Cerro de los Buitres	Cerro de los Buitres		Se parte hasta Agua Caliente, distante 28.96 km (6 leguas), llegando a las 9 de la mañana. A las 11 de la mañana, se parte hacia el manantial del río Atuel, distante 14.48 Km (3 leguas).
5: 30/1/1788 Se acampa en:	Manantial del Río de Atuel	Manantial del Atuel		Se parte hacia el arroyo de los Chacaicitos, otro nombre del río de los Sauces, distante 48.28 km (10 leguas).

6: 31/1/1788 Se acampa en:	Arroyo de los Chacaicitos	Arroyo de los Chacaicitos/ los Sauces		Se parte tomando el camino de la sierra hacia Malalgue / Malal Hue, distante 28.96 km (6 leguas), llegando a las 8 de la mañana.
7: 1/2/1788 Se acampa en:	Río Malalgue, San Pedro	Río Malal Hue, San Pedro	X	Se parte hacia el paraje la Laguna, distante 24.14 km (5 leguas), llegando a las 10 de la mañana. La misma está próxima a Corral de Guanacos hacia el poniente.
8-12: 2 al 6/2/1788 Se acampa en:	La Laguna	La Laguna		Se parte hacia Corral de Guanacos, distante 24.14 km (5 leguas), llegando a las 11 de la mañana.
13: 7/2/1778 Se acampa en:	Corral de Guanacos	Corral de Guanacos		Al medio día se parte hasta el río Butaco–bolebuy / Butacovuleuvú. Luego de andar 9.65 km (2 leguas) por la playa se llegó al arroyo Chaqui, distante 48.28 km (10 leguas) de Corral de Guanacos.
14: 8/2/1778 Se acampa en:	Arroyo de Chaqui	Arroyo de Chaqui (Chacay)		Se parte hacia Butaquión / Butaquito en donde se realiza un alto de tres horas. A las 14 hs se parte hacia Launquen, distante 96.56 km (20 leguas) desde el arroyo Chaqui.
15: 9/2/1778 Se acampa en:	Launque	Lauquén	X	Se parte hacia Caripulauquen / Carpulauquén (Cari epu lauquén), distante 33.79 km (7 leguas); llegando a las 9 de la mañana. A las 14 hs se parte hacia el río Pichico–butebuy / Pichi Covuleuvú (río Barrancas), distante 28.96 km (6 leguas).
16: 10/2/1778 Se acampa en:	Río Pichico–butebuy	Pichi Covuleuvú (río Barrancas)		Se cruza el río y se parte hacia Batrulán / Vatrulán (Vatrulauquén) y de ahí se sigue hasta Butaulauquen / Vuta Lauquén. En el día se anduvo 48.28 km (10 leguas).

17: 11/2/1788 Se acampa en:	Butalauquen	Vuta Lauquén	X	Se inicia camino hacia Ligeo / Lig-co (Liuco) y de ahí a Trecaamalal / Trecau Malal. A las 14 hs se parte hacia el río Ca / Curi Leuvú y de ahí al arroyo Guirin-chanqui / Huirinchenque. A lo largo del día se recorrieron 57.93 km (12 leguas).
18: 12/2/1788 Se acampa en:	Guirin-chanqui	Huirinchen-que	X	Se parte hacia el río Neuquén y de ahí hacia Tacunbylán (Taquimilán), recorrieron 57.93 km (12 leguas) a lo largo del día.
19: 13/2/1788 Se acampa en:	Sin datos	Tacunbylán (Taquimilán)		Se parte hacia Ranquelán / Ranquelón, distante 72.42 km (15 leguas), llegando a las 12 del mediodía.
20: 14/2/1788 Se acampa en:	Ranquelán	Ranquelón	X	A las 17 hs se parte hacia Mischilongo / Michilongo, distante 24.14 km (5 leguas).
21: 15/2/1788	Mischilongo	Michilongo (Loncomi-che)		Se parte hacia Mula-chico / Muchuleco / Moluchencó, distante 38.62 km (8 leguas), llegando a las 11 de la mañana. De allí se parte a Cunta / Cuntru, distante 33.79 km (7 leguas).
22 y 23: 16/2/1788- 17/2/1788	Cunta	Cuntru (Quintuco)		De Cunta / Cuntru se parte hacia distintos puntos del río Mocún (Agrio), tomando hacia el pie de la cordillera. Durante la noche se recorrieron 106.21 km (22 leguas), pasando dos cordilleras.
24: 18/2/1788 Se acampa en:	Bucapuly	Rucapulli	X	Se realizan los ataques a los huilliches situados en Los Primeros Pinos y luego comienza la retirada hacia Mendoza.

25: 19/2/1788 Se acampa en:	Indeterminado (en medio de dos cordilleras)	Indeterminado (en medio de dos cordilleras)	X	Se llega a un arroyo (en ambas versiones está en blanco) distante a 3 leguas desde donde se partió. Se sigue la marcha hasta acampar en medio de dos cordilleras. Durante la jornada tuvieron encuentros con distintos huilliches que pedían recuperar a sus familiares en manos de los mendocinos. También se sumaron una partida de huilliches a los pehuenches.
26: 20/2/1788 Se acampa en:	Pychimalal	Pichi Malal		

Nota: Algunos topónimos indican variantes entre diversas fuentes o distintos pasajes de una fuente, y se han transcrito respetando la ortografía original. Fuente: Elaborada a partir de datos suministrados por Esquivel Aldao, *op. cit.*, Álvarez, *op. cit.*, y Nellar (1973).

La crónica inicia el 26 de enero de 1788, con la partida de Esquivel Aldao al mando de las fuerzas hispano-criollas, desde el fuerte de San Carlos hacia “tierra adentro” con “50 hombres, 25 de fusil y 24 de lanza; 2 cañones bien acondicionados, pólvora y bala”.³⁰ Los desplazamientos fueron realizados empleando caballos, aunque la crónica no indica si todos los hombres estaban montados.

Del viaje contra las tolдерías de Llanquetur y aliados participaron también Francisco Barros y los *lonko* Pichintur, Canihuan, Currilipy, Matomala, Antemil, Anuaie, Milla-main, Canivimain y Caniumain al mando de los pehuenches de Malalhue y de “los Pinales” (Neuquén). La primera parada fue Llauchá, donde el comandante se reunió con Pichintur y Matomala junto a cinco “mozetones”. Desde ahí siguieron rumbo al sur pasando por distintos puntos: el arroyo de la Paja, el arroyo del Carrizalito, el río Diamante, el cerro de los Buitres, Agua Caliente, el manantial del río Atuel, el arroyo de los Chacaicitos o de los Sauces, el río Malalhue o San Pedro. A este último arribaron el 1 de febrero y acamparon un día (véase figura 2). En ese lugar la columna recibió la visita de dos chasques; uno de ellos, hijo del *lonko* Anuaie, anunció a Pichintur que Canihuan, hermano de Pichintur, había marchado junto a sus hombres a encontrarse con Currilipy, familiar de ambos *lonko*. Currilipy y algunos líderes indígenas del otro lado de la cordillera de los Andes exhortaban a Pichintur y Matomala, junto a sus aliados mendocinos, a apurar la marcha para poder atacar a Llanquetur. Los dos *lonko* decidieron partir al encuentro de Currilipy lo antes posible. Mientras tanto, Esquivel Aldao optó por comunicar lo acontecido al gobernador Sobremonte y solicitarle permiso para continuar con el avance.

El 2 de febrero partieron —por un camino trabajoso de transitar a pesar de tener abundancia de pastos, agua y leña— hacia un paraje denominado La Laguna, contiguo a Corral de Guanacos, en donde se quedaron cuatro días aguardando la respuesta del gobernador. El 7 del mismo mes, ya recibida la respuesta esperada, partieron hacia Corral de Guanacos y desde ahí continuaron, por el camino de Menyen y Chanqui, hacia el río Butaco–Bulebuy, el arroyo Chaqui, y llegaron a Butaquión el día 9. En este último punto Pichintur recibió un chasque de Canihuan que le volvía a pedir prisa. Ante esto, decidió adelantarse hasta Lauque, donde se encontraba su hermano, y anunciar la pronta llegada de los refuerzos. Esa misma noche, la columna de Esquivel Aldao alcanzó Lauque y se encontró con Canihuan, quien los recibió con “una plausible algazara celebrando nuestra llegada”.³¹ Al día siguiente, retomaron la marcha pasando por Caripulauquen, el río Pichico–Butebuy y Batrulán. Cuando se encontraron en este último punto, el día 11, recibieron un chasque del *lonko* Canivimain, quien los esperaba más adelante en el camino y se les unió por fin en Butaulauquen (véase figura 2). Al verlos, el *lonko* y sus hombres practicaron escaramuzas como señal de bienvenida. Ya en ese punto, recibieron desde Tricecaomala (Tricao Malal; véase figura 2) un chasque enviado por los *lonko* Antemil y Millamain, quienes solicitaron que aceleraran el paso.

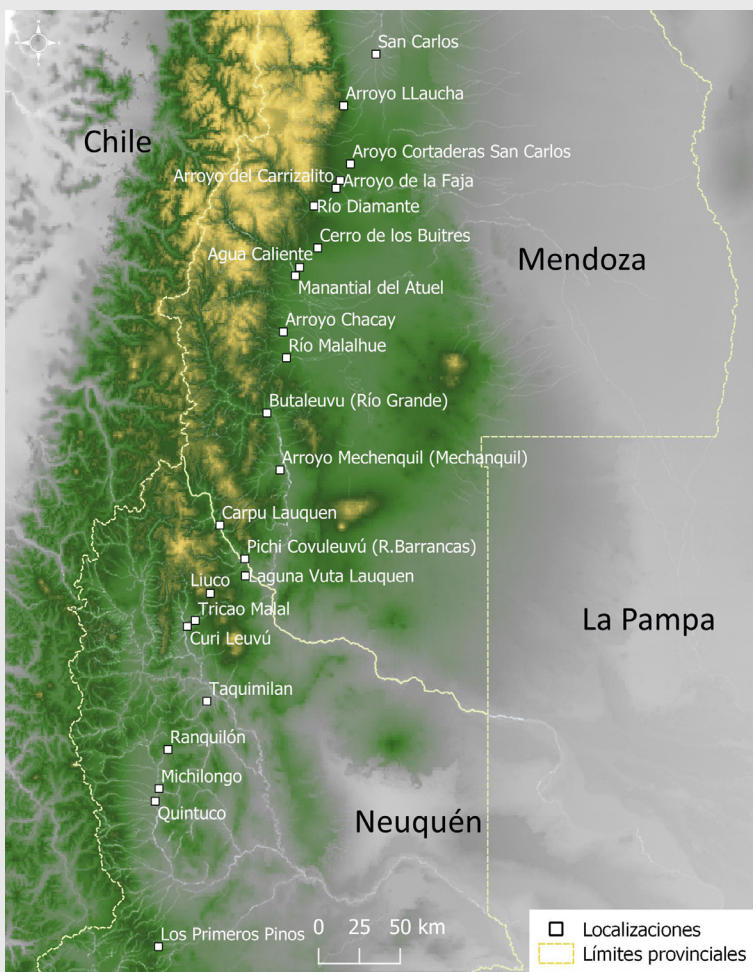


Figura 2. Representación de los lugares mencionados entre San Carlos (Mendoza) y Primeros Pinos (Neuquén) en la crónica de Esquivel Aldao. Fuente: elaboración propia.

Al día siguiente partieron hasta el lugar en donde los esperaban los *lonko*, pero antes pasaron por Ligeo, donde los indígenas que acompañaban a la columna cambiaron caballos y se pusieron coletos y cotas de malla. Luego continuaron hasta Trecaomala; allí los esperaban los caciques que el día anterior les habían enviado el chasque. Al llegar, salieron a su encuentro:

[...] los capitanejos de los Caciques Antemil y Millamain y Matamola, con mantas y cotas, batiendo banderas y haciendo como un fuego de cañas con bien ordenadas escaramuzas, y llevándonos donde sus Caciques nos esperaban, fuimos recibidos con gran regocijo de todos ellos en conformidad, que toda la mañana emplearon en gustoso festín.³²

Este ritual de bienvenida y la posterior fiesta era común entre los grupos indígenas de la frontera de Mendoza a la hora de recibir aliados, ya en momentos de paz y durante los parlamentos, ya en tiempo de guerra.³³

Luego de este encuentro, siguieron camino hacia el sur. Pasaron por el río Ca, el arroyo Guirinchanqui, el río Neuquén, Ranquelan y Tacunbylán. Aquí encontraron a “los caciques mancomunados con nuestros amigos que con sus soldados pasaba de 300”,³⁴ que organizaron una celebración similar a la hecha en Trecaomala. Esquivel Aldao, al pasar revista de toda la tropa, cuenta con 27 hombres de fusil, 100 de hondas y machutones y 300 de lanzas.

El día 15 de febrero de 1788, la columna parte hacia las tolderías de los huilliches para atacarlos, pasando antes por Mischilongo, Mula-chico (de donde se enviaron exploradores hacia los caminos utilizados por los huilliches) y Cunta, en donde encontraron a sus enviados con seis mujeres y un hombre huilliches. Otros seis indígenas habían conseguido escapar y, ante el temor de que éstos dieran la alarma, la expedición decidió darles alcance en los pasos del río Ma. A partir de aquí se dividieron en dos, un grupo que atacaría las tolderías de los *lonko* Piulan, Caullan y sus seguidores, y otro (en donde se encontraban Esquivel Aldao y Pichintur con sus hombres) que atacaría las de Llanquetur.

La persecución se desarrolló entre los días 16 y 17 con sus respectivas noches. Para el 18, Pichintur y sus hombres, al ver que los caballos de los mendocinos se encontraban en mal estado debido a la extensión y dificultad del camino recorrido, decidieron partir solos a dar caza a Llanquetur. El resultado del ataque fue el asesinato de algunas personas, el cautiverio de “chusma” y el robo de distintos elementos, pero no pudieron asesinar a Llanquetur, pues no se encontraba en esas tolderías. De allí, se dirigieron a los asentamientos de Arcaebel y Lepnopan, aliados de Llanquetur.³⁵ Lepnopan había guarecido bien sus tolderías —que Álvarez³⁶ ubica en Primeros Pinos—, seguramente situadas en un *malal*,³⁷ de modo que los pehuenches no pudieron provocarles grandes daños sino hasta la llegada de Esquivel Aldao. El resultado fue la derrota y fuga del *lonko*, el saqueo de los despojos y un total de 200 muertos y 150 cautivos recuperados. Luego de los ataques, mendocinos y pehuenches alcanzaron Bucapuly (Rucapulli) y acamparon en un arroyo cercano mientras los hombres de Pichintur reunían el ganado robado a los huilliches.

Al día siguiente, el 19 de febrero, circuló entre los pehuenches el rumor de que los huilliches preparaban una contraofensiva, por lo cual Esquivel Aldao decidió retirarse junto con los principales *lonko*. Con pocos hombres para defenderse y resguardar a los cautivos³⁸ y el botín (entre 8000 y 20000 cabezas de ganado), la columna enfiló hacia tierras amigas, pasando por un arroyo del cual no figura ninguna denominación o referencia que sirva para identificarlo en las versiones consultadas. Al lugar llegó un chasque de parte de Lepnopan con un mensaje de paz para los mendocinos y exigiendo la devolución de su familia, que había sido hecha prisionera. Luego, atravesaron dos cordilleras camino a Pychimalal (Pichi Malal) —donde se reunieron con Currilipy—, el río Macun, Menchon, Ranquelan, el río Cadulebuy, el arroyo Butaluquen, el río Pichobulebuy, Coypulauquen, Calmuico, Coyue, Corral de los Guanacos, Butamallin, el río de los Sauces, el manantial del río Hatuel (Atuel), el río Diamante y el Llaucha, y llegaron a San Carlos el 8 de marzo de 1788. Si bien la campaña militar no logró su objetivo principal (la captura o el asesinato de Llanquetur), generó un gran golpe al líder huilliche y fortaleció los vínculos diplomáticos entre la administración colonial y los pehuenches.

Modelado espacial de la ruta de viaje y factores ambientales

Reconstrucción de la ruta

Para trazar el camino que siguió el comandante Esquivel Aldao desde San Carlos en Mendoza hasta Rucapulli en el Neuquén, en primer lugar, se localizaron las ubicaciones geográficas mencionadas en la crónica. Luego, los puntos georeferenciados se unieron con la distancia más corta entre dos puntos y el algoritmo least cost path (LCP, ruta de menor costo, en inglés).³⁹ Posteriormente, con el fin de comparar en qué medida la reconstrucción de la ruta concuerda con un camino óptimo considerando variables ambientales, se modeló el camino empleando una aproximación que combina una superficie multicosto y el algoritmo de LCP.

Una vez identificados espacialmente los lugares mencionados en la crónica, se construyó una matriz de datos que fueron georeferenciados en el *software* QGIS versión 3.22.1 Białowieża. La ubicación del lugar denominado Rucapulli,⁴⁰ que corresponde al punto final de viaje, no pudo ser identificada con exactitud; es por ello que se optó por utilizar Primeros Pinos.

A partir de los parajes localizados y georeferenciados obtenidos del análisis de la crónica, se reconstruyó el camino seguido entre cada localización inmediata del trayecto de ida, desde San Carlos hasta Primeros Pinos. Esto se llevó a cabo siguiendo tres criterios: *a*) conectando pares de puntos próximos y sucesivos en el recorrido con una línea recta; *b*) aplicando el algoritmo LCP sobre un modelo digital de elevación (MDE) de 30 metros como superficie de costo, y *c*) sobre una superficie de costo acumulada. En particular, para este último criterio se estimó el costo anisotrópico acumulado entre un punto de inicio y un punto de llegada⁴¹ sobre la superficie de fricción generada a partir de la pendiente del territorio y aplicando la función de desplazamiento (figura 3).⁴²

$$T = \frac{0.001}{6 * \text{Exp} \left(-3.5 * \text{Abs} \left(\tan \frac{S_o * \pi}{180} + 0.05 \right) \right)}$$

Figura 3. Función de desplazamiento. Fuente: Tobler (1993). T = tiempo (horas por metro); S = pendiente del terreno (grados).

Por último, se calculó la distancia mínima entre cada punto localizado y su próximo inmediato, a partir de la herramienta de QGIS “distancia al eje más próximo (línea a eje)”.

Modelado de superficies de fricción y caminos óptimos

Para evaluar en qué medida Esquivel Aldao trazó sus planes considerando exclusivamente variables del territorio, se modeló un camino de menor costo entre los extremos del recorrido. Utilizando la información de investigaciones previas sobre movilidad humana en el área de estudio,⁴³ se identificaron características del territorio que podrían influenciar la marcha entre San Carlos y Primeros Pinos. En particular, se consideró altitud, densidad de vegetación, disponibilidad de agua y presencia de capas de nieve. Con base en estas variables se generó una superficie multicosto. Para ello se utilizó un MDE de 30 metros de resolución, descargado del sitio web del Instituto Geográfico Nacional de Argentina, e imágenes satelitales Landsat 8 con una resolución de 30 metros, obtenidas entre enero y febrero de 2018, descargadas del sitio web de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales de Argentina. A partir de las bandas espectrales derivadas de las imágenes Landsat 8 se calcularon índices espectrales para identificar diferentes cualidades del ambiente. Los índices se calcularon combinando las bandas 3 (GREEN), 4 (RED, R), 5 (Near Infrared, NIR) y 6 (SWIR1). Se estimó el índice de vegetación ajustado al suelo (SAVI) mediante la fórmula:

$$\text{SAVI} = \frac{(\text{NIR} - \text{R})}{(\text{NIR} + \text{R} + \text{L})} * (1 + \text{L})$$

El índice diferencial de agua normalizado mediante la fórmula:

$$\text{NDWI} = \frac{(\text{GREEN} - \text{NIR})}{(\text{GREEN} + \text{NIR})}$$

Y el índice diferencial de nieve normalizado mediante la fórmula:

$$\text{NDSI} = \frac{(\text{GREEN} - \text{SWIR1})}{(\text{GREEN} + \text{SWIR1})}$$

Estos índices fueron calculados en la ya mencionada versión de QGIS. En seguida, utilizando una calculadora ráster, se combinaron con el MDE para generar una superficie multicosto que representa las variables ambientales y topográficas del área. Por último, a partir de los puntos localizados y georreferenciados de San Carlos a Primeros Pinos, así como de la superficie de multicosto, se aplicó el algoritmo LCP en QGIS.

Resultados

La ubicación geográfica de los 25 lugares mencionados en la crónica del viaje de 1788 correspondientes al trayecto desde San Carlos hasta Primeros Pinos (punto más meridional identificado) se presenta en la figura 2. Entre cada una de estas localizaciones se grafican los tramos de caminos probablemente recorridos según cada criterio o superficie de costo (ver figura 4 y tabla 2). Las distancias totales obtenidas para los caminos basados en los puntos georreferenciados y los tres criterios muestran similitudes, de 641.3 km para las distancias mínimas, de 682.4 km para el MDE, y de 678.5 km para el criterio de costo acumulado. Una comparación entre estos resultados muestra que las distancias transitadas en los distintos itinerarios reconstruidos se aproximan a aquella que se reporta en la crónica, de aproximadamente 728 km, considerando un valor de legua de 4.19 km (ver tabla 2).

Tabla 2. Localizaciones georreferenciadas y distancias entre los tramos recorridos							
Tramo recorrido	Día	Distancia mínima (km)	MDE (km)	Costo acumulado (km)	Distancia según la crónica (leguas)	1 legua= 4.19 km	1 legua= 5.2 km
San Carlos-Llaucha	1-2	38.7	41.5	41.5	14	58.66	72.8
Llaucha-A. Cortaderas San Carlos	2-3	38	39.5	39.5	8	33.52	41.6
A. Cortaderas San Carlos-A. de la Faja	3	12.6	13.5	13.5	5	20.94	26
A. de la Faja-A. Carrizalito	3-4	5.6	6.1	6.1	3	12.57	15.6
A. Carrizalito-Río Diamante	4	18.3	19.1	19	7	29.33	36.4
Río Diamante-Cerro de los Buitres	4	27	28	28	8	33.42	41.6
Cerro de los Buitres-Agua Caliente	4-5	17.7	18	18	6	25.14	31.2

Agua Caliente– Manantial del Atuel	5	5.5	5.9	5.9	3	12.57	15.6
Manantial del Atuel–A.Chacay	7–14	36.7	39.2	39.2	10	41.9	52
A. Chacay–Río Malalhue	14	17	17.9	17.9	6	25.4	31.2
Río Malalhue– Butaleuvu	14	37.1	40.3	40.3	7	29.33	36.4
Butaleuvu– Mechenquil	14	37.1	39.7	39.7	–	–	–
Mechenquil– Carpu Lauquen	14–16	51.7	54.4	52.4	–	–	–
Carpu Lauquen–Pichi Covuleuvu	16	26.5	28.7	27.8	6	25.14	31.2
Pichi Covuleuvu– Vuta Lauquen	16–17	10.6	12	11.1	10	41	52
Vutalauquen– Liuco	17–18	24.7	26.7	26.7	–	–	–
Liuco–Tricao Malal	18	19.4	20.9	20.9	12	50.28	62.4
Tricao Malal– Curí Leuvu	18	6.2	6.5	6.5	–	–	–
Curí Leuvu– Taquimilan	18–19	48.3	51.9	52	12	50.28	62.4
Taquimilan– Ranquilon	19	38.6	40.2	40.2	15	62.85	78
Ranquilon– Michilongo	20–21	24.8	26.6	26.5	5	20.95	26
Michilongo–A. Moluchenco	22–23	2.4	2.5	2.4	8	33.52	41.6
A. Moluchenco– Quintuco	22–23	7.4	7.9	8	7	29.33	36.4
Quintuco–Los Primeros Pinos	24	89.4	95.4	95.4	22	92.18	114.4
Total		641.3	682.4	678.5		728.31	904.8

Fuente: Elaboración propia.

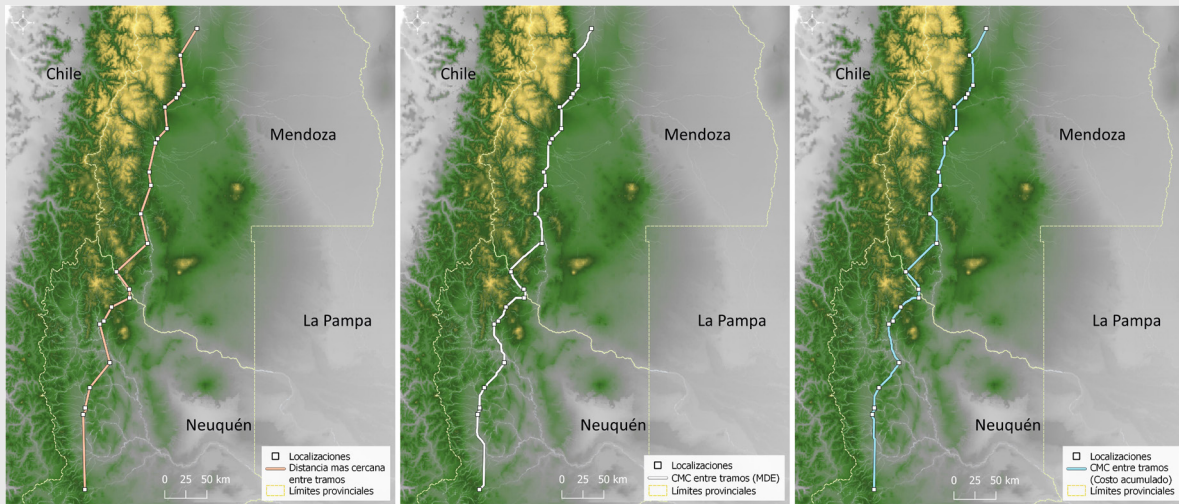


Figura 4. Representación de los caminos probablemente recorridos, reconstruidos a partir de los lugares mapeados y diferentes criterios para conectar los mismos: distancias mínimas (izquierda), caminos de menor costo estimados a partir del MDE (centro) y caminos de menor costo estimados a partir del costo acumulado (derecha). Fuente: elaboración propia.

En la figura 5 pueden observarse los perfiles de altitud generados para cada uno de los tres caminos reconstruidos para el viaje de comandante Esquivel Aldao. Los tres tienen perfiles similares, y las altitudes y pendientes medias también muestran similitudes: 1 585 m s.n.m. y 8° para el camino basado en el criterio de distancia mínima, 1 422 m s.n.m. y 6° para la reconstrucción con el MDE, y 1 494 m s.n.m. y 6.49° para el camino de costo acumulado.

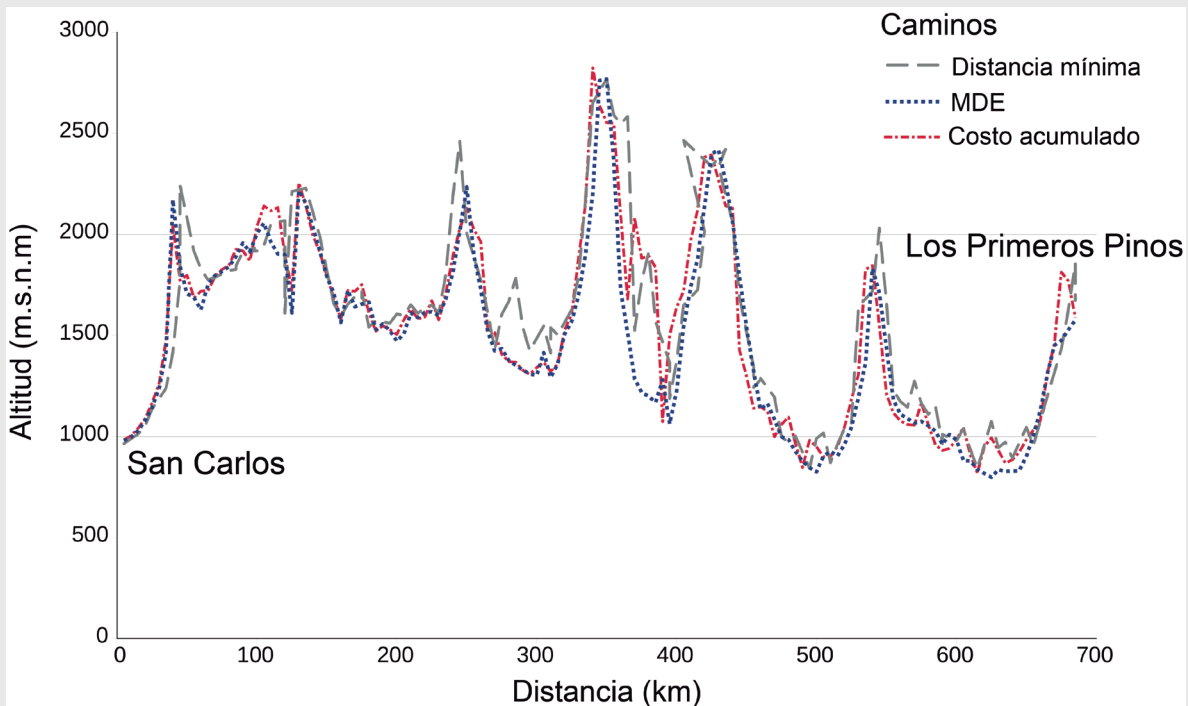


Figura 5. Perfiles de altitud para los tres caminos probablemente recorridos. Reconstrucciones basadas en los criterios de distancia mínima, MDE y costo acumulado. Fuente: elaboración propia.

En la figura 6 se presentan los lugares recorridos junto con la reconstrucción del camino probable (basado en el MDE), y el camino modelado entre San Carlos y Primeros Pinos sobre la superficie multicosto utilizando variables ambientales. Las mayores diferencias entre ambos recorridos caen en el área comprendida entre el arroyo de la Faja y el manantial del Atuel en Mendoza y en lugares tales como Taquimilan, Carpu Lauquen y la laguna Vuta Lauquen en Neuquén (véase figura 6). Las diferencias estimadas entre ambos caminos en los lugares correspondientes al territorio de Neuquén varían entre 15 y 20 km. En la figura 7 se muestran los perfiles de altitud para ambos caminos. Se observa que el camino modelado entre San Carlos y Primeros Pinos se acerca bastante al reconstruido a partir de la crónica, lo cual sugiere que el camino realmente efectuado priorizaba lugares con buena disponibilidad de pastos, alta humedad y bajas altitudes.

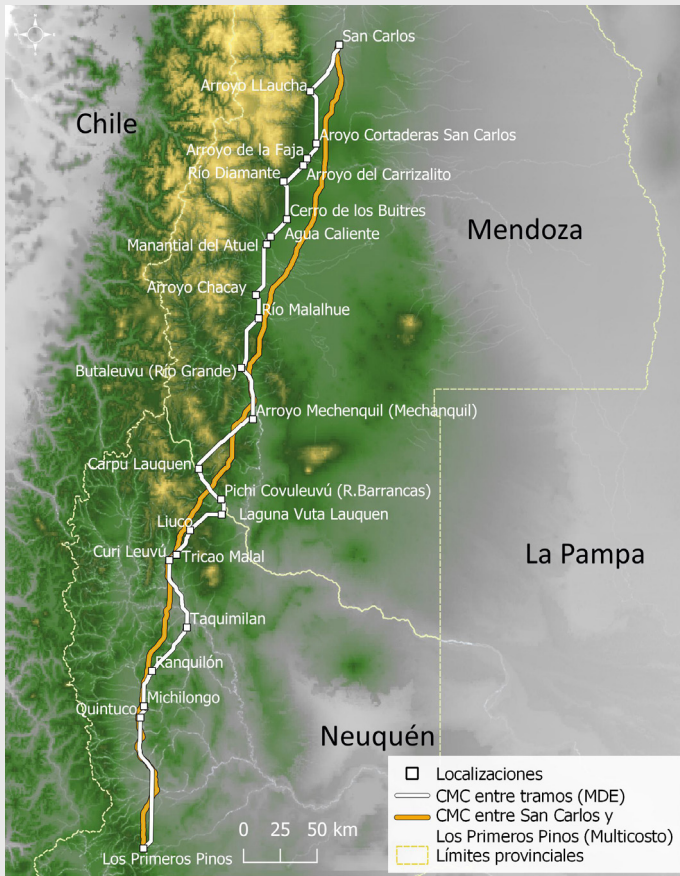


Figura 6. Comparación del camino probablemente recorrido entre lugares visitados (camino MDE) y el camino modelado entre San Carlos y Primeros Pinos a partir de variables ambientales (camino multicosto). Fuente: elaboración propia.



Figura 7. Perfil de altitud del camino probablemente recorrido entre los lugares visitados (camino MDE) y el camino modelado entre San Carlos y Primeros Pinos a partir de variables ambientales (camino multicosto). Fuente: elaboración propia.

Discusión

Los análisis realizados en este trabajo muestran que la ruta de Esquivel Aldao sigue alternativamente tramos que concuerdan con el modelo regido por un criterio de multicosto ambiental y otros en los que se aparta del mismo (figura 6). A pesar de las patentes diferencias entre la ruta reconstruida a partir de la crónica y nuestro modelo, es posible afirmar que, en líneas generales, la ruta se planeó tomando en cuenta las variables ambientales. Esto sugiere que se intentó, sobre todo, minimizar el costo del viaje en términos de altitud, disponibilidad de agua, pasturas y cubierta névea, lo cual coincide con la información que se desprende de la crónica. Nuestros resultados apoyan estudios previos que destacan la influencia de las características del paisaje sobre la ocupación del espacio y la movilidad humana en el norte neuquino.⁴⁴

La ruta de Esquivel Aldao coincide en gran medida con los corredores de menor costo que D'Abramo y sus colaboradores estimaron para el norte de Neuquén utilizando información ambiental.⁴⁵ Estos autores distinguen dos corredores principales: uno a lo largo del valle del río Varvarco, con orientación noroeste y sudeste, cruzando la Cordillera del Viento e ingresando al norte del valle del río Curi Leuvú hasta la confluencia con el río Neuquén y continuando hacia el sur de manera paralela al valle del Neuquén; y otro que inicia en la cuenca del río Nahueve en el norte y continúa por la cuenca del río Agrio hacia el sur.⁴⁶ Ambos constituyen rutas óptimas para transitar durante los meses de verano, cuando tuvo lugar el viaje de Esquivel Aldao.⁴⁷ El camino que éste siguió pasa en un tramo por la cuenca del Curi Leuvú, cruza mesetas altas y continúa más al sur por la cuenca del Agrio, combinando ambos corredores.

Las características ambientales que minimizan el costo para el camino reconstruido entre San Carlos y Primeros Pinos se encuentran en altitudes de *circa* 1 500 m s.n.m., fluctuando entre 1 000 y 2 000 m s.n.m. (figura 5).⁴⁸ Estas altitudes corresponden a la provincia fitogeográfica altoandina y la zona de transición con la provincia del monte en el territorio de Mendoza, mientras que en el territorio de Neuquén corresponden a la estepa patagónica y en menor medida a la provincia fitogeográfica altoandina.⁴⁹ En el territorio de la actual provincia del Neuquén el camino se encuentra cerca de las pasturas de veranada, ubicadas *circa* 2 000 m s.n.m. (dependiendo de la latitud), las cuales han sido intensamente ocupadas por las poblaciones humanas durante la estación estival, tanto en el pasado como en el presente.⁵⁰ Trabajos recientes sugieren que los territorios localizados entre los 1 500 y 2 000 m s.n.m. presentan características más favorables para ser ocupados de manera anual, ya sea por sus condiciones climáticas y de vegetación, o por su cercanía a los campos de veranada.⁵¹ Por lo tanto, el camino reconstruido representa una combinación óptima de variables ambientales que habrían sido significativas para garantizar el éxito del viaje.

Las fuentes documentales también pueden revelar información acerca de los factores ambientales que influirían en la selección de las rutas a partir del análisis de los topónimos, ya que en muchos casos señalan características particulares de los lugares que fueron transitados y habitados por grupos humanos específicos.⁵² Entre los topónimos mencionados por Esquivel Aldao en su diario, muchos en *mapuzungun*, se encontraron varios que refieren a características ambientales tales como la presencia de cuerpos de agua. Entre éstos se pueden mencionar, por ejemplo, Taquimilan, traducido en ocasiones como “la buena abra” o “la buena costa”; Caripulauquen, “dos

lagunas verdes”, y Vuta Lauquen, “laguna grande” o “lago grande”. En el contexto de una campaña militar que se desarrolla en zonas áridas y semiáridas de montaña era menester abastecerse de abundante agua que cubriera las necesidades de hombres y animales; por lo tanto, éste era un factor crítico en la elección de la ruta.

Si bien nuestros resultados sugieren que las características ambientales de la región influyeron sobre la elección del camino, también es necesario tener en cuenta que la columna cruzó espacios con población indígena durante un momento de conflicto entre distintas parcialidades. Debido a ello, el viaje de Aldao también hubo de considerar lo que Florencia Roulet⁵³ denomina “protocolos de tierra adentro”, es decir, una serie de etiquetas diplomáticas que los viajeros debían cumplir antes, durante y con posterioridad al ingreso en territorios indígenas, lo cual podría explicar ciertos desvíos con respecto a la expectativa ambiental. Por ejemplo, era imperativo que los indígenas recibieran a los aliados recién llegados a sus *tolderías* con un *performance* ritual que emulaba un enfrentamiento entre ambos grupos.⁵⁴ En el viaje estudiado aquí, los *lonko* de Lauquén, Butaulauquen y Taquimilan recibieron a la columna de Esquivel Aldao y Pichintur con un ritual semejante y luego realizaron una celebración. Además, se ha identificado que en varias de las localizaciones por donde pasó la columna se asentaban *tolderías* a fines del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX, como Malargüe, Cari Lauquen y Tricao Malal.⁵⁵ Por lo tanto, el viaje pudo haber seguido caminos de menor costo ambiental para la circulación humana y animal que al mismo tiempo garantizaban el encuentro con *lonko*, capitanejos y chasques. Esto, a su vez, parece indicar que ciertas características sociales del paisaje regional, como la ubicación de los lugares de asentamiento humano, se asocian a factores ambientales particulares.⁵⁶

Por otro lado, la campaña contra los huilliches requirió de la mutua ayuda entre los cristianos de Mendoza y los pehuenches. Mientras que los primeros aportaron soldados pertrechados a la usanza colonial, los segundos, además de hombres y lanzas, sumaron sus conocimientos del terreno y brindaron espacios seguros para reaprovisionarse de alimentos, caballos y pastura (sus *tolderías*). Esta colaboración implicó la puesta en juego de las alianzas entre ambas partes.

En resumen, el diseño de investigación desarrollado, que integra datos sobre vías de circulación obtenidos a partir de registros históricos con datos ambientales generados mediante imágenes satelitales y análisis SIG, aporta un método novedoso en el estudio de los factores que determinaron el movimiento de los grupos humanos en el norte de Neuquén en el pasado. En particular, la posibilidad de mapear una vía de circulación espacialmente definida por sus puntos extremos e intermedios en un paisaje ambientalmente singular descrito en gran detalle, de extensión determinada y que fue recorrido por un grupo de personas en un lapso temporal conocido, permitió estimar el trazado del camino transitado con un alto nivel de confianza. Trabajos futuros que analicen distintas crónicas de viaje que dan cuenta de otras vías de circulación en Neuquén, ya sea en dirección norte-sur o este-oeste,⁵⁷ contribuirán a comprender las estrategias de movilidad y uso del espacio de las poblaciones humanas del pasado.⁵⁸

* Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

** Museo Provincial Gregorio Álvarez, Ciudad del Neuquén.

*** Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Conicet.

**** Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Conicet.

¹ Este trabajo fue financiado con subsidios otorgados por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP-PI N792) y el Conicet (PIP 729 y 2974).

² T. Earle, "Paths and roads in evolutionary perspective", en C. D. Trombold (ed.), *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 10–16; J. E. Snead, C. L. Erickson y J. A. Darling, "Making the human space: The archaeology of trails, paths and roads", en J. E. Snead *et al.* (eds.), *Landscapes of movement: Trails, paths, and roads in anthropological perspective*, Pensilvania, University of Pennsylvania Press, 2009, pp. 1–19.

³ T. Earle, "Routes through the landscape: A comparative approach", en J. E. Snead *et al.* (eds.), *Landscapes of movement: Trails, paths, and roads in anthropological perspective*, Pensilvania, University of Pennsylvania Press, 2009, pp. 253–270.

⁴ J. Leary, *Past mobilities: Archaeological approaches to movement and mobility*, Ashgate Publishing, 2014; L. Nuninger *et al.*, "Linking theories, past practices, and archaeological remains of movement through ontological reasoning", *Information*, vol. 11, núm. 6, 2020, p. 338.

⁵ V. Huiliñir-Curío, "Los senderos pehuenches en Alto Biobío (Chile): articulación espacial, movilidad y territorialidad", *Revista de Geografía Norte Grande*, núm. 62, 2015, pp. 47–66; "De senderos a paisajes: paisajes de las movilidades de una comunidad mapuche en los Andes del sur de Chile", *Chungará*, vol. 50, núm. 3, 2018, pp. 487–499.

⁶ M. Bell, *Making one's way in the world: The footprints and trackways of prehistoric people*, Oxford, Oxbow Books, 2020; M. Bell, y J. Leary, "Pathways to past ways: A positive approach to routeways and mobility", *Antiquity*, núm. 94, 2020, pp. 1349–1359; Earle, "Routes...", *op. cit.*

⁷ W. Melo *et al.*, "La ruta del cacique Llampilanguen (1804): la reconstrucción geográfica de un camino histórico", *Boletín Geográfico*, núm. 38, 2016, pp. 131–148.

⁸ R. Barberena *et al.*, "Bioavailable strontium in the Southern Andes (Argentina and Chile): A Tool for tracking human and animal movement", *Environmental Archaeology*, núm. 26, 2021, pp. 323–335; V. Bernal *et al.*, "La estructura espacial del registro bioarqueológico de la provincia del Neuquén durante el Holoceno", F. Gordón, R. Barberena y V. Bernal (eds.), *El poblamiento humano del norte del Neuquén: estado actual del conocimiento y perspectivas*, Buenos Aires, Aspha Ediciones, 2020, pp. 123–144; S. L. D'Abramo *et al.*, "Summer camps location and distribution of archaeological sites in North Neuquén (Northwest Patagonia)", *Environmental Archaeology*, vol. 29, núm. 4, 2021, pp. 281–294; S. L. D'Abramo *et al.*, "Modelling the routes of seasonal transhumance movement in North Neuquén (Patagonia)", *Human Ecology*, vol. 49, núm. 4, 2021, pp. 415–428; M. V. Fernández *et al.*, "Obsidian geochemistry, geoarchaeology, and lithic technology in Northwestern Patagonia (Argentina)", *Journal of Archaeological Science: Reports*, núm. 13, 2017, pp. 372–381; D. D. Rindel *et al.*, "Sources of obsidian artefacts, exchange networks and landscape use in

Auca Mahuida (Neuquén, Northwestern Patagonia)", *Archaeometry*, núm. 62, 2020, pp. 1–21.

⁹ Barberena *et al.*, *op. cit.*; Bernal *et al.*, *op. cit.*; G. Romero Villanueva, "Biogeografía humana y circulación de información en el norte de Neuquén. Un análisis arqueológico sobre la comunicación visual en grupos cazadores-recolectores del noroeste de Patagonia", *Arqueología*, vol. 26, núm. 2, 2020, pp. 215–218.

¹⁰ R. Barberena *et al.*, "Deconstructing a complex obsidian 'source-scape': A geoarchaeological and geochemical approach in Northwestern Patagonia", *Geoarchaeology*, núm. 34, 2019, pp. 30–41; Barberena *et al.*, "Bioavailable strontium..."; V. Bernal *et al.*, "Mobility of human populations in the Curi Leuvu Basin, Northwest Patagonia, during the Holocene: An approach based on the spatial distribution of oxygen isotopes", *Journal of Archaeological Science: Reports*, núm. 34, 2011, pp. 1026–1036; Bernal *et al.*, "La estructura..."; Fernández *et al.*, *op. cit.*; Rindel *et al.*, *op. cit.*; Romero Villanueva, *op. cit.*

¹¹ R. Barberena, "Biogeografía, competencia y demarcación simbólica del espacio: modelo arqueológico para el norte de Neuquén", *Intersecciones en Antropología*, núm. 14, 2013, pp. 367–381; D'Abramo *et al.*, "Summer camps..."; D'Abramo *et al.*, "Modelling the Routes...".

¹² *Idem*; D'Abramo *et al.*, "Summer camps...".

¹³ G. Álvarez, *Neuquén. Historia, geografía y toponimia*, vol. 1, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1972; C. Curruhinca y L. Roux, *Las matanzas del Neuquén: crónicas mapuches*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987; F. Roulet, *Huincas en tierra de indios. Mediaciones e identidades en los relatos de viajeros tardocoloniales*, Buenos Aires, Eudeba, 2016; J. Schobinger, "Conquistadores, misioneros y exploradores en el Neuquén. Antecedentes para el conocimiento etnográfico del noroeste patagónico", *RUNA. Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. 9, núms. 1–2, 1959, pp. 107–123; G. Varela *et al.*, *Los hijos de la tierra*, San Martín de los Andes, Municipalidad de San Martín de los Andes, Dirección de Cultura, 1998; M. R. Vilariño, "Las máscaras de los 'montañeses'. Construcción territorial, política e identitaria de las parcialidades pehuenches de Mendoza y el norte neuquino (1810–1833)", tesis de licenciatura, Universidad de Buenos Aires–Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2020.

¹⁴ A. M. Biset y G. Varela, "El sitio arqueológico del Caepe Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino en el siglo XVIII", M. T. Boschín (comp.), *Cuadernos de investigación. Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional*, Tandil, EHS, 1991, pp. 36–48; R. Goñi y A. Nuevo Delaunay, "La arqueología como 'fuente' de la historia", M. Salemme *et al.* (eds.), *Arqueología de Patagonia. Una mirada desde el último confín*, Ushuaia, Utopías, 2009, pp. 149–158.

¹⁵ En este trabajo utilizamos el término *ejército* para referirnos a las fuerzas armadas coloniales, conservando el uso de la crónica. Por otro lado, para referirnos a los hispano-criollos de Mendoza utilizaremos indistintamente los términos *hispano-criollo* y *cristiano*. Este último es utilizado en la crónica para referirse a los españoles tanto de Chile como de Mendoza a fin de diferenciarlos de los indígenas.

¹⁶ Cabe aclarar que la ley que le otorga el rango de provincia a Neuquén fue sancionada en 1955. En el periodo que trabajamos, siglo XVIII, estos territorios eran independientes del control hispano-criollo, pertenecían a diferentes parcialidades indígenas y aparecen comúnmente mencionados en los documentos históricos como "tierra adentro".

¹⁷ S. Sampeck *et al.*, “Geographic information system modeling of De Soto’s route from Joara to Chiaha: Archaeology and anthropology of southeastern road networks in the Sixteenth Century”, *American Antiquity*, vol. 80, núm. 1, 2017, pp. 46–66; J. B. Thayn *et al.*, “Refining Hernando de Soto’s route using electric circuit theory and circuitscape”, *The Professional Geographer*, vol. 68, núm. 4, pp. 595–602.

¹⁸ Estos lugares pueden aparecer mencionados de distintas maneras en las fuentes documentales. Varvarco también ha sido denominado Barbarco o Malbarco. Tricao Malal se encuentra como Tricau Malal, Trecaomala o Trecao Malal.

¹⁹ J. Fernández, *Viaje desde Linares a las nacientes de los ríos Barrancas, Neuquén y Varvarco, por tierras de indios, efectuado en 1804 por el Capitán José Barros*, Neuquén, Archivo Histórico Provincial, 1982; Roulet, *op. cit.*; Vilariño, *op. cit.*

²⁰ J. M. Zavala Cepeda, *Los mapuches del siglo XVIII: dinámica interétnica y estrategias de resistencia*, Temuco, Universidad Católica de Temuco, 2008.

²¹ D. Villar y J. F. Jiménez, “Botín, materialización ideológica y guerra en las Pampas, durante la segunda mitad del siglo XVIII. El caso de Llanquetruz”, *Revista de Indias*, núm. 60, 2000, pp. 687–707.

²² *Idem.*

²³ L. Fernández y Y. García, “Conflictividad intraétnica en la frontera de Mendoza hacia fines del siglo XVIII: la pugna entre Millanguir y Rayguan”, *Tefros*, vol. 16, núm. 2, 2018, pp. 189–204; L. León, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, Mendoza, Universidad de Congreso, 2001; Roulet, *op. cit.*; Villar y Jiménez, *op. cit.*

²⁴ *Idem*; León, *op. cit.*

²⁵ F. Roulet, “De cautivos a aliados: los ‘indios fronterizos’ de Mendoza (1780–1806)”, *Xama*, núm. 12, 1999–2001, pp. 199–239; Villar y Jiménez, *op. cit.*

²⁶ León, *op. cit.*; Roulet, “De cautivos...”, *op. cit.*

²⁷ F. Esquivel Aldao, “Relación diaria de la expedición que de orden del señor Marqués de Sobremonte...”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, núm. 8, 1931 [1788], pp. 318–337; León, *op. cit.*; Roulet, “De cautivos...”, *op. cit.*; Huincas..., *op. cit.*; Villar y Jiménez, *op. cit.*

²⁸ Esquivel Aldao, *op. cit.*

²⁹ Álvarez, *op. cit.*

³⁰ Esquivel Aldao, *op. cit.*, p. 319. En el diario no se detallan las características del armamento utilizado en el viaje, pero se puede suponer que la expedición llevaba artillería liviana, debido a que las fuerzas hispano-criollas asentadas en la frontera solían auxiliar con este tipo de piezas a sus aliados pehuenches. D. Villar y J. F. Jiménez, “El continuo trato con infieles: los renegados de la región pampeana centro-oriental durante el último tercio del siglo XVIII”, *Memoria Americana*, núm. 13, 2005, pp. 151–178. Según Juan Beverina, la artillería colonial se constituía de obuses, morteros, pedreros y cañones. Estos últimos podían ser de bronce o de hierro, siendo los primeros los más utilizados, y disparaban proyectiles de entre 32 y cuatro libras. Por otro lado, siguiendo lo planteado por Beverina, los fusiles, al igual que otras armas portátiles de la época, eran de hierro fundido, de chispa, con ánima lisa y de avancarga, y sus municiones eran esferas de plomo. La longitud de estas armas oscilaba entre 1.39 y 1.47 metros y tenían un peso aproximado de cuatro kilos. Véase J. Beverina, *El Virreinato de las provincias del Río de la Plata. Su organización militar*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992.

³¹ Esquivel Aldao, *op. cit.*, p. 321.

³² *Ibidem*, p. 322.

³³ M. R. Vilariño, “Reactualizando alianzas al pie de la cordillera de los Andes: el parlamento de 1816 entre pehuenches y patriotas”, *Memoria Americana*, vol. 28, núm. 1, 2020, pp. 74–91.

³⁴ Esquivel Aldao, *op. cit.*, p. 322.

³⁵ También participaron del lado de los huilliches Guichapan, Guñenutal, Quichudeo, Picelan y Antepuenta. Éstos fueron asesinados durante los enfrentamientos contra las fuerzas aliadas entre pehuenches y mendocinos. Esquivel Aldao, *op. cit.*; Meinrado Hux, *Caciques y capitanejos de la llanura del Plata*, manuscrito, 2007.

³⁶ Álvarez, *op. cit.*

³⁷ *Malal* es traducido en ocasiones como “corral” o “fuerte”. Son formaciones rocosas que podían ser usadas como corrales para los animales, pero también como estructura defensiva. León, *op. cit.*; Villar y Jiménez, *op. cit.*

³⁸ Se pudo contabilizar aproximadamente 340 personas, a las cuales se les tenía que sumar una cautiva criolla que estaba en manos del *lonko* Butacollemilla. Además, se sumó a la retirada de la columna el *lonko* Calbuyllan con 60 huilliches. Este líder era pehuenche, pero se había rebelado contra su parcialidad y se había unido a los huilliches, casándose con dos mujeres de este grupo. Su hermano Antemil intervino ante los otros *lonko* pehuenches para que su hermano se pudiera unir a la columna militar. Esquivel Aldao, *op. cit.*

³⁹ C. Yu *et al.*, “Extensions to Least Cost Path Algorithms for Roadway Planning”, *International Journal of Geographical Information Science*, vol. 17, núm. 4, 2003, pp. 361–376.

⁴⁰ El punto en cuestión no pudo ser localizado, pero se encontraron datos que dan una idea aproximada de su ubicación. En la versión de Esquivel Aldao (*op. cit.*), se lo llama Bucapuly, mientras que Álvarez (*op. cit.*), escribe Rucapulli. Indagando en éstas y otras posibles variantes, encontramos que existe un lugar llamado Ruka Pulli en la región de Pucón (Chile), próximo a Aluminé. Por otro lado, Meinrado Hux (*op. cit.*), al recordar un ataque perpetrado por indígenas de Valdivia a los *lonko* pehuenches Coliñé y Manquepan en 1794, menciona un “Ruca Paly” en las cercanías del volcán Llaima. Es plausible, tanto por los involucrados como por la región, que dicho lugar sea el Rucapulli al que Esquivel Aldao se refiere en su diario.

⁴¹ Yu *et al.*, *op. cit.*

⁴² Waldo R. Tobler, “A Computer Movie Simulating Urban Growth in the Detroit Region”, *Economic Geography*, vol. 46, núm. 4, Taylor & Francis, Ltd., 1970, pp. 234–240.

⁴³ D’Abramo *et al.*, “Modelling the Routes...”, *op. cit.*

⁴⁴ Véase R. Barberena *et al.*, “Scale of human mobility in the southern Andes (Argentina and Chile): A new framework based on strontium isotopes”, *American Journal of Physical Anthropology*, vol. 164, núm. 2, 2017; D’Abramo *et al.*, “Modelling the Routes...”, *op. cit.*

⁴⁵ D’Abramo *et al.*, “Modelling the Routes...”, *op. cit.*

⁴⁶ *Ibidem.*

⁴⁷ *Ibidem.*

⁴⁸ D’Abramo *et al.*, “Summer Camps...”, *op. cit.*

⁴⁹ Mariano Oyarzabal *et al.*, “Unidades de vegetación de la Argentina”, *Ecología Austral*, vol. 28, núm. 1, 2018.

⁵⁰ R. Barberena *et al.*, *op. cit.*, 2017; Mónica Bendini y Norma Steimbregger, “Persistencia campesina en el norte de la Patagonia: Movilidades espaciales y cambios en la organización social del trabajo”, *Cuadernos de Desarrollo Rural*, vol. 8, núm. 66,

2011, pp. 125–151; D’Abramo *et al.*, “Summer Camps...”, *op. cit.*; A. Hajduk y M. Lezcano, “Entre invernadas y veranadas: prospecciones arqueológicas en la cuenca superior del río Curi Leuvú (norte neuquino)”, *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, vol. III, 2007, pp. 401–407.

⁵¹ D’Abramo *et al.*, “Summer Camps...”, *op. cit.*

⁵² G. Heider y R. P. Curtoni, “Chew Upültripalen Gualicho. Un análisis inicial de la cosmovisión Rankülche y su relación con el registro arqueológico de la Pampa Central”, *Tefros*, núm. 17, 2019, pp. 73–96; Fernández, 2011, *op. cit.*; C. Lois, “Mare Occidentale. La aventura de imaginar el Atlántico en los mapas del siglo XVI”, *Terra Brasilis. Revista da Rede Brasileira de História da Geografia e Geografia Histórica*, primera serie, núms. 7–9, 2010, pp. 1–19; C. Lois, “Paisajes toponímicos. La potencia visual de los topónimos y el imaginario geográfico sobre la Patagonia en la segunda mitad del siglo XIX”, en F. R. de Oliveira y H. Mendoza Vargas (coords.), *Mapas de Metade do Mundo, a cartografia e a construção territorial dos espaços americanos, séculos XVI a XIX / Mapas de la Mitad del Mundo, la cartografía y la construcción territorial de los espacios americanos, siglos XVI al XIX*, Lisboa, Universidade de Lisboa e Instituto de Geografia–Centro de Estudos Geográficos, 2010, pp. 317–342; P. Riesco Chueca, “Nombres en el paisaje: la toponimia, fuente de conocimiento y aprecio del territorio”, *Cuadernos Geográficos*, núm. 46, 2010, pp. 7–34.

A pesar de que los topónimos habilitan la exploración de aspectos teóricos y metodológicos, también la dificultan cuando no hay consenso respecto al significado del nombre o cuando los usos del espacio trascienden el sentido literal de los nombres. Además, en muchas ocasiones los topónimos mencionados sufren variaciones difíciles de rastrear en las fuentes documentales. En el caso de una campaña militar a “tierra adentro”, es esperable que el nombre de muchos lugares se mencione en mapuzungun a raíz de que para aquella época eran territorios indígenas autónomos de los hispano-criollos. No obstante, a nivel metodológico nos sirvieron para poder orientar la búsqueda y tratar de precisar por dónde transitó la expedición. Lo mismo aplica a los cambios físicos del lugar; no necesariamente se trasladan a los nombres. Por otra parte, se debe contemplar la posibilidad de que el otorgar un nombre a un lugar no siempre obedece a características físicas. Puede responder a aspectos sociales, religiosos o filosóficos. Finalmente, en ocasiones existen lugares nombrados de la misma forma en regiones próximas, lo cual pone en duda la idea de las caracterizaciones individuales del espacio.

⁵³ Roulet, *Huincas...*, *op. cit.*

⁵⁴ G. Musters, *Vida entre los patagones*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2007 [1871]; Roulet, *Huincas...*, *op. cit.*; Vilariño, “Reactualizando alianzas...”, *op. cit.*

⁵⁵ Vilariño, *Las máscaras...*, *op. cit.*

⁵⁶ D’Abramo *et al.*, “Summer Camps...”, *op. cit.*

⁵⁷ Álvarez, *op. cit.*

⁵⁸ Los autores queremos agradecer a Isidro Belver, Rodrigo Tarruella y Mariano Nagy por compartir datos, cartografía y textos que enriquecieron el trabajo; y a Paula González y Sebastián Molina por la lectura de versiones preliminares de este texto.

“¡Viva el Paro y lxs Resistencixs!”

Fotografías de Alejandra del Ángel Romero

Maricel Isaza Camargo*

Presentación

En febrero del 2023 un grupo de estudiantes, profesoras y profesores¹ caminamos por la Cali que quedaba después de una serie de protestas iniciadas el 28 abril de 2021 y que se extendieron por aproximadamente dos meses en varias ciudades de Colombia, y que se han denominado el Paro Nacional del 28A.

Cali, la tercera ciudad más importante de Colombia, está ubicada en el suroccidente del país. Conocida como la Capital de la Salsa, después del Paro Nacional también se le ha llamado la Capital de la Resistencia debido a su papel protagónico durante las protestas de 2021. A lo largo de su historia ha sido una ciudad que se levanta contra el orden hegemónico; fue la primera en pedir autonomía frente al dominio español. Su himno la llama “precursora de la Independencia”. Cali ha inspirado famosas canciones de salsa como “Cali pachanguero”, “Cali ají” y “Oiga, mire, vea”, y libros como *Calicalabozo*, de Andrés Caicedo.

Cali es negra, indígena y mestiza. Forma parte del Pacífico colombiano y guarda una estrecha relación con su vecino departamento del Cauca, donde también habitan comunidades negras e indígenas. Esto resulta en una ciudad multicultural, hogar de personas de estos y otros territorios que llegaron por el desplazamiento forzado durante los diversos momentos de guerra y conflicto que ha tenido Colombia.

El 28 de abril de 2021 (de ahí 28A), en Colombia comenzó una serie de protestas masivas contra una propuesta de reforma tributaria impulsada por el gobierno del presidente Iván Duque. Esta reforma buscaba aumentar los impuestos sobre la renta y los bienes de consumo básicos, entre ellos la canasta familiar, lo que afectaría desproporcionadamente a las clases media y baja, en situación ya difícil debido a la pandemia de covid-19 y otras coyunturas políticas y económicas. Las manifestaciones, que rápidamente se extendieron por todo el territorio nacional, también expresaron un descontento más amplio con la desigualdad social, la corrupción, la brutalidad policial y la falta de oportunidades económicas, reflejando un profundo malestar con el estado general del país.

La convocatoria inicial del 28A, impulsada por sindicatos, organizaciones estudiantiles y movimientos sociales, llevó a miles de caleños a salir a las calles. La movilización en Cali fue especialmente notable por su magnitud y por la diversidad de quienes participaron: trabajadoras y trabajadores, estudiantes, comunidades indígenas y afrodescendientes, y ciudadanos de a pie. Las manifestaciones comenzaron de manera pacífica con marchas y concentraciones en puntos de la ciudad que se habían consolidado como emblemáticos durante protestas y paros nacionales ante-

riores; sin embargo, pronto empezaron enfrentamientos con la policía, que utilizó gas lacrimógeno y otras medidas violentas de control y en muchas ocasiones llegó a cometer el asesinato de los manifestantes.

Cali se convirtió en un epicentro de resistencia antipolicial. En puntos de diferentes barrios que las personas nombraron conforme a la ocasión, como Paso del Aguante, la Luna, Loma de la Dignidad o Puerto Resistencia, entre otros, los manifestantes se organizaron para mantener la protesta y protegerse de la represión. Estos puntos también sirvieron como espacios de encuentro, solidaridad, comunidad y colectividad, donde se ofrecía comida, atención médica y actividades culturales. La situación atrajo la atención nacional e internacional, poniendo de relieve las demandas y las condiciones de vida de quienes habitaban Cali y las otras regiones afectadas por la desigualdad y la violencia estatal.

Dos años después de esos eventos, llegamos a una Cali posapocalíptica. En sus calles aún se podían ver los vestigios de lo ocurrido; algunos puntos de resistencia seguían activos con iniciativas culturales y ejercicios de participación política. Bajo el sol ardiente de “Cali calentura”² recorrimos más de diez kilómetros diariamente durante una semana, no sólo para conocer estos puntos de resistencia y sus barrios aledaños, sino también para conversar y caminar junto a las personas que habían participado en este levantamiento social.

Recorrimos el Paso del Aguante y dos de los barrios aledaños: Comfenalco y Floralia. También asistimos a un encuentro donde dialogamos con jóvenes que habían sido parte de la primera línea de este punto. Algunos de ellos se encontraban en proceso judicial tras haber sido detenidos y acusados de varios delitos que no cometieron, y ahora estaban en libertad por vencimiento de términos: casos que se conocen como “falsos positivos judiciales” o de presos políticos. Caminamos por el punto de Siloé y recorrimos el *tour* de la Estrella, una ruta guiada por jóvenes del sector. Ellos han creado este circuito para probar a la gente de Cali y a sus visitantes que “Siloé no es como lo pintan”,³ demostrando que es posible caminar por sus calles y conocer su historia.

También recorrimos el barrio La Paz, donde hablamos con uno de sus habitantes más antiguos, un luchador social que ha estado al frente de los principales conflictos. Visitamos y caminamos por Puerto Resistencia, donde conocimos a un rapero y a una muralista que nos hablaron de la importancia del arte durante el Paro Nacional y los esfuerzos que los habitantes han realizado a lo largo del tiempo. Por supuesto, conocimos el Puño de la Resistencia. Tampoco podía faltar el recorrido por la famosa Calle Quinta, que describen en las canciones y el libro mencionado al inicio de este texto.

También recorrimos el punto de resistencia de la Luna y su barrio aledaño, Junín. En esta maratónica aventura, llegamos hasta la Universidad del Valle, donde un grupo de estudiantes nos mostraron los procesos de huertas urbanas que cultivaban. Durante el paro, este proyecto se extendió a varios puntos de resistencia.

En estos recorridos por la ciudad, los habitantes de Cali nos hablaron a través de murales y grafitis en sus paredes, porque las ciudades son un gran discurso y Cali no es la excepción: “Las y los nadie”,⁴ los marginalizados, los vulnerabilizados, los indignados, los ofendidos y los soñadores encontraron en las paredes una forma de

hablar del paro nacional, de las luchas pasadas y presentes, pero también de los anhelos y sueños de sus habitantes.

Las fotografías que encontrarán a continuación son una selección de eso que le dijo Cali a Alejandra del Ángel Romero (Ale), de ese sentimiento de lucha y resistencia de la “Cali aletosa”.⁵ La manera en que Ale construye y presenta las fotografías refleja su forma de relacionarse, de estar en el mundo. Para que comprendan esto, les contaré un par de decisiones que dialogué con ella al respecto, las cuales resumen de una manera rápida su postura. Ale me invitó a ayudarla a hacer la selección final de las fotos a partir de una selección que ella había realizado antes. Durante esa experiencia, compartió conmigo sus pensamientos sobre cómo construyó lo que ahora les presenta.

Primero, fue muy cuidadosa en usar la palabra *resistencias* en plural en lugar de *resistencia*. Segundo, insistió en escribir la palabra como *resistencixs*. Ale concibe la vida en plural; pocas cosas en su vida las piensa, siente y construye en forma individual. Cree en lo colectivo como estrategia para relacionarnos, presentar y nombrar. Por eso, el título de este proyecto no podía ser *Resistencia*, sino en plural y con equis, para intentar incluir a cuantas personas hacen parte de estos procesos. Ale entendió que en Cali hay muchas Calis, son muchas las personas que habitan esta ciudad de mil maneras y son múltiples las formas en que resisten.

La segunda gran decisión fue mantener en los títulos de las fotografías las palabras tal como estaban escritas originalmente. Por eso, encontrarán algunas sin acentos o algunas con una equis en vez de usar una vocal, porque para Ale es importante respetar la forma como habla cada quien. Ale concibe la horizontalidad como una forma acertada de trabajar con la gente y las comunidades.

La tercera decisión fue escoger fotografías de murales que no están estéticamente desarrollados y de algunos muralistas no reconocidos. Se eligieron fotografías de murales y grafitis más simples, pero con poderosos mensajes. Las técnicas utilizadas en ellos llevan a lo cotidiano, algunos tienen frases tachadas a modo de rectificación, lo que da cuenta de un diálogo, son gestos “simples” que intensifican su poder de transmitir un mensaje y una denuncia. Para Ale, es importante que su obra incluya a personas que no están en los reflectores.

Por último, Ale decidió mostrar la serie comenzando con ángulos abiertos para luego ir cerrando el encuadre. En la siguiente selección de fotografías encontrarán murales que hablan, en su mayoría, de las resistencias, procesos y espacios, de razones y pasiones, pero también de denuncias. Por ejemplo, la fotografía ¡Estado Asesino! 6402 F+ (Falsos *positivos*)... ¿*Donde estan?* nos recuerda una práctica común durante el conflicto interno que azotó Colombia entre 2002 y 2008, durante la presidencia de Álvaro Uribe Vélez: el asesinato de civiles, regularmente campesines, personas históricamente vulnerabilizadas para hacerlas pasar como guerrilleros que habían muerto en combate, lo que en el derecho internacional humanitario se denomina ejecuciones extrajudiciales.

También encontrarán exigencias como la libertad para les preses políticos y referencias a la primera línea, así como un poco de la Cali indígena, con un mural sobre la Minga. El trabajo de Ale nos acerca a Cali y a su gente luchadora, resistente, a les nadie. Espero puedan disfrutar de su obra, que muy generosamente nos comparte.



Viva el Paro y las resistencixs.
Parque de los estudiantes (Jovita)
Cali, Colombia, 2023.



Solo el pueblo salva al pueblo. La Luna, Cali, Colombia, 2023.



¡Oh Lucha inmarcesible, oh Jubilo inmortal! La Luna, Cali, Colombia, 2023.



Aquí nos cuida la Minga. La luna, Cali, Colombia, 2023.



Punto Cero. Paso del Aguante, Cali, Colombia, 2023.



Genocidio. Quinta con quinta, Cali, Colombia, 2023.



¡Libertad a la primera línea!... ¡Vivos los queremos! Quinta con quinta, Cali, Colombia, 2023.



Duvan Villegas... Un policía me disparó por la espalda. Quinta con quinta, Cali, Colombia, 2023.



¡Estado Asesino! 6402 F+ [Falsos positivos]... ¿Donde estan? Quinta con quinta, Cali, Colombia, 2023.



Ustedes pintan de gris, Nosotrxs de vida... En nuestra memoria... Ni perdón ni olvido. Quinta con quinta, Cali, Colombia, 2023.



La memoria no se vende... Prohibido olvidar. La quinta, a pocas cuadras de Loma de la Cruz, Cali, Colombia, 2023.



Arte... Resistencia. Comedor central, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 2023.



Poder Femenino. Siloé, Cali, Colombia, 2023.



Ganaremos porque la bala es inútil aunque una voz calle. Siloé, Cali, Colombia, 2023.



Flex. Siloé, Cali, Colombia, 2023.



La estrella. Siloé, Cali, Colombia, 2023.



Ruta La Estrella. Siloé, Cali, Colombia, 2023.



Primera línea. Puerto Resistencia, Cali, Colombia. 2023.



El Puño. Puerto Resistencia. Cali, Colombia. 2023.



Renacer, en *El Puño.* Puerto Resistencia. Cali, Colombia. 2023.

* Doctoranda en Historia y Etnohistoria, ENAH.

¹ Estudiantes y docentes de la línea de investigación sobre historia social del siglo XX, del posgrado de Historia y Etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México.

² Expresión con la que las personas de Cali la nombran debido a sus altas temperaturas y también a los índices de violencia que presenta.

³ Esta frase se ha convertido en un símbolo del intento por liberar a Siloé del estigma de “barrio violento”.

⁴ Expresión popularizada por la actual vicepresidenta de Colombia, Francia Márquez, durante su etapa como luchadora social.

⁵ Expresión de los habitantes para nombrar a la Cali irreverente, luchadora y resistente.

La tradición oral sobre Cuauhtémoc en Ichcateopan, Guerrero. Entrevista a la señora Josefina Jaimes

Alicia Olivera de Bonfil*

Citlali Marino**

Laura Espejel***

Los restos de Cuauhtémoc en Ichcateopan¹

En la colección Testimonios Orales de la Biblioteca “Manuel Orozco y Berra”, se encuentra la Serie “Los Restos de Cuauhtémoc en Ichcateopan”, conformada por 75 entrevistas a personas que comparten su testimonio sobre los hallazgos de los restos del último emperador Azteca, en esa localidad. Los testimonios fueron recabados por la maestra Alicia Olivera y los investigadores Laura Espejel, Salvador Rueda, Citlali Marino y Guadalupe Tolosa, entre enero y julio de 1976; la mayoría en Ichcateopan y Teloloapan, Guerrero, así como en algunas otras localidades del Estado de México, Tabasco y Ciudad de México.

El proyecto es parte de una investigación sobre la tradición oral en torno al Tlatoani Cuauhtémoc, siendo entonces director del INAH Guillermo Bonfil, quien nombró a la maestra Alicia Olivera como encargada de recabar las entrevistas para el proyecto. El resultado del rescate de la tradición oral fueron 75 entrevistas grabadas y transcritas, que en julio de 2001 fueron entregadas a la Biblioteca para su resguardo y difusión.

Marcela Cobos Romero

Gestora del patrimonio cultural,
Biblioteca “Manuel Orozco y Berra”, DEH-INAH.

Estimados lectores, en esta ocasión presentamos varios fragmentos de la entrevista a la sra. Josefina Jaimes.² Les invitamos a escuchar la grabación completa y consultar los audios y transcripciones que componen la colección Testimonios de la serie. Nos encuentran en: Allende # 172, col. Tlalpan Centro, alcaldía Tlalpan, C. P. 14000, Ciudad de México. Teléfono; (55) 4166-0780 al 84, ext. 411209.

Nuestra página electrónica: <https://estudioshistoricos.inah.gob.mx/>

Correo electrónico: biblioteca.deh@inah.gob.mx

Escucha la entrevista: <https://www.youtube.com/watch?v=0H26KUf8hus>

* Dirección de Estudios Históricos–INAH (†).

** Dirección de Estudios Históricos–INAH.

*** Dirección de Estudios Históricos–INAH.

¹ Entrevista a la Sra. Josefina Jaimes, realizada por Alicia Olivera de Bonfil con la intervención de Citlali Marino y Laura Espejel, el 3 de julio de 1976, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos, Biblioteca “Manuel Orozco y Berra”, Archivo de la Palabra, Fondo La tradición oral sobre Cuauhtémoc en Ichcateopan, Guerrero, 1976.

² “Jaimes, Josefina.– Doña Josefina Jaimes es hija de José Jaimes, uno de los vecinos prominentes de Ichcateopan, Gro., a quien algunas personas han señalado como creador del “mito de Cuauhtémoc”; o por lo menos, como participante muy importante en el origen [*sic*] de la tradición sobre dicho personaje. Doña Josefina participó activamente en 1949, durante las investigaciones de la Profesora Eulalia Guzmán y los trabajos de las diversas comisiones sobre el descubrimiento de los restos de Cuauhtémoc. Ella es depositaria no sólo de información, sino de una buena cantidad de documentos al respecto. Por lo tanto, al iniciar nuestro equipo las investigaciones sobre el tema, nos dirigimos especialmente a ella, y fue dentro del grupo de entrevistados con ese objetivo, nuestra primera informante.”

Lo anterior es un fragmento del resumen introductorio a la transcripción de la entrevista, escrito por Alicia Olivera de Bonfil.

El Geoparque de la Mixteca Alta. Entrevista a Xóchitl Ramírez Miguel (parte I)

Carlos San Juan Victoria*

Andrés Latapí Escalante**

En el marco de la presentación del número doble 19 y 20 de la revista *Con-tempo-ránea*, dedicada a la historia ambiental, llevada a cabo en la Dirección de Estudios Históricos (DEH) el día 16 de octubre de 2024, los investigadores Carlos San Juan y Andrés Latapí, conocedores de la región Mixteca desde su experiencia de vida y trayectoria profesional en el terreno de la etnografía, la historia y la antropología, entrevistaron a la bióloga Xóchitl Ramírez, integrante activa del proyecto “Geoparque Mundial La Mixteca Alta, Oaxaca, UNESCO”. Compartimos con nuestros lectores la primera parte de esta interesante conversación.

La grabación estuvo a cargo de Mariano G. Coronado, del área de Difusión de la DEH; la edición y montaje estuvieron a cargo de Quitzé Morales.



Da clic en la imagen para ver la entrevista

* Dirección de Estudios Históricos–INAH.

** Escuela Nacional de Antropología e Historia–INAH.

Militante en los estudios de los procesos sociales contemporáneos. Conversando con Carlos San Juan

Mario Camarena Ocampo*

Carlos San Juan Victoria es investigador de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (DEH-INAH). San Juan es buen lector, buen escritor, y en el intercambio de ideas con sus compañeros, ya sea en los pasillos, cubículos o en encuentros académicos, ha sido una actividad cotidiana a lo largo de su vida, dedicada a entender el momento que estamos viviendo; es un investigador que observa los procesos sociales y políticos que forman parte de su experiencia vital; es decir, los observa como parte de su existencia. Al hablar con Carlos acerca de su vida, hay momentos en los que se nos pierde la frontera entre su actividad académica y su quehacer político. Carlos San Juan es un estudioso de la historia contemporánea con tintes militantes.

En la entrevista, Carlos nos expresa que su interés por los estudios del “momento que se vive” tiene su origen en su propia historia de vida, donde encontramos cuatro vertientes: la influencia de sus padres y hermanos, sus lecturas, su propia experiencia y su gusto por la conversación. Sus padres, quienes eran maestros, tomaban posición y reflexionaban frente a los acontecimientos que les tocó vivir; por otro lado, Carlos siempre ha sido un buen lector, leía las revistas *Siempre!* y *Estudios Políticos*, sin dejar de lado el cartón político, en especial de El Fisgón. En lo que se refiere a su experiencia, tuvo contacto, desde muy joven, con los movimientos estudiantiles de 1968 y 1971 a partir de la militancia de sus hermanos. No hay que dejar de lado que es un gran conversador, pues viniendo de la cultura oaxaqueña, es heredero de una rica tradición oral; por otro lado, este gusto por lo oral lo lleva a ser no sólo buen conversador, sino un hábil polemista. Todo este bagaje iba formando en San Juan la inquietud de estudiar el momento contemporáneo, lo cual pudo desarrollar en la DEH-INAH, desde fines de los años setenta del siglo pasado.

En los años setentas y ochentas del siglo XX, había una gran inquietud entre un grupo de investigadores de la DEH por abordar, desde el punto de vista de la disciplina de la historia, la coyuntura que se estaba viviendo a principios de los años ochenta: el cambio de paradigma económico que llevaba a México por la senda del neoliberalismo. San Juan dice: “había la intención, digamos, de discutir lo que estaba ocurriendo, donde el pasado reciente estaba presente; había también la intención de que este tipo de análisis significara un parteaguas metodológico para reconceptualizar los procesos sociales que surgieron de la Revolución mexicana”. Carlos San Juan formó parte del Seminario de México Contemporáneo al lado de figuras como Francisco Pérez Arce, Rolando Cordera, Carlos Tello y José Blanco, entre otros.

Siempre activo en la reflexión de la vida política mexicana, Carlos y sus colegas analizan, desde la historia, diferentes movimientos sociales que tienen lugar en los años ochenta y noventa en el contexto del surgimiento del neoliberalismo; así, se

aborda el movimiento de Cuauhtémoc Cárdenas y sus compañeros para democratizar el PRI, así como el movimiento social para llevarlo a la presidencia de la república en 1988, bajo la idea de que se puede lograr un cambio mediante el voto; el movimiento social que tiene lugar con la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994, reivindicando los derechos de los pueblos indígenas, en principio, con el uso de las armas.

Carlos ha sido un miembro de la DEH a quien le tocó vivir el cambio de un centro de investigación vinculado a los problemas sociales, a uno desvinculado de ellos; no obstante, Carlos continúa con sus investigaciones acerca de los problemas sociales y las políticas del México contemporáneo.

La entrevista que ustedes, lectores, tienen ante sus ojos, la organizamos en tres partes, narra la trayectoria de Carlos San Juan desde su propia memoria y su propia voz, fue realizada por Mario Camarena Ocampo el día tres de febrero del 2022 y transcrita por Liliana García Sánchez.

Mario Camarena [MC]: He pensado, viendo tus publicaciones muy variadas en sus asuntos, que podríamos intentar un recorrido tocando los temas más reiterados, uno es la historia contemporánea, otro la formación histórica del Estado y, finalmente, los trabajos sobre movimientos, la ciudad de México, los gobiernos desde la izquierda y los sismos. ¿Qué te parece?

Carlos San Juan [CSJ]: Muy bien, te agradezco ese punteo que, además, es en cierto sentido cronológico, ya que inicié con la historia contemporánea, luego se empalmaron los trabajos sobre la formación del Estado y, finalmente, se agregó la última capa.

Primera parte: El ingreso

MC: Vamos, pues, sobre el primer agrupamiento, ingresaste al entonces Departamento de Investigaciones Históricas en 1975. ¿ya había entonces un área de historia contemporánea?

CSJ: Hubo un seminario sobre el periodo 1940–1970 que se dedicó a la recuperación documental de los trabajos de sociólogos, politólogos y economistas al respecto. Pero no había un área de historia contemporánea.

El doctor Enrique Florescano, en su monumental revisión historiográfica de la historia mexicana, con especial énfasis en el siglo XVIII, XIX y XX, había creado ese seminario al que aludí y que concluyó en 1974, que revisó la producción de la ciencia social para un periodo insólito en los quehaceres académicos de la historia de esa época, el periodo de 1940 a 1970.

A los trabajos de ese seminario le faltaba una visión integradora de esos materiales. Florescano recurrió a un grupo de amigos que eran mis maestros en el Seminario de

Desarrollo Económico de la Escuela de Economía en la UNAM, donde precisamente revisábamos ese periodo, quienes me propusieron entrevistarme con él. Era mayo de 1975.

Creo que conviene un breve paréntesis para indicar cómo se empezaba a explorar un tiempo que, para los historiadores profesionales, era “no histórico”. En la primera mitad de los setenta ya se había configurado como “territorio de la historia” profesional a la Revolución mexicana, al menos en su momento de ruptura y el inicio de una nueva institucionalización en su tercera década, y empezaban los primeros grandes trabajos sobre el cardenismo. A fines de esa época se publicó la *Historia de la Revolución mexicana* bajo la dirección de Luis González y González, que, en su octavo libro, de manera inusual, abarcaba los años de 1952 a 1960 y revisaba el llamado por los economistas “desarrollo estabilizador”. Llegar a los años setenta era asunto de las ciencias sociales, no de la historia de entonces.

Y fue así como, recordando mis años de infancia, subí por la escalinata de Carlota hacia el Castillo de Chapultepec, conocí a Florescano, e ingresé al entonces Departamento de Investigaciones Históricas, instalando en las antiguas caballerizas, al pie del castillo.

Me mostró un cajón grande con carpetas organizadas por autores, previamente había leído un trabajo que le mandé sobre el periodo 1940–1970, y me propuso que escribiera esa síntesis para mostrarle, a los posibles lectores, las corrientes de ideas que interpretaban a ese periodo del siglo XX.

Durante dos años hice un trabajo que sintetizó y agrupó en tres grandes corrientes al conjunto de los estudios realizados. Una, la de los autores estadounidenses, muy atentos al llamado “Milagro mexicano”, mostrando sus desafíos; otro, el de los economistas, sociólogos y politólogos mexicanos, donde destacaba Pablo González Casanova, que mostraban la brecha entre la promoción del capitalismo y el logro de un bienestar generalizado, y finalmente los trabajos de un marxismo renovado que se centraba en las contradicciones y límites del capitalismo mexicano. Encontré que, en efecto, los estudios de esa época estaban marcados por la tensión entre el desarrollo capitalista acentuado y los derechos sociales reducidos a privilegios de los trabajadores organizados, un 17% de todos, pero de gran atracción simbólica para los que vivían de su trabajo.

Los marxistas mostraban a un capitalismo ascendente pero autoritario y limitado socialmente, donde maduraban sus contradicciones internas; otros, donde destacaba la sociología, la ciencia política y los economistas mexicanos, que planteaban la urgencia de corregir la desigualdad social en aumento recuperando los derechos sociales. Los gringos veían que la asociación de capitalismo y Estado de bienestar estaba por estallar. Preveían una lucha interna en el PRI entre los “técnicos”, a favor de estimular el desarrollo capitalista, y los “políticos”, que lo dificultaban pues le sumaban el legado de justicia social de la Revolución con nuevas aspiraciones para corregir la desigualdad.

Florescano revisaba directamente todos los trabajos que promovía, no sólo el contenido sino de manera especial la redacción, me llamó para comentar su revisión y quedó listo. El texto se tituló “Principales corrientes de interpretación del desarrollo

económico de México, siglo XX”. En ese mismo año fue publicado en el suplemento *La Cultura en México*, en manos de Carlos Monsiváis, la principal de sus partes, “La idea de México de los norteamericanos”, en *La Cultura en México*, suplemento de la revista *Siempre!*.

MC: Ése fue tu primer contacto con la historia contemporánea, ¿y luego qué ocurrió a ese respecto?

CSJ: En el año de 1979 el camino se bifurcó, para mi suerte. Por un lado, Florescano me invitó a participar en un nuevo seminario, el de Historia Económica y Social del Siglo XIX, del que luego hablaremos, y a la vez, se creó un Seminario de la Coyuntura Económica que conjugaba a profesores destacados de la UNAM como Carlos Tello y Rolando Cordera, entre otros, con los entonces jóvenes de la DEH, todos economistas, como Paco Pérez Arce, Saúl Escobar y yo, donde predominaba el análisis del corto plazo, los conflictos y virajes en la conducción de la política económica nacional.

Eran los años decisivos (1979–1981) en que se definía si había continuidad en una economía centrada en el mercado interno o se viraba hacia la economía de exportación, o, desde otra perspectiva, si continuaba el Estado de Bienestar o un Estado al servicio de las élites empresariales y de la naciente globalización.

De ahí surgió otro seminario hacia los años de 1981, el de Historia Contemporánea de México, que retomaba el corte de periodizar al siglo XX en dos grandes bloques, el de la Revolución mexicana hasta el Cardenismo, y un segundo bloque, de los años cuarenta a los años setenta y ochenta, cuyo centro era la modernización de los regímenes posrevolucionarios, con un componente esencial, la presencia de los movimientos sociales. Este nuevo seminario estaba constituido por los tres ya mencionados, más la migración de un grupo de investigación que en otro momento dirigía Margarita Nolasco, con Lilia Venegas, María Eugenia del Valle y Carlos Mellesio Nolasco. Ahí se elaboraron varias iniciativas, por ejemplo, un coloquio donde se debatió el giro hacia la economía exportadora, el Estado mínimo y la ofensiva contra los trabajadores y el gasto social, que derivó en un libro: *Inventario sobre el pasado reciente*.

Ese encuentro tuvo una cualidad ahora impensable, se reunieron académicos de universidades y centros de investigación con funcionarios del gobierno de Miguel de la Madrid, en una confrontación cara a cara de opciones diferentes. Hasta donde sé, es de los pocos testimonios, como diríamos ahora, en “tiempo real”, del inicio del viraje mexicano hacia el neoliberalismo.

Tiempo después fuimos invitados por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (Comecs) para compilar una *Antología sobre historia contemporánea de México, 1940-1984*, donde intervinimos Lilia Venegas, Saúl Escobar y yo, para apoyo a las universidades del país.

Fue el tiempo donde Enrique Florescano se convirtió en director general del INAH y el Departamento de Investigaciones pasó a ser Dirección de Estudios Históricos, con Francisco Pérez Arce como su director. Hicimos varios eventos con universidades de provincia [Querétaro] la UAM y la UNAM sobre el pasado reciente, en ellos revisábamos las últimas cuatro décadas, y en la Dirección crecieron los investigadores que

trabajaban sobre periodos y temáticas muy innovadoras para ese entonces, como la historia de las mujeres, de las migraciones en el siglo XX y del cine.

Surgió entonces la iniciativa de crear dos jefaturas, una, sobre Colonia y siglo XIX, a cargo de Jorge González Angulo y la otra, sobre el siglo XX, bautizada como nuestro Seminario, de Historia Contemporánea, a mi cargo. Eso ocurrió cuando María Teresa Franco ya era la directora. En ese contexto iniciaron las primeras reflexiones sobre lo que se nombraba historia contemporánea y que se había ido formando poco a poco. Recuerdo, aparte del *Inventario*, un libro llamado *Pactos con el presente*, ya en los años noventa, que editó Cuauhtémoc Velasco, y donde escribí un ensayo, e igual la colaboración para otro libro: *Una mirada al fondo de la historia. Reflexiones sobre la historia en la actualidad*.

Otro asunto importante fue que, a iniciativa de Carlos Melesio, quien ya realizaba en instituciones de Morelos un diplomado sobre historia contemporánea, iniciamos la elaboración de un Diplomado en la DEH con una doble intención: conjuntar una periodización de la Colonia, el siglo XIX y XX con temáticas especializadas y que se desarrollaban en nuestra DEH y en otras instituciones. Desde el 2006 nos reunimos como seminario para elegir una temática central, hacer la periodización correspondiente e invitar a los colegas para compartir sus investigaciones, en 2027 cumplirá, si nos es posible, sus primeros veinte años.

MC: De este recorrido, ¿Qué ves ahora como lo más importante?

CSJ: Creo que hay líneas de continuidad desde el porfiriato (la modernización liberal copiada al primer mundo) y la Revolución mexicana (soberanía, justicia social, un desarrollo propio) que marcan al siglo XX y XXI, imagino un proceso histórico con dos grandes madejas que le otorgan su identidad y sus oscilaciones. Hoy vivimos en ellas.

Ahí es necesario visitar a los años bajo la leyenda negra del “autoritarismo” y de la crisis del régimen de la posrevolución, los años sesenta, setenta y ochenta, pues tal vez se muestren las fuertes redes culturales, políticas y sociales que le dieron tanta estabilidad e influencia para el modo histórico en que se desarrolló la modernización neoliberal, y también las redes alternativas de cambios culturales y políticos. En la mentalidad actual parece que no terminamos de “romper con el pasado”, no se piensa en los empalmes de los procesos históricos, en los cambios con continuidad. Además, sin ello, se mantendrá el relato de una historia sin hegemonía, es decir, sin luchas culturales, que son el eje del poder dominante y de los poderes alternativos.

Hay un paso saludable de la idea de una historia nacional unitaria y homogénea hacia las historias de la diversidad de sujetos, espacios y temáticas creciente. Pero ya es tiempo de preguntarse sobre la Nación que resurge de esa inmensa diversidad. Coincidió, como veremos para varios otros asuntos, con el estallido de la posmodernidad y la deconstrucción de las grandes narrativas, un asunto muy de los años noventa.

Otro asunto es el reequilibrio entre las influencias innovadoras y los estudios de caso con el trabajo constante sobre procesos de largo plazo. De la escuela de los Annales a los múltiples “giros” historiográficos tenemos 50 años de innovaciones, incluida la inquietud por la “historia del tiempo presente”, que ojalá y alimenten a la historio-

grafía nacional de los grandes procesos históricos; por ejemplo, las revoluciones o la gran transformación neoliberal, recurriendo a las fuentes más diversas, incluidos los testimonios directos de los actores cada vez más numerosos de esos procesos. Hay en puerta una renovación de voces y de relatos para narrar el siglo XX y el XXI.

Segunda parte: la historia y el presente

MC: Según veo en la relación de tus trabajos hay otro conjunto de ellos que tratan sobre el siglo XIX, ¿fue ahí que entraste en contacto con la historia más habitual?

CSJ: En realidad, este contacto inició desde mi ingreso, Florescano me integró a su Seminario de Historia de la Agricultura con varias colegas (Isabel Gil, Cristina Urrutia, Carmen Yuste, Lila Espinoza y Edna Orozco) y ahí intercambiábamos sobre temas de comercio, precios y de producción agraria, la hacienda rural y su organización interna y sobre el galeón de Manila.

Ya te comenté que luego de terminar el ensayo de las “Principales corrientes de interpretación...” me invitó a colaborar en un proyecto sobre historia del siglo XIX coordinado por Ciro Flammarión Cardoso, brasileño formado también en la Escuela de los Annales, donde me inicié en el trabajo de archivo y en la revisión historiográfica con un nutrido grupo de colegas investigadores que provenían del DIH, de El Colegio de México, de la Universidad de Turín y de la UAM, donde elaboramos un libro, *México en el siglo XIX (1821-1910)*, que fue muy utilizado en formación universitaria, publicado por una editorial privada que, por cierto, nos pagó unas regalías simbólicas durante más de 20 años.

MC: Supongo que, para alguien educado en trabajar sobre el presente, no te fue fácil ir hacia el pasado. ¿Qué te atrajo en todo caso?

CSJ: Yo tenía una idea sobre el Estado alimentada, en efecto, por las ciencias sociales, donde mandaba el presente, aunque se reconocía al proceso de 1940–1970 como el periodo donde se fundaban sus contradicciones y dilemas que vivíamos entonces. Entrar a la historia me abrió una puerta donde el horizonte se hizo inmenso.

Ahí se fueron incorporando capas tras capas de historia. Las repúblicas surgieron de la experiencia borbónica, y ya para fines de los noventa e inicios del XXI, fue creciendo la sombra de los Habsburgo, formador de una pluralidad de poderes regionales y de las repúblicas españolas y de indios. Ahora crece el papel de los *altépetl* mesoamericanos para dar forma a las comunidades políticas originarias que subsistieron el siglo XVI y el XVII.

Eso fue lo que me atrajo de la historia. Por eso no creo en el “presentismo” [François Hartog], la tentación de que los vaivenes del ahora reorganizan el pasado, hay una interacción rica y compleja entre el pasado y el presente, donde, por dar un caso, creo que para el siglo XXI el redescubrimiento del *altépetl* ya está provocando una revuelta del pasado que cambiará el modo en que nos acercamos al presente.

MC: ¿En qué sentido crees que se está abriendo esa revuelta del pasado?

CSJ: Primero, México tiene raíces milenarias de vivir en “comunidad política”. Segundo, hay una contradicción fundante entre la modernidad que despunta en el siglo XVIII y las poblaciones muy diversas y, en algunos casos, con civilizaciones propias, que se expresan en los grandes conflictos nacionales. Tercero, sus experiencias de predominio oligárquico, muy fuertes en el país, siembran no sólo rebeliones sino la prefiguración de otro modo de vivir en común, es decir, en otro orden legal, simbólico e histórico: el orden del Estado. Cuarto, ese orden del Estado, en la experiencia mexicana, oscila entre la fuerza de las oligarquías nativas y las incursiones de las mayores potencias del XIX y el XX, y una ruta persistente y oscilante, para nada garantizada, donde el Estado es fruto de ese contexto, más lo que le otorga autonomía: coaliciones muy amplias donde es relevante la población mayoritaria, a favor de la soberanía y de la justicia social que de manera recurrente aparecen en su historia.

A partir de ahí realicé una serie de trabajos que me hizo ir hacia atrás, primero a la Colonia, luego al *altépetl*, la matriz fundante, y hacia adelante, al México del siglo XX con sus tres bloques: Revolución, posrevolución y neoliberalismo. Espero en algún momento, si el azar no depara otra cosa, hacer un pequeño texto sobre ese proceso de larga duración.¹

Tercera parte: fin e inicio de siglos

MC: ¿Qué me puedes decir sobre el otro conjunto de tus trabajos, los referidos a los pueblos originarios, los ciudadanos, el gobierno de la Ciudad de México, incluso los sismos de 1985 y el del 2017?

CSJ: En realidad, esa búsqueda inició en los años setenta. Tal vez recuerdes Mario, ya que tu exploraste muy bien y de manera renovadora el asunto del trabajo fabril, que en los años setenta y parte de los ochenta hubo un *boom* de interés por los sindicatos, muy similar al que hoy se tiene por las mujeres, la imagen o los pueblos originarios. Se alimentaba tanto en la academia como en las redes de activistas, donde aparecía la expectativa de un gran cambio pues el orden entonces vigente, el de la posrevolución, estaba en crisis.

Fue una época cosmopolita de fuertes influencias culturales europeas, francesas, inglesas y alemanas, y de un pensamiento propio latinoamericano, poco visible, pero ya presente.

Pero tal vez lo más interesante fue el impulso para conocer “la realidad” mexicana que en gran parte fue estimulado por Pablo González Casanova y en el campo de la historia por Enrique Florescano, entre otros, que dieron continuidad a una larga tradición historiográfica centrada en interrogar el pasado desde los problemas del presente del país.

Ahí trabajé dos asuntos poco visitados del mundo obrero de entonces: la experiencia de lucha en la gran industria y en las estructuras de un sindicato nacional, así como las luchas departamentales obreras para aumentar su control en el proceso productivo, fue el caso de las secciones 147 y 11 del Sindicato Nacional de la Industria Siderúrgica y Metalmeccánica. El grueso de los trabajos de entonces se orientaba

hacia las áreas de mayor conflictividad en la pequeña y mediana industria, la gran industria era menos considerada.

Y con respecto a la Tendencia Democrática del SUTERM, que también era gran industria, ahí se cocinaba otro asunto raro, la conjunción de la lucha sindical con la tradición nacionalista y democrática de los electricistas, donde había una confrontación para evitar la supresión de su registro y, a la vez, revitalizar las luchas por la hegemonía cultural del nacionalismo revolucionario popular y de izquierda.

A iniciativa de profesores de la UNAM se creó un Seminario sobre Sindicalismo, según creo recordar, dirigido por Alfonso Bouzas; ahí presenté trabajos como los referidos a las secciones 147 y 11 del Sindicato Nacional Minero Metalúrgico, y otros sobre la Tendencia Democrática del SUTERM. Había la posibilidad de que la UNAM publicara los textos, cosa que nunca ocurrió.

Tomando varios trabajos, hice una síntesis en un artículo que se publicó en el número 5 de la entonces naciente revista *Historias*, con la clara influencia del pensamiento de Gramsci: “El dilema de la historia obrera reciente: revolución pasiva y acumulación de fuerzas en 1970–1982”.

Otro rasgo de los años setenta —y tal vez el que ahora más valoro— fue que existía un impulso entre profesores y estudiantes para buscar el contacto directo con los grupos de obreros, campesinos y colonos. Tal vez uno de los primeros documentos públicos de esa actitud renovadora, en su dimensión más politizada, apareció de manera discreta en un folleto llamado “Por una política popular”, de maestros y activistas del movimiento del 68, publicado en 1969.

Lo considero importante porque proponía un camino alternativo: en lugar del “únete pueblo” del 68, el “ir al pueblo” de los años setenta, un nuevo rumbo que compartieron muy diversos grupos e iniciativas, donde partidos en formación como el de Heberto Castillo, católicos que promovían desde años antes las comunidades de base, activistas sindicales, de los movimientos urbanos y rurales, y variadas corrientes maoístas, entre muchos otros, promovieron esos contactos.

Para muchos activistas y académicos ligados a acompañar o tomar el pulso de estas luchas, fue una fuente para “desaprender” lo infundido en los grupos politizados y en las academias, y advertir el enorme peso en estos grupos sociales de los parentescos, los imaginarios rurales y urbanos, la presencia de la religión, las jerarquías sociales, y la esperanza de tomar por asalto al cielo realmente existente, es decir, y con todo respeto, colarse al sector obrero donde las leyes laborales se cumplían y había en marcha la ansiada ruta del ascenso social. Todo ello lo escribí en un ensayo: “La memoria posible: trabajadores en México, 1940–1980”.

Pero tal vez lo más impactante, en mi caso, fue que esos y otros trabajos, más de crónica y entrevista, me mostraron que existía una cultura popular con sus propios propósitos y que no siempre coincidían con las culturas que nosotros portábamos. El “ir al pueblo” de las corrientes sociales de la izquierda tenía no pocos choques entre los activistas y la gente común. Nuestra formación en ciencias sociales era totalmente occidental, europea, y ya en cierta proporción, gringa. En contrapeso, estaba la historia social inglesa, mientras que el INAH y la antropología estaban en

otra sintonía, con mayor posibilidad de un diálogo intercultural y de comprensión del “otro”.

Para resolver ese desencuentro, en mi caso, me influyó mucho, en primer lugar, la creciente consciencia de mi origen familiar y la experiencia del contacto a la que ya me referí. Y luego varias influencias, sobre todo italianas, latinoamericanas y de México. En primer lugar, Gramsci, quien empezó a ser reconocido gracias a los *Cuadernos de pasado y presente* de José Aricó y del grupo de militantes de Córdoba, Argentina, y de los *Cuadernos políticos* de la editorial Era.

Cuando leí los *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, de Mariátegui,² un pensador aferrado a descubrir la propia historicidad peruana, similar al esfuerzo de Gramsci con su obra sobre el Risorgimento italiano,³ me permitió comprender la importancia de los pueblos originarios, y le tomé mucho aprecio a los trabajos en la materia del INAH, a Leti Reina, a Ethelia Ruiz Medrano, a los textos que escribiste sobre la fábrica y el barrio de la Fama, y a los textos sobre Mesoamérica de Enrique Florescano, entre otros.

El libro de Marcello Carmagnani sobre *El regreso de los dioses*⁴ y de cómo los pueblos se rehacen al contacto con el mercado de la grana cochinilla ya en plena colonización y resurgen sus culturas, territorios, instituciones e imaginarios, me ayudó mucho. Guillermo Bonfil fue el deslumbramiento con su teoría del control cultural y con su libro sobre el *México profundo* ya para el México actual. El “pasado” estaba vivo y coleando en nuestro presente.⁵

Al paso de los años me fue pareciendo, además, que los sujetos históricos, los procesos históricos y los acontecimientos estaban insertos en empalmes de civilizaciones, que provocaba una intensa diversidad cultural en de los sujetos históricos y en las sociedades, que desbordaban a los moldes de Occidente.

Sobre todo, de un “pasado que no pasa”, donde las resistencias y horizontes subalternos están plagados de su propia lógica histórica, desde la cual innovan y se apropian de muchas influencias. Esta impresión se reforzó con la llegada de los estudios subalternos y culturales de los intelectuales de la India y una producción en marcha ya a fines del siglo XX y en las primeras décadas del XXI de historiadores y antropólogos en México que, a la fecha, es de lo más prometedor.

MC: ¿Qué le ocurrió a ese impulso de los años setenta ya en las décadas posteriores?

CSJ: A partir de fines de los años ochenta y sobre todo en la última década del siglo se vivió un gran cambio cultural. Irrumpió la posmodernidad, los “giros historiográficos”, la separación, como tendencia dominante, de academias e intelectuales de casi todo contacto social directo, salvo en la sociología, la antropología y la etnografía, pero, sobre todo, hubo un enriquecimiento en la diversidad temática y el afianzamiento del positivismo en la historia. Su resultado fue, en mi opinión, una gran oleada de estudios de caso apegados a fuentes que enriquecen los estudios históricos, pero a la vez se provoca la fragmentación del conocimiento y de los relatos históricos.

En mi caso, aprecio aspectos de la posmodernidad, pero fui parte de otra perspectiva, la de recuperar las evidencias de ese gran cambio que vivió el país desde

1982 hasta las dos primeras décadas del siglo XXI. El gran relato mexicano se estaba transformando a la vez que cambiaba la naturaleza del poder y la cultura; sin embargo, México tuvo un muy peculiar modo de iniciar el neoliberalismo, no hubo una gran derrota social, como la vivida en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, sino la permanencia de movilizaciones y presión social ante las políticas antipopulares, la herencia de los años setenta y los ochenta, que impulsaron democratizaciones sociales y culturales desde abajo.

Fue en ese contexto que llevé a cabo un conjunto de trabajos que arrojaron artículos, ensayos y libros. Urgía levantar acta de un cambio de época que se reflejaba en las transformaciones del poder, la cultura y el Estado. Ahí me interesó mucho la forma histórica tan peculiar del arribo del neoliberalismo en nuestro país, por dar un ejemplo, nació con la pretensión de regenerar a la Revolución mexicana con una renovación moral, a la vez que implementaba una política de desmantelamiento de los compromisos sociales del estado en salarios, salud, educación, entre otros. En otras palabras, reivindicaba en el discurso de la Revolución mientras destruía el pacto fundacional del Estado con el pueblo.

Escribí varios textos al respecto que iniciaron con el ensayo “1983: el año del Leviatán”, que corresponde a su fase destructiva, recuerdo también los escritos al inicio del siglo XXI sobre estas transformaciones⁶ y concluyeron, al menos al momento, con Reformar el Estado nación en la época posnacional,⁷ donde lo que abordo es su fase terminal, cuando el nuevo orden neoliberal está ya completo como sistema económico, político y cultural, pero vive una grave crisis y decadencia que no sólo es nacional, sino a escala global.

MC: Si te parece, regresamos a los sujetos históricos. Platiquemos sobre tus trabajos relacionados con los pueblos originarios.

CSJ: Mi interés en el asunto inició a fines de los años setenta y en los ochenta, al entrar en relación con la llamada sierra Juárez o sierra Norte, que nace en los límites de los Valles Centrales y asciende rumbo al golfo de México, un macizo de bosques habitados por zapotecos y mixes en su parte más alta.

Primero tuve noticias sobre sus luchas por recuperar los bosques arrebatados a las comunidades agrarias por concesiones de esos recursos a empresas paraestatales negociadas desde los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, pero también resaltaba su esfuerzo por consolidar a sus autoridades tradicionales, comunales y municipales, sus formas de organización para vivir de su territorio y sus recursos. Había una ambición integral de rehacer sociedades y territorios a la vez que se fue consolidando.

No sé cómo lo veas, pero las luchas indígenas no nacieron en los años setenta del siglo pasado; ahí se hicieron visibles, pero hunden sus raíces en una línea continua que recorre al siglo XX, y se acentúa con la contrarreforma agraria del alemanismo. Aparecen como campesinos inconformes en los años cincuenta y sesenta, y que, en el caso de la sierra Juárez, tiene su gran oportunidad en la oleada campesina de los años setenta, para recuperar sus tierras concesionadas. Y a la vez, sin dejar de ser campesinos, se expresan cada vez con mayor vigor como esas sociedades antiguas

y contemporáneas a la vez, regidas por sus usos y costumbres e inmersos en sus territorios. Son de los varios sujetos históricos que llegan con fuerza al neoliberalismo.

Creo que, si revisamos su historia desde la larga duración [Braudel], hay un ciclo histórico que se repite de diferentes formas. Su largo proceso de territorialización nómada y sedentaria; luego, la presión que les reorganiza con la colonización española y donde logran el reconocimiento de los Habsburgo de sus títulos originarios; sigue la gran confrontación con los liberales y su regreso parcial con la Revolución mexicana, más como campesinos que como pueblos portadores de una civilización ligada a territorios.

MC: Eres de Oaxaca, ¿algo te influyó en ese interés?

CSJ: Así fue, vengo de un pueblo de la Mixteca alta oaxaqueña, donde mi abuelo y mi papá eran parte de los esfuerzos comunales y municipales para impulsar servicios públicos (la carretera, el agua, los servicios de salud, los servicios escolares, las guardias, contar con radio para difundir noticias y música) todo a través del gobierno municipal, del tequio, de la cooperación, de rifas y de organizar fiestas y concursos.

Luego ya a fines de esos años setenta, en esos recorridos de los que ya hablamos, entré en contacto con sus municipios gobernados de manera autónoma, muchas veces por linajes, pero también con asambleas y cabildos abiertos, el rescate cultural de su lengua y de sus formas de relación “comunal”, la presencia de los profesores bilingües, las luchas por la reforestación, la explotación comunal y comercial, por ejemplo, en productos esenciales como el café y la madera, y un enriquecimiento de los liderazgos propios con jóvenes de los pueblos formados como técnicos, maestros y egresados de universidades.

Y, además, conocí una experiencia muy singular, pues las murallas de las identidades parroquiales y las memorias de conflictos con pueblos vecinos impide muchas veces las asociaciones entre municipios. En la sierra norte de Oaxaca, había cierta tradición de uniones municipales que les permitía cubrir territorios comunes para asuntos de seguridad, el rescate de la lengua, sobre redes productivas y comerciales y de fuerza para negociar con los gobiernos, entre otras cosas.

Un querido amigo del INI [Instituto Nacional Indigenista], ya fallecido, Jesús Rubiell, a fines de los años ochenta y en la primera mitad de los noventa me invitó a realizar trabajos con el INI en torno al fomento a las organizaciones productivas con los cuales pude conocer zonas del norte, centro y sur del país. Fue un descubrimiento. Conocí una variedad de tejidos organizativos que abarcaban a pequeños y medianos productores, sus problemas de comercialización, los conflictos y negociaciones con autoridades municipales y estatales, y los muy diversos mundos de poder y resistencia en algunas de las regiones del país.

En ocasiones, junto a la crisis de las organizaciones corporativas rurales, existía aún una vasta red de tejidos institucionales, de saberes sociales, de liderazgos y de organizaciones de base con el PRI. Me encontré con una fuerte tradición y de saberes de negociación de las poblaciones que hacían muy complejo el tejido de sus relaciones con el Estado y las empresas. Una dimensión que casi no se reconocía en el plano de los estudios históricos y del desarrollo, con la grata excepción de

los trabajos de Ethelia Ruiz Medrano, que rastrea desde la Colonia estos saberes negociadores de los pueblos.

MC: ¿Cómo impactó el alzamiento zapatista del primero de enero de 1994?

CSJ: Fue muy importante. Todo el camino previo de configuración de la identidad, la autonomía, las tierras y territorios iniciado más de 20 años antes se intensificó y se hizo visible. Aceleró esos procesos e introdujo en la agenda nacional de la cuestión indígena tres modificaciones esenciales: uno, reconocer a los pueblos como sujetos del derecho público, es decir, su capacidad para luchar jurídicamente para que se les reconocieran sus derechos; dos, el uso y disfrute de sus tierras y territorios; tres, reconocer su propio orden político y fomentar la asociación entre municipios, es decir, avanzar en regiones étnicas o pluriétnicas.

Pero además, la cuestión indígena favoreció la democratización política del país. Crecieron y convergieron formas asociativas indígenas, campesinas y de movimientos cívicos urbanos. Fue una primavera de expansión democrática de la política que atrajo el interés cultural y político sobre los pueblos. Los trabajos periodísticos y los académicos en las universidades se incrementaron. En mi caso, pude escribir sobre diversas temáticas al respecto. Destaco los trabajos sobre el zapatismo, la reconstitución de los pueblos, las autonomías, las reformas federales y estatales de las constituciones, y la explosión en torno a la pugna territorial entre mercados y pueblos que se intensificó en los años noventa del siglo pasado.⁸

MC: ¿Y cómo fue que pasaste a los trabajos sobre ciudadanía y con organizaciones urbanas?

CSJ: A fines de los ochenta del siglo pasado retomé el contacto con las organizaciones civiles que, en sus antecedentes más remotos, tenían que ver con la defensa de activistas rurales y sindicales amenazados por la represión desde los años cincuenta y sesenta, y que luego se diversificaron como promotores de la vivienda popular, defensores de los derechos humanos, de los derechos políticos, electorales, y vigilaban las elecciones, muy manipuladas por la política oficial. Era la sociedad civil impulsada por las izquierdas.

Ya en los años noventa fueron espacios de encuentro de luchas muy diversas, que engrosaron la noción liberal de los derechos del individuo con las demandas de las mujeres, la diversidad sexual, los pueblos originarios, las luchas ambientales y la democratización de gobiernos y reglas de la convivencia. Y se confrontaron con el proyecto de un “Estado mínimo” y de democracias entendidas como alternancias de élites que compartieran abrir la vida mercantil y desmontar al Estado social y de bienestar.

La confluencia de estos organismos y sus agendas propició que se trabajara en torno a un horizonte más amplio, el de los derechos integrales, donde se agrupaban varias generaciones de derechos (garantías individuales, derechos sociales, derechos colectivos, ambientales, de género, de los pueblos originarios, entre otros) y se tuviese acercamientos con organizaciones históricas como los sindicatos. Ahí se esbozó el perfil de una ciudadanía compleja que no sólo reparaba en las elecciones, sino en el surgimiento y la ampliación de los derechos.

Creo que esas experiencias fueron importantes, eran parte de los muchos afluentes de luchas contra el neoliberalismo que recortaba salarios, salud, educación y accesos a la vivienda entre muchas otras cosas, Ahí se fue consolidando una tendencia del liberalismo social, de la lucha pacífica y legal, del restablecimiento de los derechos ciudadanos y de un empeño para retornar a un Estado responsable de los derechos de sus ciudadanos, es decir, a un Estado social y de bienestar. Fue un tránsito muy complejo y donde escribí sobre varias de sus facetas.⁹

MC: ¿Y cómo apareció el interés en los gobiernos?

CSJ: Es un punto interesante. La llamada izquierda política pugnó mucho por abrir la opción electoral a nuevas expresiones. El Partido Comunista Mexicano, con Arnoldo Martínez Verdugo, estuvo presente en la reforma política de 1977, y en las luchas electorales en el estado de Guerrero, entre otros. Ahí coincidieron diversos movimientos sociales y la llamada izquierda social, que abrieron brechas para ganar los primeros municipios gobernados por las izquierdas. El de mayor carga simbólica fue la victoria de la COCEI [Coalición Obrera, Campesina, Estudiantil del Istmo], una organización civil, cultural y social creada en los años setenta en Juchitán, que logró en 1981 ganar las elecciones municipales.

De ahí se desprende un modo de gobernar nacido de la presión social y cultural, que debe responder a sus demandas y a otra alternativa de país que no era la neoliberal. Fue un camino de experiencias con sus aciertos y errores, que se proponían otra agenda de transformaciones, ya en el neoliberalismo, en la globalidad, en la democracia y en el desarrollo. Avanzaba el neoliberalismo, pero la política se hizo más compleja y abría otras posibilidades, con nuevos protagonistas como la llamada sociedad civil, la lucha por los derechos, la conquista de municipios, el acceso a Congresos. Al respecto escribí varios textos.¹⁰

En 1997 la izquierda cardenista ganó electoralmente el primer gobierno propio de la Ciudad de México, entonces nombrada Distrito Federal, y gobernada de manera centralizada por un regente. Gracias a mi amigo Julio Moguel fui invitado a la Asesoría del Jefe de Gobierno, y como a muchos otros, pude conocer de manera directa los problemas para gobernar a la más grande concentración urbana del país. Al respecto, dos colegas expertas en la Ciudad de México, en movimientos sociales y las organizaciones civiles, Lucía Álvarez y Cristina Sánchez Mejorada, y yo, iniciamos una serie de libros que intentaban evaluar, por un lado, al primer ejercicio de Gobierno de las izquierdas en la ciudad, y por el otro, el sello de izquierda en las políticas públicas: participación, derechos integrales e inclusión.

El problema de fondo era interesante: ya con el neoliberalismo y la globalización desplegándose con fuerza, ¿era posible ensayar experiencias de sociabilidad y de gobierno alternativas? A través de foros y de libros resultantes colocamos a la Ciudad de México, una ciudad globalizada, como el centro de las experiencias alternativas.

El primero de ellos, ¿Una ciudad para todos? La Ciudad de México. La experiencia del primer gobierno electo, fue fruto de una convocatoria muy amplia donde varias instituciones universitarias y el INAH, junto con los funcionarios de primer nivel de ese gobierno, discutieron e intercambiaron en torno a su desempeño. Las reuniones

y libros posteriores revisaron esta tensión entre políticas igualitarias e incluyentes en contextos cada vez más agresivos, donde predominaba la lógica del mercado.¹¹

MC: También veo que hay una inclinación en tus trabajos para registrar y analizar los desastres como los sismos y el covid ¿qué andabas buscando y por qué?

CSJ: Creo que fue una combinación de ganas de saber y de solidaridad ante las tragedias. De diversas maneras no pocos colaboramos con los damnificados. Pero también en mi caso había la curiosidad de saber cómo se comportaba la sociedad cuando se interrumpía de manera tajante la vida cotidiana, justo en ese momento de corto circuito afloran los comportamientos más arraigados, sus valores, sus miedos, el egoísmo extremo y la cooperación, se reitera lo que ya existía, pero también nacen otras conductas.

El sismo de 1985 lo vivimos en la DEH de una manera muy intensa. Aún estábamos en el cerro de Chapultepec y no hubo mayor afectación. A mí me tocó en el traslado de mi hijo a su escuela en Mixcoac y no me enteré de nada, hasta que prendí la radio y escuché con mi esposa Luci la narración de Jacobo Zabłudovsky que caminaba por calles que conocíamos muy bien pero que estaban en ruinas, como si hubiera ocurrido un bombardeo.

Una buena porción de los colegas se involucró en las tareas directas de rescate, tiempo después le pedimos a la nueva directora, Tere Franco, que se abriera la posibilidad de hacer una aportación desde la historia de los sismos en el largo plazo que se combinara con las crónicas que podíamos aportar varios sobre los sucesos que estábamos viviendo.

La idea era simple, juntar el presente con la historia. Me hice cargo, y surgió un libro, *Historias para temblar*, alimentado por historiadores, literatos y colegas de ciencias sociales. En particular, me interesaba mostrar qué ocurre cuando la certidumbre de la vida diaria se quiebra y se oscila entre comportamientos extremos, desde los robos entre vecinos hasta las solidaridades y la cooperación para resistir al desastre, y cómo se creaban redes de apoyo que dieron origen al resurgimiento de organizaciones barriales.

Ante la misma circunstancia ocurrida años después, hicimos un libro desde la revista *Con-temporánea* con la participación invaluable de Rosa Casanova y de Claudia Álvarez en el 2017, cuando otro sismo nos visitó y en la misma fecha. De manera más precisa, fueron dos libros ensamblados, en un diseño original. En el primero quisimos recuperar las voces, por un lado, de varias áreas del INAH ante la contingencia, donde restauradoras, arquitectos, trabajadores de áreas centrales y de centros regionales dieron sus versiones sobre las muchas tareas de un INAH que se transformaba y se convertía en una atareada ambulancia para atender al patrimonio arquitectónico, religioso y simbólico en riesgo. Y, por otro lado, la reacción de pobladores y pueblos enteros al ver derrumbarse sus iglesias y santos, y cómo resurgían sus muchas formas de rescatarlo, resguardarlo y pasar a su reconstrucción con el apoyo, en ocasiones incierto, de las instituciones. En el segundo ensamble recuperamos testimonios de lo ocurrido a diversos personajes en ese día y un *fanzine* de imágenes, así como reflexiones en torno al fenómeno.

Y ya en 2020, con respecto al covid, a través de la Cátedra Monsiváis y de una iniciativa de Luis Barjau, se lanzó una convocatoria abierta a jóvenes de hasta 30 años, invitándolos a redactar la crónica de sus vivencias en ese año de encierro; de ahí surgió un libro y premios a las mejores crónicas.¹² Un mapa urbano y rural con más de 100 crónicas con los sentires y pensares de los jóvenes que ejercían a veces, por primera vez, el género de la crónica, y en otros, depuraban una afición previa, para mostrar los desalientos, el miedo, la soledad y su contracara, ver de otro modo a los vecinos, reforzar los lazos entre grupos de la diversidad de género, reencontrarse por la comunidad digital, rehacer un nosotros dolido, pero con esperanza.

MC: Y ya para cerrar estos recorridos, ¿Qué es lo que más te atrae en esta tercera década del siglo XXI en la perspectiva histórica?

CSJ: Para decirlo en breve, una gran sorpresa y una curiosidad infinita, hasta dan ganas de estar otro ratito en la tierra para ver algunos desenlaces. Es como si el gran relato en que fui formado se empezara a fracturar. Me refiero a la idea del mundo, de la civilización, de la modernidad, creado por Europa en el siglo XVI y retomado por Estados Unidos en el siglo XX y XXI: la narración de la expansión de la relativamente pequeña franja occidental de Eurasia, Europa, como empresa civilizatoria y colonizadora de las otras partes del mundo, y que luego será el patrimonio de Estados Unidos como primera potencia mundial.

Es, sin duda, un poderoso sentido de la historia que ahora se confronta con el regreso de algunas cunas civilizatorias (China, India, Irán e Irak) como vanguardias productivas, tecnológicas y comerciales, que empiezan a redibujar al mundo y a las civilizaciones. Y en ese impulso está México, que, con Perú, es parte de las seis cunas civilizatorias del mundo. Algunos le apuestan a la guerra entre civilizaciones; otros, diría que la mayoría, por el diálogo entre las civilizaciones. Si esto ocurre, toda la historia se va a renovar y a enriquecer de manera extraordinaria.

Publicaciones de Carlos San Juan Victoria¹³

- “Los libros del 68”, *Nexos*, núm. 9, septiembre de 1978.
- *Principales corrientes de interpetacion del desarrollo económico de mexico, siglo xx*, México, Departamento de Investigaciones Historicas-INAH, 1979.
- “Crisis agrícola pero no tanta”, *Nexos*, núm. 20, agosto de 1979.
- “Id y distribuid lo que habeis agandallado”, *Nexos*, núm. 21, septiembre de 1979.
- “La idea de México de los norteamericanos”, *La Cultura en México, Suplemento Cultural de la revista Siempre!*, núm. 1370, 26 de noviembre de 1979.
- “Los gulags del capital”, *Nexos*, núm. 24, diciembre de 1979.
- “La inflación que llegó para quedarse”, *Nexos*, núm. 28, abril de 1980.
- “Inflación y política: primeros auxilios”, *Nexos*, núm. 29, mayo de 1980.

- *El sector externo y el patrón de acumulación de los setentas en México*, México, Departamento de Investigaciones Históricas-INAH (Cuaderno de Trabajo núm. 41), 1981.
- “El hijo olvidado de Carlos Marx”, *La cultura en México, Suplemento Cultural de la revista Siempre!*, núm. 1460, 3 de abril de 1981.
- “Población y desarrollo en el México del siglo XIX”, *Investigación Económica, Revista de la Facultad de Economía*, núm. 162, vol. XLI, 1982.
- “Cronología de la nacionalización bancaria”, *La Cultura en México, Suplemento Cultural de la revista Siempre!*, núm. 1483, 6 de septiembre de 1982.
- “Las utopías oligárquicas conocen sus límites”, en María del Refugio González Navarro (coord.), *La formación del Estado mexicano*, México, Porrúa, 1984.
- Compilador, *Antología sobre historia contemporánea de México, 1940-1984*, México, COMECOSO / Universidad Autónoma de Guadalajara / SEP- Subsecretaría de Cultura, México, 1986.
- “Microhistoria de la Dirección de Estudios Históricos del INAH”, en *Historia del INAH*, México, INAH, 1988.
- “Del mapa al laberinto, un paseo por las perspectivas de la historia contemporánea”, en Cuauhtémoc Velasco Ávila (edit.), *Pactos con el presente*, México, INAH (Científica, 266, serie Historia), 1993, pp. 74-85.
- “Crisis, sociedad e historia”, en Marcela Dávalos, Gerardo Necochea, Leticia Reina y Guillermo Turner (coords.), *Una mirada al fondo de la historia, reflexiones sobre la historia en la actualidad*, México, Yeuetlatolli / INAH-DEH (colección Ahuehuete), 2003, pp. 67-85.
- “Dos periodos del siglo XX”, en Marcela Dávalos, Gerardo Necochea, Leticia Reina y Guillermo Turner (coords.), *Una mirada al fondo de la historia, reflexiones sobre la historia en la actualidad*, México, Yeuetlatolli / INAH-DEH (colección Ahuehuete), 2003, pp. 87-110.

Segunda parte: La historia y el presente

- Coautoría, con Salvador Velázquez Rodríguez, “La formación del Estado y las políticas económicas (1821-1880)”, en Ciro Cardoso (coord.), *México en el siglo XIX (1821-1910) Historia económica y de la estructura social*, México, Nueva Imagen, 1981, pp. 65-95.
- “El Estado y las políticas económicas en el porfiriato”, en Ciro Cardoso (coord.), *México en el siglo XIX (1821-1910) Historia económica y de la estructura social*, México, Nueva Imagen, 1981, pp. 277-313.

- “La vida novohispana en el gobierno colonial y en las industrias”, en Patricia Arias (coord.), *Industria y Estado en la vida de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990, pp. 23–34.
- “La formación del Estado en México, 1821–1834. Las utopías oligárquicas conocen sus límites”, *Dualismos, Revista del Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores Económicos y Sociales de la Universidad Veracruzana*, vol. VI, núm. 1, 1977, pp. 15–38.
- “La construcción del Estado revolucionario”, en François X. Guerra y Mariano E. Torres Bautista (coords.), *Estado y sociedad en México 1867-1929*, Puebla, El Colegio de Puebla, 1988, pp. 369–401.
- Coordinador, *El XX mexicano: lecturas de un siglo*, México, Ítaca, 2012.
- “1983: el año del Leviatan”, en *El XX mexicano: lecturas de un siglo*, México, Ítaca, 2012.

Tercera parte: fin e inicio de siglos

- “El dilema de la historia obrera reciente: revolución pasiva y acumulación de fuerzas en 1970–1982”, *Historias*, núm. 5, 1984, pp. 109–127.
- “La memoria posible: trabajadores en México, 1940–1980”, en *Inventario sobre el pasado reciente*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Científica), 1986.
- “El Sindicato Minero, estabilidad y ruptura”, en Javier Aguilar *et al.*, (coords.), *Los sindicatos nacionales en el México contemporáneo. Minero metalúrgico*, vol. 2, México, GV Editores, 1987, pp. 227–254.
- “Del XVIII al XX en la Nueva España y lo que sigue siendo México (hasta nuevo aviso). Estado y régimen en los fines de siglo”, en Leticia Reina y Ricardo Pérez Montfort (coords.), *Fin de siglos, ¿fin de ciclos? 1810, 1910, 2010*, México, Siglo XXI / INAH / CIESAS, Centro de Investigaciones y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, 2013, pp. 137–143.
- “Renacer liberal en el fin de siglo XX”, en Leticia Reina y Ricardo Pérez Montfort (coords.), *Fin de siglos, ¿fin de ciclos? 1810, 1910, 2010*, México, Siglo XXI / INAH / CIESAS, Centro de Investigaciones y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, 2013, pp. 407–413.
- Coordinador, con Tania Hernández, Saúl Escobar y Citlalli Villafranco, *El orden del Mercado, el desorden de la Nación. Reformas estructurales y cambio constitucional en México*, México, UACM / Ítaca, 2016.
- “Reformar el Estado nación en la época posnacional”, en Tania Hernández, Saúl Escobar y Citlalli Villafranco (coords.), *El orden del Mercado, el desorden de la Nación. Reformas estructurales y cambio constitucional en México*, México, UACM / Ítaca, 2016pp. 27–69.

- “La novedad de los antiguos: promesas y retos del resurgir de los pueblos como actores políticos”, *El Cotidiano*, junio de 1996, p. 45.
- “¿Y si regresan los pueblos?, problemas y perspectivas de la reconstitución”, *México Indígena*, núm. 2, 2003.
- Coordinador, con Julio Moguel, *Sistemas jurídicos de la pluriculturalidad en México*, México, Casa Juan Pablos / Universidad Indígena de Michoacán, 2004.
- “Las reformas jurídicas sobre derechos indígenas: un largo y sinuoso camino”, en Julio Moguel, *Sistemas jurídicos de la pluriculturalidad en México*, México, Casa Juan Pablos / Universidad Indígena de Michoacán, 2004, pp. 123–134.
- “Irrumpen los pueblos. Primera parte. ¿Quiénes hablaron?”, en Víctor Manuel Meza Rodríguez (ed.), *Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Identidad y organización indígenas de cara al siglo XXI*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas–Coordinación General de Programas y Proyectos Especiales, 2007, pp. 13–30.
- “Seminario Institucional Interno. Mapa temático de la reconstitución y la reforma del Estado”, en Víctor Manuel Meza Rodríguez (ed.), *Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Identidad y organización indígenas de cara al siglo XXI*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas–Coordinación General de Programas y Proyectos Especiales, 2007, pp. 147–153.
- “Irrumpen los pueblos. Segunda parte. Estallidos”, en Víctor Manuel Meza Rodríguez (ed.), *Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Identidad y organización indígenas de cara al siglo XXI*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas–Coordinación General de Programas y Proyectos Especiales, 2007, pp. 199–228.
- “Tendencias de la sociedad civil en México: la puja del poder y la sociedad a fin de siglo”, en Alberto J. Olvera, (coord.), *La sociedad civil: de la teoría a la realidad*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 157–216.
- “La Ciudad de México, instituciones y sociedad civil: Experiencias de una ciudad en transición”, en *Cuaderno de la sociedad civil*, México, Universidad Veracruzana y Fundación Ford, 2001.
- “Volver a pensar la sociedad y la política”, en Lucía Álvarez (coord.) *La sociedad civil ante la transición*, México, Plaza y Valdés, 2002.
- “En el amanecer del siglo: los desafíos a los derechos humanos”, en Manuel Canto Chac (ed.), *Derechos de ciudadanía. Responsabilidad de Estado*, Barcelona, Icaria, 2005, pp. 49–66.
- Coordinador, con Lucía Álvarez y Cristina Sánchez, *Democracia y exclusión, caminos encontrados en la Ciudad de México*, UNAM, UAM–A, UACM, INAH, Editorial Plaza y Valdés, 2006.

- “Democracias vacías: La apropiación por las elites del llamado gobierno del pueblo”, en Lucía Álvarez y Cristina Sánchez, *Democracia y exclusión, caminos encontrados en la Ciudad de México*, UNAM / UAM-A / UACM / INAH / Plaza y Valdés, 2006, pp. 31–42.
- “Después de julio. La modernidad a la mexicana”, en *Metapolítica. La Mirada Limpia de la Política*, núm. 48, vol. 10, 2006, pp. 65–73.
- “Dimensión política de los derechos económicos, sociales y culturales para América Latina”, en AA. VV., *La dimensión política de los derechos económicos, sociales y culturales. Una invitación al debate*, México, Terres des Hommes France-REMISOC, 2006, pp. 19–30.
- Coordinador, con Lucía Álvarez y Cristina Sánchez-Mejorada, *La gestión incluyente en las grandes ciudades*, México, UNAM / UAM-A / INAH / Juan Pablos Editor, 2010.
- “Pensar en tiempos de secas. Ciudadanías y democracias liberales en la ciudad glocal”, en Lucía Álvarez (coord.), *Ciudadanía y nuevos actores en grandes ciudades*, México, UNAM / UAM / Juan Pablos Editor, 2016, pp. 17–44.
- Coordinador, *Historias para temblar: 19 de septiembre de 1985*, México, INAH (colección Divulgación), 1987.
- “La muy noble y sacudida ciudad de México”, en *Historias para temblar: 19 de septiembre de 1985*, México, INAH (colección Divulgación), 1987, pp. 235–245.
- Editor, *El patrimonio vivo y los pueblos. Los terremotos que conmovieron al INAH / Con-temporánea. Terremoto 19-S, Voces e imágenes*, México, Secretaría de Cultura-INAH, 2019.
- “Contla busca su propio camino”, en *El patrimonio vivo y los pueblos. Los terremotos que conmovieron al INAH / Con-temporánea. Terremoto 19-S, Voces e imágenes*, México, Secretaría de Cultura-INAH, 2019, pp. 47–49.
- “¿Temblores de parto? La urgencia de un nuevo acuerdo para convivir”, en *El patrimonio vivo y los pueblos. Los terremotos que conmovieron al INAH / Con-temporánea. Terremoto 19-S, Voces e imágenes*, México, Secretaría de Cultura-INAH, 2019, pp. 87–93.

Publicaciones recientes

- Coordinador e introducción, con Enrique Montalvo, *Entresiglos. Infancias*, México, Bonilla Artigas Editores / INAH, 2023.
- Introducción “La infancia figurada. Los años cincuenta en la memoria”, en *Entresiglos. Infancias*, México, Bonilla Artigas Editores / INAH, 2023, pp. 11–14.
- “Memorias de la patria perdida”, en *Entresiglos. Infancias*, México, Bonilla Artigas Editores / INAH, 2023, pp. 117–139.

- Coautoría, con Diego Prieto, “El camino de la civilización maya”, en *La Nación Maya: Gestación, devenir y resistencia. Maayáaj Lu’umkabal: U síijil, u pachk’iinil yéetel u muuk’ óolal*, México, INAH, 2024.

* Docente investigador de la Dirección de Estudios Históricos–INAH.

¹ Del conjunto de textos, se extraen estos ejemplos: “La vida novohispana en el gobierno colonial y en las industrias”, publicado en 1990; “La formación del Estado en México, 1821–1834. Las utopías oligárquicas conocen sus límites”, en 1977; “El Estado y las políticas económicas en el porfiriato”, en 1981; “La construcción del Estado revolucionario”, en 1988 y “1983: el año del Leviatán”, en 2012.

² José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, México, Era, 1979.

³ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, t. 4, México, Era, 1986.

⁴ Marcello Carmagnani, *El Regreso de los dioses. El proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca, siglos XVII y XVIII*, México, FCE, 1988.

⁵ Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, CIE–SAS / SEP, 1987.

⁶ “Del XVIII al XX en la Nueva España y lo que sigue siendo México (hasta nuevo aviso). Estado y régimen en los fines de siglo” y “Renacer liberal en el fin de siglo XX”, en 2013.

⁷ “Reformar el Estado nación en la época posnacional”, en 2016.

⁸ “La novedad de los antiguos: promesas y retos del resurgir de los pueblos como actores políticos”, publicado en el año 1996; “¿Y si regresan los pueblos?, problemas y perspectivas de la reconstitución”, en 2003; “Las reformas jurídicas sobre derechos indígenas: un largo y sinuoso camino”, en 2004; y tres textos que aparecieron en una publicación colectiva del año 2007: “Irrumpen los pueblos. Primera parte. ¿Quiénes hablaron?”; “Seminario institucional interno. Mapa temático de la reconstitución y la reforma del estado”; y por último “Irrumpen los pueblos. Segunda parte. Estallidos”.

⁹ “Tendencias de la sociedad civil en México: la puja del poder y la sociedad a fin de siglo”, en 1999; “En el amanecer del siglo: los desafíos a los derechos humanos”, 2005 y “Dimensión política de los derechos económicos, sociales y culturales para América Latina”, 2006.

¹⁰ “La Ciudad de México, instituciones y sociedad civil: Experiencias de una ciudad en transición”, 2001; “Volver a pensarla sociedad y la política”, 2002; y en 2006 se publicaron “Democracias vacías: la apropiación por las elites del llamado gobierno del pueblo” y “Después de julio. La modernidad a la mexicana”.

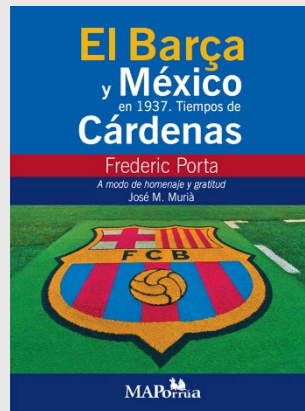
¹¹ Lucía Álvarez (coord.), *¿Una ciudad para todos? La ciudad de México, la experiencia del primer gobierno electo*, México, UNAM–CIICH / UAM–A–División de Ciencias Sociales y Humanidades / Conaculta–INAH, 2002; Lucía Álvarez, *Democracia y exclusión, caminos encontrados en la Ciudad de México*, México, UNAM–CIICH / UAM–A, UACM / INAH / Plaza y Valdés 2006; Lucía Álvarez et al., *La gestión incluyente en las grandes ciudades*, México, UNAM–CIICH, 2010, y *Ciudadanía y nuevos actores en las grandes ciudades*, en el que colaboré con el ensayo “Pensar en tiempos de secas. Ciudadanía y democracias liberales en la ciudad glocal”, en 2016.

¹² Luis Barjau (coord.), *Multitud de soledades. Crónicas de la pandemia*, México, Secretaría de Cultura–INAH (Cátedra Carlos Monsiváis), 2022.

¹³ Se registran las publicaciones referidas en la entrevista.

El Club Barcelona y México. Cardenismo, resistencia y memoria

Frederic Porta, *El Barça y México en 1937. Tiempos de Cárdenas*,
 México, Miguel Ángel Porrúa, 2022.



Monserrat Cabrera Castillo*

Este breve libro ejemplifica de manera elocuente lo placentero que resulta combinar una pasión con el quehacer diario. Es evidente que el fervor por un equipo inspiró a Frederic Porta a redactar un texto tan enriquecedor y ameno. En cada sección no sólo se aprecia la destacada labor de investigación, sino también los sentimientos que la acompañan, desde la crítica, expresada con respeto por la falta de memoria, hasta un orgullo por los triunfos obtenidos por el club en tierras americanas.

Eduardo Galeano ya había mencionado un poco de las hazañas de los equipos españoles de fútbol durante la Guerra civil española:

[...] dos equipos peregrinos fueron símbolos de la resistencia democrática. Mientras el general Franco, del brazo de Hitler y de Mussolini bombardeaba a la República española, una selección vasca recorría Europa y el Club Barcelona disputaba partidos en Estados Unidos y México. El gobierno vasco envió al equipo Euzkadi a Francia y a otros países con la misión de hacer propaganda y recaudar fondos para la defensa. Simultáneamente, el Club Barcelona se embarcó hacia América. Corría el año de 1937, y ya el presidente del club había muerto bajo las balas franquistas. Ambos equipos encarnaron, en los campos de fútbol y también fuera de ellos, a la democracia acosada.¹

Siempre se abordaba el tema de diferentes maneras, desde entrevistar a un solo jugador y enlazarlo con su propio proceso de vida,² un pequeño documental con entrevistas a un jugador y sus descendientes, pero todo siempre desde el pasado. Porta, en cambio, ofrece una perspectiva desde el presente y el olvido, o como él lo denomina, una “asignatura pendiente”.

Abordar el tema del fútbol despierta diversas pasiones, desde el fervor por la camiseta hasta el menosprecio, por considerarlo una idolatría o una descalificación, tildándolo de “opio del pueblo”. En los últimos tiempos, este deporte se ha vinculado con la violencia dentro y fuera de los estadios, la corrupción y hasta como un negocio de grandes corporaciones y políticos. Escribir sobre fútbol no es tarea sencilla, pero Porta comprende que contar la historia de un club conlleva más que relatar el pasado: requiere de considerar sus espacios y símbolos, la falta de memoria, las personalidades de sus fundadores, sus relaciones con otros personajes y sus posesiones, como los periódicos, que influyeron en su creación y supervivencia.

En su libro, Porta ofrece una manera prodigiosa de abordar el fútbol, no como un ente abstracto, sino como un organismo que se adapta a la economía, la política y las aspiraciones generales de la sociedad. No se puede ver a los equipos como entidades aisladas, sino como sujetos que se transforman, crecen y perduran gracias a los contextos, tanto locales como mundiales.

El libro consta de dos secciones principales. La primera, un prólogo de José María Muriá³ sobre Frederic Porta, donde describe el exitoso proceso del autor como periodista deportivo y su vínculo con lo que el equipo simboliza a niveles sociales y políticos. Muriá destaca que, en el caso de este club, no se puede separar la política del fútbol, ya que el Barcelona no sólo ha sido un instrumento para el sentimiento nacionalista catalán, sino que lo ha preservado y defendido. Retomando hasta una parte del himno, Muriá nos muestra cómo este equipo es más que un club: representa el deseo de un país independiente. Por eso, a pesar de la opresión sufrida, en cada partido resuenan en las gradas no sólo las estrofas, sino el deseo de un país autónomo.

La segunda sección es el texto escrito por Porta, compuesto por 21 pequeños apartados que presentan primero el presente del club, describiendo su espacio, sus símbolos, vivos o no, y mencionando su deuda con México. A través de retratos, notas periodísticas, registros de partidos, migración y el contexto español, el autor narra el proceso de creación del equipo, la vida de su fundador, el plan para salvaguardar al club y los eventos durante la Guerra civil, la dictadura franquista, el bombardeo a la sede social del equipo y su confiscación, el cambio del nombre y hasta del escudo.

El núcleo del texto es el “plan de acción” del club durante la gira por México en 1937. Esa gira abarcó 14 juegos y duró casi cuatro meses. La ganancia en efectivo permitió al equipo sobrevivir. La historia revela cómo el Barcelona se convirtió en un embajador deportivo de la Segunda República, defendiendo la democracia en un momento crucial.

El Barça siempre ha tenido una identidad catalanista con un componente republicano que lo enemistó con la monarquía y dictadura que surgió después de que el rey Alfonso XIII delegara el poder a su hombre de confianza, Primo de Rivera, quien

clausuró el campo y obligó a dimitir a su presidente Hans Gamper, lo que derivó en abucheos de la porra barcelonista durante la interpretación de la Marcha Real.

En 1936, el entonces presidente del club, Josep Suñol, fue asesinado por las tropas del ejército franquista cuando era diputado en el Congreso. Durante la dictadura de Franco, el nuevo presidente, Francesc Xavier Casals, fue encarcelado y el club prácticamente secuestrado como castigo por su apoyo a la causa republicana. En 1937 España vivía momentos muy difíciles con la Guerra civil, y rechazaba tajantemente todo lo que tuviera que ver con el catalanismo, pues como es bien sabido, este era la resistencia.

El presidente de México, Lázaro Cárdenas, acogió a miles de refugiados españoles, solidarizándose con la causa republicana, reprobando la guerra y desconociendo a los franquistas. Como es bien sabido, al puerto veracruzano llegó el navío *Mexique*, que transportaba a 456 niñas y niños hijos de republicanos, los famosos “Niños de Morelia”. Pero los niños no viajaron solos, pues también llegaron los jugadores y miembros de El Barça, quienes de manera muy diplomática fueron invitados a jugar en el país. Varios fueron los equipos a los que se les invitó para así dar cátedra de su excelente juego, y también como embajadores.

Así pues, el Club Barcelona se embarcó con destino al continente americano. La invitación era para que recorriera México. El equipo llegó a nuestras tierras el 7 de junio de 1937; aunque su gira contemplaba siete partidos,⁴ en realidad jugaron 14, a lo largo de casi cuatro meses, llegando incluso a Nueva York. La gira implicaba una ganancia en efectivo, sobre todo con financiación privada y un complejo instrumento de garantías financieras, mismas que permitieron sobrevivir, no sólo pagando deudas y haciendo crecer al equipo, sino también enviando recursos a las familias de sus jugadores en la convulsa España. Hubo que depositar el dinero en un banco francés para que no fuera confiscado. De esta forma el club evitó su disolución.

La sobrevivencia de ese Barça se debió también al valor, el juego y el poder de adaptación de cada uno de los integrantes, pues si bien muchos de ellos aún guardaban la esperanza de volver, la mayoría echó raíces en México.

Tras tres meses de gira, jugadores, directivos y el cuerpo técnico tuvieron que decidir entre regresar a Barcelona o quedarse en América como exiliados. La mayoría optó por quedarse en México, integrándose a equipos locales o alejándose del deporte. Tal fue el caso de Martí Ventolrà, quien trabajó en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes y heredó a sus hijos el amor por el fútbol y por México, tanto que uno de sus hijos jugó con la selección mexicana en el Mundial de 1970.⁵

En resumen, este libro plasma una etapa crucial del club, transmitiendo una memoria de resistencia, valor y coraje. No sólo es un discurso histórico de dos naciones, sino también un recuerdo perdurable de un equipo que ha valido la pena, es decir, según Roberto “Negro” Fontanarrosa, aquel que permanece en la memoria.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia.

¹ Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra*, México, Siglo XXI, 2008, p. 39.

² Ana Cruz Manjarrez, “La gira por México que le salvó la vida al Barcelona”, Vice en Español, disponible en <https://www.vice.com/es/article/qv4n83/la-gira-por-mexico-que-le-salvo-la-vida-al-barcelona>, consultado el 29 de noviembre de 2023.

³ Historiador mexicano por la Universidad de Guadalajara y doctorado por El Colegio de México en 1969, actualmente investigador del INAH. Es especialista en el estudio del exilio republicano español.

⁴ El equipo catalán ha disputado 10 partidos en territorio mexicano, con un saldo de ocho victorias y sólo dos derrotas, ante el equipo América en 2003 y ante el Asturias, en los años cincuenta; sus ocho victorias: 2-1 vs. Atlante, en dos ocasiones, 5-4 vs. Club España, 3-2 vs América, 5-2 y 3-2 vs. la selección mexicana, y 7-2 vs. ADO Veracruzano.

⁵ Cruz Manjarrez, *op. cit.*

Dos fotolibros imperdibles: *Existo porque resisto* y *La línea*

Francisco Mata Rosas, *La línea. Apuntes sobre la frontera norte*, México, UAM–Cuajimalpa, 2022; *Existo porque resisto*, México, Raya, 2022.



Rebeca Monroy Nasr*

Este breve texto reseña dos fotoproducciones realizadas por Francisco Mata con el apoyo de diseñadores, editores e impresores. Se trata de una alta gama de trabajos a color y en blanco y negro, precisos e impresionantes.

Quiero comenzar recordando que conocí a Francisco Mata cuando éramos jóvenes, peinábamos sendas cabelleras negras, portábamos cámaras y usábamos película blanco y negro, en la era de la fotoquímica o fotografía analógica. Él tenía entonces un socio y amigo, Eniac Martínez, con quien hacía cosas increíbles. Puedo resaltar, por ejemplo, el libro *Litorales*, donde cada uno puso su granito de arena. Trabajaron en el diario *La Jornada*, fueron de los jóvenes que dejaron una clara huella allí, junto con otros que rompieron los cartabones del fotoperiodismo en México. Eniac era hijo del gran político mexicano Gonzalo Martínez Corbalá, un hombre con convicciones firmes y claras, y que, cuando era embajador plenipotenciario en Chile, sacó a la familia del presidente Salvador Allende tras el golpe de Pinochet.

Luego, cada uno siguió su camino cámara al hombro e hicieron fotografía documental desde diferentes posiciones. Francisco Mata siguió un trabajo arduo, estudió una maestría en Artes Visuales en la UNAM y ese vaivén entre la academia y sus necesidades expresivas y visuales lo ha distinguido de sus colegas y contemporáneos. Soy fan de sus imágenes documentales, como aquella de la muerte-calavera que encontró saliendo del metro en noviembre, durante los días de muertos. O la de aquella niña convertida en Salinas de Gortari por una máscara que ocultaba su rostro, como lo hacía el propio expresidente al ocultar todas su triquiñuelas y crímenes del sexenio. Otras más, aquella serie del Sábado de Gloria en una alberca saturada de gente, en donde un clavadista fue captado por su cámara en el momento en que su cuerpo hacia una perfecta línea horizontal y parecía caer sobre la multitud de los mirones

acuáticos debajo de él, o aquel beso húmedo que dos se dieron en la alberca; o la viejita que escapaba de la marea de bañistas y el hombre del sombrero que se ve en medio de lo que parece una alberca-olla-caldo de cultivo, imborrables de la memoria.

En esa etapa, Francisco Mata fotografiaba en blanco y negro, con película que debía revelarse muy hábilmente en el cuarto oscuro para obtener una amplia gama tonal, un rollo de 35 milímetros en que se buscaban los mejores resultados: a veces sólo una de las 36 tomas satisfacía al autor. No sé cuántos rollos haya tomado Paco Mata en esos años, me encantaría saberlo, ni cuántas fotos llegó a realizar bajo ese formato en perfecto blanco y negro, pero sin duda ese número confirmaría su tenacidad irrevocable.

Luego, decidió independizarse y abrazar otras contiendas más allá del fotodocumentalismo y del fotoperiodismo. Pues no sólo adoptó la fotografía digital, sino todas las variables que se han sucedido en esta nueva manera de atrapar las imágenes en el mundo virtual. Me parece que esto hace mucho más interesante el trabajo de Mata, porque no se detiene, no para, se deja ir y aprecia los cambios, los hace suyos, incluso los persigue. Y eso lo mantiene presente en nuestro ámbito. Recuerdo lo que él mismo señaló: hemos matado tantas veces a la fotografía, y tal vez cambió el formato, las formas de aprehensión, el soporte (daguerrotipo, talbotipo, ambrotipo, *carte de visite*, colodión húmedo, papel salado, aristotipia, albúmina, placa seca, plata sobre gelatina, pixeles...), pero aquí está ella, pletórica de imágenes y mostrando sus capacidades cada vez más amplias. Conuerdo con él: la foto muere y vive de nuevo, como lo ha señalado nuestra investigadora y filósofa Laura González.¹

Tuve la oportunidad de exponer el trabajo de Francisco Mata en un evento en la Universidad de Toulouse II-Le Mirail, Francia, como parte de un proyecto que realizó la investigadora Marion Gautreau. Fue una experiencia inolvidable colocar las imágenes de Mata en las paredes de la biblioteca de esa institución y ver cómo reaccionaban los visitantes ante las imágenes del muro fronterizo que en ese momento deseaba levantar el entonces presidente estadounidense Donald Trump, por ahí del 2017.

Por todo lo antedicho, quiero abordar el resultado de años de trabajo artístico en dos grandes libros que muestran una creatividad efervescente, que van más allá del mero trabajo fotográfico y trasladan el discurso a otras líneas. Me refiero a pasar desde el momento de la toma fotográfica al discurso editorial, para que el mensaje cobre forma en un fotolibro.

La línea: apuntes desde la frontera norte cuenta con la edición fotográfica del mismo Mata, que para el diseño editorial colaboró con Jorge López Vela, uno de los más experimentados diseñadores de fotolibros de México. En este libro es posible ver la primera presencia del día, los rayos solares, nutriendo esa línea, imaginaria pero que ha resultado más real, marcada y determinada con cada gobierno estadounidense que pasa. Me parece que han ido haciendo esa línea imaginaria más concreta, más incisiva, más dolorosa; ahora, Francisco Mata la visualiza de manera clara e inquietante. Su fotografía muestra cómo, al otro lado de esa línea, los gobiernos “güeros”

se aprovechan de nuestras condiciones sociales y económicas para enriquecerse, avanzar sus intereses y volver el panorama aún más desolador.

Ahí están los muertos que se quedaron en el camino, los que dejaron atrás familias, los que los llevaron con ellos a un camino de sufrimiento. Ahí están durmiendo su sueño, que se vuelve pesadilla en fotos de grandes texturas, noches insomnes. Aparecen quienes cruzan a pie, quienes a nado, los que se quedan en esas aguas, los que se arrepienten, los pies adoloridos, los bolsillos vacíos por cruzar esa línea imaginaria.

Mata emplaza su cámara especialmente en los rostros. Nos hace leer la desesperación, la angustia o la fortaleza, desdobra la imagen en sus submundos para conectar una página a otra, porque tiene un ojo privilegiado que encuentra lo más inusual, lo inesperado. Se observa un gran trabajo editorial en este diálogo de las imágenes: cada una tiene su gramática propia como una frase contundente, pero el conjunto construye un ensayo visual de gran alcance. Como en todo buen libro, abundan los elementos intertextuales, que provocan una extensa reflexión sobre ese infierno lineal del muro y sus recovecos.

Y con ese sabor de fraseo visual, de narraciones complejas, paso al otro libro: *Existo porque resisto*. El propio autor y Santiago Escobar-Jaramillo se encargaron de la edición; luego, Escobar-Jaramillo y Mireya Guerrero Cercos realizaron el diseño. Por supuesto, los textos y las fotos corren a cargo de Mata. Todo ello importa porque estamos ante un trabajo con un diseño editorial, gráfico y fotográfico detallado, que te hace repensar tu papel urbano, te detiene, quieto como el hombre de la bandera a cuerdas (primera imagen del libro) para ver qué estamos haciendo. O aquella otra: en algún punto del viaducto Miguel Alemán, una enorme águila se posa sobre las paredes tricolores de una casa deteriorada, los ladrillos caídos, la pintura desgastada, y a pleno vuelo entre guirnalda presume su corona de laureles. La maravillosa ave emerge de las entrañas más profundas de la urbe, para salir airoso, entre rejas, escaleras y cemento: ¿así o más simbólico?

Es una ciudad que gracias a (o a pesar de) los siglos, de los habitantes locales, inmigrantes y paseantes (y de ahí el sentido del título del libro), lleva una existencia violenta pero aguerrida, inhóspita pero sobrepoblada, inclemente pero amorosa. Todos los contrastes sociales, políticos, ideológicos o culturales se dan cita en su crisol, como vemos en una escena de albercas, de esas que le gustan a Francisco Mata. Él nos va mostrando los contrastes de la ciudad, hielo en el pavimento y esculturas pintadas, cuerpazos de guerreros prehispánicos convertidos luego en volcanes.

Son esas cifras del diario vivir las que más llaman mi atención. Cajas de refrescos, colores en las paredes, llantas, ropa tendida, costales apilados en una puerta que no llega a ningún lado, huacales, cemento y varilla (los sostenes del optimismo de “algún día haré el segundo piso de mi casa...”). Gallos gigantes junto a yogures griegos enormes, un rostro gigantesco escultórico, entre los desechos y el constructo de las paredes del hogar, junto a un rosa mexicano de fachada. Superhéroes en contrapicada junto a músicos, una planta rítmica de *vochos* verdes que parecen sembrados frente a los verdes cortinajes falsos y semáforos que compiten junto a un gran árbol. Francisco Mata introduce todo eso a modo de “hipertextos”, elementos que saltan de su página y se hacen realidad en la vida a nuestro alrededor. Impresos

en un papel diferente, en tamaño especial, nos dejan en claro el acento que el autor quiere otorgarles.

El autor de *Existo porque resisto* sabe cómo editar, resaltar, profundizar conceptos y dar rienda suelta a su creatividad. Conoce a fondo los instrumentos de su trabajo, como la cámara digital y la fotoquímica, y ha dado el salto al trabajo híbrido, sin temor a equivocarse, para ahora llevarlo a un plano material que parezca virtual. Su libro nos hace un retrato auténtico, casi una alabanza, de lo que somos los chilangos, de cuántos desaires hemos vivido por el deseo, paradójicamente, de mejorar nuestra vida.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Laura González-Flores, *La fotografía ha muerto, ¡viva la fotografía!*, México, Herder México, 2018.

1968 en los archivos universitarios

Francisco de la Cruz Vázquez, Luz María Jiménez Molotla y Leticia Medina Rodríguez, *Memoria documental del movimiento estudiantil de 1968*, México, Universidad Nacional Autónoma de México–Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2023.



Cuauhtémoc Velasco Ávila*

El movimiento estudiantil que ocurrió en México en 1968 dejó honda huella en la sociedad mexicana al poner a la vista el autoritarismo del régimen priista y la necesidad de que la población le hiciera frente demandando “libertades democráticas”. Las historias que se han publicado al respecto son múltiples, y de igual manera son múltiples los aspectos que podemos indagar al respecto. Siguen siendo importantes la denuncia de los horrores y excesos cometidos por las supuestas “fuerzas del orden” y el señalamiento de los culpables, pero es cierto que en ese mismo contexto se vivieron una infinidad de historias personales e institucionales que vale la pena rescatar para formarnos una visión más completa y diversa de los acontecimientos, de sus consecuencias sociales y de la manera como aquellos hechos modificaron la vida de las personas involucradas directa o indirectamente.

Voy a comenzar por una vivencia personal en torno al 2 de octubre, que como dice la consigna, no se puede olvidar. Tenía yo 14 años de edad, estaba en secundaria y mis dos hermanos en preparatoria. Desde el inicio de movimiento estudiantil estuvo mi familia interesada e involucrada en lo que ocurría. Estaba mi madre impresionada por la represión en las manifestaciones de junio, en especial por el bazucazo en la puerta de la Prepa 1 y la toma de las instalaciones universitarias. Recuerdo haber asistido con ella a la banqueta de la avenida Reforma, donde fuimos testigos de las enormes manifestaciones de septiembre. En la última de ellas mi hermano Héctor,

que era activista del movimiento, resultó lesionado por un cohete que le explotó cerca de la cara y le hirió un ojo. Ello provocó que fuera hospitalizado y así tal vez salvó la vida, porque no pudo asistir a la Plaza de las Tres Culturas.

El impacto de la represión atroz del 2 de octubre para mí fue enorme. Aunque todos esperábamos una reacción del gobierno que evitara las consecuencias que podía tener el creciente movimiento en los Juegos Olímpicos, no podía yo creer que se hubiera optado por una matanza de estudiantes. En el departamento en que vivíamos, supimos por llamadas telefónicas lo que estaba sucediendo en Tlatelolco. Escudriñamos en la radio, la televisión y luego en los periódicos las noticias que dieron indicios deformados de lo que había sucedido. En medios de comunicación todo estaba controlado por el gobierno, se decía que los miembros del Consejo Nacional de Huelga (CNH) estaban armados y que habían disparado contra los soldados. Los titulares de los periódicos del día siguiente culpaban a los estudiantes: “Recio combate al dispersar el Ejército un mitin de huelguistas”, decía el *Excelsior*; *El Heraldo* encabezó: “Energía contra los alborotadores”; *El Sol de México* tituló: “Manos extrañas se empeñan en desprestigiar a México. El objetivo: frustrar los XIX Juegos”; *Novedades* dijo: “Balacera entre francotiradores y el Ejército, en Ciudad Tlatelolco”. Recuerdo algunas fotografías en *Excelsior* que mostraban tanques y soldados cerca de la unidad habitacional. Con los días se supo el desenlace: incontables muertos y heridos, cientos de detenidos.

Después de eso, el silencio, el silencio cómplice de la prensa... y a los pocos días la inauguración de los XIX Juegos Olímpicos.

Esto solamente para ubicarme en aquel momento.

Este libro, *Memoria documental del movimiento estudiantil*, coordinado por Francisco de la Cruz Vázquez, Luz María Jiménez Molotla y Leticia Medina Rodríguez, se propone, según se indica en la introducción, aportar un conjunto de artículos de utilidad para historiadores, científicos sociales y ciudadanos interesados en el movimiento estudiantil de 1968, para construir (o reconstruir o seguir construyendo) a partir de los archivos esa necesaria historia, ponderando su valor informativo y sus posibilidades de investigación.

Mirar la sociedad desde los archivos tiene sus particularidades:

- 1) Muchos de los trabajos sobre el 68 son testimoniales. Parten de experiencias personales o grupales que se traducen en ejercicios memoriosos, principalmente de los dirigentes o de las víctimas de la represión, de los encarcelados o de quienes perdieron seres queridos. Otros se apoyan en los periódicos o fuentes publicadas de la época (que no son pocas).¹
- 2) La mirada desde los archivos es principalmente una óptica institucional o institucionalizada. Es el conjunto de documentos que alguna entidad guardó, conservó y ordenó, mismo que en el mejor de los casos, los archivistas, partiendo del “principio de procedencia”, tiempo después clasificaron y pusieron en condiciones para su consulta pública.

- 3) Desde luego, aquí se agregan los conjuntos documentales y gráficos de donantes a un fondo o biblioteca para dejar testimonio de una visión personal o de algo que circunstancialmente les tocó vivir.
- 4) Los archivos contienen por definición una mirada parcial, estática, sobre todo porque la institución que los contiene o conserva, por lo regular, no está enfocada a lo que los historiadores queremos averiguar.

El movimiento de 1968 fue, sin duda, un parteaguas en la política mexicana, pues al luchar por las libertades democráticas marcó, como se dice en la introducción, “las pautas del cambio a seguir en México”, y reveló con toda claridad a quienes pugnaban por el cambio político y social que el Estado autoritario, personificado en el PRI-gobierno, era el enemigo a vencer.

Los autores de este libro han abrevado en distintos depósitos documentales que les han permitido rescatar datos, imágenes y reflexiones sobre la actividad de los estudiantes y de las autoridades universitarias, así como del Estado represor. Dice Francisco de la Cruz que “este ejercicio busca permitir a los ciudadanos enfrentar el olvido, la impunidad y la amnesia colectiva”, lo que no es poca cosa, porque no hay peor resultado en un movimiento social que el ocultamiento y la negación (es decir, el olvido forzado) que sobreviene después de una represión brutal, como la del 2 de octubre. Aquí se rescata la visión de los archivos, pero sobre todo, se aprovecha la experiencia de quienes han trabajado por mucho tiempo dentro de los archivos.

En el ensayo inicial, Gustavo Villanueva Bazán² presenta y analiza un expediente de la Secretaría Particular de la Rectoría de la UNAM, que contiene documentos que pasaron por esa oficina en 1968. Los primeros escritos se refieren a actividades rutinarias, pero luego comienzan a aparecer algunos que reflejan la inquietud de los estudiantes y de la comunidad universitaria. Desde el inicio del conflicto aparecen opiniones del carácter terrorista o comunista del movimiento y los temores sobre los posibles cambios que puedan suceder. También se reflejan las ideas de los propios activistas, aunque con diferentes posturas ideológicas y políticas características de las dirigencias estudiantiles de ese momento. Esas diferencias se van diluyendo a medida que la represión unifica el movimiento. El rector contribuye a ello en su decidida defensa de la autonomía universitaria y su participación personal en la manifestación del 31 de julio. La toma de la Universidad el 18 de septiembre provocó muchas reacciones que se pueden consultar en los documentos del expediente, entre ellas, la renuncia de Javier Barros Sierra a la rectoría, de la cual reproducimos un párrafo:

La Universidad es todavía autónoma, al menos en las letras de la ley, pero su presupuesto se cubre en gran parte con el subsidio federal y se puede ejercer sobre nosotros toda clase de presiones. Por ello es insostenible mi posición como rector, ante el enfrentamiento agresivo y abierto de un grupo gubernamental. En estas circunstancias, ya no puedo servir a la Universidad, sino que resulto un obstáculo para ella.

Éste es sólo un ejemplo de los importantes documentos que se pueden consultar en el expediente analizado por Gustavo Villanueva. Luego incluye un listado de los estudiantes detenidos y de varios documentos posteriores a la matanza del 2 de octubre.

Georgina Flores Padilla³ analiza los documentos sobre los estudiantes presos, mismos que demandaron la continuación de sus tareas académicas, para lo cual exigieron la entrega de libros y materiales didácticos. El director de la cárcel del Distrito Federal impedía que les llegaran esos materiales a los alumnos de preparatoria, pero el abogado de la Universidad hizo que se cumpliera la demanda de los prisioneros. Así mismo, los alumnos de la Facultad de Ingeniería en agosto de 1969, recluidos en Lecumberri, solicitaron libros que les hacían falta y el abogado de la UNAM les informó que hacían lo posible por conseguirlos y hacerlos llegar. En ese caso interesa que el profesor Heberto Castillo, también preso, se ofreció a preparar a los alumnos de ingeniería para sus exámenes, con lo cual estuvo de acuerdo el rector. Brinda la autora otros datos sobre la importancia que daban los estudiantes a sus tareas curriculares aún recluidos en las cárceles.

En su contribución sobre los días que siguieron a la matanza del 2 de octubre, Gloria Celia Carreño Alvarado⁴ presenta una serie de preguntas que se hacían los estudiantes, profesores y ciudadanos después de la matanza de Tlatelolco: ¿cuál era la conciencia de lo sucedido? ¿Qué suerte correrían los detenidos y acusados? ¿Sería pertinente regresar a clases? En lo personal, recuerdo con mucha intensidad lo que yo me preguntaba entonces: ¿cuándo comienza el levantamiento popular en contra de este régimen autoritario?

Gloria Carreño utiliza la prensa para destacar el miedo colectivo, mientras la gente se ocupaba de buscar a los parientes presos o muertos. La sociedad quedó estupefacta y paralizada frente a la masacre perpetrada desde el poder gubernamental. Un documento emitido por la Dirección General de Asuntos Jurídicos de la UNAM comenta: “Se quería acabar con el ‘foco de agitación’ y que se garantizara la tranquilidad durante los Juegos Olímpicos”.

En los documentos recuperados por la autora se atestigua que el jueves 3 de octubre la Secretaría de Relaciones Exteriores envió a muchas embajadas un texto para minimizar los hechos, en que se afirmaba que habían sido exclusivamente en Tlatelolco y que habían sido provocados por francotiradores que dispararon contra el Ejército. Se aseguró que la situación estaba controlada y la ciudad tranquila. Ese mismo día, en cambio, un comunicado de la Universidad hablaba ya de 30 muertos, 55 heridos y numerosos detenidos en el Campo Militar Número 1. El 4 de octubre la prensa testificaba la huida de habitantes de Tlatelolco, que habían quedado en medio de un campo de batalla. Atestiguaba también la llegada de familiares al centro médico forense, buscando algún pariente que en realidad no deseaban encontrar ahí. El 5 de octubre el Consejo Nacional de Huelga anunció en conferencia de prensa que el movimiento continuaría pese a la represión. El 8 de octubre se capturaron otros dirigentes, mientras *El Nacional* afirmó: “la causa Olímpica ayuda a borrar la sinrazón bélica y a asegurar la supervivencia humana”, citando a Gustavo Díaz Ordaz. Gloria Carreño se pregunta si el presidente pensaba que la milagrosa llama olímpica borraría la masacre.

Interrumpe aquí la enumeración corrida de los días siguientes y salta hasta el 22 de octubre. Creo que aquí falta una contestación a las preguntas formuladas al inicio, así como una referencia a la impactante conmoción que significó la inexplicable matanza de estudiantes, la impotencia ante tal acto de represión, seguida el 12 de octubre de la espectacular inauguración de los XIX Juegos Olímpicos, los cuales por primera vez se transmitían de manera simultánea al mundo entero. Quienes habíamos visto o participado en el movimiento teníamos la esperanza de que, una vez pasada esta pausa deportiva, vendría la verdadera reacción popular de un movimiento político que derribara el atroz régimen de Díaz Ordaz.

El 22 de octubre retoma el hilo Gloria Carreño con un hallazgo más en el archivo, un comunicado en que Luis Echeverría, secretario de Gobernación y responsable en gran parte de lo sucedido en Tlatelolco, expresó su disposición de recibir a representantes de maestros y estudiantes para resolver el conflicto. Vienen otras referencias a hechos posteriores, que son estampas del impacto social que tuvo el movimiento en el largo plazo.

Para su estudio, Oralia García Cárdenas⁵ consultó una colección de cuatro mil fotografías realizadas por Manuel Gutiérrez Paredes, enviado de Luis Echeverría Álvarez para documentar los sucesos de 1968 desde un punto de vista oficial. Esta colección fue adquirida por el Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM) en el año 2000 y tocó a la autora hacer una valoración de la misma para proponer una manera de ordenarla y catalogarla. Se aprecian allí series de imágenes sobre manifestaciones, pintas, mantas, carteles y caricaturas. Hay también algunas imágenes de bombas molotov, armas y propaganda “subversiva”. La serie más interesante retrata estudiantes detenidos en varios de los actos estudiantiles, incluso del 2 de octubre. Dice la autora del texto que el valor de esta colección consiste en que fueron tomadas con la intención de responsabilizar a los estudiantes del conflicto; pero al fin fueron utilizadas en 2006 por la Fiscalía Especial de Movimientos Sociales y Políticos del Pasado para mostrar la responsabilidad del gobierno mexicano en la represión estudiantil.

Enrique Lira Soria⁶ trabajó el Fondo Fernández López Arias, quien fue gobernador del estado de Veracruz y reunió un gran número de copias de los informes secretos de agentes infiltrados en el movimiento estudiantil. Detalla el autor la manera en que fueron recibidos los documentos por el AHUNAM, su estado de conservación y la manera como fueron organizados y catalogados para su consulta. Resalta que estos informes pueden servir para observar las diferentes organizaciones que se adhirieron al movimiento y el acelerado crecimiento de éste. Contiene una visión diferente a la del ámbito estudiantil y de alguna manera reproduce los diálogos e ideas que se expresaron a lo largo de las asambleas y reuniones estudiantiles. Desde luego, la veracidad de estos documentos no se puede comprobar, pero cree el autor que las afirmaciones que dejaron asentadas los agentes fueron elementos importantes que detonaron o provocaron la intervención del Ejército y los cuerpos policiacos. A pesar de todo, se puede percibir ahí que no había una “lógica bélica” de parte de los estudiantes, ni fue reportada algún tipo de instrucción militar o adquisición de armamento. La breve descripción que nos ofrece de los documentos invita a explorar de manera sistemática, sobre las intenciones, los conceptos y la información vertida a las autoridades.

Leticia Medina Rodríguez⁷ explora el fondo de Esther Montero y Ana Ortiz de Ruiz, quienes reunieron una apreciable cantidad de documentos que se fueron generando espontáneamente a lo largo del movimiento estudiantil. Son volantes, manifiestos, caricaturas, carteles, fotografías, entre otros impresos reunidos en 22 expedientes. Contiene también algunos periódicos, revistas universitarias y de otros semanarios como *¿Por qué?* y *Siempre!* “Esther Montero recopiló estos materiales *ex professo* para conformar un acervo, para lo cual recorrió los comités de lucha de las facultades y escuelas de la Ciudad Universitaria” y otros planteles educativos ubicados en la Ciudad de México.

También presenta la autora un resumen e imágenes de la colección de Ricardo Salazar Ahumada, quien fue fotógrafo del suplemento *La Cultura en México*. Retrató este fotógrafo varias generaciones de escritores, poetas, intelectuales, dramaturgos, científicos, pintores, músicos, actores y escultores, mismos que en su mayoría se solidarizaron con el movimiento de 1968. Se incluye aquí la referencia a un desplegado aparecido en *El Día* el 11 de agosto, en el cual una buena cantidad de intelectuales rechazan erigirse como “centro del proceso revolucionario”, sino que su tarea es entregarse a las luchas populares y contribuir a que los obreros, campesinos y empleados “entiendan que sus problemas no son sino el reflejo de situaciones generales y el fruto de la explotación desenfrenada que sufren”. Nos dice la autora que “a partir de esta adhesión, los artistas, intelectuales y escritores participaron activamente en el movimiento y en los eventos organizados por el Comité Nacional de Huelga”.

Luz María Jiménez Molotla⁸ relata la historia de Esther Villalón Rodríguez, quien fue una deportista destacada desde los años cuarenta y hasta fines de los cincuenta del siglo XX. Trabajó como profesora de educación física en varias escuelas, incluso en la Preparatoria 5 hasta 1970, y durante el movimiento de 1968 fue integrante del sector docente universitario, alentando a sus alumnos para participar en la lucha estudiantil. En 2017 Esther Villalón donó su fondo documental al AHUNAM, mismo que contiene toda su historia como deportista, pero también refiere su actividad en el movimiento de 1968. Concluye la autora: “A partir de 1968 las mujeres multiplicaron su presencia en la política, la economía y los recintos educativos y gremiales, en el seno de las instituciones de educación superior generaron, sistematizaron y analizaron su situación de género, apoyando iniciativas y políticas públicas en favor de las mujeres”. No cabe duda que es así, pues se ha verificado en la presencia creciente de las mujeres en los mayores puestos públicos de nuestro país.

Francisco de la Cruz⁹ refiere, a través del estudio de los fondos archivísticos, la guerra de información que entablaron los estudiantes en huelga contra los periódicos y medios controlados por el Gobierno Federal y de la Ciudad de México. Desde los mimeógrafos de las preparatorias y facultades de la Universidad se elaboraban una gran cantidad de volantes, carteles, caricaturas y diversos materiales que servían para hacer propaganda de las demandas de los alumnos en huelga, quienes después recorrían las calles de la ciudad para entregar en mano esos papeles, recabando algunos recursos para dar continuidad a la lucha.

Recuerdo que el proceso de un volante informativo iba desde la redacción, en que intervenían todos los miembros de un comité de lucha, pasando por la elaboración

cuidadosa del estencil, su colocación en el mimeógrafo, la tinta y el papel, la realización de diversas pruebas hasta que el volante resultara legible y, finalmente, el tiraje. Era un proceso complicado que no siempre tenía buenos resultados y muchas veces había que repetir desde el principio. Era emocionante, enteramente artesanal, comparado con las rotativas de los periódicos. Sólo la participación y el interés masivos de los estudiantes permitieron que esta forma elemental de comunicación pudiera contrarrestar a los periódicos y medios de comunicación. Comenta Francisco de la Cruz:

Elaborados con el objetivo de mostrar a la opinión pública su verdad, esta acción constituyó una verdadera hazaña, si se tiene presente que los medios de comunicación masiva distorsionaron constantemente la información sobre el movimiento. [...] Durante los 71 días que duró el movimiento el enfrentamiento fue desproporcionado [...] Sin embargo, todo este esfuerzo rindió frutos, pues [los estudiantes] ganaron las calles y recibieron el apoyo y la simpatía del pueblo.

Paulina Michel Concha¹⁰ nos habla del papel cultural que jugó en 1968 la *Revista de la Universidad de México*, por entonces dirigida por Gastón García Cantú. Independientemente del valor literario y artístico que tuvo la revista desde los años treinta del siglo pasado, señala la autora que en el mes de septiembre de 1968 se publicó un número especial en que se narran los acontecimientos desde el 22 de julio, la cual fue el reflejo de la visión de las autoridades universitarias, congruente con sus políticas, asumiendo así la revista un fuerte compromiso con la comunidad. El seguimiento detallado del día a día del conflicto está acompañado de imágenes de momentos significativos. Diez años después la revista publicó un número doble conmemorativo con importantes plumas. También describe los números que conmemoran los veinte, treinta, cuarenta y cincuenta años del movimiento. “Resulta innegable —nos dice la autora— que el movimiento estudiantil de 1968 marcó a toda una generación de universitarios, la cual aún hoy reflexiona y escribe sobre este suceso”.

El último artículo de esta colección, escrito por Teresa Matabuena Peláez y Ana Cristina Santos Pérez,¹¹ resulta un tanto sorprendente, porque describe la riqueza del archivo fotográfico del periódico *El Heraldo de México*, que siempre se caracterizó por su conservadurismo y por defender las políticas del régimen en turno. Este fondo fue donado a la Universidad Iberoamericana en 2017 y está constituido por más de cincuenta mil fotografías. Para comenzar a ordenar y clasificar este enorme acervo documental se abordó el tema del movimiento de 1968 y las Olimpiadas del mismo año. De las mil cien fotografías del movimiento estudiantil, menos de 60% había sido publicado en el diario, lo que muestra que los editores seleccionaron para el diario las imágenes compatibles con la visión de los hechos que deseaban promover. Las tomas fueron realizadas por varios fotógrafos del diario; así, el material es rico, diverso y poco conocido. En esta publicación se incluyen fotos de manifestaciones, de la toma de instalaciones universitarias por el Ejército, de la captura de dirigentes, de estudiantes detenidos, etcétera. Todo ello es una pequeña muestra de los materiales contenidos en ese importante fondo.

Al final de este libro se ofrece una síntesis cronológica del movimiento estudiantil de 1968 preparada por Oralia García Cárdenas, la cual es muy útil al lector, porque ayuda a ubicar los acontecimientos sueltos que surgen de los archivos y aparecen en los distintos capítulos del libro.

Una característica notable de este libro es que fue escrito por archivistas, es decir, por aquellos que se encargan de ordenar, clasificar y poner a disposición del público los documentos resguardados por una institución. Esa labor otorga a los autores una visión muy diferente a la que podemos tener los usuarios de esos fondos documentales, quienes normalmente asistimos a ellos para obtener datos para nuestros proyectos particulares. Los archivistas tienen una visión más completa de lo que hay en esos maravillosos depósitos y por ello pueden seleccionar los mejores escritos o imágenes para ejemplificar determinados hechos. Es el caso de este conjunto de ensayos, que muestra la calidad y especificidad de esa mirada al movimiento estudiantil de 1968 desde los archivos.

* Investigador de la Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Entre el amplio espectro de las obras sobre el 68 mexicano se pueden citar algunas obras indispensables: Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de 1968*, México, Era, 1969; Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, México, Seix Barral, múltiples ediciones desde 1971; Luis González de Alba, *Los días y los años*, México, Era, 1971; Sergio Zermeño, *México, una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XXI, 1978; Norberto Trenzo, *El león que se agazapa*, México, Costa-Amic, 1981; Gilberto Guevara Niebla, *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*, México, Siglo XXI, 1988; Carlos Monsiváis, *El 68. La tradición de la resistencia*, México, Era, 2008; Paco Ignacio Taibo II, *68*, México, Planeta, 1991; Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68*, México, Grijalbo, 1998; Gilberto Guevara Niebla, *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, México, Cal y Arena, 2004; Francisco Pérez Arce, *1968-1988: años de rebeldía*, México, Ítaca, 2007.

² “El expediente 1017. El movimiento de 1968 a través de los documentos del AHUNAM”.

³ “Para continuar el semestre escolar en la prisión: testimonios de las gestiones de la UNAM en el Fondo Universidad Nacional”.

⁴ “Los días siguientes...”.

⁵ “Memoria visual del movimiento estudiantil de 1968 en la colección Manuel Gutiérrez Paredes”.

⁶ “El Fondo Fernández López Arias: documentos para un enfoque diferente de los acontecimientos del 68”.

⁷ “El 68 en la colección Esther Montero y el Fondo Ricardo Salazar Ahumada”.

⁸ “La participación de la mujer en el Fondo Esther Villalón Rodríguez”.

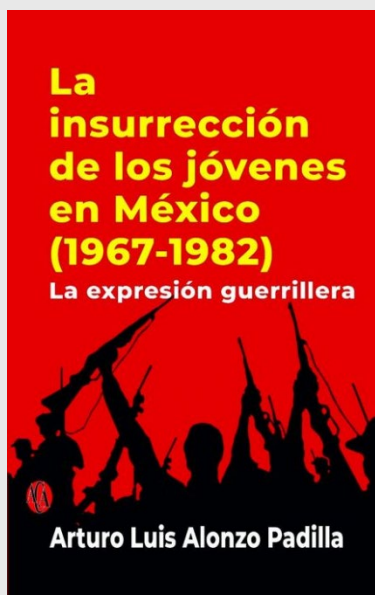
⁹ “Mimeógrafos contra rotativas: la guerra informativa entre los estudiantes y el gobierno mexicano”.

¹⁰ “La Revista de la Universidad de México, una mirada al movimiento estudiantil de 1968”.

¹¹ “México 1968: un ejemplo de la riqueza del archivo fotográfico de *El Heraldo de México*”.

La insurrección guerrillera de los jóvenes en el México de 1967-1982

Arturo Luis Alonzo Padilla, *La insurrección de los jóvenes en México (1967-1982). La expresión guerrillera*, México, Altres Costa-Amic, 2022.



Héctor Miguel Rosales Martínez*

Durante la última década, la historiografía ha experimentado un notable auge en la investigación sobre la guerra de los jóvenes en México, desentrañando eventos que han dejado una marca indeleble en la historia del país. A lo largo de diversos procesos históricos, las rebeliones populares han buscado transformar el Estado, con impactos significativos en 1810, 1856, 1910, 1972 y 1994. Estos levantamientos no son simples episodios de disidencia, sino manifestaciones de una búsqueda constante por la justicia social y un cambio profundo en la estructura política y social. La tradición de resistencia en México surge de la insatisfacción arraigada en diversos sectores, producto de la opresión, la desigualdad y la falta de representación adecuada.

La década de 1970 vio nacer la llamada Guerra sucia, que se distingue por la violencia de las fuerzas gubernamentales contra quienes se oponían al régimen. Durante este periodo se gesta un fenómeno único en la historia contemporánea de México: la insurgencia de jóvenes que, inspirados por ideales revolucionarios y afectados por la represión que el Estado ejerce, se levantan para desafiar el *statu quo*. La investigación de Arturo Luis Alonzo Padilla se revela crucial en este contexto. A lo largo de sus cinco capítulos y el apéndice, desarrolla con enfoque científico un estudio histórico de amplio detalle sobre la guerrilla mexicana.

En primer lugar, el autor se propone encontrar los orígenes de la guerrilla juvenil en México durante los años setenta, centrándose en la Liga Comunista 23 de Septiembre y el Partido de los Pobres. Destaca las motivaciones, desafíos y logros de aquellos que desafiaron el sistema establecido, sin caer en la apología. Para este análisis, es imperativo estudiar las causas de la violencia y comprender la compleja naturaleza de la juventud involucrada, analizando cómo estas organizaciones se reprodujeron en sus espacios de desarrollo.

En el primer capítulo, “Los movimientos armados en México”, Arturo Alonzo se sumerge en la exploración de las causas de la violencia, utilizando como marco teórico el concepto de *reconocimiento* de Hegel y de Axel Honneth. Para comprender las razones subyacentes detrás de la insurgencia armada propone el agravio moral como catalizador para la participación en la guerrilla. ¿Cómo es que el sentimiento de ser ignorados o menospreciados impulsó a los jóvenes a buscar formas más radicales de expresión política? ¿Cómo influyó en la construcción de identidades y en la solidaridad dentro de las organizaciones emergentes?

La aplicación de la teoría del reconocimiento y la cuestión del agravio moral de Axel Honneth proporcionan un marco conceptual valioso para comprender las motivaciones tras la insurgencia juvenil en el México de los setenta. Este enfoque permite analizar no sólo las condiciones objetivas que llevaron a la violencia, sino también las dinámicas psicosociales que influyeron en la formación y consolidación de movimientos guerrilleros juveniles. Una tesis fundamental del libro es que estas organizaciones guerrilleras representan expresiones programáticas de las nuevas clases medias. Frente al desarrollo estabilizador basado en la acumulación de capital, respaldado en la sustitución de importaciones de bienes de consumo y bienes de capital, y ante la hipertrofia de un bloque burocrático, estos sectores sociales resultan afectados y su descontento detona la guerra de los jóvenes contra el régimen político. Por ejemplo, la Liga Comunista se conforma de jóvenes urbanos enclavados en la clase media emergente. Por otro lado, el Partido de los Pobres se forma en respuesta al proceso de proletarización y al inequitativo reparto agrario en el estado de Guerrero.

Creo necesario destacar otra tesis fundamental del autor: a lo largo del segundo capítulo, “Entorno y factores de surgimiento de la Liga Comunista 23 de Septiembre y el Partido de los Pobres”, él argumenta que el fenómeno guerrillero no puede ser tratado de manera uniforme, sino que requiere un análisis detenido de sus particularidades locales, a la manera como se ha investigado la Revolución mexicana. En efecto, la diversidad geográfica del objeto de estudio constituye uno de los aspectos centrales del libro. Se resalta que las condiciones varían significativamente entre regiones (Guadalajara, Nuevo León, Guerrero o el antiguo Distrito Federal) y que esas divergencias son fundamentales para comprender de manera integral dicho fenómeno. De igual manera, se examinan las arraigadas tradiciones nacionales de insurgencia en la larga duración, que se remontan a la Independencia y reaparecen con la Revolución. El autor reconoce las dificultades sustanciales al confrontar un gobierno virreinal y uno moderno, especialmente posrevolucionario. No obstante, la transformación del régimen político en el tiempo ha dejado una marca significativa en la dinámica de los movimientos guerrilleros, y comprender sus etapas es esencial para apreciar el fenómeno en su total complejidad. Ambas consideraciones

proporcionan un marco analítico sólido que enriquece el tratamiento del tema de la guerrilla a lo largo de los capítulos siguientes.

El tercer capítulo, “La génesis e incubación del Partido de los Pobres y de la Liga Comunista 23 de Septiembre (1967–1972)”, inicia explorando las problemáticas de la zona de Guerrero a lo largo del siglo xx hasta desembocar en el movimiento liderado por Lucio Cabañas. A través de la Asociación Cívica Revolucionaria de Genaro Vázquez y el movimiento de padres y madres en la escuela Modesto G. Alarcón se explica el nacimiento de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres. En seguida, se recorren las regiones estudiantiles en conflicto a lo largo del país desde 1968 hasta el Halconazo, en 1971, años en que toma forma el fenómeno guerrillero. Finalmente, se exploran los programas políticos de las dos organizaciones a estudiar. Analizando ambos proyectos, inspirados en el “derrocamiento del modo de producción capitalista” del socialismo científico, se realiza un balance de las posibilidades del movimiento, tanto en lo programático como en lo táctico.

El capítulo siguiente, “La guerra de los jóvenes”, continúa esta tarea en niveles más teóricos. El autor sostiene que, pese a que Lucio Cabañas militó en las Juventudes Comunistas, su programa se asemeja más al zapatismo o al magonismo, ya que nunca propuso la socialización de los medios de producción y tuvo siempre objetivos más cercanos a los campesinos, por ejemplo, la colectivización de la tierra. Por otro lado, documentos de la Liga Comunista como “cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario” o las denominadas “tesis de la universidad fábrica” revelan, en su jerga y sus ideales de acción, gran afinidad con el llamado marxismo-leninismo. La interpretación de ambos programas políticos es, sin duda, un valioso aporte que el libro ofrece para nuevas investigaciones, no sólo sobre estas dos organizaciones, sino también sobre las organizaciones nacionales de corte político en general.

Se reseñan las discusiones políticas que suscitó la guerrilla, las zonas de influencia y la duración de la lucha armada. Contra lo más divulgado, la guerrilla mexicana no terminó a mediados de los setenta, sino que se extendió hasta 1982, cuando la Liga Comunista fue desmantelada.

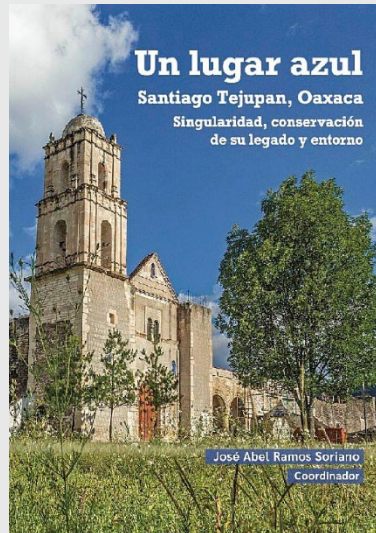
Para terminar, el autor se plantea una pregunta trascendental: ¿cuáles fueron las repercusiones del movimiento armado de los jóvenes mexicanos? En el último capítulo, titulado “Lo que la guerrilla nos dejó en México”, se rastrea la honda huella de este fenómeno, desde el cambio de gobierno priista hasta el auge de una cultura de los derechos humanos o la apertura de los medios de comunicación en respuesta a los crímenes de Estado. Aquí, se declara que es necesario incorporar este fragmento de la historia de México a los programas de educación básica, siguiendo el ejemplo de cómo se abordó la guerra de los cristeros. Ello no sólo enriquecería el conocimiento histórico de las generaciones futuras, sino que también contribuiría a formar ciudadanos informados y comprometidos con la defensa de los derechos y la justicia social.

El apéndice, que presenta un aparato crítico riguroso basado en diversas fuentes, es una poderosa invitación a seguir investigando la historia, no sólo por el conocimiento mismo, sino para fomentar la conciencia ciudadana y promover la justicia social en la actualidad. Desde luego, el libro entero proporciona una base sólida para futuras investigaciones de historia mexicana contemporánea.

* Doctor en Historia y Etnohistoria, ENAH.

La historia pueblerina y la conservación del patrimonio cultural y el paisaje de los pueblos

José Abel Ramos Soriano (coord.), *Un lugar azul: Santiago Tejupan, Oaxaca. Singularidad, conservación de su legado y entorno*, México, Secretaría de Cultura / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2023.



Margarita Loera Chávez y Peniche*

Me interesó leer *Un lugar azul* porque mi especialidad como historiadora ha sido, principalmente, la reconstrucción de la historia pueblerina. Prácticamente todos los casos que he estudiado han sido de origen campesino y ubicados en zonas cercanas a montañas. Como lo percibí al principio, ése es también el caso del libro de Abel Ramos, que da cuenta de un pueblo campirano de ancestrales raíces históricas, desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad, y ubicado en un entorno bellissimo, en donde no falta la importante presencia de la montaña.

La primera pregunta que me surgió al hacer la lectura, y obviamente recordando a John Berger en su magnífica obra *Puerca tierra*, es que el reto mayor de un historiador profesional, al acercarse al patrimonio cultural o al reconstruir el pasado de un pueblo, es que todos los habitantes saben más que él y, por lo tanto, se vuelven sus maestros. Esto en virtud de que, al emprender la tarea, es menester considerar la memoria colectiva, que obviamente es algo diferente a la historia, pero que tiene que ver con la rememoración del pasado, y por lo mismo debe ser consignada. Así, nos encontramos con que la reproducción de la memoria colectiva, siempre con características hereditarias, es una acción cotidiana en la que nadie deja de trabajar nunca. Tiene lugar en la develación de la identidad local, en los recuerdos,

en el encuentro vivo del patrimonio material e inmaterial. Todos los habitantes son retratistas y todos son retratados. Ésa es la realidad con la que yo inicié mi labor como historiadora pueblerina formada en las aulas externas: enfrentarme con la sabiduría interna. Me pregunté entonces, al emprender la lectura de este libro, ¿qué pasa cuando el autor, o en este caso coordinador y autor, es oriundo del poblado, y, por lo tanto, es poseedor de su memoria e intereses, pero a la vez es un historiador profesional formado en lo nacional e internacional y de amplia y rica trayectoria, como José Abel? Considero que la respuesta es el resultado, el gran logro, que está contenido en *Un lugar azul: el rescate del patrimonio cultural de Tejupan*, la impactante actividad realizada para ello y la memoria escrita de dicho proceso, que nos lleva al encuentro con su actualidad, su pasado y su entorno.

Otra cuestión destacable es que el libro sobrepasa, por mucho, la propuesta de sus objetivos. Ciertamente, al leerlo, gracias a sus ricos textos y excelentes fotografías, uno puede internarse en el legado y el medio locales, pero también ofrece otras posibilidades. Para mí, la más digna de señalarse es lo que los tejupenses, impulsados por su asociación civil Raíces y Cultura, de la que José Abel es miembro y gestor, lograron mover gracias al amor al terruño tan palpable en la obra. Participaron en un enorme trabajo de conservación, restauración, difusión y consignación histórica del lugar, a la que se sumaron instituciones locales, federales y estatales encargadas de esas materias, la Asociación Harp Helú Oaxaca, con sus donativos de dinero y su taller de restauración del patrimonio cultural, y el loable trabajo individual de alumnos y profesionistas que se unieron a este magnífico esfuerzo colectivo como prestadores de servicio social, tesisistas y especialistas asociados. Es un excelente ejemplo que invita a ser continuado y que da cuenta de una verdadera “especialización multidisciplinaria”, pero también de acción social colectiva. A mí me emocionó mucho el hecho de que, al principio de los trabajos, los profesionales externos a la localidad tuvieron que ganarse la confianza de los lugareños, que guardaban su patrimonio con muy estricto celo. Se resistían incluso a dejar que otros lo vieran, y el asunto debió tratarse con delicadeza; sin embargo, ante el esfuerzo de los profesionistas, todo cambió. Tiempo después, cuando los resultados ya eran palpables, la arquitecta Yolanda Terán llegó al lugar para realizar un reconocimiento del molino de trigo y fue recibida por los lugareños con un enorme entusiasmo, según cuenta en su artículo. Esta apertura a la colaboración incluyó, naturalmente, una importante participación del pueblo en diferentes formas: donativos de todo tipo, prestar fotografías y documentos, conceder el acceso a los archivos históricos locales, relatar sus leyendas y secretos internos, etcétera, sin lo cual hubiera sido imposible el éxito que ha tenido el proyecto a lo largo de los muchos años que ha durado.

Otro punto fundamental del libro, visto desde mi especial interés, es el proceso de reconstrucción histórica general al que nos adentra el conjunto de los capítulos. En éstos se puede apreciar cómo las piezas de arquitectura, pintura y escultura se convierten en verdaderas fuentes históricas que relatan el devenir de Tejupan desde que fueron fabricadas hasta el presente. Aunque el eje de los artículos es el proceso de estudio, conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, contienen una enorme cantidad de información útil para entender las tradiciones, el legado cultural, el paisaje del sitio y las fuentes escritas primarias y secundarias sobre el pueblo.

La introducción, “Tejupan ayer y hoy”, escrita por José Abel Ramos, habla de los orígenes étnicos y lingüísticos, desde los primeros asentamientos hasta el presente; da cuenta de las costumbres, las tradiciones la gastronomía, a través de los más variados testimonios. Vestigios óseos y arqueológicos, códices, documentos, relatos orales, canciones, costumbres, juegos y fotografías. Un agradable encuentro con la esencia del poblado expuesto con un agradable estilo literario. En el apartado de José Abel Ramos y Alfonso Neri del Río, “Restauración del patrimonio cultural. Antecedentes y realización de un proyecto”, se pueden conocer el proceso por el cual se consiguió el apoyo de todas las instituciones y organizaciones a que se recurrió para la magna tarea. También se habla allí de cómo se creó la asociación civil Raíces y Cultura y de su fundamental actividad.

Luis Huidobro Salas, en “Estado y procesos de restauración de las obras”, describe muy profesionalmente, y ayudándose de la fotografía, cómo un equipo multidisciplinario logró, en varios años de trabajo, el estudio y restauración de siete retablos, cuatro esculturas y treinta y ocho pinturas. También fue importante su trabajo en cuanto incorporó al poblado en esta tarea y lo concientizó sobre su propio patrimonio a través de cursos y talleres de valorización cultural, conservación preventiva y serigrafía que se impartieron a varias generaciones de tejupenses y hasta a los miembros del ayuntamiento. En todo hubo colaboración con los centros locales de educación. La importante labor trascendió hasta otras comunidades y dio pie al estudio profesional de la localidad en la Universidad Nacional Autónoma de México con la conclusión de una tesis de maestría.

De extraordinaria labor investigativa y narrativa es el artículo “Donantes del templo de Santiago Tejupan”, de Yunuén L. Maldonado Dorantes, adscrita a la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH. Su minuciosa consulta de los archivos locales, parroquial y municipal, del Judicial y General del Estado de Oaxaca, así como sus recorridos locales para hacer hablar a los antiguos muros, derivan en la presentación de la historia de Tejupan desde el siglo XVI hasta el presente. Si bien se enfoca en los donantes del templo, la abundancia de datos que ofrece ayuda a extender la mirada hacia una historia ampliada, por ejemplo, en vertientes económicas y sociales.

“El ex convento dominico. Restauración del pórtico de peregrinos y celda contigua”, de Ana Rodríguez García, del taller de restauración de la Fundación Alfredo Harp Helú de Oaxaca, además de la cronología del cometido citado en su título, que se logró entre 2015 y 2017, nos ofrece un excelente estudio arquitectónico. Llama la atención en ésta y en otras partes del libro, la gran cantidad de autores nacionales y extranjeros que han puesto sus ojos en Tejupan. Yolanda Terán Trujillo, en “Ante un viejo molino de trigo”, en forma adicional a la descripción arquitectónica, abre puertas importantes a la historia. Por último, “Desde el mirador natural del Yucuyú: dos paisajes al óleo”, de José Abel Ramos Cisneros, nos adentra desde el arte y los recuerdos, como descendiente de tejupense, en sus visitas al lugar y a las bellezas de su entorno. Y de una manera muy profesional, pero también con excelentes resultados estéticos, nos presenta dos obras pictóricas suyas.

Es verdaderamente un motivo de celebración el encuentro con una obra dedicada al patrimonio cultural y a la historia pueblerina, pues es deber recordar que la eco-

nomía de México fue mayoritariamente campesina desde tiempos remotos hasta mediados de siglo XX; empero, la atención al patrimonio cultural y a la microhistoria que ello exige no siempre ha sido un asunto prioritario para los profesionistas formados en las aulas nacionales y extranjeras. Sin embargo, insisto, la historia pueblerina es fundamental para conocer el devenir mexicano. Microhistoria para el “multiMéxico”, nos dice Luis González y González, el microhistoriador por excelencia de nuestro país en su *Invitación a la microhistoria*.

El libro cumple con los elementos metodológicos que se requieren para este tipo de reencuentro con el devenir. Por principio hay que asentar que los poblados de este tipo, aunque tienen una vida propia, son parte activa y funcional de las instancias dominantes o hegemónicas. Para abordarlos, entonces, deben tomarse en cuenta dos perspectivas. Por un lado, atendiendo al proceso de sus estructuras propias, pero siempre considerando lo que a las mismas les imponen las estructuras externas con las que mantienen relaciones simbióticas pero asimétricas. La historia “micro” es a la vez de espacios cortos y de tiempos lentos, pero muy largos (la “larga duración” de Braudel). Todo esto se encuentra en *Un lugar azul*.

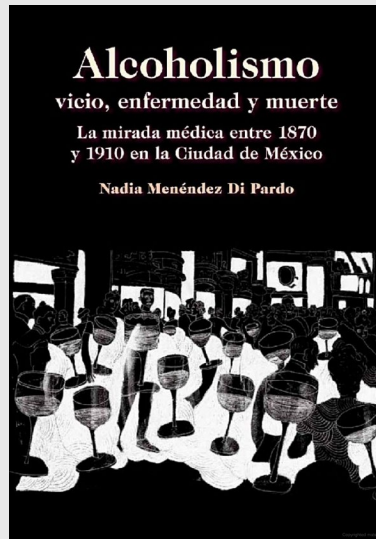
No quisiera finalizar sin hacer dos señalamientos. El primero es que ojalá este libro pase de la digitalización a la impresión en papel. Siendo tan amplio el auditorio al que va dirigido con un claro lenguaje, estoy convencida de que la presentación en el poblado hace muy posible que se agote una edición de amplio tiraje.¹ El segundo es que hay que desear que, en las condiciones actuales del país, con tanta violencia y limitación de recursos económicos, exista la posibilidad de lograr en otros poblados lo alcanzado en Tejupan con los apoyos institucionales federales, estatales y locales, así como de asociaciones civiles. Al fin de cuentas, la enseñanza del camino para lograrlo es otro de los méritos que tiene esta obra.

* Investigadora de la Dirección de Estudios Históricos/INAH.

¹ La edición impresa del libro se publicó en 2024. [N. del e.]

Alcoholismo: vicio, enfermedad y muerte, la mirada médica en la ciudad de México (1870 y 1910)

Nadia Menéndez di Pardo, *Alcoholismo: vicio, enfermedad y muerte. La mirada médica entre 1870 y 1910 en la ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2023.



Oliva López Sánchez*

El proceso político-social y de profesionalización de la medicina académica en México inicia en el siglo XIX. El gremio médico, aun cuando minúsculo, tuvo un desarrollo en sus cuadros profesionales y con la formación de la Academia de Medicina de México, que en 1877, bajo el gobierno de Porfirio Díaz, que se convirtió en Academia Nacional de Medicina, y con ello, en órgano consultivo del Estado en materia de salud. Así, con el consenso de otras instituciones políticas y educativas, inicia el camino de la hegemonía del Modelo Biomédico.

Durante el porfiriato, el Estado mexicano buscó consolidar al país como una nación moderna, fortaleciendo la relación entre la ciencia y la jurisprudencia para garantizar el orden social y promover el desarrollo económico. Las sociedades científicas desempeñaron un papel crucial al colaborar con el gobierno en la identificación y erradicación de las causas del llamado “atraso social”.

Uno de los mayores retos fue combatir la “degeneración social”, un concepto que, desde una perspectiva biologicista, explicaba fenómenos como la criminalidad, el alcoholismo y la prostitución. Teorías como la del psiquiatra francés Bénédict Augustin Morel, ampliamente aceptadas en México y en otros países de Latinoamérica, atribuían estas conductas a una herencia degenerada. Campearon con la teoría de la degeneración, las de la herencia lamarckista, base de la teoría eugenésica y la moral

conservadora que explicaban las enfermedades y dictaban lineamientos en el orden social en la construcción de los estados nacionales latinoamericanos.

Hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, las teorías médicas, evolucionistas y jurídicas, sustentadas en una perspectiva organicista biológica ofrecieron un marco explicativo para clasificar a los individuos según sus características biológicas.¹ Este enfoque contribuyó a fundamentar comportamientos atávicos asociados a la criminalidad y la locura, mientras que la diferencia fenotípica servía para mantener un discurso de igualdad jurídica que, en la práctica, justificaba la desigualdad, la exclusión y la vigilancia de los sectores subalternos.

Clasificar y estratificar a los individuos bajo la teoría *degeneracionista* no sólo respondía a un principio republicano, sino que también encontraba legitimidad en el respaldo de la ciencia médica y la jurisprudencia. Esto permitió legislar sobre las diferencias biológicas como la única forma de justificar la desigualdad entre los individuos.

En ese contexto político, social y científico del porfiriato, la obra de Nadia Menéndez Di Pardo es una vasta y compleja investigación que nos lleva de la mano por un recorrido histórico, antropológico, sociológico y jurídico acerca del alcoholismo, catalogado por el gremio médico como un enorme problema social y de salud.

A lo largo de seis capítulos la autora analiza, a partir de una extensa relación de documentos históricos (tesis de grado, artículos de revistas médicas, casos clínicos y prensa entre 1870 y 1910), la tensión existente en la concepción del alcoholismo como vicio y enfermedad. El punto de partida del libro es que la salud y la enfermedad implican un complejo proceso histórico, cuyo saber produce y reproduce representaciones sociales y técnicas basadas en imaginarios sociales que mantuvieron esa trama conceptual del alcoholismo como vicio y enfermedad. Esta transición también tiene que ver con la evolución de la medicina mexicana durante el periodo estudiado, la cual buscaba el reconocimiento y legitimidad social de las clases dominantes de la época, como indica Carlos Viesca Treviño en el prólogo, y que Nadia Menéndez desarrolló a lo largo la obra.

Alcoholismo: vicio, enfermedad y muerte es un recorrido minucioso de los procesos de transacción de la medicina mexicana y las teorías europeas, en su afán por alejarse de conocimientos ancestrales y de otros métodos terapéuticos tradicionales, algunos considerados como charlatanería. También nos muestra las dos caras de una moneda: por un lado, las iniciativas del Estado para convertir a México en un país *civilizado, moderno, higiénico y sobrio*, a la vez que, gracias al ferrocarril, se toleraba la expansión de la industria de bebidas alcohólicas, la mayoría elaboradas de manera clandestina, como el pulque y la cerveza.

Así, desde la *medicina racional* se crearon representaciones sociales que asociaron el alcoholismo con los conflictos sociales, familiares y criminales atribuidos de manera exclusiva a las clases bajas urbanas y trabajadoras. De ahí se deriva el famoso “san lunes” (que ahora se extiende a la burocracia mexicana, como parte de la clase media). El alcoholismo también fue motivo de preocupación, porque fue vinculado con una de las principales causas de muerte, así se observa en las estadísticas de los hospitales San Andrés, Juárez y San Hipólito que contiene el libro.

La autora documenta y proporciona evidencia de las opiniones de distintos sectores de la sociedad sobre el alcoholismo. La prensa de la época fue un medio para esparcir esas representaciones sociales que asociaron bebidas alcohólicas como el pulque con casos de delitos de sangre y riñas. La estigmatización de las clases populares es de mayor interés en este libro. Los médicos de la época —todos hombres— relacionaron el alcohol con la criminalidad, la cual era cometida por un varón joven o adulto que pertenecía, “casi siempre”, a una clase baja. Para los médicos y juristas, todo trabajador (jornaleros, domésticos, cargadores, albañiles y de faenas rudas y ordinarias) era alcohólico.

El libro describe la relación entre las representaciones sociales y técnicas a partir del análisis de los diagnósticos médicos sobre las causas y consecuencias del alcoholismo, así como en las definiciones y clasificaciones, entre las que destacan el alcoholismo agudo y crónico, profundizando además en los tratamientos correspondientes. También se analiza con sumo detalle y pericia cómo se construyó la diagnosis, puesto que no había pruebas *objetivas* o de laboratorio; sólo los cuestionarios, el “ojo clínico” y los saberes de los galenos. Los casos clínicos detallados en el capítulo cinco ilustran de manera elocuente los procesos de racialización y clasismo reproducidos por la medicina. Las historias clínicas, como señala Pedro Laín Entralgo, constituyen un relato patográfico.² Mientras que los médicos, según sostiene Josep María Comelles, pueden considerarse etnógrafos de la enfermedad.³ Este *saber* no sólo era técnico y científico, sino que respondía también a la clase social de pertenencia; en su mayoría, de clases medias y altas.

Para la sociedad médica, las causas del alcoholismo, además de la herencia, radicaban en las características personales, morales y sociales del enfermo, como la pobreza. La preocupación también se debía a que resultaba una grave amenaza para la extinción o debilitación de la raza. Así, se le consideró “la madre de todas las enfermedades”, en especial la de las enfermedades mentales. Las cifras de alcohólicos (40%) confiados en El Manicomio General (La Castañeda), inaugurado en 1910, era ejemplo de ello.

Menéndez Di Pardo describe cómo, en el periodo estudiado, los tratamientos evolucionaron desde métodos brutales —como el uso de la camisa de fuerza— y una agresiva medicalización, hacia el llamado tratamiento moral, basado en la razón, la amabilidad y la manipulación. No obstante, en la práctica, estos métodos terminaban replicando aquello que pretendían erradicar: aislamiento, gritos, malos tratos e incluso “un poco de violencia”. Ante la falta de voluntad del enfermo, se recurría a medidas como vomitivos, purgantes e incluso tratamientos aversivos, como inyecciones de estricnina. Al final, se concluyó que no existía una cura definitiva, sino tan sólo transitoria, y que la única solución viable era la abstinencia.

En el plano de la política pública se enfocó en la prevención, vigilancia y control del consumo de alcohol, con reglamentos, impuestos, campañas, prohibición de adulterar las bebidas y de venderlas en ciertos lugares, actividades en el ámbito educativo, y difusión en la prensa de los efectos de las bebidas alcohólicas, entre otras medidas. Lejos de combatir el consumo, este aumentó durante el porfiriato.

Aunada a la educación antialcohólica, estaba la creación de sociedades de temperancia, al grado de igualarla con una “guerra santa”, con la que se ponía a prueba

la *voluntad* del enfermo. Eran siempre los médicos que buscaban soluciones a la enfermedad, más allá de los tratamientos —basados en sus conjeturas— como pedir a empresarios estímulos para sus trabajadores, a que se estableciera el domingo como descanso obligatorio, a contar con actividades recreativas y deportivas, aunque raramente la “diversión pública” incluía a las clases más desfavorecidas.

En relación con la incidencia criminal, se imponían penas menores cuando la embriaguez era considerada un atenuante, al punto de que algunos acusados fingían estar alcoholizados al cometer el delito. Aunque se consultaba la opinión médica, la decisión final recaía en el juez. Este escenario refleja la relación entre ciencia y jurisprudencia característica del periodo porfiriano, como se destacó al inicio de esta lectura. Un ejemplo de ello es el Primer Concurso Científico de 1895, convocado por la Academia de Jurisprudencia correspondiente de Madrid y respaldado por Díaz, con el propósito de reunir a sociedades científicas para presentar propuestas orientadas a resolver diversos problemas a través de la colaboración entre ciencia y legislación.

En la última sección: “Siempre hay un final, aunque sea momentáneo”, la autora recopila algunas reflexiones sobre la mirada médica del alcoholismo. Entre las que destacan que, en el proyecto porfirista, la consolidación de una clase trabajadora pujante se convirtió en un objetivo fundamental. La ciencia médica, considerada el único medio objetivo de intervención, desarrolló técnicas que, lejos de ofrecer una verdadera cura, resultaron en métodos tanto estigmatizantes como no estigmatizantes. Al plantear la pregunta “¿Dónde está el problema: en el alcohol o en los sujetos?”, los médicos desvincularon la producción de alcohol de su consumo, trasladando la culpa al individuo. Es decir, al yo, a lo interno, a la herencia, caracterizando al sujeto por su pobreza, clase social y origen, sin cuestionar las estructuras sociales, económicas y políticas de la época.

Sin embargo, estas estructuras no fueron completamente ignoradas, ya que formaron parte de los tratamientos médicos, aunque sólo como un marco dentro del cual se ofrecían alternativas, sin modificar dichas condiciones. En última instancia, la responsabilidad recaía sobre el sujeto autónomo, el “yo”, reafirmando así la noción de individualidad como base de la modernidad.

Menéndez Di Pardo precisa que su investigación se remite al contexto mexicano de tres décadas del siglo XIX y una del XX, época dominada por el racismo, cuyo saber médico —más que mejorar la eficacia en el tratamiento de la persona alcohólica— generó y difundió una ideología, mediante las representaciones técnico-médicas y sociales, que favorecieron a las clases dominantes del proyecto modernizador de Porfirio Díaz.

En la búsqueda médica constante de sus causas, cuando se determinó que el alcoholismo no era la causa de todas las enfermedades, este dejó de tener interés, aún más, cuando cayó el régimen de Díaz. Esta última premisa abre un área más por investigar, debido a que los médicos, como parte de la clase de intelectuales del régimen, veían a indígenas y *mestizos vulgares* —como los llamó Ezequiel A. Chávez— como el principal obstáculo para el progreso y como causantes del estancamiento nacional.⁴ Así, el alcoholismo, además de ser visto como un problema de clase, también lo fue de raza.

Pese a que la autora circunscribe su investigación a un contexto determinado, cuando mayor interés por el alcoholismo ha habido entre el gremio médico es válido preguntarse sobre su importancia y revisión en un contexto actual. ¿Qué resabios permanecen de aquella mirada médica y cómo tiene repercusiones en los tratamientos actuales del alcoholismo? Pese a que dejó de ser una “guerra santa” y ubicarlo como la principal causa de enfermedades, no se puede negar que dichas representaciones sociales —como las de clase y raza— y parte de los tratamientos preventivos —como ubicar a los sujetos como los principales responsables y basarse en la culpa, el miedo y la vergüenza— siguen prevaleciendo en la sociedad mexicana, pese a que la medicina médica ya no es la única voz autorizada en esos análisis.

* Facultad de Estudios Superiores Iztacala–UNAM.

¹ Véase Oliva López Sánchez, *Extravíos del alma mexicana patologización de las emociones en los diagnósticos psiquiátricos (1900-1940)*, Tlalnepantla de Baz, UNAM–Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2019.

² Pedro Lain Entralgo, *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950.

³ Josep M. Comelles, “Da supertizione a la medicina popolare. La transizione de un concetto religioso a un concetto medico”, *AM. Rivista della Società Italiana di Antropología Médica*, 1996.

⁴ Ezequiel A. Chávez, “Concurso científico nacional de 1900. Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano”, *Revista Positiva*, 1901.

Habitar la memoria: fotodocumentalismo

de Jorge Acevedo Mendoza

Rebeca Monroy Nasr y Abraham Nahón (coords.), *Habitar la memoria: entre el fotodocumentalismo y la lucha social. Jorge Acevedo Mendoza (1949-2019)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2024.



Abraham Nahón*

Esta publicación ha tenido la intención de revelarnos el trabajo de Jorge Acevedo Mendoza, pensado como una memoria visual disidente, la cual ya forma parte fundamental de la historia de la fotografía mexicana. Frente a estos tiempos globales tan peligrosos y amenazantes, donde los *imperios de la desmemoria* pretenden reforzar su hegemonía, se propone resistir y habitar la memoria desde la investigación y el conocimiento de estos trabajos visuales que nos permiten profundizar en la historia de nuestro país, destacando esos momentos de luchas, batallas y múltiples actividades creativas y de resistencia reveladas a través de la perseverancia del fotógrafo.

El libro *Habitar la memoria: entre el fotodocumentalismo y la lucha social. Jorge Acevedo Mendoza (1949-2019)*, editado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), fue coordinado por los investigadores sobre fotografía Rebeca Monroy (DEH-INAH) y Abraham Nahón (IIH-UABJO). Esta publicación impresa, que cuenta con más de 200 fotografías de Jorge Acevedo Mendoza, incluye textos y reflexiones de Luis Hernández Navarro, Rosa Estela Reyes y Teresa Márquez Martínez, Antonio Saborit, Rebeca Monroy Nasr y Abraham Nahón.¹

Para su conformación, los coordinadores trabajaron durante 4 años en el archivo del autor —que cuenta con cerca de 52 000 negativos— seleccionando y contextualizando

imágenes representativas, así como otras inéditas, que muestran diversas facetas y múltiples temas documentados por Acevedo a lo largo de tres décadas, principalmente. Los textos entrecruzan la investigación e interpretación de sus fotografías con sucesos vivenciales, enfatizando la tenacidad de su trabajo, su compromiso social y su militancia visual, al documentar en las décadas de los setenta y ochenta: movilizaciones políticas, magisteriales, campesinas, feministas y sindicales en la lucha social por la democratización del país. Se aborda también su participación sindical y laboral en el INAH, su formación en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) y la difusión de algunas de sus fotografías en *La Cultura en México*, así como en publicaciones culturales, independientes y políticas, como es el caso de *Cambio, Pueblo, La Revuelta, Nexos, La Jornada*, etcétera.

Como se señala en la introducción, que escriben los coordinadores de la publicación:

La trayectoria fotográfica y sindical de Jorge Acevedo Mendoza (D. F. 1949–Oaxaca 2019) dejó una profunda huella en la vida del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), desde que inició su actividad laboral en el año de 1972 como fotógrafo de bienes culturales de la Dirección de Monumentos Coloniales, en el ex Convento de Churubusco, al desarrollar su gran vocación con la cámara [...] Después del fatídico sismo de 1985, Jorge Acevedo decidió salir de la ciudad de México para establecerse en Oaxaca, desde dónde siguió captando imágenes ahora de la lucha establecida en esa ciudad por el magisterio, pero también de otras contiendas en apoyo a los poblados circunvecinos realzando con su cámara los trabajos de arte y cultura popular que son infinitamente creativos y están dotados de un sentido estético invaluable, los cuales Jorge Acevedo rescató en sus imágenes de luz y plata. Durante años trabajó disparando el obturador, pero para el año 2010, aproximadamente, dejó de hacer fotografía, descansó sus cámaras de la era fotoquímica, aunado a que se negó a trabajar de manera digital porque era un convencido del cuarto oscuro y sus bondades.²

Si bien hubo un trato cuidadoso con las fuentes, contextos y conceptualizaciones implicadas en el análisis académico, se asume también el conocimiento que ofrece la subjetividad y las emociones que se filtran en las historias narradas desde la cercanía, con el luminoso recuerdo de su amistad. Todas son historias comprometidas con la memoria. Una memoria política, visual y afectiva dirigida hacia la vida y obra de Jorge Acevedo, quien cultivó con elegancia e ironía, un personaje genuino y complejo.

Con este libro, se intentó dimensionar su trabajo, abrevando de manera general de investigaciones de la historia cultural y social, y reflexionando sobre la historia reciente, al implicar a la fotografía como un medio relevante para habitar y reactivar, con un sentido crítico, la intrincada (y muchas veces oculta o subterránea) memoria visual de nuestro país. Pero sobre todo se insistió en que este libro girara en torno al fotodocumentalismo, manteniendo los referentes en términos de la historia presente y reciente, sin dejar de considerar algunas investigaciones históricas realizadas en México, donde se reflexiona acerca de la fotografía documental y periodística en el

momento sociopolítico que a Jorge Acevedo le tocó vivir. Con colegas, colectividades, amigos, amigas y compañeros de lucha, se fue gestando toda una gramática de la resistencia política y la visualidad que los textos reviven y reflexionan desde múltiples experiencias que desembocan en sus imágenes.

La historia oral, su trayecto vital y visual, así como la indagación de su archivo (con más de 50 000 negativos), dieron las claves para contextualizar algunas de sus imágenes. Se trató de profundizar en su comprensión y aportación a la historia social, cultural y política.

Las fotografías, los documentos y las vivencias personales le confieren una enorme complejidad y valía a esta edición sustentada en las fotografías de Acevedo, al considerar tanto las ya conocidas como la inclusión de imágenes inéditas o hallazgos rescatados en su prolífico archivo. El acento testimonial, interdisciplinario y polifónico que adopta el libro, permite ahondar en aspectos de la vida cotidiana, laboral y política, así como en reflexiones acuciosas sobre el hacer de sus fotografías. Todo ello se logra gracias a los textos de Luis Hernández, Rosa Estela y Teresa Márquez, Antonio Saborit, Rebeca Monroy y Abraham Nahón, ya que se plantean algunas pistas, caminos o aproximaciones a sus inquietudes intelectuales y creativas, a sus métodos de trabajo, a su pensamiento político y compromiso visual.

De manera general puedo señalar algunos temas que se reflexionan con mayor detenimiento en la edición: la fotografía como un dispositivo para realizar su compromiso social y político, transformando las conciencias a través de una memoria visual distinta, disidente; su interés y compromiso por documentar las movilizaciones magisteriales, sindicalistas, estudiantiles, campesinas, feministas y de defensores de derechos humanos; su vinculación a Oaxaca, desde 1980, con el registro puntual de la lucha magisterial. De igual manera, su destacada participación sindical en el INAH; su admiración por su maestro Nacho López y los guiños creativos con Cartier Bresson, Tina Modotti, Manuel y Lola Álvarez Bravo, además de las visualidades cinematográficas que le permitieron construir una mirada propia; su trabajo con colectivos fotográficos independientes en la Ciudad de México, así como con toda una generación de fotógrafas y fotógrafos con quienes compartió vivencias, proyectos y exposiciones: Alicia Ahumada, Pedro Hiriart, Lourdes Almeida, Pedro Valtierra, Yolanda Andrade, Marco Antonio Cruz, Rogelio Cuéllar, Rebeca Monroy, entre muchos otros; la importancia de los proyectos editoriales y políticos que llevó a cabo con Luis Hernández, así como su formación en el CUEC y su participación en “La Cultura en México”, al lado de Antonio Saborit; su incursión en el Nuevo Fotoperiodismo de los setenta y ochenta, además de su participación en *La Jornada* y en medios independientes; su pasión fotográfica pero también literaria, musical y creativa.

En mi texto señalo diversos proyectos editoriales y fotográficos que desarrollamos en Oaxaca. Le encantaban los proyectos independientes y que implicaran una mirada política y cultural, así que colaboró en varios números de la revista *Luna Zeta* y en ediciones sobre la fotografía gestada desde Oaxaca, donde difundimos eventualmente su trabajo, del año 2000 al 2012, aproximadamente. Después, tuve la experiencia de hacer en 2014 un breve libro con él, denominado como una de sus más entrañables fotografías: *Al país de la Ilusión*, lo que contribuyó a afianzar la amistad, entrar de

lleno a su archivo y dialogar sobre sus fotografías. Es justo en el Museo Nacional de Antropología, en un homenaje póstumo organizado por el INAH que se celebró en octubre de 2019, cuando caí en la cuenta de que esa modesta edición era el único libro dedicado a las fotografías de Jorge Acevedo en los 33 años en que radicó en Oaxaca. De esa dimensión es el abandono, así como la falta de investigación de la memoria visual en las regiones del país. Al irse a Oaxaca, Acevedo padeció del olvido y de la falta de apoyos federales, en ese largo periodo neoliberal en que el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) y muchas instituciones estaban terriblemente centralizados, sin apoyar a fotógrafas y fotógrafos radicados en regiones y entidades. Por ello la importancia de este libro editado por el INAH; merecía una publicación así, un libro como el que ya no tuvo en vida.

En *Habitar la memoria* analizo con mayor detenimiento el archivo de Acevedo y reviso las conversaciones que tuvimos sobre su trabajo fotográfico, sobre su participación en el grupo “Luz 96” con fotógrafas y fotógrafos en Oaxaca que, ante el llamado del artista Francisco Toledo, apoyaron la fundación de ese espacio relevante para la fotografía. Destaco también su serie sobre los presos de Ixcotel, ganadora del premio “Sotero Constantino” en la VI Bienal de fotografía organizada en 1993 en Oaxaca. Y las fotografías, tomadas a finales de los setenta, y en los noventa, en comunidades afromexicanas, así como su documentación en Tlacotalpan y en las Velas muxes en el istmo de Tehuantepec. También reflexiono sobre las inscripciones, lemas o demandas políticas que registra en sus fotos, lo cual nos ofrece una información valiosa sobre la protesta social y las exigencias pendientes o que vuelven en esta circularidad de la historia. (Una imagen de 1983, en una manifestación en la Ciudad de México hace poco más de 40 años, donde se exige a Estados Unidos un “Alto a la locura belicista”, puede darnos el pulso de lo irresuelto de nuestra historia y de la necesidad de habitar y activar esta memoria internacionalista de las luchas vigentes).

También fue determinante su participación en el proyecto de Museos Comunitarios en Oaxaca y, al analizar su archivo, pude establecer conexiones en sus trayectos y trabajos realizados con el INAH, y las rutas fotográficas y comunidades cercanas a estos museos.

La inflexión de su mirada fotográfica en Oaxaca, donde transita de los movimientos sociales, a las formas organizativas, políticas y festivas de las comunidades, es relevante para entender el humor, el escepticismo y el “contrajuego” que lo lleva a cultivar una mirada propia frente a las sobredosis de folclorización y exotismo que todavía padece Oaxaca. En la última década pasa de la fotografía a la escritura, recreando personajes y sucesos siempre implicados en la fotografía. Al final de su vida, hay *tiempos fracturados*, con enfermedades, dolor y apagamiento. Y sin embargo, aún en sus últimos días, siempre mantuvo su sarcasmo, su ironía y algún relato fotográfico.

Por todo ello, agradecemos a Jorge Acevedo su enorme legado fotográfico, condensado en las narrativas textuales y visuales de este libro. No dejemos que triunfe el olvido, habitemos con él esta memoria.

* Instituto de Investigaciones en Humanidades–UABJO.

¹ Un libro implica un amplio trabajo colectivo: agradecimientos al equipo editorial del INAH, a la reprografía profesional realizada por Oralia García, así como al apoyo e imágenes de Alicia Ahumada, Pedro Hiriart, Antonio Saborit, Judith Romero y Rebeca Monroy. Gracias a la investigadora Rebeca Monroy, por el trabajo de coordinación que compartimos, así como a las autoras y autores de los textos, amigos entrañables de Jorge Acevedo, quienes compartieron etapas claves de su vida laboral, siendo testigos cercanos de su pasión y obsesión fotográfica. Agradecimientos a la Dirección de Estudios Históricos y a los colegas de la revista *Con-temporánea*, por apoyar en distintas etapas la difusión del trabajo de Jorge, y especialmente a los hijos de Jorge Acevedo: Esteban y Adrián Acevedo Galante, quienes han apoyado en la consulta de su amplísimo archivo.

² Rebeca Monroy Nasr y Abraham Nahón (coords.), *Habitar la memoria: entre el fotodocumentalismo y la lucha social. Jorge Acevedo Mendoza (1949-2019)*, México, INAH, 2024, p. 11.